

R B A

DENNIS LEHANE

Vivir de noche



Annotation

Boston, 1926. Joe Coughlin, hijo de un eminente capitán de la policía de la ciudad, no está siguiendo precisamente los pasos de su padre. Empezó con pequeños hurtos, pero ya ha dado el salto a crímenes de más envergadura. Su ascendente carrera en el mundo de los gangsters en plena Prohibición lo llevará del Boston de la Edad del Jazz al barrio latino de Tampa y las calles de Cuba. Y en su camino se cruzará una mujer, Emma Gould, que cambiará para siempre su vida. ¿Puede un hombre ser al mismo tiempo un buen criminal y una buena persona? Dennis Lehane, uno de los autores verdaderamente importantes del género en activo, ha escrito una novela arrolladora sobre el amor y la venganza, sobre la traición y la redención.

- [PRIMERA PARTE](#)

- [1](#)
- [2](#)
- [3](#)
- [4](#)
- [5](#)
- [6](#)
- [7](#)
- [8](#)
- [9](#)
- [10](#)

- [SEGUNDA PARTE](#)

- [11](#)
- [12](#)
- [13](#)
- [14](#)

- [15](#)
- [16](#)
- [17](#)
- [18](#)
- [19](#)
- [20](#)
- [21](#)
- [22](#)

- [TERCERA PARTE](#)

- [23](#)
 - [24](#)
 - [25](#)
 - [26](#)
 - [27](#)
 - [28](#)
 - [29](#)
-

Dennis Lehane

Vivir de noche

Traducción de Ramón de España

Título original: *Live by night*

Primera edición, marzo de 2013

© Dennis Lehane, 2012

© de la traducción: Ramón de España, 2013

© 2013, de la presente edición: RBA Libros, S.A.

ISBN: 978-84-9006-492-4

POR ANGIE
CONDUCIRÍA TODA LA NOCHE...

Los hombres de Dios y los hombres de la guerra tienen extrañas
afinidades.

CORMAC MCCARTHY, *Meridiano de sangre*

Es demasiado tarde para ser bueno.

LUCKY LUCIANO

PRIMERA PARTE

BOSTON
1926-1929

UN TIPO DE LAS DOCE EN PUNTO EN UNA CIUDAD DE LAS NUEVE EN PUNTO

Unos años después, en un remolcador en el golfo de México, Joe Coughlin tenía los pies metidos en un cubo de cemento. Doce pistoleros esperaban a internarse suficientemente en el mar para arrojarlo por la borda, mientras él escuchaba el ruido del motor y observaba la espuma blanca del agua en la quilla. Y entonces le vino a la cabeza que casi todo lo destacable que le había ocurrido en la vida —ya fuese bueno o malo— se había puesto en marcha aquella mañana en la que se cruzó por primera vez con Emma Gould.

Se conocieron un día de 1926, poco después del amanecer, cuando Joe y los hermanos Bartolo asaltaron la sala de juegos que había en la trastienda de un garito ilegal de Albert White, en South Boston. Antes de entrar, ni Joe ni los Bartolo sabían que ese antro pertenecía a Albert White. De haberlo sabido, cada uno de ellos habría salido pitando por su cuenta para dejar las menos pistas posibles.

Bajaron las escaleras de atrás con bastante suavidad. Atravesaron la vacía zona del bar sin incidente alguno. El bar y el casino ocupaban la parte trasera de un almacén de muebles situado en los muelles que el jefe de Joe, Tim Hickey, le había asegurado que pertenecía a unos griegos inofensivos recién llegados de Maryland. Pero cuando entraron en la trastienda, se encontraron con una partida de poker en su momento más álgido, con cinco jugadores bebiendo whisky canadiense en sólidos vasos de cristal y con una nube de humo gris presidiendo la sala. Del centro de la mesa se elevaba una pila de dinero.

Ninguno de esos hombres tenía pinta de griego. Habían colgado la chaqueta del traje en el respaldo de la silla, dejando así a la vista las pistolas que llevaban al cinto. Cuando Joe, Dion y Paolo aparecieron con sus armas en la mano, ni uno solo de esos hombres intentó sacar la suya, pero Joe captó que dos de ellos habían estado a punto de hacerlo.

Una mujer les acababa de servir unas copas. Dejó la bandeja a un lado, recogió su cigarrillo del cenicero, le dio una calada y pareció a punto de echarse a bostezar mientras la apuntaban tres pistolas. Como si esperara un numerito algo más impresionante.

Joe y los Bartolo llevaban el sombrero inclinado sobre los ojos y la mitad inferior del rostro cubierta por sendos pañuelos negros. Una buena idea, pues si alguno de esos los reconocía, poco tardarían en diñarla.

Un paseo militar, había dicho Tim Hickey. Hay que atacarles al alba, cuando en el sitio no quede más que un par de chupatintas en el cuartucho de contar el dinero.

Pero había cinco matones armados jugando al poker.

—¿Sabéis de quién es este sitio? —dijo uno de los jugadores.

Joe no lo reconoció, pero sí al tipo de al lado: Brenny Loomis, exboxeador y miembro de la banda de Albert White, máximo rival de Tim Hickey en el negocio del contrabando de licores. Se rumoreaba que, de un tiempo a esta parte, Albert se estaba aprovisionando de metralletas Thompson en vistas a una guerra inminente. Ya había corrido la voz: elige un bando o elige una lápida.

—Si todo el mundo hace lo que le dicen, nadie saldrá malparado —dijo Joe.

El tipo que estaba al lado de Loomis volvió a abrir la boca:

—Lo que te he preguntado, pedazo de capullo, era si sabías de quién es esto.

Dion Bartolo le dio en toda la boca con la pistola. Le atizó con tanta energía que lo tiró de la silla y lo hizo sangrar. Todos los demás pusieron cara de pensar que menos mal que el sopapo le había caído a otro.

—Todos, menos la chica, de rodillas. Poneos las manos en el cogote, entrelazadas —dijo Joe.

Brenny Loomis miró fijamente a Joe.

—Cuando todo esto acabe, llamaré a tu madre, chaval. Le diré que te busque un bonito traje negro con el que meterte en el ataúd.

Loomis, que había boxeado en el Mechanics Hall y había sido el *sparring* de Mean Mo Mullins, era famoso por la potencia de su pegada. Ahora mataba gente para Albert White. No se ganaba la vida solo con eso, pero corría el rumor de que hacía méritos ante Albert por si surgía un puesto de trabajo a jornada completa, momento en el que haría valer su experiencia.

Joe nunca había pasado tanto miedo como cuando miró en el interior de los ojillos castaños de Loomis, pero señaló con la pistola hacia el suelo de todos modos, bastante sorprendido ante el hecho de que no le temblase la mano. Brendan Loomis entrelazó las manos detrás de la nunca y se puso de rodillas. A continuación, los demás siguieron su ejemplo.

—Ven para aquí, guapa, que no vamos a hacerte daño —le dijo Joe a la chica.

Ella apagó el cigarrillo y se lo quedó mirando como si dudara entre encender otro o servirse una copa más. Fue hacia él y Joe vio que era prácticamente de su edad, en torno a los veinte, con ojos invernales y una piel tan blanca que casi se le transparentaban la sangre y los tejidos.

La vio venir mientras los hermanos Bartolo se hacían con las armas de los de la timba. Las pistolas hicieron un buen ruido al ser lanzadas sobre una mesa de blackjack aledaña, pero la chica ni parpadeó. Un fuego bailaba en el fondo de sus ojos grises.

Se plantó ante la pistola de Joe y dijo:

—¿Y qué querrá tomar el señor esta mañana con su atraco?

Joe le pasó uno de los dos sacos de lona que había traído.

—El dinero que hay en la mesa, por favor.

—Voy volando, señor.

Mientras ella volvía hacia la mesa, Joe sacó unas esposas del otro saco, justo antes de lanzárselo a Paolo. Este se inclinó junto al primer jugador, le ató las manos a la espalda y luego pasó al siguiente.

La chica recogió el dinero que había en medio de la mesa —Joe observó que no solo había billetes, sino también relojes y joyas— y luego se hizo con la pasta de cada jugador. Paolo acabó de esposar a los hombres en el suelo y luego se dedicó a amordazarlos.

Joe abarcó el cuarto con la vista: tenía la ruleta a su espalda y la mesa de dados bajo las escaleras, contra la pared. Contó tres mesas de blackjack y una de bacarrá. En la pared del fondo había seis máquinas tragaperras. El servicio de comunicaciones consistía en una mesita baja con una docena de teléfonos y, detrás de ellos, un tablón con los nombres de los caballos de la carrera número doce de anoche en Readville. En la única otra puerta, aparte de aquella por la que habían entrado, lucía una letra R, de *retrete*, trazada con tiza, lo cual tenía toda su lógica, ya que a la gente le da por mear cuando bebe.

Pero también era cierto que, al atravesar el bar, Joe había visto dos cuartos de baño que ya cubrían esa necesidad. Y el retrete en cuestión estaba cerrado a cal y canto.

Le echó un vistazo a Brenny Loomis, que estaba tirado en el suelo con la mordaza en la boca, pero al quite de lo que pudiera pasar por la cabeza de Joe. Este observó que en la de Loomis también se desarrollaba cierta actividad. Y confirmó lo que había intuido nada más ver el candado: no se trataba de un baño.

Era la sala de contabilidad.

La sala de contabilidad de Albert White.

Basándose en los beneficios generados por los casinos de Hickey durante los últimos dos días —el primer fin de semana frío de octubre—, Joe intuía que detrás de esa puerta podía haber una pequeña fortuna.

Perteneciente a Albert White.

La chica volvió con la bolsa cargada.

—El postre del señor —dijo mientras se la entregaba a Joe.

Joe no podía escapar a la profundidad de su mirada. No es que lo mirara fijamente, sino que lo atravesaba con la vista. Joe estaba convencido de que podía verle el rostro bajo el pañuelo y el sombrero inclinado. Cualquier día se cruzaría con ella camino del estanco y la oiría gritar: «¡Es él!». Y lo coserían a balazos antes de que pudiera parpadear.

Extrajo del saco un par de esposas que le quedaron colgando de un dedo.

—Date la vuelta.

—Sí, señor. Ahora mismo, señor.

Le dio la espalda y cruzó los brazos por detrás, con los nudillos contra la rabadilla y la punta de los dedos rozándole el culo. Joe era plenamente consciente de que no era el momento más adecuado para concentrarse en el culo de nadie.

Cerró la primera argolla en torno a la muñeca.

—Lo haré con suavidad.

—Tampoco hace falta que te esmeres tanto por mí —dijo ella, mirándolo por encima del hombro—. Tú solo intenta no dejar marcas.

Ay, Señor.

—¿Cómo te llamas?

—Emma Gould —dijo ella—. ¿Y tú?

—Se Busca.

—¿Y quién te busca? ¿Todas las chicas o solo la ley?

Joe no podía estar por la chica y controlar el cuarto al mismo tiempo, así que le dio la vuelta y se sacó la mordaza del bolsillo. Las mordazas consistían en unos calcetines que Paolo Bartolo había robado de los almacenes Woolworth en los que trabajaba.

—Veo que me vas a meter un calcetín en la boca.

—Pues sí.

—Un calcetín. En la boca.

—Nunca ha sido utilizado —le dijo Joe—. Te lo prometo.

Ella arqueó una ceja. Era del mismo color de metal bruñido que su cabello y tan suave y brillante como un armiño.

—Yo nunca te mentiría —le dijo Joe, y en ese momento se sintió como si realmente le estuviera diciendo la verdad.

—Es lo que suelen decir los embusteros.

Emma abrió la boca como una niña resignada a tomarse su medicina, y Joe pensó en decirle algo más, pero no se le ocurrió nada. Pensó en preguntarle algo, tan solo para oír su voz una vez más.

Los ojos se le pusieron un poco saltones cuando Joe le metió el calcetín en la boca, y trató de escupirlo —todo el mundo lo hacía—, negando con la cabeza mientras veía lo larga que era la cinta que él sostenía en la mano, pero no había nada que hacer. Joe le cubrió la boca con la mano y le clavó los extremos de la cinta en las mejillas. Ella le observó como si, hasta ahora, toda su relación hubiese sido de lo más honorable —divertida, incluso— y él la acabara de arruinar.

—Es medio de seda —dijo Joe.

Nuevo arqueo de cejas.

—El calcetín —le explicó—. Y ahora ve con tus amigos.

La chica se arrodilló junto a Brendan Loomis, que no le había quitado el ojo de encima a Joe en ningún momento.

Joe contempló la puerta de entrada a la sala de contabilidad, fijándose bien en el candado. Dejó que Loomis siguiera su mirada y luego él lo miró a los ojos. Loomis adoptó una mirada inexpresiva mientras esperaba a ver qué pasaba ahora.

Sin dejar de observarlo, Joe dijo:

—Vámonos, chicos. Ya estamos.

Loomis parpadeó una vez, muy lentamente, y Joe decidió interpretar ese gesto como una oferta de paz —o la posibilidad de tal oferta— y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Tras subir al coche, recorrieron los muelles. El cielo estaba azul oscuro, con algunas vetas de un amarillo intenso. Las gaviotas se alzaban y caían, gañendo. La cubeta de una grúa de barco sobrevoló el camino del muelle para regresar a su origen con un chirrido mientras Paolo conducía a su sombra. Estibadores, obreros portuarios y sindicalistas se tomaban un respiro, fumando a la intemperie. Algunos les arrojaban piedras a las gaviotas.

Joe bajó la ventanilla para que el aire le diera en la cara, contra los ojos. Olía a sal, a sangre de pescado y a gasolina.

Dion Bartolo le echó un vistazo desde el asiento delantero.

—¿Le has preguntado el nombre a esa tía?

—Solo para hablar de algo —repuso Joe.

—¿Y la esposas como el que le pone un broche y la invita a bailar?

Joe sacó la cabeza por la ventanilla unos segundos y aspiró el aire sucio con todas sus fuerzas. Paolo salió de los muelles y enfiló hacia Broadway: el Nash Roadster alcanzaba fácilmente los sesenta kilómetros por hora.

—Ya la había visto antes —dijo Paolo.

Joe volvió a meter la cabeza en el coche.

—¿Dónde?

—No lo sé. Pero la he visto. —Giró el Roadster hacia Broadway y todos se deslizaron con él—. Igual deberías escribirle una poesía.

—Escribirle una puta poesía —dijo Joe—. ¿Por qué no vas más lento y dejas de conducir como si viniéramos de dar un palo?

Dion se volvió hacia Joe, colocando el brazo en el respaldo.

—Pues mi hermano sí que le escribió un poema a una chica una vez.

—¿De verdad?

Paolo lo miró por el retrovisor y asintió de manera solemne.

—¿Y qué pasó?

—Nada —apostilló Dion—. La chica no sabía leer.

Se fueron hacia el sur, hacia Dorchester, y se quedaron atascados en el tráfico por culpa de un caballo que la había diñado justo antes de la plaza Andrew. El tráfico debía ser desviado en torno al bicho y su carrito de hielo volcado. Astillas de hielo brillaban entre los adoquines como si fuesen de metal, y el tío del hielo seguía de pie junto al cadáver, arreándole patadas en las costillas. Joe no paraba de pensar en ella. En sus manos secas y suaves. Muy pequeñas y rosadas en la base de la palma. Las venas de la muñeca eran de color violeta. Tenía una peca negra detrás de la oreja derecha, pero no detrás de la izquierda.

Los hermanos Bartolo vivían en la avenida Dorchester, encima de un carnicero y un zapatero remendón. El carnicero y el zapatero se habían casado con sendas hermanas y se odiaban mutuamente, casi tanto como a sus respectivas esposas. Pero eso no les impedía regentar un abrevadero clandestino en el sótano que compartían. De noche aparecían feligreses de las otras dieciséis parroquias de Dorchester, así como de parroquias tan alejadas como las de North Shore, para trasegar el mejor licor del sur de Montreal y escuchar a Delilah Deluth, una negra que cantaba desgracias amorosas en un sitio cuyo nombre no oficial era El Cordón del Zapato, lo que sacaba de quicio al carnicero de tal manera que hasta se había quedado calvo. Los hermanos Bartolo acudían al local casi cada noche y eso a Joe ya le parecía bien, pero lo que se le antojaba de lo más idiota era vivir justo encima de ese lugar. Bastaría una sola redada a cargo de polis honrados, por difíciles que fuesen de encontrar, para que echaran abajo la puerta de Dion y Paolo y se toparan con un alijo de dinero, armas y joyas que esos dos pringados, con sus respectivos trabajos en unos grandes almacenes y en un colmado, nunca podrían justificar.

Vale, las joyas solían acabar en manos de Hymie Drago, el perista al que llevaban recurriendo desde que tenían quince años, pero el dinero casi nunca llegaba más allá de alguna mesa de juego en la parte trasera de El Cordón del Zapato, si es que se decidían a sacarlo del colchón.

Joe se apoyó contra la hielera y vio como Paolo metía ahí su parte y la de su hermano, despegando una placa amarillenta de sudor para dejar al descubierto una serie de rajas que habían hecho a un lado. Dion le pasaba los fajos de billetes a Paolo y este los apretujaba ahí dentro como si estuviera cebando a un pavo.

Paolo, de veintitrés años, era el mayor de los dos hermanos. Dion, que tenía dos años menos, parecía más viejo, curiosamente, puede que porque era más listo o más malo. Joe, que cumpliría los veinte el mes que viene, era el más joven de la pandilla, pero había sido reconocido como el cerebro de la organización a los trece años, desde el momento en que los tres unieron fuerzas para asaltar quioscos.

Paolo se levantó del suelo.

—Ya sé dónde la he visto.

Se sacudió el polvo de los pantalones.

Joe se apartó de la hielera.

—¿Dónde?

—Pero este tipo no se ha portado bien con ella —apuntó Dion.

—¿Dónde? —repitió Joe.

Paolo señaló al suelo.

—Abajo.

—¿En El Cordón del Zapato?

Paolo asintió.

—Viene con Albert.

—¿Qué Albert?

—Albert, el rey de Montenegro, no te jode —dijo Dion—. ¿De qué Albert crees que estoy hablando?

Lamentablemente, solo había un Albert en Boston del que no hacía falta dar su apellido. Albert White, el tío al que acababan de atracar.

Albert había sido un héroe de las Guerras Filipinas, además de policía que había perdido su empleo, al igual que el hermano de Joe, tras la huelga de 1919. Actualmente era propietario de Garaje y Reparación de

Parabrisas White (antes Vehículos y Neumáticos Halloran) y de Envíos Transcontinentales White (antes Transportes Halloran). Se rumoreaba que se había cepillado en persona a Bitsy Halloran. A Bitsy le dispararon once veces en la cabina telefónica de un Rexall Drugstore de la plaza Eggleston. Con tanto tiro a quemarropa, la cabina se incendió. Y también se rumoreaba que Albert había comprado los restos calcinados de la cabina, la había restaurado y la conservaba en el estudio de la casa que poseía en Ashmont Hill; de hecho, la utilizaba para realizar todas sus llamadas.

—O sea, que es la chica de Albert.

A Joe le decepcionaba que solo fuese una querida más de un gánster. Ya se había imaginado junto a ella, atravesando el país en un coche robado, despreocupados por el pasado o el futuro, persiguiendo un cielo rojo y una puesta de sol en su camino hacia México.

—Los he visto juntos tres veces —dijo Paolo.

—Así que tres veces, ¿no?

Paolo se miró los dedos para confirmar el dato.

—Sí.

—¿Y qué hace sirviendo copas en una de sus timbas?

—¿Y qué quieres que haga, a su edad? —preguntó Dion—. ¿Jubilarse?

—No, pero...

—Albert está casado —le informó Dion—. A saber lo que le duran las pelanduscas.

—¿A ti te parece una pelandusca?

Dion destapó lentamente una botella de ginebra canadiense, sin apartar de Joe su mirada inexpresiva.

—A mí solo me ha parecido una tía que nos metía el dinero en una bolsa. No sabría decirte ni el color de su pelo. No podría...

—Rubio oscuro. Casi castaño claro, pero no del todo.

—Es la chica de Albert. —Dion sirvió copas para todos.

—Conque esas tenemos —dijo Joe.

—Ya la hemos cagado bastante atracando el tugurio de ese tío. Ni se te ocurra intentar quitarle nada más, ¿vale?

Joe no dijo nada.

—¿Vale? —repitió Dion.

—Vale, vale. —Joe se hizo con su vaso—. De acuerdo.

Ella no apareció por El Cordón del Zapato durante las tres siguientes veladas. Joe estaba seguro, pues él sí había estado allí, desde la apertura hasta el cierre, cada noche.

Albert sí pasó por el club, luciendo uno de sus habituales trajes a rayas de color crudo. Como si estuviera en Lisboa o algún sitio así. Los acompañaba con unos sombreros marrones a juego con los zapatos, también marrones, que combinaban a su vez con las rayas marrones. Cuando empezaba a nevar, llevaba trajes marrones con rayas de color crudo, sombrero de color crudo y botines blancos y marrones. Cuando llegaba febrero, se pasaba a los trajes marrón oscuro con zapatos marrón oscuro y sombrero negro, pero Joe suponía que, en general, resultaría bastante fácil de acribillar a balazos en plena noche. Habría que cargárselo en un callejón, a unos veinte metros de distancia y con una pistola barata. No haría falta ninguna farola para ver que el color blanco se convertía en rojo.

Albert, Albert, se decía Joe mientras este pasaba junto a su taburete en El Cordón del Zapato la tercera noche, si supiese algo de crímenes, te mataría.

El problema era que Albert no frecuentaba mucho los callejones, y cuando lo hacía era en compañía de cuatro guardaespaldas.

Y aunque consiguiera esquivarlos y cargarse a su Némesis —y Joe, que no era ningún asesino, se preguntaba por qué coño se le había metido en la cabeza la idea de matar a Albert White—, lo único que conseguiría

sería poner en jaque el imperio económico de los socios de Albert White, entre los que se contaban la policía, los italianos, los mañosos judíos de Mattapan y numerosos empresarios legales, incluyendo banqueros e inversores con intereses en la caña de azúcar de Cuba y Florida. En una ciudad de ese tamaño, cargarse un negocio semejante sería como echar de comer a los animales del zoo trozos de carne de tus manos.

Albert lo miró en una ocasión. Y lo hizo de una manera que Joe pensó: «Lo sabe, lo sabe. Sabe que le robé. Sabe que deseo a su chica. Lo sabe».

Pero Albert le dijo:

—¿Tienes fuego?

Joe encendió una cerilla en la barra y le dio lumbre.

Cuando Albert apagó la cerilla, le arrojó el humo a la cara. Le dijo: «Gracias, chaval», y se alejó de allí. Tenía la piel tan blanca como el traje y los labios tan rojos como la sangre que le bombeaba el corazón.

Cuatro días después del atraco, Joe hizo caso de su intuición y volvió al almacén de muebles. Un poco más y no la pilla; aparentemente, las secretarias concluían su turno a la misma hora que los empleados, y las secretarias siempre se ven menos que los estibadores y los de las grúas. Los hombres salían con sus ganchos de obrero portuario colgándoles del hombro de sus sucias chaquetas, hablando en voz alta e incordiando a las chicas, silbándoles y gastándoles bromas que solo les hacían gracia a ellos. Pero las mujeres ya debían de estar acostumbradas, pues se las apañaban para apartarse de la masa, mientras algunos hombres se quedaban rezagados, otros se eternizaban por allí y algunos se encaminaban hacia el secreto peor guardado de los muelles: una barcaza que llevaba sirviendo alcohol desde el día en que entró en vigor la Ley Seca en Boston.

El grupo de mujeres se mantenía unido y enfilaba suavemente la

salida del puerto. Joe solo consiguió distinguir a la que buscaba porque otra con el mismo color de pelo se detuvo para ponerse bien el tacón y entonces destacó entre la muchedumbre el rostro de Emma.

Joe abandonó el sitio en el que montaba guardia, junto al muelle de carga de la Gillette Company, y se puso a seguir al grupo a unos cincuenta metros de distancia. Se repitió una vez más que se trataba de la chica de Albert White. Recordó de nuevo que no estaba muy bien de la cabeza y que más le valía dejarlo correr. No solo no debería estar siguiendo a la novia de Albert White por los muelles de South Boston, sino que más le valdría salir del estado hasta cerciorarse de si alguien podía acusarle o no del robo de la timba. Tim Hickey andaba por el sur con un negocio de ron y no podía explicarle cómo era posible que hubieran acabado colándose en la partida que no debían; y los hermanos Bartolo no pensaban dejarse ver mucho hasta saber cómo estaba realmente el patio. Y mientras tanto, Joe, que se suponía que era el más listo de todos, se dedicaba a olisquear a Emma Gould cual perro hambriento tras los aromas procedentes de la cocina.

«Lárgate, lárgate, lárgate».

Joe sabía que esa voz estaba en lo cierto. Era la voz de la razón.

Y si no, debía de ser su ángel de la guarda.

El grupo de mujeres salió de la zona portuaria y se dispersó en Broadway Station. La mayoría echó a andar hacia un banco que había en el lado del tranvía, pero Emma se internó en el metro. Joe le concedió cierta ventaja y luego la siguió, atravesando los tornos giratorios, lanzándose escaleras abajo y subiéndose a un convoy en dirección norte. El vagón estaba abarrotado y hacía muchísimo calor, pero no le quitó la vista de encima e hizo bien, pues la muchacha bajó una parada después, en South Station.

South Station era una estación de transbordo en la que convergían tres líneas de metro, dos líneas elevadas, una línea de tranvías, dos de autobuses y la que conectaba con las afueras. Nada más salir del vagón y

pisar el andén, Joe se sintió como una bola de billar: chocaba, rebotaba y volvía a chocar. La perdió de vista. No era tan alto como sus hermanos, uno de los cuales era altísimo y el otro aún más. Pero gracias a Dios tampoco era bajito, tan solo de estatura media. Se puso de puntillas y trató de atravesar la masa de esa guisa. Avanzaba más lentamente, pero pudo atisbar el cabello ni rubio ni castaño de la chica en el túnel de transbordo hacia la línea elevada de la avenida Atlantic.

Se plantó en el andén justo cuando llegaba el tren. Ella estaba dos puertas por delante de él, en el mismo vagón, cuando el convoy abandonó la estación y la ciudad se abrió frente a ellos, con sus colores, azul, marrón y rojo ladrillo, oscureciéndose ante la llegada del crepúsculo. Las ventanas de los edificios de oficinas se habían vuelto amarillas. Se encendían las farolas, manzana a manzana. El puerto sangraba desde los bordes de la línea del cielo. Emma se apoyó contra una ventanilla y Joe contempló cómo todo se desplegaba ante ella. La chica observaba inexpresiva el vagón abarrotado, como si sus ojos no se fijaran en nada pero lo registraran todo. Esos ojos eran aún más pálidos que su piel, de una palidez que recordaba a la ginebra muy fría. Tanto el mentón como la nariz eran ligeramente puntiagudos y con algunas pecas desperdigadas. Nada en ella invitaba a acercarse. Parecía estar encerrada tras su rostro frío y hermoso.

«¿Y qué tomará el señor esta mañana con su atraco?».

«Intenta no dejar marcas».

«Eso es lo que suelen decir los embusteros».

Cuando atravesaron la estación de Batterymarch y pasaron rápidamente hacia el North End, Joe miró hacia abajo, hacia ese gueto lleno de italianos —gente italiana, dialectos italianos, costumbres y comidas italianas— y no pudo evitar pensar en su hermano mayor, Danny, el poli irlandés al que le encantaba el gueto italiano, hasta tal punto que había vivido y trabajado allí. Danny era un grandullón, el tío más alto que conocía. Había sido un boxeador magnífico y un estupendo

policía, pues no conocía el miedo. Organizador y vicepresidente del sindicato policial, había acabado sufriendo el destino de todos los agentes que optaron por ir a la huelga en septiembre de 1919: perdió su empleo, sin posibilidad de reingreso, y se le negó cualquier posible trabajo relacionado con la ley en la costa Este. Eso lo destruyó. O así rezaba la historia. Acabó en un barrio negro de Tulsa, Oklahoma, que había ardido hasta los cimientos cinco años atrás en el transcurso de unos disturbios. Desde entonces, la familia de Joe solo había oído rumores acerca de sus lugares de residencia y los de su esposa, Nora: Austin, Baltimore, Filadelfia...

De pequeño, Joe adoraba a su hermano. Pero había acabado por odiarlo. En la actualidad, casi nunca pensaba en él. Pero cuando lo hacía, tenía que reconocer que echaba de menos su risa.

En el otro extremo del vagón, Emma Gould iba diciendo «Disculpe, disculpe», mientras intentaba llegar a las puertas. Joe miró por la ventanilla y vio que estaban llegando a City Square, en Charlestown.

Charlestown. No era de extrañar que no se hubiera inmutado cuando la apuntó con la pistola. En Charlestown la gente se sentaba a la mesa con su 38 y recurría al cañón para remover el café.

La siguió hasta una casa de planta y piso al final de la calle Union. Justo antes de llegar a esa casa, Emma giró a la derecha por un sendero paralelo a la edificación y, cuando Joe llegó al callejón, ya no estaba. Observó cuidadosamente el callejón, pero no había nada más que casas de planta y piso, muy parecidas entre sí, la mayoría de ellas con marcos de ventana podridos y manchas de alquitrán en el tejado. Podía haber entrado en cualquiera de ellas, pero había elegido el último caminito de la manzana. Joe supuso que la de Emma sería la de color gris azulado que tenía delante, con una doble puerta inclinada de madera que dirigía a un sótano.

Justo al lado de la casa había una verja de madera. Estaba cerrada, así que Joe se agarró a la parte superior, se incorporó y atisbo otro callejón, más estrecho que ese en el que estaba. Aparte de algunos cubos de basura, no había nada. Se dejó caer al suelo y se puso a rebuscar en el bolsillo las horquillas para el pelo que casi siempre llevaba consigo.

Medio minuto después ya estaba al otro lado de la verja y se mantenía a la espera.

No tuvo que esperar mucho. Normal a esa hora del día: la hora de la salida. Dos pares de pisadas resonaron por el callejón, dos hombres hablando del último avión que se había estrellado tratando de cruzar el Atlántico; ni rastro del piloto, un inglés, ni de los restos de la catástrofe. El avión estaba en el aire y, al cabo de un segundo, adiós muy buenas. Uno de esos hombres aporreó el mamparo y, al cabo de unos segundos, Joe le oyó decir: «El herrero».

Una de las láminas de la puerta inclinada se abrió con un chirrido y, al cabo de unos instantes, volvió a su sitio y se cerró.

Joe esperó cinco minutos, contando los segundos, y luego salió del segundo callejón y dio unos golpes en la puerta.

Se oyó una voz ahogada:

—¿Qué pasa?

—El herrero.

Hubo un ruido chirriante mientras alguien abría un pestillo y Joe levantaba una lámina de la puerta. Accedió a la escalenta y empezó a descender por ella, bajando la lámina tras él. Al final de la escalera se topó con una segunda puerta, que se abrió cuando él se disponía a hacerlo. Un sujeto viejo y calvo con una nariz de coliflor y unas venas hinchadas recorriéndole los pómulos le hizo señales de que pasara, aunque poniendo cara de pocos amigos.

Se trataba de un sótano a medio acabar con una barra de madera en mitad de un suelo de tierra. Las mesas eran barriles de madera y las sillas estaban hechas de pino barato.

Una vez junto a la barra, Joe se sentó en el extremo más cercano a la puerta, donde una mujer a la que le colgaba la grasa de los brazos cual vientres preñados le sirvió una jarra de cerveza caliente que sabía un poco a jabón y otro poco a serrín, pero no mucho a cerveza ni a alcohol de ningún tipo. Buscó a Emma Gould entre la penumbra del sótano, pero solo vio trabajadores, un par de marineros y algunas furcias. Era de ese tipo de tugurios que, en cuestiones de entretenimiento, no suelen ir mucho más allá de la típica tangana entre empleados y marineros que se armaría en cuanto se diesen cuenta de que iban escasos de zorras que repartirse.

Ella salió de la puerta que había detrás de la barra, ajustándose un pañuelo en la parte de atrás de la cabeza. Se había cambiado la blusa y la falda por un jersey de marinero de color crudo y unos pantalones de lana marrón. Recorrió la barra, vaciando ceniceros y limpiando salpicaduras, y la mujer que le había servido la cerveza a Joe se quitó el delantal y se largó por la puerta detrás de la barra.

Cuando Emma se fijó en Joe, apuntó con los ojos a la jarra casi vacía.

—¿Quieres otra?

—Pues claro.

Ella lo miró a la cara y no pareció gustarle mucho lo que vio.

—¿Quién te ha hablado de este sitio?

—Dinny Cooper.

—No sé quién es —dijo ella.

Pues ya somos dos, pensó Joe, mientras se preguntaba de dónde cojones habría sacado un nombre tan idiota. ¿Dinny? También podría haberle llamado Lunchy, ya puestos.

—Es de Everett —añadió.

Emma secó el trozo de barra que les separaba, sin darse mucha prisa para traerle la bebida.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Estuvimos currando la semana pasada en el río Mystic, en la orilla que da a Chelsea. Dragando, ¿sabes?

Ella negó con la cabeza.

—Bueno, el caso es que Dinny señaló al otro lado del río y me habló de este sitio. Dijo que teníais cerveza buena.

—Ahora sí que sé que estás mintiendo.

—¿Porque alguien dijo que teníais cerveza buena?

Se lo quedó mirando igual que en el cuarto del dinero, como si pudiera ver cómo se le curvaban los intestinos en su interior, lo rosados que eran sus pulmones y los pensamientos que se le acumulaban entre los pliegues del cerebro.

—La cerveza tampoco es tan mala —dijo él, alzando la jarra—. Ya la había probado antes, una vez. Y te juro que...

—¿Te han dicho alguna vez que tienes la cara de cemento armado? —le espetó ella.

—¿Perdón?

Decidió aparentar una resignada indignación.

—Yo no miento, señorita. Pero me puedo ir. Ahora mismo. —Se puso de pie—. ¿Qué le debo de la primera?

—Veinte centavos.

Ella extendió la mano y él le dejó las monedas en la palma, y de allí fueron a parar a los bolsillos del pantalón de hombre que llevaba.

—No lo vas a hacer.

—¿El qué? —inquirió él.

—Irte. Quieres impresionarme con eso de decir que te vas para que yo llegue a la conclusión de que eres un buen tipo y te pida que te quedes.

—Ni hablar. —Joe se encogió de hombros—. Me voy de verdad.

Ella se apoyó en la barra.

—Ven aquí.

Joe inclinó la cabeza.

Ella le hizo una señal doblando el dedo.

—Ven a aquí.

Joe apartó un par de taburetes y se apoyó en la barra.

—¿Ves a esos tipos del rincón, los que están sentados a una mesa que es un barril de manzanas?

No necesitaba darse la vuelta. Los había visto nada más llegar: eran tres. Obreros portuarios, a juzgar por su aspecto: hombros como mástiles, manos como piedras, ojos que más valía evitar.

—Los veo.

—Son primos míos. Se nota el parecido familiar, ¿verdad?

—No.

Emma se encogió de hombros.

—¿Sabes a qué se dedican?

Tenían las cabezas tan juntitas que si abrían la boca y sacaban la lengua, se rozarían la puntita.

—No tengo ni idea.

—Cuando se topan con tíos como tú que hablan de tíos como Dinny, les dan una paliza de muerte. —Emma adelantó un poco los codos sobre la barra y su cara quedó aún más cerca de la de Joe—. Y luego los arrojan al río.

A Joe le empezaban a picar las orejas y el cuero cabelludo.

—Bonito trabajo.

—Es mejor que asaltar timbas de poker, ¿verdad?

Por un instante, Joe se olvidó de cómo mover la cara.

—Di algo ingenioso —le propuso Emma Gould—. Quizás algo relacionado con el calcetín que me metiste en la boca. Tengo ganas de oír algo ingenioso y brillante.

Joe no dijo nada.

—Y mientras piensas en tus cosas —continuó Emma Gould—, piensa también en esto: nos están vigilando en este mismo momento. ¿Sabes qué pasaría si me diese un tironcillo del lóbulo de la oreja? Pues que no llegarías vivo a las escaleras.

Joe le miró el lóbulo que ella le había señalado con el rabillo del ojo. El derecho. Parecía un garbanzo, pero aún más suave. Se preguntaba cómo sería chuparlo nada más despertar.

Joe clavó la vista en la barra.

—¿Y si le doy al gatillo?

Ella siguió su mirada y vio la pistola que había entre ellos.

—Olvídate del tironcillo —dijo Joe.

Los ojos de Emma se apartaron de la pistola y recorrieron el antebrazo de Joe de manera que este pudo sentir cómo se le separaban los pelos. Emma clavó la mirada en el centro de su pecho y fue subiendo por la garganta hasta llegar al mentón. Cuando se topó con los ojos de Joe, los suyos habían ganado en hondura y plenitud, iluminados por algo que había venido al mundo mucho antes de que empezara la civilización.

—Salgo a medianoche —dijo.

LO QUE A ELLA LE FALTA

Joe vivía en el piso de arriba de una pensión del West End, a escasa distancia del bullicio de la plaza Scollay. La pensión pertenecía a la banda de Tim Hickey, que llevaba años operando en la ciudad, pero había florecido especialmente durante los seis años posteriores a la entrada en vigor de la Decimoctava Enmienda.

La primera planta solía estar ocupada por irlandeses recién bajados del barco con abarcas de lana y cuerpos canijos. Uno de los trabajos de Joe consistía en recibirlos en los muelles y llevárselos a los comedores benéficos de Hickey para que se inflaran de pan negro, sopa de pescado blanco y patatas grises. Luego se los llevaba a la pensión, donde eran archivados en habitaciones de tres en tres y se les otorgaba un colchón limpio y duro mientras su ropa era lavada en el sótano por las putas más viejas. Al cabo de una semana, más o menos, una vez habían recuperado algo de fuerza, se habían despiojado el pelo y limpiado los dientes malolientes, firmaban carnés de votante y juraban fidelidad eterna a los candidatos de Hickey en las siguientes elecciones. Luego se les soltaba, tras ser informados de los nombres y direcciones de otros emigrantes de sus mismos pueblos o condados, que solían conseguirles empleo de inmediato.

En la segunda planta de la pensión, a la que solo se podía acceder por una entrada separada, estaba el casino. La planta tercera era la de las putas. Joe vivía en la cuarta, en una habitación al final del pasillo. En ese piso había un pulcro cuarto de baño que compartía con cualquier figurón de paso por la ciudad y con Penny Palumbo, la furcia más rutilante del establo de Tim Hickey. Penny tenía veinticinco años, pero aparentaba

diecisiete, y el pelo se le ponía del color de la miel envasada cuando el sol lo atravesaba. Un tipo se había arrojado de una azotea por Penny Palumbo; otro se había tirado por la borda de un barco; un tercero, en vez de suicidarse, se había cargado a otro. A Joe le caía muy bien: era guapa y daba gusto mirarla. Pero si físicamente aparentaba diecisiete, mentalmente no superaba los diez, en opinión de Joe. Según él, en ese cerebritito solo había espacio para tres canciones y algunas vagas ideas acerca de convertirse en diseñadora de vestidos.

Algunas mañanas, dependiendo de quién bajara antes al casino, se solían llevar cafés uno al otro. Esa mañana fue ella quien le trajo café a él y ambos se sentaron junto a la ventana del cuarto, dedicándose a observar la plaza Scollay con sus toldos a rayas y sus grandes marquesinas, mientras los primeros camiones de la leche se arrastraban por Tremont Row. Penny le contó que la noche anterior una adivina le había asegurado que estaba predestinada a morir joven o a convertirse en una trinitaria pentecostal en Kansas. Cuando Joe le preguntó si le inquietaba la muerte, ella repuso que por supuesto, pero no tanto como la posibilidad de acabar en Kansas.

Cuando se marchó, Joe la oyó hablar con alguien en el pasillo, y a continuación, Tim Hickey se materializó en su umbral. Llevaba un chaleco a rayas oscuras, sin abrochar, pantalones a juego y una camisa blanca con el cuello desabotonado y sin corbata. Tim era un hombre muy pulcro con un bonito cabello blanco y la mirada triste y atónita de un cura en el corredor de la muerte.

—Señor Hickey.

—Buenos días, Joe. —Tomaba café en un vaso anticuado que captaba la luz matutina proveniente del alféizar—. ¿Te acuerdas del banco de Pittsfield?

—¿Qué pasa con él? —inquirió Joe.

—El tío al que querías ver viene los jueves, pero puedes encontrarlo casi todas las demás noches en el garito de Upham's Center. Tendrá un

sombrero Homburg encima de la barra, a la derecha de su copa. Te informará del edificio y también de la ruta de escape.

—Gracias, señor Hickey.

Hickey aceptó el agradecimiento levantando el vaso.

—Otra cosa... ¿Te acuerdas de aquel crupier del que hablamos el mes pasado?

—Carl —dijo Joe—. Sí, claro.

—Ha vuelto a la carga.

Carl Laubner, uno de los crupieres de blackjack, venía de un tugurio en el que se hacían trampas sin medida, y no había manera de convencerlo para que se las ahorrara en su nuevo puesto de trabajo, incluso cuando el jugador de turno fuese blanco al cien por cien. Por consiguiente, si se sentaba a su mesa un italiano o un griego, se cebaba con él. Como por arte de magia, Carl empezaba a sacar dieces y ases durante toda la noche, o por lo menos hasta que el sujeto indeseable abandonaba la mesa.

—Despídelo —dijo Hickey—. En cuanto aparezca.

—Sí, señor.

—Aquí no hacemos esas marranadas, ¿vale?

—Totalmente de acuerdo, señor Hickey.

—Y arregla la tragaperras doce, ¿quieres? Está un poco floja. Esto es un negocio legal, pero no una puta obra de beneficencia, ¿verdad, Joe? Joe tomó nota.

—No, señor, no lo es.

Tim Hickey dirigía uno de los pocos casinos legales de Boston, lo cual lo convertía en uno de los más populares de la ciudad, en especial para la clientela de clase alta. Tim le había enseñado a Joe que los juegos chungos servían para desplumar a un pringado dos o tres veces como mucho, antes de que el pringado en cuestión se espabilara y dejase de jugar. Tim no quería desplumar a alguien un par de veces, lo que quería era sangrarlo durante el resto de su vida. Que no paren de jugar, que no

paren de beber, le decía a Joe, y después de quedarse sin blanca, todavía te darán las gracias por quitarles un peso de encima.

Tim le dijo en más de una ocasión:

—¿La gente a la que servimos? Son visitantes de la noche. Pero nosotros vivimos en ella. Ellos alquilan lo que nosotros poseemos. Y eso significa que cuando vienen a jugar a nuestro cajón de arena, nosotros le sacamos provecho a cada grano.

Tim Hickey era uno de los tíos más listos que Joe había conocido jamás. A comienzos de la Prohibición, cuando las mafias locales respetaban los orígenes étnicos —los italianos solo se mezclaban con italianos, los judíos con judíos y los irlandeses con irlandeses—, Hickey se trataba con todo el mundo. Se alineó con Giancarlo Calabrese, que dirigía la banda Pescatore mientras el viejo Pescatore cumplía condena, y juntos empezaron a mover ron del Caribe cuando todos los demás se dedicaban al whisky. Para cuando las bandas de Detroit y Nueva York habían alcanzado el poder necesario para imponerse a todos los que querían comerciar con whisky, las bandas de Hickey y Pescatore se habían hecho con el mercado del azúcar y la melaza. El producto provenía principalmente de Cuba, cruzaba los estrechos de Florida, se convertía en ron en suelo estadounidense y partía a medianoche hacia la costa Este para ser vendido con un beneficio del ochenta por ciento.

En cuanto Tim regresó de su más reciente viaje a Tampa, se puso a hablar del trabajo fallido que le había propuesto a Joe en el almacén de muebles de Southie. Lo felicitó por haber sido lo suficientemente listo como para no trincarlo todo en la sala de contabilidad («Evitaste una guerra», le dijo) y le informó de que cuando llegara al fondo de por qué les habían dado un soplo tan peligroso, alguien iba a acabar colgado de un sitio muy alto.

Joe deseaba creerle porque la alternativa era deducir que Tim los había enviado a ese almacén porque quería iniciar una guerra con Albert White. Tim ya había sacrificado a hombres que llevaba controlando

desde la adolescencia por mejorar su posición en el mercado del ron. De hecho, era capaz de cualquier cosa. Cualquiera. No había más remedio si querías ser el rey de las bandas: todo el mundo debía ser consciente de que te habías amputado la conciencia mucho tiempo atrás.

Ahora, en el cuarto de Joe, Tim le añadió al café un chorrito de ron de su petaca y bebió un sorbo. Le ofreció la petaca a Joe, pero él negó con la cabeza. Se la volvió a guardar en el bolsillo.

—¿Por dónde has estado últimamente?

—Por aquí.

Hickey le sostuvo la mirada.

—Has salido cada noche, esta semana y la anterior. ¿Te has echado novia?

Joe pensó en mentir, pero pensó que no tenía sentido.

—Pues la verdad es que sí.

—¿Una buena chica?

—Está llena de vida. Es... —Joe no encontraba la palabra adecuada—. Es especial.

Hickey se apartó del umbral.

—Se te ha metido en la sangre, ¿eh? —Hizo como que se clavaba una jeringa en el brazo—. Ya lo veo.

Se acercó a Joe y le puso la mano en el cogote.

—No vas a tener muchas oportunidades con las que valen la pena. No se dejan ver mucho por nuestro mundo. ¿Sabe cocinar?

—Sí —afirmó Joe, aunque la verdad es que no tenía ni idea.

—Eso es importante. Da igual si lo hacen bien o mal, lo que cuenta es que se pongan. —Hickey le soltó el cogote y regresó hacia la entrada—. Habla con ese tío de lo de Pittsfield.

—Así lo haré, señor.

—Buen chico —dijo Tim antes de bajar las escaleras en dirección al despacho que tenía tras la caja fuerte del casino.

Carl Laubner acabó trabajando dos noches más hasta que Joe se

acordó de despedirlo. Últimamente se había olvidado de unas cuantas cosas, incluyendo dos citas con Hymie Drago para trasladar la mercancía del golpe de la peletería Karshman. Se había acordado, eso sí, de arreglar la máquina tragaperras y de apretarle las tuercas, pero cuando Laubner apareció esa noche para iniciar su turno, ya volvía a estar por ahí con Emma Gould.

Desde aquella noche en el garito del sótano de Charlestown, Joe y Emma habían quedado casi todas las noches. Casi todas, no todas. Las otras Emma las pasaba con Albert White, una situación que, hasta el momento, Joe había conseguido considerar simplemente molesta, pero que empezaba ya a resultarle intolerable.

Cuando Joe no estaba con Emma no podía hacer nada más que pensar en ella. Y cuando se veían, a ambos les resultaba prácticamente imposible mantener las manos alejadas del otro. Cuando estaba cerrado el garito del tío de Emma, lo utilizaban para el sexo. Cuando los padres y hermanos de ella no rondaban por el apartamento que compartían, lo utilizaban para el sexo. Sexo en el coche de Joe, sexo en su cuarto cuando la colaba a ella por la escalera de atrás. Hubo sexo en una fría colina, en una arboleda pelada con vistas al río Mystic y en una playa de un frío noviembre con vistas a Savin Hill Cove, en Dorchester. De pie, sentados, tumbados... Tanto les daba. En un interior, en el exterior, qué más da. Cuando se podían permitir el lujo de pasar toda una hora juntos, la llenaban de todas las ideas y posturas nuevas que se les acababan de ocurrir. Pero si solo disponían de unos pocos minutos, se conformaban con lo que había.

Lo que apenas hacían era hablar. Por lo menos, de nada que rebasara las fronteras de su mutua y aparentemente inagotable adicción.

Tras los pálidos ojos y la pálida piel de Emma, había algo que se sentía enjaulado. Pero no enjaulado como paso previo al deseo de salir. Enjaulado de una manera que no aspiraba a ningún tipo de compañía. La jaula solo se abría cuando ella aceptaba a Joe en su interior, y permanecía

abierta lo que duraba el acto sexual. En esos momentos, sus ojos se abrían y buscaban y él podía captar su alma y la luz roja de su corazón y los sueños que pudo haber tenido de pequeña, unos sueños que se liberaban temporalmente de la mazmorra en que moraban, con sus negras paredes y su puerta acerrojada.

Una vez salía de ella, sin embargo, la respiración volvía a su ritmo normal, y Joe veía retroceder esas sensaciones como una marea.

Pero no tenía importancia. Empezaba a intuir que se había enamorado de ella. En esos raros momentos en que la jaula se abría y a él le invitaban a entrar, Joe encontraba a una persona desesperada por confiar en alguien, desesperada por encontrar el amor, joder, desesperada por vivir. Una persona que solo necesitaba darse cuenta de que merecía arriesgarse por él para acceder a esa confianza, a ese amor, a esa vida.

No la defraudaría.

Ese invierno cumplió veinte años y supo lo que quería hacer con el resto de su vida. Quería convertirse en el único hombre en el que Emma Gould pudiese depositar toda su confianza.

Mientras avanzaba el invierno, se arriesgaron a aparecer juntos en público algunas veces. Pero solo durante las noches en que a ella le constaba que Albert White y sus principales lugartenientes estaban fuera de la ciudad, y únicamente en locales que eran propiedad de Tim Hickey o de alguno de sus socios.

Uno de esos socios era Phil Cregger, propietario del restaurante Venetian Garden, situado en el primer piso del hotel Bromfield. Ahí acudieron Joe y Emma una gélida noche que olía a nieve aunque el cielo estuviese despejado. Acababan de dejar abrigos y sombreros en el guardarropa cuando un grupo salió de la sala privada que había detrás de la cocina. Joe los reconoció por el humo de sus cigarros y la entrenada pulcritud de sus voces antes incluso de verles la cara: políticos.

Patricios, burgueses, concejales del Ayuntamiento, capitanes de bomberos, capitanes de policía y fiscales: la pandilla rutilante, sonriente y en el fondo mugrienta que mantenía encendidas las luces de la ciudad, más o menos. Los que mantenían los trenes en movimiento y los semáforos en marcha, más o menos. Los que mantenían siempre consciente al populacho de que esos servicios y mil más, grandes y pequeños, podrían acabarse —se acabarían, vamos— de no ser por su vigilancia constante.

Vio a su padre en el mismo instante en que este reparó en él. Como de costumbre, cuando llevaban cierto tiempo sin verse, el encuentro resultó violento, aunque solo fuese porque cada uno de ellos era el espejo del otro. El padre de Joe tenía sesenta años. Había engendrado a Joe muy tarde, tras haber fabricado dos hijos a una edad más respetablemente juvenil. Pero si Connor y Danny lucían la carga genética de sus dos progenitores en la cara y en el cuerpo, así como en su altura (que provenía de la rama Fennesy de la familia, proclive a la producción de varones altos), Joe era la viva imagen de su padre. La misma altura, la misma estructura corporal, la misma mandíbula poderosa, la misma nariz e idénticos pómulos marcados y ojos hundidos un poco más de lo normal, que tanto contribuían a que la gente nunca supiera lo que estaba pensando. La única diferencia entre los ojos de Joe y los de su padre era el color. Los de Joe eran azules y los de su padre verdes; el cabello del hijo era trigueño, mientras el del padre lucía el color del lino. Aparte de eso, el padre lo miraba y veía su propia juventud burlándose de él. Joe lo miraba y veía problemas de hígado y carne fofa, la Muerte al pie de su cama a las tres de la mañana, dando golpecitos en el suelo con un pie impaciente.

Tras algunos apretones de mano de despedida y alguna que otra palmada en el hombro, su padre se apartó del grupo mientras sus integrantes hacían cola para recoger el abrigo. Se plantó ante su hijo. Le extendió la mano.

—¿Qué tal te va?

Joe se la estrechó.

—No del todo mal. ¿Y a ti?

—Excelente. El mes pasado me ascendieron.

—Adjunto al inspector jefe del Departamento de Policía de Boston —dijo Joe—. Algo había oído.

—¿Y tú? ¿A qué te dedicas últimamente?

Había que conocer muy a fondo a Thomas Coughlin para distinguir en él los efectos del alcohol. Nunca se le notaba al hablar: conservaba el tono suave y firme, así como un volumen consistente, aunque se acabara de apretar media botella de buen whisky irlandés. No se le notaba en los ojos, posiblemente vidriosos. Pero si sabías dónde buscar, podías acabar encontrando cierta maldad depredadora en el brillo de su hermoso rostro, esa forma de tomarte las medidas, descubrir tus debilidades y considerar la posibilidad de aprovecharlas en su beneficio.

—Papá —entonó Joe—, te presentó a Emma Gould.

Thomas Coughlin tomó su mano y la besó en los nudillos.

—Un placer, señorita Gould. —Le hizo un gesto con la cabeza al *maître*—. La mesa del rincón, Gerard, por favor. —Les sonrió a Joe y a Emma—. ¿Os importa si me apunto? Estoy famélico.

Los tres se comieron su ensalada sin que ocurriera nada desagradable.

Thomas explicaba historias de la infancia de Joe, cuyo objetivo siempre era demostrar la audacia de su hijo, su osadía y su valor. Tal como las contaba su padre, eran perfectas para los cortometrajes cómicos de Hal Roach de la primera sesión de la tarde del sábado. Nunca explicaba cómo solían acabar esas historias: a bofetadas o a golpes de cinturón.

Emma sonreía y soltaba una risita en los momentos adecuados, pero Joe se daba cuenta de que fingía. Todos lo hacían. Joe y Thomas

aparentaban estar unidos por el amor paterno filial y Emma hacía como que no se daba cuenta de que no era así.

Tras la historia de Joe, a los seis años, en el jardín de su padre —una historia explicada tantas veces a lo largo de los años que Joe hasta sabía en qué momentos haría su padre una pausa—, Thomas le preguntó a Emma de dónde procedía su familia.

—Charlestown —dijo ella, y Joe temió advertir cierto desafío en su voz.

—No, me refiero a antes de que llegaran aquí. Es evidente que eres irlandesa. ¿Sabes dónde nacieron tus antepasados?

El camarero retiró los platos de la ensalada mientras Emma decía:

—El padre de mi madre era de Kerry, y la madre de mi padre, de Cork.

—Pues yo soy de las afueras de Cork —dijo Thomas con inusual satisfacción.

Emma tomó un sorbo de agua, pero no dijo nada: una parte de ella había desaparecido de repente. Joe ya había presenciado antes ese fenómeno; esa mujer era muy hábil a la hora de desconectarse de una situación que no le agradaba. Su cuerpo seguía allí, como algo que se hubiese dejado en la silla al huir, pero su esencia, lo que fuese que hacía a Emma ser Emma, ya no estaba.

—¿Cuál era el apellido de soltera de tu abuela?

—No lo sé —dijo ella.

—¿No lo sabes?

Emma se encogió de hombros.

—Está muerta.

—Pero es tu linaje. —Thomas estaba pasmado.

Emma volvió a encogerse de hombros. Encendió un cigarrillo. Thomas no mostró ninguna reacción, pero Joe sabía que estaba indignado. Las chicas modernas le escandalizaban a muchos niveles; no soportaba a las mujeres que fumaban, mostraban los muslos, lucían

escotes bajos y se emborrachaban en público sin vergüenza ni recato alguno.

—¿Cuánto hace que conoces a mi hijo? —sonrió Thomas.

—Unos pocos meses.

—¿Sois...?

—Papá.

—¿Joseph?

—No sabemos lo que somos aún.

En secreto, había confiado en que Emma aprovecharía la oportunidad para aclarar qué eran, de hecho, pero en vez de eso, le lanzó una mirada fugaz que preguntaba cuánto iba a durar esto, justo antes de volver a fumar y de que sus ojos, carentes de ancla, se perdieran por el gran salón.

Llegaron a la mesa los segundos platos, y los tres dedicaron los siguientes veinte minutos a comentar la calidad de la carne, de la salsa bearnesa y de la nueva moqueta que acababan de instalar en Cregger.

Durante el postre, Thomas encendió un pitillo.

—¿Y a qué te dedicas, querida?

—Trabajo en Muebles Papadikis.

—¿En qué departamento?

—Secretariado.

—¿Mi hijo trincó un sofá? ¿Fue así como os conocisteis?

—Papá —intervino Joe.

—Solo pregunto cómo os conocisteis —dijo su padre.

Emma encendió un cigarrillo y contempló el salón.

—Este sitio es de lo más ostentoso.

—Lo que pasa es que soy plenamente consciente de cómo se gana la vida mi hijo. Por eso deduzco que si has entrado en contacto con él, ha debido ser durante un delito o en algún local frecuentado por gente turbia.

—Papá —dijo Joe—, confiaba en que tuviéramos una cena agradable.

—Y así ha sido. ¿Verdad, señorita Gould?

Emma le dedicó una mirada displicente.

—¿Te han molestado mis preguntas de esta noche?

Emma lo atrapó en una de sus gélidas miradas, de esas que podían congelar una capa de alquitrán para tejados recién puesta.

—No sé qué pretende usted, pero tampoco me quita el sueño.

Thomas se reclinó en la silla y tomó un sorbito de café.

—Lo que pretendo es demostrar que eres de esa clase de tías que se lían con delincuentes, lo cual no es algo que le convenga a tu reputación. El hecho de que el delincuente en cuestión sea mi hijo es lo de menos. Lo que cuenta es que mi hijo, delincuente o no, sigue siendo mi hijo y yo albergo sentimientos paternos hacia él, sentimientos que me llevan a poner en duda su inteligencia si se lía con esa clase de mujer que se junta con delincuentes a sabiendas. —Thomas volvió a dejar la taza en el plato y le sonrió—. ¿Lo has pillado todo?

Joe se puso de pie.

—Es suficiente, nos vamos.

Pero Emma no se movió. Apoyó la barbilla en la palma de la mano y se tiró un ratito observando a Thomas, con el cigarrillo humeando junto a la oreja.

—Mi tío mencionó a un poli que tiene en nómina y que se llama Coughlin. ¿Es usted?

Le dedicó una sonrisa tan tensa como la suya y le dio una calada al cigarrillo.

—Ese tío tuyo, ¿no será el Tío Robert, al que todos llaman Bobo?

Emma le dijo que sí con un simple parpadeo.

—El agente de policía al que te refieres se llama Elmore Conklin, señorita Gould. Está destinado en Charlestown y es conocido por recoger pagos procedentes de los sobornos en locales ilegales como el de Bobo. Personalmente, casi nunca voy a Charlestown. Pero en mi nueva condición de adjunto al inspector jefe, me encantará prestarle un poco

más de atención al establecimiento de tu tío. —Thomas apagó la colilla —. ¿Te parece bien, querida?

Emma le extendió la mano a Joe.

—Tengo que ir al tocador.

Joe le dio dinero para la propina de la encargada del tocador de señoras, y tanto él como su padre la observaron mientras cruzaba el restaurante. Joe no tenía muy claro si regresaría a la mesa o si se haría con el abrigo y seguiría adelante.

Su padre se sacó el reloj de bolsillo del chaleco y lo abrió. Lo cerró con la misma rapidez y lo devolvió al bolsillo. El reloj era la posesión más preciada del viejo, un Patek Philippe de dieciocho quilates que le regaló dos décadas atrás un muy agradecido presidente de banco.

—¿Hacía falta todo esto? —le preguntó Joe.

—Yo no he empezado la pelea, Joseph, así que no critiques mi manera de acabarla.

Su padre se repantingó en el asiento y cruzó una pierna sobre la otra. Hay hombres que exhiben su poder como si fuese un abrigo que no les acaba de quedar bien o que nunca deja de picarles. Thomas lucía el suyo como si se lo hubieran hecho a medida en Londres. Supervisó el salón y saludó con un movimiento de cabeza a algunos conocidos antes de volver a plantar la mirada sobre su hijo.

—Si pensara que lo único que haces es buscarte la vida de manera poco convencional, ¿crees que me preocuparía?

—Sí —dijo Joe—. Creo que sí.

Su padre le dedicó una sonrisa blanda y un encogimiento de hombros aún más blando.

—Hace treinta y siete años que soy policía y he aprendido una cosa fundamental.

—Que el crimen no compensa —dijo Joe—, a no ser que lo cometas a nivel institucional.

Otra sonrisa blanda y un pequeño movimiento de cabeza.

—No, Joseph, no. Lo que he aprendido es que la violencia procrea. Y los críos que produce tu violencia se volverán contra ti cual cosas salvajes y estúpidas. No los reconocerás como tuyos, pero ellos a ti sí. Y te marcarán como merecedor de su castigo.

Joe ya había escuchado diferentes variaciones de ese discurso a lo largo de los años. Lo que su padre no conseguía reconocer —aparte de que se repetía a sí mismo— era que las teorías generales no sirven para las personas en concreto. Sobre todo, si la persona en cuestión decidió tiempo atrás seguir sus propias reglas y ser lo suficientemente listo como para que todos los demás las respetaran.

Joe solo tenía veinte años, pero ya sabía que él era de esa clase de personas.

Pero para complacer al viejo, a falta de un motivo mejor, preguntó:

—¿Y por qué me castigarán de nuevo tan violentos vástagos?

—Por la irresponsabilidad de su reproducción. —Su padre se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa y juntando las palmas de las manos—. Joseph.

—Joe.

—Joseph, la violencia engendra violencia. No te quepa ninguna duda. —Separó las manos y observó a su hijo—. Lo que echas al mundo siempre se volverá en tu contra.

—Vale, papá, ya me sé el catecismo.

Su padre levantó la cabeza al ver a Emma, que acababa de salir del tocador y se dirigía al guardarropa. Siguiéndola con los ojos, le dijo a Joe:

—Pero nunca se venga de manera predecible.

—No me cabe la menor duda.

—No estás seguro de nada, excepto de tu propio aplomo. La confianza que no te has ganado es siempre la más brillante. —Thomas vio como Emma le daba el recibo a la chica del guardarropa—. Parece bastante facilona.

Joe no dijo nada.

—Pero aparte de eso —siguió su padre—, no entiendo muy bien qué le ves.

—¿Porque es de Charlestown?

—Bueno, eso no ayuda —añadió su progenitor—. Su padre fue un macarra en los viejos tiempos, y su tío se ha cargado por lo menos a dos hombres, que nosotros sepamos. Podría hacer la vista gorda, Joseph, si ella no fuese tan...

—¿Tan qué?

—Está muerta por dentro, hijo. —Su padre consultó de nuevo su reloj y reprimió un bostezo—. Es tarde.

—No está muerta por dentro —dijo Joe—. Simplemente, hay algo en ella que está dormido.

—¿Y sabes qué ocurre con ese «algo»? —comentó su padre mientras Emma volvía con sus abrigos—. Que nunca se vuelve a despertar, hijo.

Por la calle, de camino al coche, Joe dijo:

—¿Tanto te habría costado mostrarte un poco más...?

—¿Un poco más qué?

—Interesada en la conversación. Ser un poco más sociable, ¿no?

—Siempre que estamos juntos —dijo ella—, lo único de lo que hablas es de lo mucho que odias a ese hombre.

—¿Eso es lo único de lo que hablo?

—Más o menos.

Joe negó con la cabeza.

—Yo nunca he dicho que odiara a mi padre.

—En ese caso, ¿qué es lo que querías decir?

—Que no congeniamos. Que nunca nos hemos llevado bien.

—¿Y eso a qué se debe?

—A que somos la hostia de iguales.

—O a que le odias.

—No le odio —afirmó Joe, plenamente consciente de que era cierto, pese a todo.

—Pues entonces tal vez deberías ir a su casa esta noche a que te dé unas palmaditas en el hombro.

—¿Qué?

—El tipo se queda ahí sentado, mirándome como si yo fuese una mierda. Me pregunta por la familia como si supiera perfectamente que no valíamos nada ni en el Viejo Continente. Y me llama «querida», ¡joder! —Se quedó plantada en la acera, temblando bajo los primeros copos de nieve que empezaban a caer desde la lejana negrura del cielo. Las lágrimas de la voz se le trasladaron a los ojos hasta desbordarlos—. No somos personas. No somos respetables. No somos más que los Gould de la calle Union. Chusma de Charlestown. Somos los que hacemos los bordados de vuestras putas cortinas.

Joe levantó las manos.

—¿A qué viene esto?

Intentó abrazarla y ella dio un paso atrás.

—No me toques.

—Vale.

—De acuerdo, todo viene de toda una vida recogiendo la chistera y los abrigo de gente como tu padre. Gente que, que, que... Que confunde tener suerte con ser mejor. No somos menos que vosotros. No somos gentuza.

—Yo no he dicho que lo fueseis.

—Pero él sí.

—No.

—Yo no soy una mierda —susurró Emma, con la boca medio abierta ante la noche y la nieve mezclándose con las lágrimas que le caían mejillas abajo.

Joe extendió los brazos y se acercó a ella.

—¿Puedo?

Emma se dejó abrazar, pero mantuvo los brazos muertos. Él la atrajo hacia sí y ella lloró contra su pecho mientras él insistía repetidas veces en que no era una mierda, en que no era menos que nadie y en que él la quería, la quería.

Al cabo de un rato, yacían en la cama mientras húmedos y espesos copos de nieve se arremolinaban en las ventanas como polillas.

—Ha sido un momento de debilidad —dijo ella.

—¿El qué?

—Lo de la calle. He sido débil.

—No has sido débil. Has sido sincera.

—Yo no lloro delante de la gente.

—Conmigo te lo puedes permitir.

—Dijiste que me querías.

—Sí.

—¿Y es verdad?

Joe contempló sus ojos claros, claros.

—Sí.

Al cabo de un minuto, Emma dijo:

—Yo no puedo decir lo mismo.

Joe se dijo que eso no equivalía a decir que no lo sentía.

—Vale.

—¿De verdad te vale? Porque hay tíos que necesitan oírlo.

¿Tíos? ¿Cuántos tíos le habrían dicho que la amaban?

—Soy más fuerte que ellos —dijo Joe, deseando que así fuera.

La ventana repicó bajo los fuertes aguaceros de febrero, sonó una sirena antiniebla y allá abajo, en la plaza Scollay, varias bocinas dieron rienda suelta a su rabia.

—¿Qué es lo que quieres? —le preguntó Joe.

Ella se encogió de hombros, se mordió una uña y recorrió el cuerpo de su amante con la vista hasta llegar a la ventana.

—Quisiera que no me hubieran pasado un montón de cosas. —¿Qué cosas?

Emma negó con la cabeza y se apartó de él.

—Y sol —farfulló al cabo de un rato, con los labios hinchados por el sopor—. Quiero mucho, muchísimo sol.

LA TERMITA DE HICKEY

En cierta ocasión, Tim Hickey le dijo a Joe que, a veces, los errores más pequeños son los que arrojan la sombra más alargada. Joe se preguntaba qué diría Tim si lo viese perdido en fabulaciones estando al volante del coche de la huida, aparcado a la entrada de un banco. Bueno, puede que no fuese fabular; digamos más bien obsesionarse. Con la espalda de una mujer. Más concretamente, con la espalda de Emma. Con la marca de nacimiento que había visto ahí. Lo más probable era que Tim, esta vez, le dijera que son los errores más garrafales los que proyectan las mayores sombras, pedazo de capullo.

Otra cosa que a Tim le gustaba mucho repetir era que cuando una casa se desmorona, la primera termita que le dio un bocado es tan culpable como la última. Joe no lo acababa de pillar: la primera termita llevaría muerta mucho tiempo cuando la última clavara sus dientes en la madera, ¿no? Cada vez que Tim formulaba la analogía, Joe tomaba la decisión de averiguar las expectativas de vida de las termitas, pero luego se olvidaba del asunto hasta que Tim volvía a sacarlo a colación, generalmente cuando estaba borracho y la conversación languidecía, consiguiendo que a todos los que compartían la mesa se les pusiera la misma cara: ¿ya estamos otra vez con las putas termitas?

Tim Hickey se cortaba el pelo una vez a la semana en Aslem's, en la calle Charles. Un martes, algunas de sus guedejas de pelo se le metieron en la boca cuando le dispararon en la nuca de camino a la silla de la barbería. Se desplomó sobre las baldosas a cuadros mientras la sangre le caía de la punta de la nariz y el asesino emergía de detrás de los abrigos colgados, tembloroso y con los ojos como platos. El perchero fue a parar

al suelo y uno de los barberos dio un salto de sorpresa. El asesino pasó por encima del cadáver de Tim Hickey y, tras saludar a los testigos a cabezazos, como si se sintiera avergonzado, salió de allí.

Cuando Joe se enteró estaba en la cama con Emma. Tras colgar el teléfono, se lo contó a la chica mientras ella se incorporaba. La muchacha se lió un cigarrillo y contempló a Joe mientras lamía el papel de fumar — siempre lo hacía en ese preciso momento—, y luego lo encendió.

—¿Le tenías aprecio? A Tim.

—No lo sé —dijo Joe.

—¿Cómo que no lo sabes?

—Ni lo apreciaba ni lo dejaba de apreciar, intuyo.

Tim había encontrado a Joe y a los hermanos Bartolo cuando eran unos críos que se dedicaban a prender fuego a los quioscos. Una mañana, aceptaron dinero del *Globe* para incendiar un puesto de venta del *Standard*. Al día siguiente, pillaron pasta del *American* para quemar el *Globe*. Tim los contrató para prender fuego al 51 Café. De ahí ascendieron a desvalijadores domésticos de última hora de la tarde en Beacon Hill, donde las señoras de la limpieza o los operarios a sueldo de Tim se habían encargado de dejar abiertas las puertas traseras. Cuando se encargaban de algún trabajillo para Tim, este les asignaba un sueldo, pero si trabajaban por su cuenta, le pasaban su diezmo y se quedaban el botín. Sí, Tim había sido un gran jefe.

Por otro lado, también lo había visto estrangular a Harvey Boule, eso sí. Lo había hecho por opio, por una mujer o por un pointer alemán de pelo corto: nunca había oído al respecto más que rumores. La cosa es que Harvey había entrado en el casino y se había puesto a hablar con Tim hasta que este arrancó el cable eléctrico de una de aquellas lámparas verdes modelo banquero y le hizo un nudo en el cuello. Harvey era un tipo grandullón y arrastró a Tim por el suelo del casino durante cosa de

un minuto, mientras todas las putas se ponían a cubierto y todos los matones de Hickey apuntaban con sus armas al grandullón. Joe vio en los ojos de Harvey Boule el reconocimiento de que no tenía nada que hacer: aunque consiguiera que Tim dejase de estrangularlo, sus secuaces le vaciarían encima cuatro revólveres y una automática. Cayó de rodillas y se cagó encima con un fuerte sonido a cuesco. Acabó tumbado boca abajo, agonizando mientras Tim le clavaba la rodilla entre los omóplatos e iba recogiendo el cable sobrante en torno a una mano. Retorció y tiró lo más fuerte que pudo mientras Harvey pataleaba con tanta energía que le salieron disparados los zapatos.

Tim chasqueó los dedos. Uno de sus matones le pasó una pistola y él se la puso a Harvey en la oreja. Una puta dijo: «Ay, Señor», pero Tim apretó el gatillo de todas formas y a Harvey se le pusieron los ojos atónitos y confusos y soltó el último suspiro contra el suelo de imitación oriental. Tim se sentó sobre el espinazo de Harvey y le devolvió el arma a su esbirro. Luego le echó un vistazo al perfil del hombre que acababa de matar.

Joe nunca había visto morir a nadie. Hacía menos de dos minutos, Harvey le había pedido a la chica que le había traído el Martini que le averiguara el resultado del partido de los Sox. Y le dio una buena propina. Miró la hora en su reloj y se lo volvió a meter en el chaleco. Tomó un sorbo del Martini. No habían pasado ni dos minutos y... joder, ¿ya no estaba? ¿Y adonde había ido? Nadie lo sabía. Hacia Dios, hacia el diablo, al purgatorio; o aún peor: puede que a ninguna parte. Tim se puso de pie, se arregló el cabello blanco como la nieve y señaló de manera imprecisa hacia el encargado del casino.

—Una ronda para todos. Paga Harvey.

Dos o tres personas se rieron, pero la mayoría de los presentes parecían a punto de vomitar.

Harvey no era el único al que Tim había matado o mandado asesinar durante los últimos cuatro años, pero sí era el primero que Joe veía morir.

Y ahora le había tocado al propio Tim. Se había largado. No iba a volver. Como si nunca hubiese existido.

—¿Alguna vez has visto matar a alguien? —le preguntó a Emma.

Ella le devolvió la mirada brevemente, y luego siguió fumando su cigarrillo y mordiéndose una uña.

—Sí.

—¿Adonde crees que van?

—A la funeraria.

Joe se la quedó mirando fijamente hasta que ella esbozó su sonrisita habitual, mientras los rizos le colgaban ante los ojos.

—Creo que no van a ninguna parte —dijo.

—Yo también empiezo a pensarlo —dijo Joe.

Se incorporó y le dio un beso muy fuerte, que ella le devolvió con la misma vehemencia. Emma cruzó los tobillos en torno a la espalda de Joe. Le pasó la mano por el pelo y se acabó el cigarrillo. Él la observó, sintiendo que si dejaba de hacerlo se perdería algo, algo importante que tendría lugar en su rostro, algo que él nunca olvidaría.

—¿Y si no hay nada después? ¿Y si esto —se pegó más a él— es todo lo que hay?

—A mí me gusta —respondió él.

Y ella se echó a reír.

—Y a mí también.

—¿En general? ¿O conmigo?

Emma apagó el cigarrillo. Le cogió el rostro entre las manos al besarle. Se meció hacia delante y hacia atrás.

—Contigo.

Pero él no era el único con el que lo hacía, ¿verdad?

Seguía estando Albert. Siempre Albert.

Al cabo de un par de días, en la sala de billar contigua al casino, Joe

estaba jugando a solas cuando Albert White hizo acto de presencia con la confianza típica del que está acostumbrado a que le aparten los obstáculos antes de poder tropezar con ellos. Caminando a su lado, se encontraba su esbirro número uno, Brenny Loomis, mirando fijamente a Joe como lo había mirado desde el suelo de la sala de juego.

El corazón de Joe se dobló en torno a la hoja de una navaja.

Y se paró.

—Tú debes de ser Joe —le dijo Albert White.

Joe se obligó a moverse y estrechó la mano que le tendía Albert.

—Joe Coughlin, sí, señor. Encantado de conocerle.

—Me gusta ponerles cara a los nombres.

Albert meneaba la mano como si manejara una bomba de agua.

—Claro que sí.

—Este es Brendan Loomis —dijo Albert—, un amigo mío.

Joe estrechó la mano de Loomis, que era igual que meter la suya entre dos coches en pleno choque. Loomis inclinó la cabeza y sus ojillos castaños recorrieron todo el rostro de Joe. Cuando recuperó la mano, tuvo que resistir la necesidad de escurrírsela. Loomis, por su parte, se secaba su propia mano con un pañuelo de seda, sin mover ni un músculo de la cara. Apartó los ojos de Joe y se puso a supervisar el salón como si tuviera planes concretos para él. Era bueno con la pistola, decían, y magnífico con la navaja, pero solía acabar con la mayoría de sus víctimas a puñetazos.

—Yo te he visto antes, ¿verdad? —dijo Albert.

Joe registró su rostro en busca de alguna señal de regocijo.

—No creo.

—Pues yo sí. Bren, ¿tú has visto antes a este tío?

Brenny Loomis agarró la bola nueve y se puso a examinarla.

—No.

Joe experimentó un alivio tan supremo que temió perder el control de sus esfínteres.

—El Cordón del Zapato. —Albert chasqueó los dedos—. A veces rondas por ahí, ¿verdad?

—Pues sí —reconoció Joe.

—Eso es, eso es. —Albert le dio una palmada en el hombro—. Ahora este sitio lo controlo yo. ¿Sabes qué significa eso?

—No, la verdad.

—Pues significa que vas a tener que desalojar la habitación en la que has estado viviendo. —Albert levantó el dedo índice—. Pero no quiero que pienses que te estoy poniendo en la calle.

—Vale.

—Es solo que este garito está muy bien. Y tenemos un montón de ideas para él.

—Por supuesto.

Albert le puso la mano en el brazo a Joe, justo por encima del codo. El anillo de boda le brillaba bajo la luz. Era de plata. Con un grabado de serpientes célticas. Y un par de diamantes también, pequeñitos.

—Piensa en cómo quieres ganarte la vida, ¿vale? Tú piénsalo bien. Tómate tu tiempo. Pero hay algo que debes tener muy claro: no puedes trabajar por tu cuenta. En esta ciudad, no. Ya no.

Joe apartó la vista del anillo nupcial y de la mano que tenía en el brazo y la clavó en los amistosos ojos de Albert White.

—No tengo la menor intención de trabajar por mi cuenta, señor. Yo siempre he rendido tributo a Tim Hickey, a las duras y a las maduras.

Albert White puso cara de que no le gustaba oír el nombre de Tim Hickey en un local que ahora era suyo. Le dio unos golpecitos en el brazo a Joe.

—Sé que lo hacías. Y también sé que trabajabas bien. De maravilla. Pero nosotros no hacemos negocios con gente marginal. ¿Y qué es un empleado independiente? Pues un sujeto marginal. Estamos construyendo un gran equipo, Joe, te lo prometo, un equipo asombroso.

Se sirvió un trago de la botella personal de Tim, sin ofrecerle a

nadie. Se lo llevó hasta la mesa de billar, se encaramó ligeramente en ella y contempló a Joe.

—Te voy a ser muy sincero. Tú eres demasiado listo para las cosas que haces. Trabajas por cuatro chavos con un par de italianos tontos... Entiéndeme, son grandes amigos tuyos, sin duda alguna, pero son idiotas y chapuceros y estarán muertos antes de cumplir los treinta. ¿Y tú? Tú puedes seguir por el sendero por el que vas. Sin compromisos, pero sin amigos. Una casa, pero no un hogar. —Se deslizó de la mesa de billar—. Si no quieres un hogar, no pasa nada. Te lo prometo. Pero no podrás hacer nada dentro de los límites de la ciudad. Si quieres ver si hay algo que rascar en South Shore, adelante. O puedes intentarlo en North Shore, si no se te cepillan los italianos en cuanto te localicen. Pero ¿en la ciudad? —Señaló el suelo—. Esto ahora está organizado, Joe. No hay tributos ni diezmos, solo empleados. Y jefes. ¿Hay algo que no te haya quedado claro?

—No.

—¿He sido impreciso?

—No, señor White.

Albert White se cruzó de brazos y asintió, luego se miró los zapatos.

—¿Tienes algo preparado? ¿Algunos trabajillos de los que yo me deba enterar?

Joe se había gastado hasta el último centavo de Tim Hickey en pagar al tipo que le había proporcionado la información necesaria para el golpe de Pittsfield.

—No —dijo—. No hay nada previsto.

—¿Necesitas dinero?

—¿Cómo dice, señor White?

—Dinero.

Albert se metió en el bolsillo la mano que había recorrido el vello púbico de Emma. Que lo había acariciado. Extrajo dos billetes de veinte del fajo y se los plantó a Joe en la palma de la mano.

—No es bueno pensar con el estómago vacío.

—Gracias.

Albert le dio a Joe una palmadita en la mejilla con esa misma mano.

—Espero que todo acabe bien.

—Podríamos irnos —dijo Emma.

—¿Irnos? —preguntó Joe—. ¿Los dos juntos?

Estaban en el dormitorio de ella a media mañana, el único momento en que no rondaban por ahí las tres hermanas, los tres hermanos, la madre amargada y el padre enfadado.

—Podríamos irnos —repitió ella, como si no se lo acabase de creer.

—¿Y adonde iríamos? ¿De qué viviríamos? Los dos juntos, ¿no?

Emma no dijo nada. Era la segunda vez que le hacía esa pregunta y la segunda que ella la ignoraba.

—No sé muy bien de qué va lo del trabajo honrado —dijo ella.

—¿Y quién ha dicho que tenga que ser honrado?

Joe paseó la mirada por la deprimente habitación que Emma compartía con dos de sus hermanas. El papel pintado se había despegado en torno a la ventana, que tenía dos vidrios rajados. Podían ver reflejada su propia respiración.

—Deberíamos irnos bien lejos —dijo Joe—. Nueva York es una ciudad cerrada. Filadelfia también. Olvídate de Detroit. Chicago, Kansas City, Milwaukee... Todo eso está cerrado para alguien como yo, a no ser que me apunte de matón en una pandilla.

—Pues vámonos al Oeste, como se solía decir. O hacia el sur. —Le clavó la nariz en el cuello y respiró hondo, mientras parecía ponerse tierna—. Necesitaremos dinero para resistir.

—Contamos con el trabajito del sábado. ¿Estás libre el sábado?

—¿Para irnos?

—Exacto.

—El sábado por la noche tengo que ver a Quien Tú Ya Sabes.

—Que le jodan.

—Pues sí —repuso ella—. En eso consiste la cosa.

—No, quiero decir que...

—Ya te he entendido.

—Ese tío es malo de cojones —le dijo Joe con la vista fija en su espalda, en esa marca de nacimiento del color de la arena mojada.

Emma lo miró con una leve decepción, y era precisamente esa levedad lo que a Joe se le antojaba más displicente.

—No, no lo es.

—¿Ahora sales en su defensa?

—Lo que te digo es que no es un mal tipo. No es mi hombre. No es alguien al que quiera o admire ni nada por el estilo. Pero no es malo. No simplifiques tanto las cosas.

—Se cargó a Tim. O hizo que lo mataran.

—¿Y Tim cómo se ganaba la vida? ¿Repartiendo pavos entre los huérfanos?

—No, pero...

—Pero ¿qué? Nadie es bueno, nadie es malo. Todo el mundo se busca la vida. —Encendió un cigarrillo y meneó la cerilla hasta que quedó negra y humeante—. Deja de juzgar a la gente, joder.

Joe no podía dejar de mirar la marca de nacimiento, de ver cómo se perdía en la arena, de frotarla con el dedo.

—O sea, que piensas ir a verle.

—No empieces. Si de verdad nos vamos de la ciudad, entonces...

—Claro que nos vamos de la ciudad. —Joe saldría del país si eso implicara que ningún otro hombre la volvería a tocar jamás.

—¿Adonde?

—A Biloxi —dijo él, dándose cuenta mientras lo hacía de que tampoco era tan mala idea—. Tim tenía muchos amigos por allí. Tipos a los que ya conozco. Gente del ron. Albert se trae el material de Canadá.

Lo suyo es el whisky. Así pues, si llegamos a la costa del Golfo, Biloxi, Mobile, puede incluso que Nueva Orleans, si nos liamos con la gente adecuada, tal vez nos vaya bien. Eso es territorio de ron.

Emma se lo pensó unos instantes, con la marca de nacimiento haciendo olas cada vez que se estiraba en la cama para echar la ceniza en el cenicero.

—Se supone que tengo que verle para la inauguración de ese nuevo hotel. El de la calle Providence, ¿sabes?

—¿El Statler?

Emma asintió.

—Parece que habrá una radio en cada habitación. Y que el mármol viene de Italia.

—¿Y?

—Y si acudo a la inauguración, estará con su mujer. Solo quiere que aparezca para... Yo qué sé... A lo mejor le excita verme con la parienta colgada del brazo. Y después de eso, sé seguro que se va a Detroit unos días para hablar con unos nuevos proveedores.

—¿Así pues?

—Así pues, dispondremos de un tiempo muy necesario. Para cuando vuelva a por mí, le llevaremos tres o cuatro días de ventaja.

Joe lo meditó unos instantes.

—No está mal pensado —concluyó.

—Ya lo sé —dijo ella con otra sonrisa—. ¿Te ves capaz de ponerte guapo y aparecer por el Statler el sábado? ¿A eso de las siete, digamos?

—Por supuesto.

—Pues nos vamos —dijo Emma, mirándolo por encima del hombro—. Pero deja de decir que Albert es un mal bicho. Mi hermano tiene trabajo gracias a él. Y el invierno pasado le regaló un abrigo a mi madre.

—Vale, de acuerdo.

—No quiero discutir.

Y Joe tampoco. Cada vez que lo hacían, perdía y acababa

disculpándose por cosas que ni tan siquiera había hecho ni pensado hacer, si es que no acababa disculpándose por no haber hecho ciertas cosas ni haber pensado en hacerlas. Acababa con la cabeza como un bombo.

Le dio un beso en el hombro a Emma.

—No vamos a discutir.

Y ella le dedicó un contundente pestañeo.

—Bien.

Tras atracar el First National de Pittsfield, Dion y Paolo saltaron al coche y Joe lo estrelló contra la farola más cercana porque no había dejado de darle vueltas a la marca de nacimiento. A su color de arena mojada y al modo en que se movía entre los omóplatos cuando Emma lo miraba y le decía que podía llegar a amarle, de la misma forma que cuando le decía que Albert White tampoco era tan mal tipo. No, si el viejo Albert era una puta joya. Amigo de la gente normal, capaz de comprarle un abrigo de invierno a tu madre siempre que tú usaras tu cuerpo para mantenerlo caliente a él. La marca de nacimiento adoptaba la forma de una mariposa, pero afilada y desigual en los extremos. Joe pensaba que esa definición también era aplicable a Emma, y luego se decía que más le valía no seguir por ahí, que esa misma noche se iban de la ciudad con todos los problemas resueltos. Ella lo quería. ¿No era eso lo que importaba? Todo lo demás se iba a quedar en el espejo retrovisor. Lo que fuese que Emma Gould poseía, Joe lo quería para desayunar, comer, merendar y cenar. Lo quería para el resto de su vida: las pecas en el cuello y en el puente de la nariz, el estertor que le salía de la garganta cuando acababa de reír, la manera en que convertía *cuatro* en una palabra de tres sílabas.

Dion y Paolo salieron del banco a la carrera.

Saltaron a la parte de atrás del coche.

—Arranca —dijo Dion.

Un tío alto y calvo, con camisa gris y tirantes negros, salió del banco

armado con una porra. Una porra no era una pistola, pero podía hacer daño si el tipo se acercaba lo suficiente.

Joe puso la primera marcha con el filo de la mano y le dio al acelerador, pero el coche se fue hacia atrás en vez de hacia adelante. Cinco metros hacia atrás. Al tipo de la porra se le pusieron los ojos como platos por la sorpresa.

—¡Joder, joder! —gritó Dion.

Joe le dio al freno y al embrague. Quitó la marcha atrás y volvió a primera, pero no se libraron de la farola. No fue un gran impacto, solo una experiencia bochornosa. El paleta de los tirantes se pasaría el resto de la vida explicándoles a su mujer y a sus amigos que había asustado a tres matones de tal manera que habían dado marcha atrás para alejarse de él.

Cuando el coche tiró hacia adelante, los neumáticos levantaron polvo y guijarros del suelo y se lo arrojaron todo a la cara al tipo de la porra. A esas alturas, ya había otro sujeto delante del banco. Vestía camisa blanca y pantalones marrones. Extendía el brazo. Joe le vio por el retrovisor y, por un instante, no entendió qué estaba haciendo. Hasta que lo vio claramente.

—Agachaos —dijo.

Dion y Paolo se agacharon en el asiento de atrás. Al tipo se le volvió a menear el brazo, tres o cuatro veces, y uno de los retrovisores exteriores se hizo añicos, sembrando el suelo de cristales.

Joe torció por la calle East y dio con el callejón que habían descubierto la semana pasada, giró a la izquierda para enfilarlo y no levantó el pie del acelerador. A lo largo de varias manzanas, condujo en paralelo a las vías del tren que había tras las fábricas. A esas alturas ya podían dar por hecho que la policía estaba al corriente del asunto, aunque aún no habían tenido tiempo de colocar barreras ni nada. Lo que sí podían hacer era seguir las marcas de los neumáticos por el camino de tierra que había a la salida del banco e intuir, aproximadamente, la dirección que

habían tomado los atracadores.

Esa mañana habían robado tres coches, los tres en Chicopee, a unos cien kilómetros al sur. Se habían hecho con el Auburn en el que ahora estaban, así como con un Colé negro de ruedas peladas y un Essex Coach de 1924 con un motor ruidoso.

Joe cruzó la vía férrea y recorrió un par de kilómetros más junto al lago Silver hasta llegar a una fundición que se había quemado años atrás: sus restos calcinados se alzaban a la derecha, en un campo lleno de hierbajos y raíces. Ambos coches les estaban esperando cuando Joe aparcó en la parte de atrás del edificio, donde hacía tiempo que ya no quedaba pared, junto al Colé. Salieron los tres del Auburn.

Dion agarró a Joe por las solapas del abrigo y lo emplastó contra el capó del Auburn.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa?

—Ha sido un error —dijo Joe.

—Lo de la semana pasada sí que fue un error —atacó Dion—. Lo de ahora ya es una puta costumbre.

Joe no se veía capaz de llevarle la contraria. Aun así, le dijo:

—Quítame las manos de encima.

Dion le soltó las solapas. Respiró hondo por la nariz y señaló a Joe con un dedo bien tieso.

—La estás cagando.

Joe se hizo con sombreros, pañuelos y pistolas y lo metió todo en una bolsa junto al dinero. Luego dejó la bolsa en la parte de atrás del Essex Coach.

—Ya lo sé.

Dion extendió sus manos rollizas.

—Somos socios desde críos, pero esto no pita.

—Ya —reconoció Joe, pues no le servía de nada negar lo evidente.

Los coches de policía —cuatro en total— aparecieron atravesando un muro de hierbajos marrones situado en un extremo del campo que

había detrás de la fundición. Los hierbajos eran del mismo color que el lecho de un río y medían dos o tres metros. Los coches patrulla los chafaron, revelando tras ellos un pequeño campamento de tiendas de campaña. Una mujer, envuelta en un chal gris, y su bebé se inclinaron sobre un fuego recién encendido, tratando de conservar el poco calor que les quedaba.

Joe se subió de un salto al Essex Coach y salió de allí. Los hermanos Bartolo le adelantaron en su Colé, pegando un resbalón al tropezar con un trozo de tierra roja reseca, que salió disparada hacia el parabrisas de Joe, dejándolo perdido. Joe se asomó a la ventanilla para limpiarlo con el brazo izquierdo mientras seguía conduciendo con el derecho. El Essex iba pegando saltos por el terreno irregular cuando algo le arrancó un trozo de oreja. Cuando volvió a meter la cabeza dentro del vehículo, podía ver mejor lo que tenía delante, pero le caía sangre de la oreja y se le colaba por el cuello de la camisa, hacia el pecho.

Una serie de pings y bangs azotaron la ventana trasera. Sonaba como si alguien arrojara monedas a un tejado de hojalata, hasta que el vidrio explotó y una bala se incrustó en el salpicadero. Apareció un coche patrulla a la izquierda de Joe, y luego otro a la derecha. El de la derecha transportaba en el asiento trasero a un poli que, después de apoyar bien el cañón de una Thompson en el marco de la ventanilla, abrió fuego. Joe apretó el freno con tal fuerza que los muelles de acero del asiento se le clavaron en las costillas. Las ventanillas del otro lado explotaron. A continuación, el parabrisas. El salpicadero se convirtió en un montón de astillas que cayeron sobre Joe y los asientos delanteros.

El coche patrulla de la derecha intentó frenar mientras giraba hacia Joe. Se levantó de un lado y salió disparado como si se hubiera cruzado con un huracán. Joe tuvo tiempo de verlo aterrizar de lado antes de que el otro coche le golpeara por detrás y apareciese entre los matojos un pedrusco, justo antes de una arboleda.

La parte delantera del Essex se hundió, y el resto del vehículo pegó

un brinco hacia la derecha, con Joe todavía dentro. No tuvo conciencia de haber salido disparado del coche hasta que se dio contra un árbol. Se quedó ahí tirado un buen rato, cubierto de esquivras y pinaza, pringado en su propia sangre. Pensó en Emma y en su padre. El bosque olía a pelo quemado, por lo que revisó el vello de sus brazos y el cabello de la cabeza, pero no le había pasado nada. Se quedó sentado entre la pinaza, esperando que le detuviese la policía de Pittsfield. Corría humo entre los árboles. Un humo negro, aceitoso y no excesivamente espeso. Deambulaba entre los troncos de los árboles como si estuviera buscando a alguien. Al cabo de un rato, Joe se dio cuenta de que quizá la policía no iba a aparecer.

Cuando se levantó y dejó atrás el Essex destrozado, no vio por ningún lado el segundo coche patrulla. Podía ver el primero, desde el que le habían ametrallado: yacía volcado en el campo, a unos buenos siete metros de donde lo había visto saltar por última vez.

Tenía las manos cortadas por los trozos de cristal que flotaban por el coche. Las piernas le respondían. La oreja le seguía sangrando. Encontró intacta una ventanilla del Essex y contempló su reflejo en el vidrio, y entendió por qué: se había quedado sin el lóbulo izquierdo. Parecía que se lo hubieran cortado con una navaja de barbero. Más allá de su propio reflejo, vio la bolsa de cuero con el dinero y las armas. La puerta no se abrió a la primera y tuvo que arrearle con ambos pies, aunque era difícil pensar que eso era una puerta. Tiró fuerte de ella, tan fuerte que acabó con náuseas y mareo. Justo cuando estaba llegando a la conclusión de que más le valdría hacerse con una piedra, la puerta se abrió con un gruñido.

Se hizo con la bolsa y se alejó del campo, internándose en el bosque. Fue a parar junto a un árbol pequeño y seco que estaba en llamas, con sus dos ramas más grandes torcidas hacia la bola de fuego del centro, como un hombre que intenta apagar a manotazos su cabeza ardiente. Un par de aceitosas huellas de neumáticos negros aplastaban los matojos que tenía delante, y algunas hojas quemadas revoloteaban en el aire. Encontró

otro árbol quemado y un pequeño matorral, mientras las negras huellas de neumáticos se hacían más negras y más aceitosas. Al cabo de unos cincuenta metros, llegó a una laguna. Salía vapor de los extremos, que recorría la superficie del agua. Al principio no entendió muy bien lo que veía. El coche patrulla que le había golpeado había entrado ardiendo en el agua, y ahora estaba en mitad de la laguna, con el agua a la altura de las ventanillas y el resto calcinado: en el techo aún bailaban algunas llamas azuladas y grasientas. Los cristales habían explotado. Los agujeros causados en la parte de atrás por la Thompson parecían latas de cerveza aplastadas. El conductor tenía medio cuerpo fuera del coche. Lo único que no se le habían ennegrecido eran los ojos, cuya blancura destacaba entre sus restos achicharrados.

Joe entró en la laguna hasta situarse junto al lado del copiloto del coche patrulla, con el agua por la cintura. No había nadie más ahí dentro. Metió la cabeza por la ventanilla del copiloto, aunque eso representara acercarse en exceso al cuerpo. El cadáver frito del conductor irradiaba ondas de calor. Joe se apartó del coche, seguro de haber visto a dos polis en su interior mientras conducían por el campo. Captó un nuevo hedor a carne asada y bajó la cabeza.

El otro poli yacía en la laguna, a sus pies. Estaba boca arriba, con el costado izquierdo tan negro como el de su compañero y el derecho retorcido, pero aún de color blanco. Tendría la edad de Joe, o puede que un año más. Su brazo derecho apuntaba hacia arriba. Probablemente, lo había usado para salir del coche en llamas y se cayó al agua de espaldas, quedándose así al morir.

Pero seguía pareciendo que señalaba a Joe y le transmitía un mensaje muy claro: ESTO LO HAS HECHO TÚ.

Tú. Nadie más. Nadie que esté vivo, por lo menos.

Tú eres la primera termita.

UN AGUJERO EN EL CENTRO DE LAS COSAS

De vuelta en la ciudad, Joe se deshizo del coche que había robado en Lenox y lo substituyó por un Dodge 126 que encontró aparcado en la calle Pleasant, en Dorchester. En él se desplazó hasta la calle K en South Boston y se quedó plantado ante la casa en la que había crecido mientras reflexionaba sobre las opciones que tenía a su alcance. No había muchas. Para cuando se hiciera de noche, lo más probable es que ya no le quedara ninguna.

Salía en todas las últimas ediciones:

MUEREN TRES POLICÍAS DE PITTSFIELD
(The Boston Globe)

TRES POLICÍAS BRUTALMENTE ASESINADOS
(The Evening Standard)

MATANZA DE POLICÍAS
(The American)

Los dos hombres que Joe había encontrado en la laguna habían sido identificados como Donald Belinski y Virgil Orten. Ambos casados. Orten tenía dos hijos. Tras observar unos instantes sus fotos, Joe llegó a la conclusión de que Orten era el que conducía el coche y Belinski el que le señalaba con el dedo desde el agua.

Sabía que el auténtico motivo de su muerte era que uno de sus

colegas había sido lo suficientemente imbécil como para disparar con una puta ametralladora desde un coche que iba dando saltos por un terreno irregular. Lo sabía. También era consciente de ser una de las termitas de Hickey, y de que Donald y Virgil nunca habrían acabado así si él y los hermanos Bartolo no hubiesen aparecido por su pequeña ciudad a robar uno de sus pequeños bancos.

El tercer poli muerto, Jacob Zobe, era un patrullero de caminos que había parado un coche en un extremo del bosque estatal de October Mountain. Le habían disparado una bala en el estómago, lo cual le obligó a doblarse, y otra en lo alto del cráneo, que es la que acabó con él. El asesino o asesinos le aplastaron el tobillo al salir huyendo, partiéndole el hueso por la mitad.

Ese tiroteo recordaba a Dion. Así era como peleaba: le atizaba a un tío en la tripa para doblarlo por la mitad y luego le iba dando en la cabeza hasta que no se volvía a levantar. Que Joe supiera, Dion nunca había matado a nadie hasta ahora, pero había estado a punto en más de una ocasión y odiaba a los maderos.

La investigación aún no había identificado a los sospechosos, por lo menos públicamente. Dos de ellos eran descritos como «fornidos» y «de origen y olor extranjeros», mientras que el tercero —otro extranjero, probablemente— había resultado herido en la cara. Joe contempló su reflejo en el retrovisor. Técnicamente, suponía, era cierto: el lóbulo estaba desenganchado del rostro. O, en su caso, lo había estado.

Aunque nadie conocía aún sus nombres, un dibujante del Departamento de Policía de Pittsfield los había retratado con notable fidelidad. Así pues, mientras la mayoría de los diarios exhibían bajo el pliegue fotografías de los tres agentes muertos, por encima se veían los bocetos de Dion, Paolo y Joe. Dion y Paolo parecían más rollizos que de costumbre, y Joe debería preguntarle a Emma si su rostro resultaba tan chupado y lupino en realidad, pero aparte de eso, el parecido era innegable.

La operación afectaba a cuatro estados. Se había consultado a la Oficina de Investigación, de la que se afirmaba que se había sumado a la búsqueda.

A esas alturas, su padre ya habría visto los periódicos. Su padre, Thomas Coughlin, adjunto al inspector jefe del Departamento de Policía de Boston.

Cuyo hijo había participado en un asesinato de policías.

Desde que la madre de Joe falleció hacía dos años, su padre trabajaba hasta la extenuación seis días a la semana. Con una operación conjunta en marcha para atrapar a su propio hijo, se habría traído un catre al despacho y lo más probable era que no volviera a casa hasta haber resuelto el caso.

El hogar familiar era una casa de cuatro plantas. Una estructura impresionante, con una fachada de ladrillo rojo en la que todas las habitaciones centrales daban a la calle y estaban adornadas con asientos rinconeros curvados bajo las ventanas. Era una mansión de escaleras de caoba, puertas discretas y suelos de parqué, con seis dormitorios, dos cuartos de baño —ambos completos— y un comedor digno de un castillo inglés.

Cuando una mujer le preguntó en cierta ocasión a Joe cómo era posible que, proviniendo de un hogar tan magnífico y de una familia tan digna, hubiera acabado convertido en un gánster, su respuesta tuvo dos partes: a) él no era un gánster, sino un fuera de la ley; b) venía de una casa magnífica, no de un hogar magnífico.

Joe entró en la residencia de su padre. Desde el teléfono de la cocina, llamó a casa de los Gould sin obtener respuesta. La bolsa con la que había entrado en el hogar familiar contenía sesenta y dos mil dólares. Aunque hubiera que dividir el botín entre tres, seguía habiendo lo suficiente para que cualquier hombre razonablemente frugal pudiese vivir diez años, tal

vez quince. Joe no era un hombre frugal, por lo que supuso que se puliría su parte en cuatro años. O uno y medio, si es que tenía que ir por ahí escondiéndose. Ni un día más. Algo se le tendría que ocurrir a partir de entonces.

Y la verdad es que se le daba muy bien pensar sobre la marcha.

«Sin duda alguna —dijo una voz sospechosamente parecida a la de su hermano mayor—, hasta ahora te ha salido muy bien».

Llamó al Tío Bobo, ese cerdo cegato, obteniendo el mismo resultado que en casa de los Gould. Luego recordó que Emma iba a acudir a la velada inaugural del hotel Statler esa misma tarde, a las seis. Sacó el reloj del bolsillo del chaleco: las cuatro menos diez.

Había que matar un par de horas en una ciudad que, a esas alturas, solo pensaba en matarle a él.

Era demasiado tiempo para pasarlo a la vista de todos. A esas horas ya sabrían cómo se llamaba y dónde vivía, y tendrían una lista de sus colegas más conocidos y de sus tugurios favoritos. Controlarían todas las estaciones de tren y de autobús, incluidas las rurales, y cortarían todas las carreteras.

Pero eso funcionaba en dos direcciones. Los controles de carretera impedirían la entrada en la ciudad bajo la lógica de que él aún seguía fuera. Nadie pensaría jamás que estaría allí, planeando darse el piro cuanto antes. Y no se le ocurriría a nadie algo así porque solo el delincuente más tonto del mundo se arriesgaría a volver al único sitio que consideraba su hogar tras cometer el mayor crimen de la zona en los últimos cinco o seis años.

Se había convertido en el delincuente más tonto del mundo.

O en el más listo. Pues el único sitio que no estaban registrando en ese mismo momento era el que estaba justo delante de sus narices.

O eso se decía Joe a sí mismo.

Lo que aún podía hacer —lo que debería haber hecho en Pittsfield— era esfumarse. No en dos horas. Ahora mismo. Nada de ponerse a esperar

a una mujer que igual acababa plantándolo bajo las actuales circunstancias. Largarse con lo puesto y con una bolsa llena de dinero. Todos los caminos estarían vigilados, sí.

Y lo mismo podía decirse de trenes y autobuses. Y aunque consiguiese llegar a las zonas de granjas situadas al sur y al oeste de la ciudad y robar un caballo, tampoco le iba a servir de nada, pues no sabía montar.

Solo le quedaba el mar.

Necesitaría un barco, pero no uno de placer ni uno de esos que era evidente que transportaban ron, como un esquife o una gabarra. Necesitaría el barco de un profesional del mar, con abrazaderas oxidadas y aparejos deshilachados y la cubierta repleta de cepos para langostas. Alguno que estuviese fondeado en Hull o Green Harbor o Gloucester. Si subía a bordo a eso de las siete, lo más probable era que el pescador no descubriera su desaparición hasta las tres o las cuatro de la mañana.

O sea, que ahora le iba a robar a la clase obrera.

A no ser que el barco estuviese registrado. Sí, tendría que estarlo, y si no, pasaría al siguiente. Conseguiría la dirección a través del registro y le enviaría por correo al propietario el dinero suficiente para comprarse dos barcos o para abandonar de una puta vez el negocio de las langostas.

Le vino a la cabeza que esa manera de pensar explicaba por qué, después de todos los palos que había dado, seguía sin tener mucho dinero en el bolsillo. A veces parecía que robaba dinero de un sitio para regalarlo en otro. Pero también robaba porque era divertido, porque se le daba bien y porque conducía a otros asuntos en los que también era eficaz, como el contrabando de licores y el transporte de ron, actividades gracias a las cuales sabía de barcos todo lo que sabía. El pasado mes de junio había llevado un cargamento desde un pueblo de pescadores sin nombre en Ontario hasta Bay City, en Michigan, atravesando el lago Hurón. En octubre hizo lo propio entre Jacksonville y Baltimore, y el invierno anterior sacó cajas y cajas de ron recién destilado de Sarasota,

cruzó con ellas el golfo de México y acabó en Nueva Orleans, donde se fundió todas sus ganancias durante un fin de semana en el Barrio Francés, financiándose pecados que, incluso ahora, solo podía recordar de manera fragmentaria.

Vamos, que podía pilotar la mayoría de los barcos, y eso quería decir que podía robarlos casi todos. Podría salir por esa puerta y plantarse en South Shore en treinta minutos. Para North Shore necesitaría algo más de tiempo, pero en esa época del año era muy probable que hubiese más material donde elegir. Si zarpaba de Gloucester o Rockport, podría llegar a Nueva Escocia en tres o cuatro días. Y luego, al cabo de un par de meses, podría traerse a Emma.

Aunque eso era demasiado tiempo.

Pero ella le esperaría. Porque lo amaba. Nunca se lo había dicho, cierto, pero él sentía que deseaba hacerlo. Ella lo quería. Él la quería.

Ella le esperaría.

Igual se dejaba caer por el hotel. Asomar un poco la cabeza, a ver si la localizaba. Si ambos se esfumaban, no habría quién los siguiera. Pero si él desaparecía y luego se la traía, la poli o la Oficina de Investigación ya se olerían a esas alturas quién era ella y qué representaba para él, por lo que se materializaría en Halifax con todo un séquito detrás. Joe abriría la puerta para recibirla y los coserían a balazos a ambos.

Ella no le esperaría.

O se la llevaba ahora o no volvería a verla.

Se miró en el espejo del tocador de porcelana de su madre y recordó a qué había venido aquí: fuese a donde fuese, no llegaría muy lejos vestido así. El hombro izquierdo del abrigo estaba ennegrecido por la sangre, los zapatos y el dobladillo de los pantalones estaban cubiertos de barro, la camisa se le había rasgado en el bosque y tenía manchas de sangre.

Fue a la cocina, abrió la caja del pan y sacó una botella de ron de la Viuda de A. Finke. O, como lo llamaban casi todos, Finke's. Se quitó los

zapatos y se los llevó, junto al ron, al dormitorio de su padre, recurriendo a la escalera de servicio. En el baño se lavó toda la sangre seca de la oreja que pudo, con mucho cuidado de no rozar la zona del impacto. Cuando estuvo seguro de que no le iba a sangrar, dio unos pasos hacia atrás, frente al espejo, y la comparó con la otra y con el resto de la cara. En cuanto a deformaciones, nadie se iba a fijar gran cosa en él cuando se le cayera la costra. E incluso ahora, la mayor parte de esa costra negra le quedaba por debajo de la oreja; no pasaba del todo desapercibida, sin duda, pero sí algo más que un ojo morado o una nariz rota.

Le dio unos tragos al Finke's mientras seleccionaba un traje del armario de su padre. Había un total de quince, trece de más para el sueldo de un policía. Y lo mismo ocurría con los zapatos, las camisas, las corbatas y los sombreros. Eligió un traje a rayas de Hart Schaffner & Marx con una camisa Arrow de color blanco. La corbata de seda era negra con rayas rojas en diagonal cada diez centímetros, más o menos; los zapatos, un par de Nettleton negros; y el sombrero, un Knapp-Felt, más suave que el pecho de una paloma. Se quitó su ropa y la dobló cuidadosamente en el suelo. Dejó la pistola y los zapatos encima, se puso las prendas de su padre y luego devolvió el arma al cinturón, en la zona de la rabadilla.

A juzgar por la longitud de los pantalones, resultó que, a fin de cuentas, su padre y él no medían exactamente lo mismo. Su padre era un poco más alto. Y usaba una talla menos de sombrero. Joe solucionó el percance tirando un poco de la badana para darle un aire garboso. En cuanto al largo de los pantalones, le dio otra vuelta al dobladillo y, para mantenerlo así, recurrió a unas agujas que su difunta madre tenía en la mesita de coser.

Cogió la ropa vieja y la botella de buen ron escaleras abajo, al estudio de su padre. Ni siquiera ahora podía evitar pensar que era un sacrilegio cruzar ese umbral sin su padre presente. Se quedó en la entrada y se puso a escuchar la casa: el zumbido de los radiadores de hierro, el

crujido de los mecanismos del reloj del abuelo, pasillo abajo, mientras se disponía a dar las cuatro. Aunque le constaba que la casa estaba vacía, se sentía observado.

Cuando los martillitos golpearon, efectivamente, las campanillas, Joe entró en el despacho.

El escritorio estaba situado frente a un amplio ventanal con vistas a la calle. Se trataba de un ornamentado escritorio victoriano fabricado en Dublín a mediados del siglo pasado. Era esa clase de escritorio que ningún hijo de granjero de la zona más miserable de Clonakilty habría soñado jamás con poder tener. Lo mismo podía decirse del arcón a juego que había bajo el ventanal, de la alfombra oriental, de las espesas cortinas de color ámbar, de los frascos para licor de cristal de Waterford, de las estanterías de roble y los libros encuadernados en cuero que su padre nunca se tomó la molestia de leer, de las guías de bronce para las cortinas, del señorial sofá de cuero con sus correspondientes sillones y del humidificador de madera de nogal.

Joe abrió uno de los armarios que había bajo las estanterías y se inclinó para plantarle cara a la caja fuerte que encontró ahí dentro. Marcó la combinación —3,12,10, los meses de nacimiento de sus dos hermanos y él— y la abrió. Había parte de las joyas de su madre, más quinientos dólares en efectivo, el contrato de compra de la casa, las partidas de nacimiento de sus progenitores, un fajo de papeles que no se molestó en examinar y algo más de mil dólares en bonos del Tesoro. Joe lo sacó todo y lo dejó en el suelo, a la derecha de la puerta del armario. Al fondo de la caja fuerte había una pared hecha con el mismo contundente acero que el resto. La desmontó presionando con los pulgares contra las esquinas superiores y la dejó en el suelo de la primera caja fuerte mientras se topaba con el dial de la segunda.

Aquí la combinación fue mucho más difícil de desentrañar. Joe lo intentó con todas las fechas de nacimiento de la familia y no consiguió nada. Probó con los números de las comisarías por las que había pasado

su progenitor en el transcurso de los años. Nada. Cuando recordó que su padre decía, a veces, que la buena suerte, la mala y la muerte siempre venían de tres en tres, probó con todas las permutaciones de ese número. No hubo suerte. Había iniciado ese proceso a los catorce años. Un día, a los diecisiete, se fijó en cierta correspondencia que su padre se había dejado sobre la mesa: una carta a un amigo que acabaría siendo el jefe de bomberos de Lewiston, en Maine. La misiva había sido escrita con la Underwood de su padre y era una sarta de mentiras impresionante: «Ellen y yo estamos encantados, pues seguimos tan enamorados como el día en que nos conocimos...», «Aiden se ha recuperado muy bien de los tristes acontecimientos del 19 de septiembre...», «Connor ha hecho avances muy notables en su enfermedad...», «Parece que Joseph entrará en la Universidad de Boston en otoño. Habla de trabajar en la bolsa...». Y al final de todas esas trolas, firmaba «Tuyo, TXC». Así lo firmaba todo. Nunca escribía su nombre completo, como si eso pudiese comprometerlo de algún modo.

TXC.

Thomas Xavier Coughlin.

TXC.

20, 24, 3.

Joe marcó esos números y la segunda caja fuerte se abrió con un agudo pitido de los goznes.

No llegaba a un metro de profundidad. Las dos terceras partes de esa superficie estaban llenas de dinero. Fajos de billetes, bien atados con gomas rojas. Algunos de esos billetes habían entrado en la caja fuerte antes de que Joe naciera, mientras que otros apenas tendrían una semana de antigüedad. Toda una vida de sobornos y diezmos y corruptelas. Su padre —un pilar de la Ciudad de la Colina, la Atenas de Estados Unidos, el centro del universo— era un delincuente como Joe nunca podría aspirar a ser. Porque Joe nunca había sido capaz de mostrarle más de una cara al mundo, mientras que su padre tenía tantas a su disposición que

nadie sabía cuál era la original y cuáles las imitaciones.

Joe sabía que si vaciaba la caja fuerte esa misma noche, tendría suficiente para vivir huyendo durante diez años. Asimismo, si llegaba lo suficientemente lejos como para que dejaran de buscarlo, podría utilizar el dinero para entrar en el negocio del refinado de azúcar cubano o la destilación de melazas, convirtiéndose así en un rey de la piratería en menos de tres años y no tener que volver a preocuparse jamás por encontrar un refugio o una manera de comer caliente.

Pero no quería el dinero de su padre. Le había robado ropa porque le gustaba la idea de abandonar la ciudad vestido como ese viejo hijo de puta, pero se rompería las manos antes de gastarse con ellas la pasta de papá.

Colocó sus prendas pulcramente dobladas y sus zapatos embarrados sobre el dinero sucio de su progenitor. Pensó en dejar una nota, pero no se le ocurría nada que decir, así que cerró la puerta y giró el dial. Volvió a colocar la pared falsa de la primera caja fuerte y la cerró también.

Deambuló por el despacho durante cosa de un minuto, pensando en todo por última vez. Intentar pillar a Emma durante una fiesta a la que acudirían todos los notables de la villa, y a la que los invitados llegarían en limusina y provistos de la necesaria invitación, sería el colmo de la locura. Puede que en el frescor del estudio paterno se le pegara, por fin, algo del implacable pragmatismo del viejo. Joe tenía que aceptar lo que le habían concedido los dioses: un camino de salida de la única ciudad en la que se esperaba que entrara. Pero el tiempo no corría a su favor. Tenía que salir por la puerta principal, subirse al Dodge robado y salir pitando hacia el norte como si la propia carretera estuviese en llamas.

Miró por la ventana hacia la calle K, se encontró con una húmeda tarde primaveral y se recordó a sí mismo que ella lo amaba y le esperaría.

Ya en la calle, se sentó al volante del Dodge y contempló la casa en que

había nacido, la casa que había forjado al hombre que ahora era. Para el nivel habitual entre los irlandeses de Boston, Joe había crecido rodeado de lujos. Nunca se había ido a dormir con hambre, nunca había notado el cemento de las aceras a través de las suelas de los zapatos. Había ido a la escuela, primero con las monjas y luego con los jesuitas, hasta que lo echaron en la adolescencia. Comparado con la mayoría de la gente que se cruzaba en su ambiente laboral, había recibido una educación francamente notable.

Pero había un agujero en el centro de todo, una gran distancia entre Joe y sus padres que reflejaba la existente entre su madre y su padre, y su madre y el mundo en general. Sus padres habían pasado una guerra antes de que él naciera, una guerra que había concluido con una paz tan frágil que bastaría con reconocer su existencia para que se hiciera añicos, así que nadie hablaba de ella. Pero el campo de batalla seguía en activo entre ellos; mamá a un lado, papá al otro. Y Joe estaba en medio, entre las trincheras, sobre la tierra acribillada. El agujero en el centro de su casa había sido un agujero en el centro de sus padres, hasta que un día, ese agujero encontró el centro de Joe. Hubo una época, varios años de su infancia en realidad, en la que había confiado en que las cosas serían diferentes. Pero ya no recordaba en qué se había basado para llegar a semejante conclusión. Las cosas nunca eran como parecían. Eran como eran y no había más verdad que esa, una verdad que no iba a cambiar porque uno quisiera.

Condujo hasta la terminal de la Línea de Autobuses de la Costa Este de St. James. Era un pequeño edificio de ladrillo amarillo rodeado por otros mucho más altos, y Joe supuso que los carteles anunciando su búsqueda estarían situados en las terminales del lado norte del edificio, no en las taquillas de la esquina sudoeste.

Se deslizó por la puerta de salida para perderse de inmediato entre la muchedumbre de la hora punta. Dejó que la gente le hiciera el trabajo, sin provocar tapones, sin intentar adelantar a nadie. Y por una vez, encontró

muy útil no ser alto. En cuanto se internó en esa masa humana, su cabeza fue una más entre muchas. Contó dos polis junto a las puertas de las terminales y uno más entre la muchedumbre, a unos veinte metros.

Se salió del torrente humano en dirección a la tranquilidad de las taquillas, aunque ahí fuese, simplemente por el hecho de estar solo, donde menos desapercibido pasaba. Ya había sacado tres mil dólares de la bolsa y vuelto a cerrarla. Llevaba la llave de la taquilla 217 en la mano derecha y la bolsa en la izquierda. En el interior de la 217 ya había 7.435 dólares, dos relojes de bolsillo y trece de pulsera, dos clips de plata para billetes, una aguja de corbata de oro y varias joyas femeninas que nunca había vendido porque siempre había sospechado que los peristas intentaban timarlo.

Agarró la taquilla para sopesar su resistencia, levantó la mano derecha, que le temblaba un poco, y la abrió.

A su espalda, alguien gritó:

—¡Eh!

Joe no volvió la vista atrás. El temblor de la mano se convirtió en un espasmo mientras acababa de abrir la taquilla.

—¡Eh, oiga!

Joe metió la bolsa en la taquilla y la cerró.

—¡Eh, usted, eh!

Joe giró la llave, sellando la taquilla, y se la guardó en el bolsillo.

—¡Eh!

Joe se dio la vuelta, imaginándose a un policía con el revólver en la mano, probablemente joven, probablemente nervioso.

Junto a un cubo de basura, sentado en el suelo, había un borracho. En los huesos, con los ojos enrojecidos, las mejillas coloradas, puro nervio. La mandíbula le apuntaba en dirección a Joe.

—¿Qué coño estás mirando? —le dijo.

A Joe se le escapó una risa que parecía un ladrido. Echó mano al bolsillo y sacó una moneda de diez centavos. Se inclinó y se la entregó al

viejo beodo.

—Te miraba a ti, carcamal. Que te aproveche.

El tipo le respondió con un eructo, pero Joe ya se estaba alejando de él, perdiéndose entre la multitud.

En el exterior, echó a andar en dirección este desde St. James, hacia las dos luces que cruzaban las nubes bajas que había por encima del nuevo hotel. Por un instante, le tranquilizó pensar que su dinero estaba a buen recaudo en la taquilla hasta que decidiese volver a buscarlo. Una decisión, pensó mientras torcía por la calle Essex, no muy ortodoxa en alguien que pensaba pasarse la vida huyendo.

«Si te vas del país, ¿por qué dejas el dinero aquí?

»Para poder volver a por él.

»¿Y por qué ibas a necesitar volver a por él?

»Es por si esta noche no logro salir de aquí.

»Ahí tienes la respuesta.

»No hay respuesta. ¿Qué respuesta?

»No querías que te encontraran el dinero encima.

»Exacto.

»Porque sabes que te van a pillar».

TRABAJO DURO

Accedió al hotel Statler por la entrada de empleados. Cuando un portero y, luego, un lavaplatos lo observaron con curiosidad, se levantó un poco el sombrero, les dedicó sonrisas de confianza y los saludó con un par de dedos, cual *bon vivant* que evita las aglomeraciones del exterior, y ellos le respondieron con sonrisas y leves cabezazos.

Mientras atravesaba la cocina, podía escuchar un piano, un alegre clarinete y un bajo contundente procedentes del hall. Tras escalar una oscura escalera de cemento y abrir la portezuela de arriba, accedió a una escalinata de mármol que le conduciría a un reino de luz, humo y música.

Joe ya había estado en unas cuantas recepciones de hoteles elegantes, pero nunca había visto algo parecido a esto. El del clarinete y el del chelo estaban de pie ante unas puertas de metal tan impolutas que la luz rebotaba en ellas y convertía en oro las motas de polvo que flotaban en el aire. Unas columnas corintias se alzaban de suelos de mármol junto a balcones de hierro forjado. Los techos eran de un alabastro cremoso, y cada diez metros colgaba una pesada lámpara de araña que tenía la misma forma que los candelabros instalados en postes de dos metros. Había sofás de color rojo sangre sobre alfombras orientales. Dos pianos de cola, sumergidos entre flores blancas, ocupaban los extremos del salón. Los pianistas picoteaban las teclas y compartían el repertorio entre ellos y con la selecta audiencia.

Frente a la escalinata central, la emisora WBZ había situado tres micrófonos en sendas tarimas negras. Una mujer corpulenta con un ligero vestido azul ocupaba una de ellas, intercambiando confidencias con un caballero de traje beige y pajarita amarilla. La mujer se tocaba

repetidamente el moño mientras le daba sorbitos a una copa que contenía un líquido pálido y turbio.

Casi todos los hombres llevaban esmoquin o chaqué. Había algunos con traje, así que Joe no era el único informal de la reunión, pero sí era el único que iba con sombrero. Pensó en quitárselo, pero así dejaría a la vista de cualquiera esa cara que había aparecido en la portada de todos los diarios vespertinos. Levantó los ojos hacia la planta de entrada al hotel; ahí había un montón de sombreros, pues era donde reporteros y fotógrafos alternaban con los elegidos.

Bajó el mentón y se dirigió hacia la escalera más próxima. Se avanzaba lentamente, ya que la masa se había unido tras ver los micrófonos y a la mujer rolliza del vestido azul. Incluso con la cabeza baja, pudo ver a Chappie Geygan y Boob Fowler hablando con Red Ruffing. Joe, que era un fanático de los Red Sox desde que tenía uso de razón, tuvo que recordarse a sí mismo que no era precisamente una gran idea acercarse a tres jugadores de béisbol para comentar sus respectivos hitos cuando te está buscando la policía. Aun así, consiguió deslizarse a sus espaldas, confiando en captar algo que le aclarase los rumores sobre Geygan y Fowler, pero lo único que pilló fueron unos comentarios sobre la Bolsa. Geygan decía que la única manera de ganar dinero en serio consistía en comprar en el margen, y que todo lo demás era una pérdida de tiempo para gilipollas empeñados en seguir siendo pobres. Fue entonces cuando la señora robusta del ligero vestido azul se adelantó hacia el micrófono y se aclaró la garganta. El hombre que estaba a su lado se hizo con el otro micro y levantó un brazo para captar la atención de los allí presentes.

—Señoras y caballeros, siempre al servicio de su satisfacción musical —anunció—. Radio WBZ, de Boston, en el número mil treinta del dial, está aquí en directo desde el Gran Salón del imponente hotel Statler. Soy Edwin Mulver y es para mí un placer presentar a *mademoiselle* Florence Ferrel, mezzosoprano de la Ópera de San

Francisco.

Edwin Mulver dio un paso atrás, con el mentón en alto, mientras Florence Ferrel volvía a tocarse el moño y, a continuación, respiraba ante el micrófono. Esa exhalación se convirtió, sin previo aviso, en una altísima nota musical que resonó entre la muchedumbre y escaló tres pisos hacia el techo. Era un sonido tan extravagante y, al mismo tiempo, tan auténtico, que Joe se sintió embargado por una soledad espantosa. Esa mujer traía algo perteneciente a los dioses, y mientras ese algo pasaba del cuerpo de ella al suyo, Joe fue perfectamente consciente de que algún día le llegaría la muerte. Lo supo de una manera diferente a antes de entrar en el hotel. Antes la cosa era una posibilidad lejana. Ahora era un hecho innegable, indiferente a su desolación. Ante una muestra tan evidente del otro mundo, supo de forma instintiva que era mortal e insignificante y que había empezado a abandonar este mundo desde el día en que llegó a él.

Mientras ella se internaba en lo más profundo del aria, las notas seguían subiendo y haciéndose más largas, y Joe se imaginaba su voz como un oscuro océano, infinito y sin fondo. Miró alrededor, a los hombres de esmoquin y a las señoras con sus rutilantes vestidos de seda y tafetán y bordados, al champán que manaba de una fuente en el centro del hall. Reconoció a un juez y al alcalde Curley y al gobernador Fuller y a otro jugador de los Sox, Baby Doll Jacobson. Junto a uno de los pianos, vio a Constance Flagstead, una gloria del teatro local, coqueteando con Ira Bumtroth, conocido ricachón. Unos reían y otros se esforzaban tanto en parecer respetables que daban risa. Vio a tipos fornidos con largas y espesas patillas junto a matronas endomingadas con faldas como campanas. Identificó a herederos, a gente de sangre azul y a Hijas de la Revolución Americana. Detectó a contrabandistas y abogados de contrabandistas y hasta al jugador de tenis Rory Johannsen, que había llegado a cuartos de final en Wimbledon el año anterior, antes de ser machacado por el francés Henri Cochet. Vio a intelectuales con gafas

tratando de no ser pillados observando a muchachas frívolas de conversación insulsa, pero con ojos chispeantes y piernas de impresión... Todos ellos desaparecerían muy pronto de la tierra. Dentro de cincuenta años, si alguien veía una foto de esa velada podría comentar que la mayoría de los presentes había muerto, y que a los supervivientes tampoco les quedaría mucho.

Mientras Florence Ferrel concluía su aria, Joe levantó la vista hacia la planta superior y vio a Albert White. De pie, convenientemente agarrada a su codo derecho, estaba su mujer. Delgaducha y de mediana edad, no ofrecía el habitual aspecto fondón de la matrona con posibles. Lo más grande en ella eran sus ojos, que destacaban incluso desde donde estaba Joe. Lucían saltones y frenéticos hasta cuando se puso a sonreír ante algo que Albert le comentó a un risueño alcalde Curley, que se había trasladado hasta allí sin soltar el vaso de whisky.

Joe trasladó la vista unos metros por la balconada y vio a Emma. Llevaba un ceñido vestido plateado y estaba con un grupo junto a la barandilla de hierro forjado, con una copa de champán en la mano izquierda. Bajo esa luz, su piel era de un blanco alabastro, y se la veía afectada y sola, perdida en algún dolor privado. ¿Así era ella cuando creía que nadie la miraba? ¿Llevaba pegada al corazón alguna pérdida innombrable? Por un momento, Joe temió que fuese a saltar por la barandilla, pero justo en ese instante, la melancolía de esa mujer se iluminó con una sonrisa. Y Joe vio claro el motivo de su triste expresión: no esperaba volver a verlo.

La sonrisa creció de tal modo que Emma tuvo que cubrírse la con la mano. La misma mano que sostenía la copa de champán, que se desequilibró un poco y derramó unas gotas sobre la gente de abajo. Un hombre levantó la vista y se tocó el cogote. Una señora gordita se secó la ceja y luego parpadeó varias veces con el ojo derecho.

Emma se apartó de la barandilla y señaló con la cabeza hacia la escalinata que estaba más cerca de Joe. Él asintió. Ella se alejó de la

barandilla.

La perdió entre la muchedumbre de arriba mientras él pugnaba por atravesar la de abajo. Se había percatado de que la mayoría de los periodistas de la planta superior llevaban el sombrero echado hacia atrás y el nudo de la corbata torcido. Así pues, se deslizó el sombrero hacia el cogote, se aflojó la corbata, atravesó el último reducto de gente y se plantó ante la escalera.

El agente Donald Belinski corría hacia él, escaleras abajo, un espectro que, vaya usted a saber cómo, había logrado salir de la charca, rascarse la carne quemada de los huesos y ponerse a trotar por una escalera en dirección a Joe: el mismo cabello rubio, la misma complexión fornida, los mismos labios exageradamente rojos y los mismos ojos claros. No, un momento, ese tío estaba algo más gordo, y el pelo rubio ya empezaba a retroceder y era más castaño que rubio. Y aunque Joe solo hubiera visto a Belinski tumbado boca arriba, estaba completamente seguro de que era más alto que ese individuo. Y probablemente también olía mejor, pues este tío apestaba a cebolla, como pudo comprobar Joe cuando pasó a su lado achinando los ojos, retirándose el pelo aceitoso de la frente, con el sombrero en la mano y una credencial del *Boston Examiner* incrustada en la badana. Joe se apartó en el último momento, pero al hombre casi se le cae el sombrero.

—Discúlpeme —le dijo Joe.

—Lo siento —dijo el tipo, pero Joe sintió sus ojos clavados en él mientras subía velozmente las escaleras, pasmado ante su propia estupidez, no solo por haber mirado directamente a alguien a la cara, sino porque resulta que ese alguien era un periodista.

El tipo lo llamó en voz alta:

—Perdone. Perdone. Se le ha caído algo.

Pero a Joe no se le había caído una mierda. Siguió hacia arriba y un grupo se materializó en el rellano: ya estaban todos achispados, y una mujer iba tirada encima de otra como un trapo. Joe atravesó el grupito sin

volver la vista atrás, nada de mirar atrás, solo hay que mirar hacia delante.

Hacia ella.

Emma sostenía un bolsito a juego con el vestido y con la pluma plateada en una cinta que llevaba en el pelo. Se le movía una venita en el cuello. Levantó los hombros, encendió los ojos. Joe tenía que controlarse para no agarrarla por los hombros y levantarla del suelo para que ella le rodeara la espalda con las piernas y pegara sus labios a los suyos. En vez de eso, pasó a su lado y le dijo:

—Un tío me acaba de reconocer. Hay que salir pitando.

Emma se unió a Joe mientras él recorría una alfombra roja a la salida del salón de baile principal. Había muchísima gente ahí reunida, pero no tan apretujados como abajo. Podías circular con cierta soltura junto al perímetro humano.

—Hay un ascensor de servicio justo después de la siguiente balconada —le informó Emma—. Va a parar al sótano. No me puedo creer que hayas venido.

Joe torció a la derecha en la primera ocasión, con la cabeza baja, y se subió el sombrero hasta la frente, calándoselo.

—¿Y qué otra cosa podía hacer?

—Huir.

—¿Adonde?

—Dios, yo qué sé. Es lo que suele hacer la gente.

—Yo no.

Cada vez había más personal a medida que recorrían la parte de atrás de la planta principal. Abajo, el gobernador se había hecho con el micrófono y proclamaba la jornada de hoy como el Día del Hotel Statler en la comunidad de Massachusetts, concitando grandes vítores a cargo de la alegre y beoda muchedumbre allí reunida. Mientras tanto, Emma adelantaba a Joe y lo empujaba con el codo hacia la izquierda.

Fue entonces cuando Joe lo vio, un poco más allá de la intersección

entre dos pasillos: un oscuro escondrijo situado detrás de las mesas para banquetes, las luces, el mármol y la alfombra roja.

Escaleras abajo, una banda de viento soplabá con fuerza sus instrumentos mientras las masas de la planta principal redoblaban sus taconazos y los flashes estallaban y siseaban y cegaban. Joe se preguntaba si alguno de esos fotógrafos repararía, al volver a la redacción, en ese tío al fondo de la imagen, el del traje de color crudo con el sombrero incrustado en la cabeza.

—A la izquierda, a la izquierda —le decía Emma.

Torció a la izquierda entre dos mesas de bufé, y el suelo de mármol cedió su lugar a unas finas y negras baldosas. Dos pasos más y llegó hasta el ascensor. Apretó el botón de bajada.

Pasaron cuatro borrachos. Tendrían un par de años más que Joe e iban cantando *Soldiers Field*.

—Tremolan los estandartes de Harvard en sus mástiles de flamante carmesí —desafinaban los cuatro.

Joe volvió a apretar el botón de bajada.

Uno de los tipos se lo quedó mirando, y luego le echó un vistazo al culo de Emma. Se abrazó a uno de sus acompañantes y todos siguieron cantando:

—Elevemos nuestros vítores al cielo con la fuerza del trueno.

Emma cogió a Joe de la mano y dijo:

—Mierda, mierda, mierda.

Joe volvió a darle al botón.

A su izquierda, un camarero atravesó las puertas batientes de la cocina, cargando una enorme bandeja. Pasó a menos de un metro de ellos, pero ni los miró.

Los tíos de Harvard ya no se veían, pero aún se les oía:

—¡Hay que luchar, luchar, luchar, para esta noche poder ganar!

Emma estiro el brazo y apretó el botón de bajada.

—¡Que viva por siempre Harvard!

Joe pensó en deslizarse por la cocina, pero se temía que no fuese más que una especie de recámara, en el mejor de los casos, con un camarero torpe que se hacía cargo de la comida que venía de dos plantas más abajo. Pensándolo bien, habría sido mejor que Emma hubiese acudido a su encuentro y no al revés. Ojalá se le hubiese ocurrido, pero ya no recordaba la última vez que fue capaz de pensar con claridad.

Se disponía a apretar nuevamente el botón cuando oyó el ruido del ascensor que llegaba a su nivel.

—Si hay alguien dentro, dales la espalda —dijo Joe—. Seguro que tienen prisa.

—Dejarán de tenerla en cuanto me vean el trasero —repuso Emma, y a Joe se le escapó una sonrisa pese a lo tenso de la situación.

Llegó el ascensor, pero las puertas no se abrieron. Joe contó hasta cinco con la ayuda de sus propios latidos. Luego abrió las puertas con sus propias manos y vio que el ascensor estaba vacío. Miró hacia atrás, hacia Emma. Ella entró antes que él, que la siguió de inmediato. Cerró las puertas. Le dio a la manivela y empezó el descenso.

Emma le puso la palma de la mano sobre la polla, que se endureció en el acto mientras ella le cubría la boca con la suya. Joe deslizó la mano bajo el vestido de ella, entre el calor de sus muslos, y Emma le suspiró en la boca. Las lágrimas de la chica aterrizaron en sus pómulos.

—¿Por qué lloras?

—Porque a lo mejor te quiero.

—¿A lo mejor?

—Sí.

—¿Y por qué no te ríes?

—No puedo, no puedo —dijo ella.

—¿Conoces la estación de autobuses de St. James?

Ella entrecerró los ojos al mirarlo.

—¿Cómo? Sí, claro. Por supuesto.

Joe le colocó en la mano la llave de la taquilla.

—Por si pasa algo.

—¿Qué?

—Entre aquí y la libertad.

—No, no, no, no —dijo ella—. No, no. Quédatela tú. No la quiero.

Joe le dijo que no con un gesto de la mano.

—Guárdatela en el bolso.

—Joe, no quiero hacerlo.

—Es dinero.

—Sé lo que es y no lo quiero. —Intentó devolverle la llave, pero él mantenía las manos en alto.

—No lo pierdas de vista.

—No —dijo ella—. Ya nos lo gastaremos juntos. Ahora estoy contigo. Estoy contigo, Joe. Quédate tú la llave.

Intentó dársela de nuevo, pero ya habían llegado al sótano.

La ventana de la puerta estaba a oscuras porque las luces, por algún motivo, estaban apagadas.

Pero Joe se dio cuenta de que solo podía haber un motivo.

Intentó agarrar la manivela mientras la puerta se abría por el otro lado y aparecía Brendan Loomis para sacarlo del ascensor agarrándolo de la corbata. Le quitó la pistola que llevaba en la rabadilla y la tiró al suelo de cemento, haciendo que se perdiera en la oscuridad. Luego le atizó en toda la cara y en ambas sienes, más veces de las que Joe fue capaz de contar: sucedió todo tan rápido que no le dio tiempo ni a levantar las manos.

Cuando lo logró, fue hacia Emma, pensando que ya se le ocurriría alguna manera de protegerla. Pero Brendan Loomis tenía un puño como la maza de un carnicero. Cada vez que le arreaba a Joe en la cabeza —paf, paf, paf, paf—, él notaba como se le ablandaba el cerebro y perdía la visión. La vista se le nublaba y era incapaz de fijarse en nada. Escuchó el ruido de su nariz al romperse, y luego —paf, paf, paf— Loomis le atizó en el mismo sitio tres veces seguidas.

Cuando Loomis le soltó la corbata, Joe cayó a cuatro patas sobre el suelo de cemento. Oyó una serie de goterones, como de grifo mal cerrado, y cuando abrió los ojos vio que se trataba de su propia sangre goteando sobre el suelo, unas gotas del tamaño de una moneda de cinco centavos, pero que se apilaban con tal rapidez que enseguida se convertían en amebas que a su vez se convertían en charcos. Torció la cabeza para ver si Emma había aprovechado la paliza para encerrarse en el ascensor y darse a la fuga, pero el ascensor ya no estaba donde él lo había dejado, o igual era él quien no estaba donde había dejado el ascensor, pues todo lo que podía ver era una pared de cemento.

Fue entonces cuando Brendan Loomis le dio tal patada en el estómago que lo levantó del suelo. Cuando aterrizó en posición fetal era incapaz de respirar. Abrió la boca en busca de una bocanada de aire que no llegaba. Intentó ponerse de rodillas, pero las piernas no lo sostuvieron, así que recurrió a los codos para levantar el pecho del suelo y boqueó como un pez, tratando de captar algo de aire, pero imaginándose su pecho como una piedra negra, sin aberturas, sin huecos, sin nada más que la propia piedra: no había sitio para nada más porque no podía respirar ni a tiros.

La piedra le empujaba hacia arriba el esófago, como si este fuese un globo que intentara pasar por dentro de una pluma estilográfica, aplastándole los pulmones, sellándole la garganta, hasta que, finalmente, consiguió hacer llegar algo de aire a la nariz y a la boca. Emitió un silbido, un silbido y varios suspiros, pero no pasaba nada, eso estaba bien, podía respirar de nuevo: por lo menos, podía respirar.

Loomis le golpeó en la entrepierna desde atrás.

Joe cayó de cabeza sobre el suelo de cemento, tosió y puede incluso que vomitara, no tenía ni idea, el dolor había sido imposible de imaginar hasta entonces. Tenía los huevos metidos en los intestinos, las llamas le lamían las paredes del estómago, el corazón latía a tal velocidad que no tardaría en explotarle, era inevitable. Era como si alguien le hubiese

abierto el cráneo con las manos, le sangraban los ojos. Vomitó, vaya si vomitó, vomitó bilis y fuego sobre el suelo. Creyó que ya había acabado, pero volvió a arrojar. Cayó de espaldas y levantó la vista hacia Brendan Loomis.

—No tienes muy buen aspecto —le dijo Loomis, encendiendo un pitillo.

Brendan se movía de lado a lado junto con la habitación. Joe se quedó donde estaba, pero todo lo demás parecía suspendido de un péndulo. Brendan lo miró mientras se ponía unos guantes negros y flexionaba los dedos hasta que le encajaran a su gusto. Albert White apareció detrás de él, colgando del mismo péndulo, y ambos se quedaron mirándolo.

—Me temo que voy a tener que convertirte en un mensaje —dijo Albert.

Joe lo miró a través de la sangre que le cubría los ojos: ahí lo tenía, con su esmoquin blanco.

—Un mensaje para todos aquellos que crean poder ignorar lo que digo.

Joe buscaba a Emma, pero era incapaz de localizar el ascensor entre tanto vaivén.

—No va a ser un mensaje agradable —dijo Albert White—. Y de verdad que lo lamento.

Albert se acuclilló delante de Joe con el semblante triste, preocupado.

—Mi madre siempre decía que todo sucede por algo. No estoy seguro de que tuviese razón, pero soy de los que creen que la gente, a menudo, se convierte en aquello que se esperaba de ellos. Yo pensaba que de mí se esperaba que fuese policía, pero entonces el Ayuntamiento me quitó el trabajo y me convertí en esto. Y no siempre me gusta ser lo que soy, Joe. Pero debo reconocer, aunque me joda, que estoy muy dotado para lo que hago. Y me temo que tú solo estás dotado para cagarla. Lo

único que tenías que hacer era salir corriendo, pero no lo hiciste. Y estoy seguro... Mírame.

A Joe se le había torcido la cabeza hacia la izquierda. La devolvió al centro y se enfrentó a la bondadosa mirada de Albert.

—Estoy seguro de que cuando la diñes, te dirás a ti mismo que lo hiciste por amor. —Albert le dedicó a Joe una mirada tristona—. Pero no la cagaste por eso. La cagaste porque tú eres así. Porque en el fondo te sientes culpable de lo que haces y quieres que te atrapen. Pero en este tipo de trabajo hay que enfrentarse a la culpa al final de cada noche. Le das vueltas entre las manos y haces con ella una pelota. Y luego la arrojas al fuego. Pero tú no, tú no lo haces, y por eso te has pasado toda tu breve vida con la esperanza de que alguien te castigase por tus pecados. Pues bien, ese alguien soy yo.

Albert se incorporó y a Joe se le nubló la vista un instante, todo se volvió borroso. Atisbo un resplandor plateado y luego otro, achinando los ojos hasta que lo borroso se fue aclarando y todo volvió a estar bien enfocado.

Ojalá no lo hubiera hecho.

Albert y Brendan aún se meneaban un poco, pero ya se habían descolgado del péndulo. Emma estaba de pie junto a Albert, colgada de su brazo.

Por un instante, Joe no entendió la situación. Hasta que la comprendió de repente.

Miró a Emma y ya no le importó lo que pudieran hacerle. Morir le parecía bien porque vivir sería demasiado doloroso.

—Lo siento —susurró ella—. Lo siento.

—Lo siente —dijo Albert White—. Todos lo sentimos. —Le hizo un gesto a alguien que Joe no podía ver—. Sácala de aquí.

Un tipo fornido con chaqueta de lana y gorro de punto caído sobre la frente cogió a Emma del brazo.

—Dijiste que no lo matarías —le comentó ella a Albert.

Albert se encogió de hombros.

—Albert —insistió Emma—. Ese era el trato.

—Y pienso cumplirlo —dijo Albert—. Tú, tranquila.

—Albert —dijo ella con la voz algo tomada.

—¿Querida? —La voz de Albert era demasiado tranquila.

—Nunca lo hubiese traído aquí si...

Albert la abofeteó con una mano y se arregló la camisa con la otra.

Le sacudió con tal fuerza que le partió un labio.

Se miró la camisa.

—¿Tú te crees que estás a salvo? ¿Te crees que me voy a dejar humillar por una puta? Me has tomado por un calzonazos. Y puede que ayer lo fuese, pero llevo toda la noche de pie. Y ya te he sustituido. ¿Lo pillas? Ya verás.

—Dijiste...

Albert se secó con un pañuelo la sangre que le había dejado Emma en la mano.

—Métela en el puto ascensor, Donnie. Pero ya, joder.

El sujeto fornido agarró a Emma en plan abrazo del oso y echó a andar de espaldas.

—Joe. ¡No le hagas más daño, por favor! Joe, lo siento. Lo siento —gritaba Emma mientras pataleaba y le arañaba la cabeza a Donnie—. ¡Te quiero, Joe! ¡Te quiero!

El ascensor se cerró de un portazo y abandonó el sótano.

Albert se acuclilló de nuevo junto a Joe y le insertó un cigarrillo entre los labios. Se encendió una cerilla, el tabaco prendió y Albert dijo:

—Inhala. Recuperarás antes el ingenio.

Joe obedeció. Durante un minuto se quedó sentado en el suelo, fumando, con Albert agachado a su lado y dándole caladas a su propio cigarrillo, y Brendan Loomis de pie, mirándolos.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó Joe cuando se vio capaz de hablar.

—¿Con ella? ¿Con la que te acaba de dar por saco?

—Lo habrá hecho por algo, intuyo. —Joe miró a Albert—. Tenía un buen motivo, ¿verdad?

Albert se echó a reír.

—Tú eres gilipollas, ¿no?

Joe enarcó una ceja partida y la sangre le fue a parar al ojo. Se la secó.

—¿Qué vas a hacer con ella?

—Deberías estar más preocupado por lo que voy a hacer contigo.

—Lo estoy —reconoció Joe—. Pero lo que te pregunto ahora es qué vas a hacer con ella.

—Todavía no lo sé. —Albert se encogió de hombros, se sacó de la lengua una brizna de tabaco y se deshizo de ella de un papirotazo—. Pero tú, Joe, vas a ser el mensaje.

Se volvió hacia Brendan.

—Levántalo.

—¿Qué mensaje? —preguntó Joe mientras Brendan Loomis le pasaba los brazos por debajo y lo ponía de pie.

—Lo que le pasó a Joe Coughlin es lo que te pasará a ti si se la juegas a Albert White y sus muchachos.

Joe no dijo nada. No se le ocurría nada. Tenía veinte años. Ese era todo el tiempo que habría pasado en el mundo: veinte años. No había llorado desde los catorce y no pensaba hacerlo ahora: había que mirar a Albert a los ojos sin desmoronarse, sin suplicar por su vida.

A Albert se le suavizó el gesto.

—No puedo dejarte vivir, Joe. Si encontrara alguna manera de evitarlo, me arriesgaría. Y no es por la chica, si eso te sirve de algo. Puedo encontrar putas en cualquier parte. Precisamente tengo a una nueva, muy bonita, esperándome cuando acabe contigo. —Se estudió las manos unos instantes—. Pero pusiste patas arriba un pueblo, robaste sesenta mil dólares sin mi permiso y te cargaste a tres maderos. Nos

echaste encima a todos una cataratada de mierda. Porque ahora, todos los polis de Nueva Inglaterra creen que los gánsteres de Boston son unos perros rabiosos y hay que abatirlos como tales. Y yo necesito que todo el mundo entienda que eso no es verdad. ¿Dónde está Bones? —le dijo a Loomis.

Bones era Julián Bones, otro de los matones de Albert.

—En el callejón, con el motor en marcha.

—Pues vámonos.

Albert encabezó el desfile hacia el ascensor y abrió la puerta. Brendan Loomis arrastró a Joe al interior.

—Dale la vuelta.

Lo hizo sin moverlo de sitio. A Joe se le cayó el cigarrillo de los labios cuando Loomis lo agarró del codo y le aplastó la cara contra la pared. Le ataron las manos a la espalda, con una áspera soga en torno a las muñecas. Loomis apretaba la cuerda un poco más con cada giro, hasta dejarlo agarrotado. Joe, que era un experto en el asunto, sabía reconocer los nudos imposibles de deshacer. Podrían dejarle tirado en el ascensor y no volver hasta abril y seguiría sin haberse desatado.

Loomis le volvió a dar la vuelta y se dedicó a la manivela. Albert sacó otro cigarrillo de una pitillera de peltre, se lo puso a Joe entre los labios y se lo encendió. Bajo el resplandor de la cerilla, Joe pudo ver que Albert no se divertía lo más mínimo con todo eso, que cuando él se hundiera hasta el fondo del río Mystic con un nudo de cuero al cuello y unos sacos llenos de piedras atados a los tobillos, Albert lamentaría el precio que hay que pagar por hacer negocios en un mundo tan sucio.

Aunque la pena solo le duraría un rato, eso sí.

En el primer piso, salieron del ascensor y echaron a andar por un pasillo de servicio vacío, mientras el ruido de la fiesta les llegaba a través de las paredes: duelo de pianos, sección de viento a toda pastilla y risotadas de alegría.

Llegaron a la puerta situada al final del pasillo. En la parte central,

habían escrito ENTREGAS con pintura amarilla, aún reluciente.

—Me aseguraré de que está despejado —dijo Loomis.

Abrió la puerta a una noche de marzo en la que empezaba a refrescar. Caía un calabobos que le daba cierto olor de hojalata a las escaleras de incendios. Joe también podía oler el edificio, lo nuevo que era el exterior, como si el polvo de la piedra caliza levantado por los taladros aún revoloteara por el aire.

Albert se puso delante de Joe y le arregló el nudo de la corbata. Se lamió las palmas de las manos para aplanarle el cabello. Se veía afligido.

—Nunca quise convertirme en esa clase de individuo capaz de matar gente para conservar su margen de beneficio, pero eso es lo que soy. Nunca consigo dormir como Dios manda. Hay que joderse, Joe. Me levanto cada día aterrorizado y me voy a la cama de noche en ese mismo estado.

Le arregló el cuello de la camisa.

—¿Y tú?

—¿Yo, qué?

—¿Alguna vez quisiste ser de otra manera?

—No.

Albert cogió algo del hombro de Joe y se deshizo de ello con el dedo.

—Le dije a Emma que si te entregaba no te mataría. A nadie se le ocurrió que pudieras ser tan idiota que te dejaras ver esta noche, pero yo acepté sus condiciones. Así pues, ella aceptó conducirte hasta mí para salvarte. O eso creía ella. Pero tú y yo sabemos que tengo que matarte, ¿verdad, Joe?

Lo miró con cara de sufrimiento y con los ojos húmedos.

—¿Verdad?

Joe asintió.

Albert también. Se inclinó sobre Joe y le susurró al oído:

—Y luego también la voy a matar a ella.

—¿Qué?

—Porque yo también la amaba. —Albert se puso a mover las cejas arriba y abajo—. Y porque la única manera de saber que podías desplumar a los de mi partida de poker aquella mañana era si ella te había dado el soplo, ¿no?

—Un momento. Albert, ella no me sopló nada.

—¿Qué más serías capaz de decir? —Albert le puso bien el cuello y le aplanó la camisa—. Míralo de esta manera: si lo vuestro es amor del bueno, esta misma noche os volveréis a ver en el paraíso.

Enterró el puño en el estómago de Joe, en dirección al plexo solar. Joe se dobló sobre sí mismo y volvió a quedarse sin oxígeno. Tiró de la soga que le ataba las muñecas y trató de asestarle un cabezazo a Albert, pero este se limitó a darle una bofetada mientras se apartaba de él y a abrir la puerta que daba al callejón.

Agarró a Joe del pelo y lo puso tieso, para que pudiese ver el coche que le esperaba con la puerta de atrás abierta y a Julián Bones junto a ella. Loomis cruzó el callejón, agarró a Joe del codo y lo arrastró hacia el coche. Joe ya podía oler el cuero del asiento trasero. Podía oler el polvo y los trapos manchados de aceite.

Justo cuando estaban a punto de arrojarlo al interior del vehículo, lo dejaron caer. Cayó de rodillas sobre el pedregullo y oyó gritar a Albert: «¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!». Escuchó pasos sobre los guijarros, y puede que ya le hubiesen disparado en la espalda, pues la luz celestial caía a plomo sobre él.

Tenía la cara saturada de blanco, y los edificios del callejón eran de color azul y rojo, y chirriaban los neumáticos y alguien gritaba algo por un megáfono y otro disparaba un arma y luego se oía otra.

Un hombre atravesó la luz blanca hacia Joe, un hombre pulcro, que daba confianza, un hombre que imponía la autoridad de la manera más natural, como si llevara haciéndolo desde que nació.

Su padre.

Emergieron más hombres de entre la blancura, a su espalda, y Joe no tardó nada en verse rodeado por una docena de miembros del Departamento de Policía de la ciudad de Boston.

Su padre inclinó la cabeza.

—Así que ahora matas polis, ¿eh, Joe?

—No he matado a nadie —respondió él.

Su padre ignoró el comentario.

—Parece que tus cómplices estaban a punto de darte el paseílo.

¿Llegaron a la conclusión de que no dabas más que problemas?

Varios policías habían sacado ya la porra.

—Emma va en el asiento trasero del coche. La van a matar.

—¿Quiénes?

—Albert White, Brendan Loomis, Julián Bones y un tal Donnie.

En las calles aledañas al callejón, había varias mujeres gritando. Sonó una bocina y luego se oyó el sólido crujido de dos coches estrellándose. Más berridos. En el callejón, la lluvia pasó de calabobos a chaparrón.

Su padre miró a sus hombres y luego a Joe.

—Excelentes compañías, hijo mío. ¿Te queda algún otro cuento de hadas que explicarme?

—No es un cuento de hadas. —Joe escupió sangre—. Van a matarla, papá.

—Pues nosotros no vamos a matarte a ti, Joseph. De hecho, yo no pienso tocarte ni con guantes. Pero a algunos de mis compañeros les gustaría tener unas palabritas contigo.

Thomas Coughlin se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas, y se quedó mirando fijamente a su hijo.

Detrás de esa mirada de hierro, en algún recoveco, vivía un hombre que había dormido tres días en el suelo del cuarto de hospital que ocupaba Joe cuando contrajo una grave enfermedad en 1911, el hombre que le leía cada mañana los ocho periódicos de la ciudad, de principio a

fin, el hombre que le decía que lo quería, que le decía que si Dios pretendía llevarse a su hijo debería pasar por encima de su cadáver, el cadáver de Thomas Xavier Coughlin, y que Dios ya podía ir haciéndose a la idea de que la cosa no le iba a resultar nada sencilla.

—Papá, escúchame. Ella...

Su padre le escupió en el rostro.

—Es todo vuestro —les dijo a sus hombres antes de alejarse de allí.

—¡Encontrad el coche! —gritaba Joe—. ¡Encontrad a Donnie! ¡Ella está en un coche con Donnie!

El primer golpe —un puñetazo— le cayó en toda la mandíbula. El segundo, un porrazo, estaba casi seguro de ello, le dio en la sien. Después de eso, toda la luz se evaporó de la noche.

TODOS LOS SANTOS PECADORES

El conductor de la ambulancia le proporcionó a Thomas una idea aproximada de la pesadilla mediática que se cernía sobre el Departamento de Policía de Boston.

Mientras ataban a Joe a una camilla de madera y lo subían a la parte de atrás del vehículo, el hombre dijo:

—¿Lo habéis tirado de una azotea?

El chaparrón hacía un ruido tan fuerte que todos tuvieron que ponerse a gritar.

El sargento Michael Pooley, asistente y chófer de Thomas, dijo:

—Sus heridas son previas a nuestra llegada.

—Ah, ¿sí? —El conductor de la ambulancia paseó la vista de uno a otro mientras le caía agua de la visera negra de su gorra blanca—. Y una mierda.

Thomas notaba como subía la temperatura en el callejón, incluso bajo la lluvia, así que señaló a su hijo, tumbado en la camilla.

—Ese hombre está relacionado con el asesinato de tres agentes de policía en New Hampshire.

—¿Ya te encuentras mejor, capullo? —añadió el sargento Pooley.

El conductor de la ambulancia le estaba tomando el pulso a Joe, con la mirada fija en su reloj de pulsera.

—Yo leo la prensa. Hay días que es lo único que hago: quedarme sentado en la puta ambulancia y leerme los putos periódicos. Y este chico estaba conduciendo. Y mientras lo perseguían, los polis enviaron a la mierda un coche de los suyos. —Le puso la muñeca a Joe sobre el pecho—. O sea, que este no fue.

Thomas contempló el rostro de Joe: labios negros y partidos, nariz chafada, ojos cerrados por la hinchazón, un pómulos hundido, costras de sangre oscura en los ojos, la nariz y las comisuras. Sangre de su sangre. Sangre de alguien hecho por él.

—Pero si no hubiese atracado el banco —dijo—, los otros no habrían muerto.

—No habrían muerto si no hubieran usado una puta ametralladora. —El conductor cerró las puertas del vehículo, miró a Pooley y a Thomas, y este se sorprendió ante el asco que captaba en sus ojos—. Lo más probable es que os lo hayáis cargado a hostias. ¿Y él es el delincuente?

Dos coches policiales salieron detrás de la ambulancia, y los tres vehículos se internaron en la noche. Thomas tenía que obligarse a pensar en el hombre apaleado de la ambulancia como «Joe», a secas. Resultaba insoportable pensar en él como «hijo». Carne de su carne y sangre de su sangre; y mucha de esa sangre y algo de esa carne se habían quedado tiradas en el callejón.

—¿Has cursado la orden de arresto para Albert White? —le dijo a Pooley.

Pooley asintió.

—Y para Loomis, Bones y Donnie, el hombre sin apellido, aunque suponemos que se trata de Donnie Gishler, uno de los chicos de White.

—Considéralo una prioridad. Informa a todas las unidades de que puede llevar a una mujer en el coche. ¿Dónde está Forman?

Pooley señaló con la barbilla.

—Por el callejón.

Thomas echó a andar y Pooley lo siguió. Cuando llegaron al montón de policías situados junto a la puerta de servicio, Thomas evitó mirar el charco de la sangre de Joe que tenía junto al pie derecho, lo suficientemente espeso como para llenarse de lluvia y seguir siendo de un rojo brillante. En vez de eso, se centró en su jefe de inspectores, Steve Forman.

—¿Tienes algo sobre los coches?

Forman se puso a hojear su cuadernito.

—El lavaplatos ha dicho que había un Colé Roadster aparcado en el callejón entre las ocho y cuarto y las ocho y media. Según él, luego desapareció y fue sustituido por el Dodge.

El Dodge era el vehículo en el que intentaban meter a Joe cuando apareció Thomas al mando de la caballería.

—Quiero que el Roadster sea prioritario —dijo Thomas—. Lo conduce Donald Gishler. Puede que haya una mujer en el asiento de atrás, una tal Emma Gould. De los Gould de Charlestown, Steve. ¿Sabes a quién me refiero?

—Oh, claro que sí —dijo Forman.

—No es hija de Bobo. Es de Ollie Gould.

—Vale.

—Envía a alguien para cerciorarnos de que no está a salvo en su camita en la calle Union. ¿Sargento Pooley?

—¿Sí, señor?

—¿Has visto al tal Donnie Gishler al natural?

Pooley asintió.

—Mide cosa de metro setenta, pesará cerca de ochenta kilos y suele llevar gorritos negros de punto. La última vez que lo vi, lucía un mostacho impresionante. Los del Uno-Seis deben de tener una foto suya de detención.

—Envía a alguien a por ella. Y pásales su descripción a todas las unidades.

Observó el charco con la sangre de su hijo. Flotaba un diente.

Thomas y su hijo mayor, Aiden, no se habían dirigido la palabra en años, aunque este a veces le enviaba alguna que otra carta llena de información sin interés, carente de reflexiones personales. No sabía dónde vivía, ni siquiera si estaba vivo o muerto. Su hijo mediano, Connor, había perdido la vista durante las algaradas de la huelga policial

de 1919. Físicamente se había adaptado a su minusvalía a una velocidad admirable, pero mentalmente la ceguera había potenciado su inclinación hacia la autocompasión, que enseguida derivó hacia el alcoholismo. Cuando vio que no conseguiría beber hasta la muerte, descubrió la religión. No tardó mucho en abandonar su coqueteo con la divinidad (parece que el Señor exigía a sus seguidores algo más que una historia de amor con el martirio), tras lo cual se instaló en la Escuela Abbotsford para Ciegos y Tullidos. Ahí le dieron un empleo de celador —a él, que había sido el ayudante del fiscal del distrito más joven en toda la historia del estado en ejercer la jefatura de la fiscalía en un caso fundamental—, y ahí pasó el resto de su vida, fregando unos suelos que no podía ver. De vez en cuando le ofrecían una plaza de maestro en la escuela, pero siempre la rechazaba aduciendo timidez. Ninguno de los hijos de Thomas conocía la timidez. Connor, simplemente, había decidido alejarse de todos los que lo querían. Que, en su caso, se reducían a Thomas.

Y ahí estaba ahora su hijo menor, entregado a una vida criminal, una vida de putas y contrabandistas y matones armados. Una vida que siempre parecía prometer glamur y riqueza, pero que nunca solía aportar ninguna de las dos cosas. Y ahora, gracias a sus colegas y a la gente de Thomas, posiblemente no llegaría vivo al amanecer.

Se quedó de pie bajo la lluvia, sin poder oler nada más que el pestazo de su propia y horrenda personalidad.

—Encontrad a la chica —les dijo a Pooley y Forman.

Un agente de la policía de Salem detectó a Donnie Gishler y a Emma Gould. Cuando acabó la persecución, ya había nueve vehículos policiales involucrados, todos ellos procedentes de pequeñas poblaciones de North Shore: Beverly, Peabody, Marblehead. Varios policías vieron a una mujer en el asiento trasero del coche; otros no la vieron; uno aseguró haber visto a dos o tres chicas allí detrás, pero luego resultó que había estado

bebiendo. Después de que Donnie Gishler sacara de la carretera a dos coches patrulla que iban a gran velocidad, dañándolos a ambos, y después de dispararle a la policía, los agentes abrieron fuego contra él (aunque sin mucha puntería).

El Colé Roadster de Donnie Gishler abandonó la carretera a las 9.50 de la mañana bajo una lluvia torrencial. Los policías bajaban por la avenida Ocean de Marblehead, paralela a Lady's Cove, cuando uno de ellos le acertó al coche de Gishler en un neumático o —lo que resultaba más probable, cuando se conduce a ochenta kilómetros por hora bajo la lluvia— este reventó por sí solo. En esa parte de la avenida, la calzada era muy estrecha y el océano, infinito. El Colé se salió de la carretera con tres ruedas, volcó patas arriba y acabó en el mar con dos ventanillas rotas, hundiéndose en casi tres metros de agua antes de que la mayoría de los polis hubiese tenido tiempo ni siquiera de salir de sus vehículos.

Un patrullero de Beverly, Lew Burleigh, se quedó en calzoncillos y se arrojó al agua, pero estaba muy oscuro, incluso después de que a alguien se le ocurriera la idea de apuntar hacia el mar con los faros de los coches. Lew Burleigh se internó cuatro veces en las gélidas aguas, contrayendo una hipotermia que le tuvo un día entero en el hospital, pero no encontró el coche.

Lo encontraron los submarinistas a la tarde siguiente, poco después de las dos, con Gishler aún al volante. Una pieza del volante se había roto, incrustándose en su cuerpo a través del sobaco. El cambio de marchas le había perforado la ingle. Pero no fue eso lo que lo mató. Una de las más de cincuenta balas disparadas esa noche por la policía le había impactado en la nuca. Aunque el neumático no hubiese reventado, el coche habría acabado en el agua igualmente.

Encontraron una cinta plateada con una pluma a juego enganchada al techo del vehículo, pero ni rastro de Emma Gould.

El tiroteo entre la policía y tres gánsteres detrás del hotel Statler pasó a formar parte de la historia de la ciudad apenas diez minutos después de producirse. Aunque no murió nadie y, entre toda aquella confusión, se dispararon muy pocos tiros. Los delincuentes tuvieron la suerte de huir del callejón justo cuando los que habían ido al teatro esa noche salían de los restaurantes en dirección al Colonial o al Plymouth. Hacía tres semanas que no había entradas en el Colonial para ver la nueva versión de *Pigmalión*, y el Plymouth se había ganado la ira de la Asociación de Vigilancia y Advertencia al programar *El playboy del mundo occidental*. Vigilancia y Advertencia destacaba a docenas de manifestantes a la entrada del teatro —mujeres de escaso atractivo, labios grimosos e incansables cuerdas vocales—, pero solo conseguían darle más popularidad a la función. La presencia chillona y estridente de esas mujeres no solo era un estímulo para el negocio, sino también un regalo para los gánsteres. El trío salió pitando del callejón con la policía pisándoles los talones, pero cuando las de Vigilancia y Advertencia vieron las armas, se lanzaron a gritar, chillar y señalar con el dedo. Varias parejas que iban de camino del teatro se refugiaron a toda prisa en los umbrales de las casas, y un chófer estrelló el Pierce-Arrow de su señorito contra una farola, mientras la lluvia fina se convertía de repente en un chaparrón de los buenos. Cuando los policías recuperaron la cordura, los gánsteres ya habían trincado un coche en la calle Piedmont y se habían perdido en una ciudad azotada por un diluvio implacable.

«El tiroteo del Statler» hizo correr mucha tinta. La historia empezaba de manera sencilla: unos policías heroicos se liaban a tiros con los miserables asesinos de unos colegas suyos y conseguían detener a uno. Pero la cosa no tardaba mucho en complicarse. Oscar Fayette, conductor de ambulancia, informó de que el matón detenido había sido golpeado de forma tan brutal por la policía que igual no pasaba de esa noche. Poco después de medianoche, rumores sin confirmar inundaron las redacciones de la calle Washington: una mujer había sido vista en el

interior de un coche que se había precipitado al mar en Lady's Cove, Marblehead, a una velocidad tal que se plantó en el fondo en menos de un minuto.

Luego corrió la voz de que uno de los gánsteres involucrados en el tiroteo del Statler era Albert White, nada menos, el empresario. Hasta ese momento, Albert White había ocupado una posición envidiable en la escena social de Boston: la de posible contrabandista, presunto traficante de whisky y probable delincuente. Todo el mundo daba por hecho que andaba metido en chanchullos, pero la mayoría podía hacerse la ilusión de que se mantenía al margen del caos que ahora se adueñaba de las calles de todas las grandes ciudades. Albert White era considerado un contrabandista «bueno». El simpático proveedor de un vicio inofensivo que, además, parecía un patricio con sus trajes claros y podía entretener a las masas con el relato de sus heroicas acciones bélicas en sus tiempos de policía. Pero después del tiroteo del Statler (término que E. M. Statler trató de eliminar de los periódicos, con escaso éxito), esa imagen se desvaneció. La policía emitió una orden de busca y captura para Albert. Tanto si se salía de rositas como si no, sus días de alternar con la gente respetable se habían acabado. Como se reconocía en los estudios y salones de Beacon Hill, las alegrías vicarias y salaces también tenían sus límites.

A continuación, vino el destino sufrido por el adjunto al inspector jefe de la Policía, Thomas Coughlin, considerado en tiempos ideal para ocupar el cargo de comisario jefe y, probablemente, un escaño en el Senado estatal. Cuando se reveló en las últimas ediciones de los periódicos del día siguiente que el matón detenido y apaleado en el lugar de los hechos era su propio hijo, la mayoría de los lectores se abstuvieron de juzgar su eficacia como padre, pues sufrían en sus carnes las dificultades para criar hijos virtuosos en el entorno actual, tan parecido al de Sodoma y Gomorra. Pero entonces Billy Kelleher, columnista del *Examiner*, publicó un texto sobre su encuentro con Joseph Coughlin en

las escalinatas del Statler. Fue Kelleher quien llamó a la policía para informar de lo que había visto, y también fue el que se plantó en el callejón a tiempo de ver a Thomas Coughlin arrojando a su propio hijo a los leones a su mando. El público se escandalizó: una cosa era fracasar a la hora de educar correctamente a tu hijo, y otra muy distinta era dejarlo en coma a patadas.

Cuando Thomas fue convocado al despacho del comisario jefe, en la plaza Pemberton, ya sabía que nunca llegaría a ocuparlo.

Herbert Wilson, el inspector jefe, estaba de pie tras su escritorio y le señaló a Thomas una silla. Wilson dirigía el departamento desde 1922, cuando su predecesor, Edwin Upton Curtís, que había hecho más daño a su ciudad que el káiser a Bélgica, tuvo el detalle de morir de un ataque al corazón.

—Toma asiento, Tom.

Thomas Coughlin detestaba que le llamasen Tom, pues odiaba los diminutivos por su indeseada familiaridad.

Tomó asiento.

—¿Cómo está tu hijo? —le preguntó Wilson.

—En coma.

Wilson asintió y expiró lentamente por las fosas nasales.

—Y cada día que pase en ese estado, Tom, más parecerá un santo. — El comisario jefe lo observó por encima de la mesa—. Qué mala pinta tienes. ¿Has dormido?

Thomas negó con la cabeza. «No desde...». Había pasado las dos últimas noches en el hospital, junto a la cama de su hijo, contando sus pecados y rezándole a un Dios en el que apenas creía ya. El médico de Joe le había dicho que aunque el muchacho saliera del coma, no se podían descartar daños cerebrales. Thomas, airado —esa rabia candente que había recaído en todo el mundo, desde su mierda de padre hasta sus hijos, pasando por su mujer—, había ordenado a otros hombres que machacaran a su propio hijo. Ahora se imaginaba su vergüenza como una espada

dejada sobre las brasas hasta que el acero se volvía negro y un humo serpenteante recorría su filo. La punta le entraba por el abdomen, bajo la caja torácica, y le recorría las entrañas, sajando y sajando hasta que no podía ni ver ni respirar.

—¿Alguna novedad sobre los otros dos, los Bartolo? —le preguntó el comisario.

—Creí que ya se habría enterado a estas alturas.

Wilson negó con la cabeza.

—Llevo metido toda la mañana en reuniones presupuestarias.

—Acaba de llegar por el teletipo. Han pillado a Paolo Bartolo.

—¿Quién?

—La policía del estado de Vermont.

—¿Vivo?

Thomas negó con la cabeza.

Por alguna razón difícil de adivinar, Paolo Bartolo conducía un coche cargado de jamones enlatados; ocupaban toda la parte de atrás y también iban apilados en el suelo de la parte delantera, bajo el asiento del copiloto. Cuando se saltó un semáforo en rojo en la calle South Main en St. Albans, a algo menos de treinta kilómetros de la frontera canadiense, un patrullero estatal intentó darle el alto. Paolo salió pitando. El patrullero se lanzó en su persecución, a la que se sumaron otros colegas, y acabaron sacando al coche de la carretera cerca de una granja láctea de Enosburg Falls.

No estaba claro aún si Paolo había sacado un arma al salir del coche esa bonita tarde primaveral. Podía ser que se hubiese llevado la mano al cinto. Aunque también cabía la posibilidad de que no hubiera levantado las manos con la rapidez necesaria. Teniendo en cuenta que o Paolo o su hermano Dion habían ejecutado al patrullero estatal Jacob Zobe en una cuneta muy parecida a esa, sus perseguidores optaron por no correr riesgos. Cada agente disparó su revólver un mínimo de dos veces.

—¿Cuántos polis respondieron? —preguntó Wilson.

—Creo que siete, señor.

—¿Y cuántas balas le metieron al prófugo?

—Once, por lo que he oído, pero habrá que esperar a la autopsia para saberlo con seguridad.

—Y de Dion Bartolo, ¿qué?

—Escondido en Montreal, me temo. O por ahí cerca. Dion siempre fue el más listo de los dos. Paolo siempre era el que metía la pata.

El comisario jefe extrajo una hoja de papel de un montoncito que tenía sobre la mesa y la colocó sobre otra pila. Miró por la ventana y pareció entrar en trance al ver la torre de Custom House, a escasas manzanas de distancia.

—El departamento no puede dejarte salir de este despacho con el mismo rango que tenías al entrar, Tom. Lo comprendes, ¿no?

—Sí, claro. —Thomas echó un vistazo circular a ese despacho que llevaba anhelando durante los últimos diez años, pero no experimentó la menor sensación de pérdida.

—Y si te degradara a capitán, debería asignarte una división.

—Cosa que no piensa hacer.

—Cosa que no pienso hacer. —El comisario jefe se inclinó hacia delante, con las manos entrelazadas—. Más vale que te dediques a jornada completa a rezar por tu hijo, Thomas, porque tu carrera ha tocado techo.

—No está muerta —dijo Joe.

Había salido del coma cuatro horas antes. Thomas había llegado al Hospital General de Massachusetts diez minutos después de recibir la llamada del médico. Lo hizo acompañado del letrado Jack D'Jarvis, un hombre bajito y de edad proveya que solía llevar trajes de lana de colores insípidos: marrón árbol, gris arena o negro desteñido al sol. Las corbatas acostumbraban a ir a juego con los trajes, los cuellos de sus

camisas siempre estaban amarillentos, y en las raras ocasiones en que se ponía sombrero, solía quedarle grande de manera que se le calaba hasta las orejas. Jack D'Jarvis tenía una notable pinta de panoli, y así había sido durante casi tres décadas, pero nadie que lo conociera sería tan estúpido de creer que lo era. De hecho, era el mejor abogado criminalista de la ciudad, y no había prácticamente nadie que pudiera rivalizar con él en esas lides. A lo largo de los años, Jack D'Jarvis había desmontado, por lo menos, dos docenas de casos en apariencia solidísimos que Thomas había llevado a la Fiscalía del Distrito. Se decía que cuando Jack D'Jarvis muriera, dedicaría su estancia en el paraíso a sacar del infierno a sus antiguos clientes.

Los médicos examinaron a Joe durante un par de horas mientras Thomas y D'Jarvis se pateaban el pasillo a la vista del joven patrullero que controlaba la puerta de la habitación.

—No puedo sacarlo —dijo D'Jarvis.

—Ya lo sé.

—Pero tú tranquilo, que la acusación de asesinato en segundo grado no se sostiene por ninguna parte y el fiscal del estado lo sabe. No obstante, tu hijo tendrá que cumplir condena.

—¿Cuánto tiempo?

D'Jarvis se encogió de hombros.

—Yo diría que diez años.

—¿En Charlestown? —Thomas meneó la cabeza—. No quedará nada de él cuando salga por la puerta.

—Hay tres policías muertos, Thomas.

—Pero él no los mató.

—Por eso no acabará en la silla eléctrica. Pero piensa qué pasaría si no se tratara de tu hijo: querrías que le cayeran veinte.

—Pero se trata de mi hijo —dijo Thomas.

Los médicos salieron del cuarto.

Uno de ellos se paró a hablar con Thomas.

—No sabemos de qué está hecho su cráneo, pero no creemos que sea de hueso.

—¿Doctor?

—Está bien. No hay hemorragia interna, ni pérdida de memoria, ni problemas del habla. Tiene rotas la nariz y la mitad de las costillas, y pasará algún tiempo hasta que deje de mear sangre, pero no se aprecia ninguna lesión cerebral.

Thomas y D'Jarvis entraron en el cuarto de Joe, se sentaron junto a su lecho y este los observó a través de los ojos negros e hinchados.

—Me equivoqué —dijo Thomas—. Me equivoqué del todo.

Y no tengo excusa alguna.

Joe habló a través de los labios morados cubiertos de suturas:

—¿No deberías haber dejado que me zurraran?

Thomas asintió.

—No debería haberlo permitido.

—¿Te estás ablandando, carcamal?

Thomas negó con la cabeza.

—Debería haberlo hecho en persona.

La risita de Joe recorrió sus fosas nasales.

—Con el debido respeto, señor, me alegro de que lo hicieran tus hombres. Si te llegas a encargar tú, igual la diñaba.

Thomas sonrió.

—¿Puedo deducir que no me odias?

—Es la primera vez en diez años que te tengo cierto aprecio. —Joe intentó incorporarse en la cama, pero no lo logró—. ¿Dónde está Emma?

Jack D'Jarvis abrió la boca, pero Thomas lo hizo callar con un gesto de la mano. Miró fijamente a su hijo mientras le contaba lo que había ocurrido en Marblehead.

Joe pasó unos instantes asimilando la información, dándole vueltas. Con cierta desesperación, dijo:

—No está muerta.

—Lo está, hijo. E incluso si hubiésemos respondido con más velocidad esa noche, Donnie Gishler no era de los que se dejan coger vivos. La chica murió en cuanto se subió a ese coche.

—No hay cuerpo —dijo Joe—. Por lo tanto, no está muerta.

—Joseph, tampoco se pudo recuperar jamás a la mitad de los cadáveres del Titanic, pero esa pobre gente se fue al otro barrio.

—No pienso creérmelo.

—¿No te lo crees o no te lo vas a creer?

—Es lo mismo.

—Ni hablar. —Thomas meneó la cabeza—. Hemos reconstruido parte de lo que sucedió esa noche. Ella era la querida de Albert White. Te traicionó.

—Cierto —reconoció Joe.

—Entonces ¿qué?

Joe sonrió, pese a los puntos en los labios.

—Pues que me la suda. Estoy loco por ella.

—La locura no tiene nada que ver con el amor —dijo su padre.

—Ah, ¿no?

—No, solo es locura.

—Con el debido respeto, papá, fui testigo de tu matrimonio durante dieciocho años y eso no era amor.

—No —reconoció su padre—, no lo era. Por eso sé lo que me digo. —Suspiró—. En cualquier caso, hijo, ha desaparecido. Está tan muerta como tu madre. Descanse en paz.

—¿Y qué ha sido de Albert? —preguntó Joe.

Thomas se sentó en un lado de la cama.

—Se ha esfumado.

—Pero se rumorea que está negociando su regreso —añadió Jack D'Jarvis.

Thomas lo miró y él asintió.

—¿Y usted quién es? —le preguntó Joe.

El abogado le extendió la mano.

—John D’Jarvis, Joseph Coughlin. Casi todo el mundo me llama Jack.

A Joe se le abrieron los ojos hinchados como no lo habían hecho desde que Thomas y Jack habían entrado en su habitación.

—Pues vaya —dijo—. He oído hablar de usted.

—Yo también de ti —repuso D’Jarvis—. Y el resto del estado también, lamentablemente. Por otra parte, una de las peores decisiones de tu padre podría acabar siendo lo mejor que te podía pasar.

—¿A qué se refiere? —preguntó Thomas.

—Al dejarlo hecho caldo, lo convertiste en una víctima. El fiscal del estado no va a querer llevarlo a juicio. Lo hará, pero sin ganas.

—Ahora ese cargo lo ocupa Bondurant, ¿verdad? —preguntó Joe.

D’Jarvis asintió.

—¿Lo conoces?

—Sé de su existencia —dijo Joe mientras el temor se asomaba a su rostro magullado.

—Thomas —inquirió D’Jarvis, mirándolo fijamente—, ¿conoces a Bondurant?

—Sí, lo conozco —repuso Thomas.

Calvin Bondurant se había casado con una Lenox de Beacon Hill y habían engendrado tres espigadas hijas, una de las cuales había contraído matrimonio recientemente con un Lodge, para alegría de las páginas de sociedad. Bondurant era un defensor incansable de la Ley Seca, un valeroso cruzado contra cualquier tipo de vicio. Según él, los vicios eran producto de las clases bajas y de esas razas inferiores que habían ido llegando a las costas de este gran país a lo largo de los últimos setenta años. Durante ese largo lapso de tiempo, la inmigración se había limitado básicamente a dos etnias —los irlandeses y los italianos—, por lo que el

mensaje de Bondurant no resultaba especialmente sutil. Pero cuando presentara su candidatura a gobernador dentro de unos años, sus donantes de Beacon Hill y Back Bay sabrían que se trataba del hombre adecuado.

La secretaria de Bondurant hizo pasar a Thomas a su despacho en Kirkby, cerrando la puerta tras ellos. Calvin, que estaba de pie frente a la ventana, se dio la vuelta y contempló a Thomas sin emoción alguna.

—Le estaba esperando.

Diez años atrás, Thomas había trincado a Calvin Bondurant durante una redada en una pensión. Bondurant había instalado allí sus reales en compañía de varias botellas de champán y un jovencito desnudo de origen mexicano. Además de su boyante carrera en la prostitución, resultó que el mexicano había formado parte de la División del Norte de Pancho Villa y se le buscaba en su país por traición. Thomas deportó al revolucionario a Chihuahua y permitió que el nombre de Bondurant desapareciera de los registros policiales.

—Pues aquí me tiene.

—Ha convertido a su hijo el delincuente en una víctima. Es para quitarse el sombrero. ¿De verdad es usted tan listo, inspector jefe adjunto?

—Nadie es tan listo —respondió Thomas.

Bondurant negó con la cabeza.

—No es cierto. Los hay muy listos. Y usted debe de ser uno de ellos. Dígame que haga un trato. En esa población hay tres polis muertos. Sus funerales ocuparán mañana la primera página de los periódicos. Si se declara culpable del atraco al banco y, no sé, de conducción temeraria, recomendaré que le caigan doce.

—¿Años?

—¿Por tres polis muertos? Es un chollo, Thomas.

—Cinco.

—¿Cómo dice?

—Cinco —repitió Thomas.

—Ni hablar. —Bondurant negó con la cabeza.

Thomas se sentó y se quedó de lo más quieto.

Bondurant volvió a menear la cabeza.

Thomas cruzó las piernas a la altura de los tobillos.

—Mire... —dijo Bondurant.

Thomas torció levemente la cabeza.

—Déjeme explicarle un par de cosas, inspector jefe adjunto.

—Inspector.

—¿Perdón?

—Ayer me degradaron a inspector a secas.

Bondurant nunca llegó a esbozar una sonrisa, pero se le notó la alegría en los ojos. Un leve resplandor y adiós.

—En ese caso, casi mejor que no le diga nada.

—Me da igual —dijo Thomas—. Yo soy un hombre muy práctico.

Se sacó una fotografía del bolsillo y la dejó sobre el escritorio de Bondurant.

Este observó la imagen. Una puerta, de un rojo desteñido, con el número 29 en el centro. Era la puerta de una casa en la playa de Back Bay. Esta vez, lo que pasó por los ojos de Bondurant no fue precisamente alegría.

Thomas puso un dedo sobre la mesa.

—Si se cambia de casa para sus líos, lo sabré en una hora. Quiero creer que dispone usted de un baúl muy grande y muy profundo en el que guardar todo tipo de cosas inconvenientes a la hora de presentar su candidatura a gobernador. Un hombre con un buen baúl es un hombre a salvo.

Thomas se puso el sombrero en la cabeza. Tiró del centro del ala hasta cerciorarse de que le quedaba recto.

Bondurant contemplaba el trozo de papel que tenía encima de la mesa.

—Veré qué puedo hacer.

—Ver lo que puede hacer carece del menor interés para mí. —Estoy solo en esto.

—Cinco años —sentenció Thomas—. Le caerán cinco años.

Pasaron otras dos semanas hasta que el antebrazo de una mujer apareció en la costa de Nahant. Tres días después, un pescador de la zona de Lynn recogió un fémur en su red. El forense dictaminó que el fémur y el antebrazo pertenecían a la misma persona: una mujer de poco más de veinte años, probablemente de origen centroeuropeo, de piel pálida y pecosa.

En el caso de «La comunidad de Massachusetts contra Joseph Coughlin», Joe se declaró culpable de colaboración en un atraco a mano armada. Fue sentenciado a cinco años y cuatro meses de cárcel.

Sabía que estaba viva.

Lo sabía porque la alternativa era algo que no podía soportar. Conservaba la fe en su existencia porque de no ser así, se sentiría desnudo y despellejado.

—Se ha ido —le dijo su padre justo antes de que lo trasladaran de la cárcel del condado de Suffolk a la penitenciaría de Charlestown.

—No, ni hablar.

—No sabes lo que dices.

—Nadie la vio dentro del coche cuando se salió de la carretera. —¿A esa velocidad, de noche y lloviendo? La metieron en el coche, hijo. Y el coche se salió de la carretera. Murió y se perdió en el océano.

—No me lo creeré hasta que vea su cadáver.

—¿No has tenido bastante con las partes del cuerpo? —Su padre

levantó una mano a modo de disculpa. Cuando volvió a hablar, el tono de su voz era más suave—. ¿Cuándo piensas entrar en razón?

—No me creo que esté muerta. No puede estarlo porque yo sé que está viva.

Cuanto más lo decía, más sabía que estaba muerta. Podía sentirlo del mismo modo en que sentía que ella lo había querido, aunque acabara traicionándolo. Pero si lo reconocía, si se enfrentaba a la realidad, ¿qué le quedaría, aparte de cinco años en la peor prisión del Nordeste? Ni amigos, ni Dios, ni familia.

—Está viva, papá.

Su padre se lo quedó mirando un rato.

—¿Qué fue lo que te enamoró de esa forma?

—¿Perdón?

—¿Qué tenía esa mujer para enamorarte así?

Joe intentó buscar las palabras. Acabó encontrando algunas que parecían algo menos inadecuadas que las demás.

—Conmigo se estaba convirtiendo en algo diferente de lo que mostraba al resto del mundo. Algo... Qué sé yo... Más dulce.

—Eso es enamorarse de un potencial, no de una persona.

—¿Y tú qué sabes?

Su padre bajó la cabeza al oír eso.

—Tú fuiste el hijo que debía llenar la distancia entre tu madre y yo. ¿Alguna vez tuviste conciencia de eso?

—Tuve conciencia de esa distancia.

—Entonces ya viste lo bien que salió ese plan. Las personas no se arreglan entre ellas, Joseph. Y nunca se convierten en nada que no fuesen ya anteriormente.

—Eso no me lo creo.

—¿No te lo crees o no te lo quieres creer? —Su padre cerró los ojos—. Cada vez que respiras, hijo mío, es por pura suerte. —Abrió los ojos, que se habían vuelto rosados en los extremos—. ¿Los logros? Dependen

de la suerte: haber nacido en el lugar adecuado y en el momento oportuno y ser del color más conveniente, vivir lo suficiente para estar en el sitio adecuado y en el momento oportuno para hacer fortuna. Sí, sí, el trabajo duro y el talento son importantes. Son cruciales, y sabes que yo nunca diría otra cosa. Pero los cimientos de nuestras vidas dependen de la suerte. Buena o mala. La suerte es la vida y la vida es la suerte. Y empieza a gotear desde el momento en que aterriza en tus manos. No malgastes la tuya sufriendo por una mujer que, en realidad, ni te merecía.

Joe apretó la mandíbula, pero todo lo que dijo fue:

—La suerte te la haces tú solo, papá.

—A veces —dijo su padre—. Pero otras veces es ella la que te hace a ti.

Se quedaron un instante en silencio. A Joe nunca le había latido el corazón con tanta fuerza. Le golpeaba en el pecho, cual puño frenético. Sufría por él como sufriría por algo ajeno, por un perro perdido en una noche de lluvia, tal vez.

Su padre consultó el reloj y se lo volvió a guardar en el bolsillo del chaleco.

—Probablemente alguien te amenazará durante la primera semana entre rejas. O la segunda, como mucho. En sus ojos verás lo que realmente pretende, tanto si te lo dice como si no.

Joe sintió la boca totalmente reseca.

—Aparecerá otro que irá de buen tío, de compadre. Te defenderá en el patio o en el comedor. Y cuando se cargue al otro tío, te ofrecerá su protección durante el resto de tu condena. ¿Joe? Préstame atención. Ese es el hombre que hay que eliminar. Hazle daño para que él no pueda hacértelo a ti. Destrózale el codo o la rótula. O las dos cosas.

El latido de Joe encontró una arteria en su garganta.

—¿Y entonces me dejarán en paz?

Su padre le dedicó una sonrisa tensa y empezó a asentir, pero la sonrisa desapareció y el movimiento de cabeza se fue con ella.

—No, no lo harán.

—¿Y qué puedo hacer para pararlos?

Su padre apartó la vista un momento, tragando saliva. Cuando volvió a mirarle, tenía los ojos secos.

—Nada.

LA BOCA DEL MONSTRUO

La distancia entre la cárcel del condado de Suffolk y la penitenciaría de Charlestown era de casi dos kilómetros. Podrían haberla recorrido a pie en el tiempo que se necesitó para meter a los presos en el autobús y encadenarles al suelo los grilletes de los tobillos. Esa mañana eran cuatro: un negro delgado y un ruso gordo cuyos nombres Joe no memorizó, un chaval blanco, blandengue y tembloroso llamado Norman y el propio Joe. Norman y Joe ya habían hablado unas cuantas veces en la cárcel porque la celda de uno estaba exactamente enfrente de la del otro. Norman había sufrido la desgracia de caer bajo el influjo de la hija del hombre para el que trabajaba, el propietario de unas caballerizas situadas en la calle Pinckney, en la parte plana de Beacon Hill. La chica, de quince años, se había quedado embarazada, y a Norman, de diecisiete y huérfano desde los doce, le cayeron tres años en una prisión de máxima seguridad por violación.

Le había contado a Joe que se dedicaba a leer la Biblia y estaba preparado para expiar sus pecados. Le dijo que el Señor estaría con él y que hay algo bueno en cada hombre, especialmente en los más viles, motivo por el que esperaba encontrar más bondad entre rejas que en el exterior.

Joe nunca se había cruzado con una criatura más aterrorizada.

Mientras el autobús iba dando saltos por la carretera junto al río Charles, un guardián les revisó los grilletes y se presentó como el señor Hammond. Les informó de que serían alojados en el Ala Este, exceptuando, claro está, al negrata, que acabaría en el Ala Sur, con los de su especie.

—Pero las reglas rigen para todos vosotros, sin que importen la raza o la religión. Nunca miréis a un guardia a los ojos. Nunca discutáis las órdenes de los guardias. Nunca sobrepaséis el sendero de tierra que corre en paralelo al muro. Nunca os toquéis a vosotros mismos o a otros de manera impúdica. Limitaos a cumplir vuestra condena como unos buenos chicos, sin quejas ni malas intenciones, y juntos mantendremos una relación armoniosa durante el tiempo que tardéis en reintegraros a la sociedad.

La prisión tenía unos cien años de vida. A sus oscuros edificios de granito originales, se habían añadido algunas estructuras de ladrillo rojo de construcción más reciente. Diseñada en estilo cruciforme, la cárcel comprendía cuatro alas que confluían en una torre central. En lo alto de la torre se alzaba una cúpula, controlada a todas horas por cuatro guardianes con fusiles, uno en cada posible dirección de huida. La prisión estaba rodeada por vías férreas y fábricas, fundiciones y telares que se extendían desde el North End en descenso junto al río hasta Somerville. Las fábricas producían cocinas; los telares, productos textiles; y las fundiciones apestaban a magnesio, cobre y gases en recipientes de hierro. Cuando el autobús bajó por la colina hacia la planicie, el cielo se ocultó tras un techo de humo. Un tren de carga tocó el silbato y todos tuvieron que esperar a que pasara antes de poder cruzar los raíles y recorrer los últimos trescientos metros que los separaban de la prisión.

El autobús frenó hasta detenerse, y el señor Hammond y otro guardia les quitaron los grilletes a los presos. Norman se echó a temblar y, acto seguido, a lloriquear: las lágrimas le caían barbilla abajo como si fuesen sudor.

—Norman —le dijo Joe.

Y Norman lo miró.

—No hagas eso.

Pero Norman no podía parar.

Su celda estaba en el tercio superior del Ala Este. Le daba el sol todo el día y conservaba el calor durante toda la noche. No había electricidad en las celdas. La reservaban para los pasillos, el comedor y la silla eléctrica de la Casa de la Muerte. Las celdas se iluminaban con velas. Los retretes aún no habían hecho acto de presencia en la penitenciaría de Charlestown, así que los internos meaban y cagaban en cubos de madera. La celda de Joe era para un solo preso, pero habían metido cuatro camas dentro. Sus tres compañeros de encierro se llamaban Oliver, Eugene y Tooms. Oliver y Eugene eran delincuentes comunes de Revere y Quincy, respectivamente. Ambos habían trabajado con la banda de Hickey. Nunca habían tenido la oportunidad de colaborar con Joe ni habían oído hablar de él, pero después de intercambiar algunos nombres con el recién llegado, dedujeron que era lo suficientemente de fiar como para no tener que tratarlo a patadas porque sí.

Tooms era mayor y más callado. Tenía el pelo grasiento y las extremidades fibrosas, y en el fondo de sus ojos vivía algo turbio que no apetecía nada observar. Mientras llegaba la primera noche, Tooms se sentó en la litera de arriba, con las piernas colgando, y de vez en cuando Joe se topaba con su mirada vacía, ante lo cual lo único que podía hacer era sostenérsela unos instantes para luego apartarla.

Joe durmió en una de las literas de abajo, enfrente de Oliver. Tenía el peor colchón, el catre se hundía y la sábana era basta, estaba comida por las polillas y olía a pelo de animal mojado. Pese a sus intentos, no consiguió dormir de verdad.

A la mañana siguiente, Norman se le acercó en el patio. Tenía los dos ojos morados y la nariz parecía rota. Joe estaba a punto de preguntarle qué le había pasado cuando Norman frunció el ceño, se mordió el labio inferior y le golpeó en el cuello. Joe se hizo a un lado, ignoró el golpe y pensó en preguntarle por qué lo había hecho, pero carecía del tiempo necesario. Norman fue a por él, con los brazos

levantados de una manera absurda. Si Norman evitaba su cabeza y se centraba en machacarle el cuerpo, estaba perdido. No se le habían curado aún las costillas: cuando se incorporaba por la mañana, le hacían un daño tal que acababa viendo las estrellas. Resopló, removiendo la tierra con los tacones. Por encima de ellos, los guardias de las torres de vigilancia miraban hacia el río, al oeste, o hacia el océano, al este. Norman le dio un puñetazo en el otro lado del cuello, y Joe levantó el pie y le atizó a Norman en la rodilla.

Norman cayó de espaldas, con la pierna derecha en un ángulo raro. Rodó por el polvo y recurrió al codo para tratar de incorporarse. Cuando Joe le machacó la rodilla por segunda vez, la mitad de los presentes pudo distinguir claramente el sonido de la pierna de Norman al romperse. El ruido que le salió de la boca no fue exactamente un grito. Era algo más suave y más profundo, un ruido apagado, como el que haría un perro tras arrastrarse bajo una caseta para morir.

Norman estaba tirado en el suelo, con los brazos a los costados, y las lágrimas le iban de los ojos a las orejas. Joe sabía que no podía ayudarle a levantarse, aunque ya no corriese peligro, pues sería considerado un acto de debilidad. Se alejó de allí. Atravesó el patio, sofocante ya a las nueve de la mañana, y sintió los ojos que se clavaban en él, más de los que podía contar: todo el mundo lo miraba, planeando la próxima prueba, el tiempo que se tirarían jugando con el ratón antes de echársele realmente encima con uñas y dientes.

Norman no era nada. Puro calentamiento. Y si alguien de ahí dentro tuviera la menor idea de lo dañadas que estaban sus costillas —en esos momentos le dolían de mala manera hasta al respirar y al andar—, a la mañana siguiente no quedarían de él ni los huesos.

Joe había atisbado a Oliver y a Eugene por el muro oeste, pero ahora vio sus espaldas fundirse entre la masa. No querían saber nada de él hasta ver cómo progresaba la cosa. Así pues, se encaminó hacia un grupo de hombres a los que no conocía de nada. Si se detenía de repente y se ponía

a mirar alrededor, parecería un merluzo. Y aquí, merluzo equivalía a débil.

Llegó hasta el grupo de hombres del extremo más alejado del patio, pero también ellos le dieron esquinazo.

Sucedió lo mismo durante todo el día: nadie quería hablar con él. No sabía qué enfermedad tenía, pero nadie quería exponerse al contagio.

Esa noche regresó a una celda vacía. Su colchón —el que se hundía— estaba tirado en el suelo. Los otros habían desaparecido. Se habían llevado las literas. Se lo habían llevado todo menos el colchón de marras, la sábana rasposa y el cubo de mierda. Joe miró al señor Hammond mientras este le cerraba la puerta.

—¿Adonde ha ido todo el mundo?

—Se han ido —repuso el señor Hammond antes de alejarse de allí.

Una vez más, Joe pasó la noche en ese cuarto recalentado y apenas pegó ojo. No era solo por las costillas o por el miedo: el pestazo de la cárcel solo tenía parangón con el de las fábricas del exterior. Había una ventanita en lo alto de la celda, a unos tres metros de altura. Quizá la habían puesto ahí para que el preso de turno se hiciera una idea aproximada del mundo exterior. Pero ahora solo era un conducto para el humo de las fábricas, para el hedor de los telares y el del carbón ardiente. Con el calor que hacía en esa celda, Joe no sabía cómo iba a sobrevivir ahí ni cinco días, por no hablar de cinco años. Había perdido a Emma, había perdido su libertad y ahora sentía que el alma empezaba a desfallecer y apagarse. Le estaban quitando todo lo que tenía.

Y al día siguiente, más de lo mismo. Y el otro. Cualquiera al que se acercaba, se alejaba de él. Cualquiera con quien estableciese contacto visual, apartaba la vista. Pero podía sentir cómo lo observaban en cuanto él miraba hacia otro lado. Era lo único que hacían todos los presos: mirarlo.

A la espera.

—¿De qué? —le dijo en el momento de apagar las luces al señor

Hammond, mientras este le daba al interruptor de la celda—, ¿Qué es lo que están esperando?

El señor Hammond lo miró a través de los barrotes con sus ojos sin luz.

—La cuestión es que me encantaría arreglar las cosas con cualquiera al que haya podido ofender —dijo Joe—. Si es que, de hecho, he ofendido a alguien. Ya que, si lo hice, no fue de manera consciente. Así pues, estoy dispuesto a...

—Estás en la boca del monstruo —le dijo el señor Hammond, y miró hacia los pisos de arriba y de abajo—. Él decide si te pasea un rato por la lengua o si te pega un buen bocado y te clava los dientes. O si te deja subirte a esos dientes para que te largues de un salto. Pero la decisión es suya. No tuya. —El señor Hammond hizo girar su enorme llavero antes de colgárselo del cinturón—. Tú espera.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Joe.

—Hasta que lo diga el monstruo.

El señor Hammond echó a andar por la planta.

El chaval que vino a por él a continuación no era más que eso, un chaval. Tembloroso y con los ojos saltones, pero no por ello menos peligroso. Joe iba camino de la ducha de los sábados cuando el muchacho se salió de la fila, unos diez hombres más allá de Joe, y avanzó hacia él.

Desde el momento en que se salió de la cola supo que venía a por él, pero no podía hacer nada para detenerlo. El chico llevaba los pantalones y la chaqueta a rayas del penal y sostenía la toalla y la pastilla de jabón como todos los demás, pero también llevaba un pelador de patatas en la mano derecha, convenientemente afilado con una piedra de amolar.

Salió al encuentro del chico y este actuó como si pensara seguir caminando, pero de repente dejó caer la toalla y el jabón, se quedó plantado en el suelo y propulsó el brazo hacia la cabeza de Joe. Él hizo

una finta a la derecha, pero el muchacho debió de intuirlo, pues se tiró hacia la izquierda y le clavó el pelador de patatas en la cara interna del muslo. Joe no tuvo ni tiempo de registrar el dolor, pues el chaval ya le había extraído el arma. Fue el sonido lo que lo enfureció. Sonaba a restos de pescado yéndose por el desagüe. Su carne, su sangre y su piel colgaban del filo del arma.

En su siguiente intento, el chico quiso darle en el abdomen o en la entrepierna: a Joe no le quedó claro entre tanto resople y tanto desplazamiento a derecha e izquierda. Se pegó al chaval, lo agarró del cogote y lo golpeó con su propio pecho. El chico lo apuñaló de nuevo, esta vez en la cadera, pero fue un golpe débil y sin cuajo. Eso sí: le dolió más que el mordisco de un perro. Cuando el chico apartó el brazo para apuntar mejor, Joe lo empujó hasta empotrarlo en la pared de granito, donde se partió la cabeza.

El chaval suspiró y dejó caer el pelador de patatas. Joe le dio un par de veces más con la cabeza contra el muro, por si acaso. El muchacho se deslizó hasta el suelo.

Joe no lo conocía de nada.

En la enfermería, un médico le limpió las heridas, le puso unos puntos en el muslo y se lo envolvió con un vendaje bien apretado. El médico en cuestión, que olía a algún producto químico, le dijo que no recurriera mucho a la pierna y a la cadera durante un tiempo.

—¿Y eso cómo se hace? —preguntó Joe.

El médico siguió hablando como si Joe no hubiese dicho nada.

—Y mantén las heridas limpias. Cámbiate el vendaje dos veces al día.

—¿Me dará más vendas?

—No —dijo el médico, como si le pusiera de mal humor la estupidez de la pregunta.

—Entonces...

—Como nuevo —dijo el médico, apartándose de él.

Esperó a que los guardias apareciesen para informarle del castigo que iba a recibir por meterse en peleas. Quería saber si el chico que le había atacado estaba vivo o muerto. Pero nadie le dijo nada. Era como si todo el incidente hubiese sido producto de su imaginación.

A la hora de apagar las luces, le preguntó al señor Hammond si se había enterado de su pelea de camino a las duchas.

—No.

—¿No, no oyó nada? —le preguntó Joe—. ¿O no, no tuvo lugar?

—No —repitió el señor Hammond antes de alejarse.

Unos días después del apuñalamiento, un interno le dirigió la palabra. Su voz no tenía nada de especial —algo cascada y con un leve acento (italiano, le pareció)—, pero después de una semana de silencio absoluto, se le antojó tan hermosa que se le encogió la garganta y se le hinchó el pecho.

Era un hombre mayor con unas gafas muy gordas y demasiado grandes para su cara. Se acercó a Joe en el patio mientras este lo recorría cojeando. Había estado en la cola de las duchas ese sábado. Joe lo recordaba porque se veía tan frágil que era inevitable pensar en los horrores a los que se habría enfrentado en ese sitio a lo largo de los años.

—¿Crees que se quedarán pronto sin tipos con los que atacarte?

Era más o menos de la misma estatura que Joe. Con la cabeza calva y unas difusas patillas plateadas a juego con el bigote ala de mosca. Piernas largas y un torso corto y rellenito. Manos muy pequeñas. Había cierta delicadeza en su manera de moverse, casi de puntillas, como un ladrón en casa ajena, pero con unos ojos tan inocentes y esperanzados como los de un niño en su primer día de escuela.

—No creo que les falten —respondió Joe—. Hay un montón de candidatos.

—¿Y no te acabarás cansando?

—Evidentemente —reconoció Joe—. Pero aguantaré mientras pueda, supongo.

—Eres muy rápido.

—Soy rápido, no muy rápido.

—Sí que lo eres. —El viejo abrió una pequeña bolsa para tabaco y sacó dos cigarrillos. Le pasó uno a Joe—. He presenciado tus dos peleas. Eres tan rápido que la mayoría de esos tíos ni se han dado cuenta de que siempre te proteges las costillas.

Joe se detuvo mientras el hombre encendía sus cigarrillos con una cerilla rascada con la uña del pulgar.

—No me protejo nada.

El viejo sonrió.

—Hace mucho tiempo, en una vida anterior —señaló más allá de los muros y la alambrada—, hice de apoderado de algunos boxeadores. Y también de algunos luchadores de lucha libre. Nunca gané mucho dinero, pero conocí a un montón de mujeres bonitas. Los boxeadores atraen a las mujeres guapas. Y las mujeres guapas siempre van con más mujeres guapas. —Se encogió de hombros mientras echaban a andar nuevamente—. Así pues, sé perfectamente cuándo alguien se protege las costillas. ¿Están rotas?

—No les pasa nada —respondió Joe.

—Te prometo que si me envían a por ti, me limitaré a agarrarte ferozmente de los tobillos.

Joe se echó a reír.

—Solo de los tobillos, ¿eh?

—Puede que también de la nariz, si le veo posibilidades.

Joe se lo quedó mirando. Debía de llevar allí tanto tiempo que habría visto morir toda esperanza y experimentado todo tipo de humillaciones, y si ahora lo dejaban en paz era únicamente porque había sobrevivido a todos los que le habían echado encima. O porque no era más que un saco de arrugas que no les servía para nada. O porque era inofensivo.

—Vale, me protegeré la nariz. —Joe le dio una buena calada al cigarrillo. Ya había olvidado lo bien que sabían cuando no sabías en qué momento ibas a conseguir otro—. Hace unos meses me rompí seis costillas y me hice fisuras o rasgué las demás.

—Hace unos meses. Eso quiere decir que solo te faltan otros dos.

—No me digas. ¿De verdad?

El viejo asintió.

—Las costillas rotas son como los corazones rotos: tardan un mínimo de seis meses en curarse.

¿Eso es lo que tardan?, se preguntó Joe.

—Ojalá duraran lo mismo las comidas. —El viejo se frotó la tripa—. ¿Cómo te llaman?

—Joe.

—¿Nunca Joseph?

—Solo mi padre.

El hombre asintió y exhaló un torrente de humo con pausada satisfacción.

—Este sitio es un desastre. Estoy seguro de que, en el poco tiempo que llevas aquí, ya has llegado a la misma conclusión.

Joe afirmó con un movimiento de cabeza.

—Devora a la gente. Y ni siquiera escupe los restos.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Oh —dijo el viejo—. Hace mucho que dejé de llevar la cuenta. —Miró hacia el grisiento cielo azul y escupió una brizna de tabaco que se le había quedado en la lengua—. No hay nada de este sitio que yo no sepa. Si necesitas ayuda para manejarte, dímelo.

Joe dudaba mucho que ese carcamal estuviese tan al corriente de su entorno como creía estarlo, pero no le iba a hacer ningún daño decirle:

—Así lo haré. Gracias. Te agradezco la oferta.

Llegaron al final del patio. Mientras daban la vuelta para volver por donde habían venido, el viejo le pasó el brazo a Joe por los hombros.

Todo el patio los observaba.

El viejo tiró la colilla al suelo y extendió la mano. Joe se la estrechó.

—Me llamo Tommaso Pescatore, pero todo el mundo me llama Maso. Considérate bajo mi protección.

Joe ya había oído ese nombre. Maso Pescatore controlaba el North End y la mayoría del juego y el puterío de North Shore. Desde detrás de esos muros, se hacía cargo de una gran parte del licor procedente de Florida. Tim Hickey había trabajado mucho para él en el transcurso de los años, y solía mencionar que había que ser extremadamente precavido a la hora de tratar con ese individuo.

—Yo no te he pedido protección, Maso.

—¿Y cuántas cosas en esta vida, buenas y malas, nos suceden, tanto si las pedimos como si no? —Maso retiró el brazo del hombro de Joe y se colocó la mano sobre las cejas para protegerse del sol. Si antes Joe había visto únicamente inocencia en sus ojos, ahora veía astucia—. A partir de ahora, Joseph, dirígete a mí como señor Pescatore. Y dale esto a tu padre la próxima vez que lo veas. —Maso deslizó un trozo de papel en la mano de Joe.

Leyó la dirección garabateada: avenida Blue Hill, 1417. Eso era todo. Ni un nombre ni un número de teléfono, tan solo una dirección.

—Dáselo a tu padre. Solo por esta vez. Es todo lo que te voy a pedir.

—¿Y si no lo hago? —inquirió Joe.

Maso pareció realmente sorprendido ante la pregunta. Inclínó la cabeza a un lado, miró a Joe y sus labios esbozaron una sonrisita curiosa. La sonrisa creció hasta convertirse en una risa en sordina. Meneó la cabeza varias veces. Saludó a Joe con dos dedos de la mano y regresó al muro junto al que le esperaban sus hombres.

En la sala de visitas, Thomas vio entrar cojeando a su hijo y tomar asiento.

—¿Qué ha pasado?

—Un tío me dio una puñalada en la pierna.

—¿Por qué?

Joe meneó la cabeza. Deslizó la palma de la mano sobre la mesa y Thomas vio que debajo había un trozo de papel. Cerró la mano sobre la de su hijo un momento, disfrutando del contacto y tratando de recordar por qué se había negado a mantenerlo durante casi una década. Se hizo con el trozo de papel y se lo metió en el bolsillo. Miró a su hijo, contempló esos ojos de oscuras ojeras y espíritu hundido, y de repente lo captó al completo.

—Tengo que atender la petición de alguien —dijo Joe.

Levantó la vista de la mesa y miró a su padre a los ojos.

—¿La petición de quién, Joseph?

—De Maso Pescatore.

Thomas se echó hacia atrás y se preguntó hasta qué punto quería a su hijo.

Joe leyó la pregunta en sus ojos.

—No intentes decirme que eres intachable, papá.

—Yo hago tratos civilizados con personas civilizadas. Y tú me estás pidiendo que me ponga a merced de una pandilla de italianos cuyos padres aún vivían en las cavernas.

—No se trata de ponerte a su merced.

—¿No? ¿Qué hay en ese trozo de papel?

—Una dirección.

—¿Y nada más?

—Exacto. Es todo lo que sé.

Su padre asintió varias veces, respirando fuertemente por la nariz.

—Porque eres un crío. Un mañoso te da una dirección para que se la pases a tu padre, un mando policial, y ni se te ocurre pensar que esa dirección solo puede ser la del almacén de un chorizo rival.

—¿Un almacén de qué?

—Pues lo más probable es que se trate de un almacén lleno hasta arriba de alcohol.

Su padre se quedó mirando el techo y se pasó una mano por el pulcro cabello canoso.

—Me ha dicho que es solo por esta vez.

Su padre le dedicó una sonrisa malévola.

—Y tú vas y te lo crees.

Abandonó la prisión.

Echó a andar, sendero abajo, hacia su coche, envuelto en un olor a productos químicos. Salía humo de las chimeneas de las fábricas. Casi todo era de un color gris oscuro, menos el cielo marrón y la tierra negra. Pasaban trenes en las cercanías. Por algún extraño motivo, a Thomas le recordaban a una manada de lobos rodeando una enfermería de campaña.

Había enviado ahí, por lo menos, a un millar de hombres a lo largo de su carrera. Muchos de ellos habían muerto tras esos muros de granito. Si llegaban con alguna ilusión acerca de la dignidad humana, la perdían de inmediato. Había demasiados presos y muy pocos guardias para que la cárcel fuese algo distinto de lo que era: un vertedero y un campo de batalla para animales. Entraban hombres y salían bestias. Y si ya eras un animal, podías perfeccionar tus habilidades.

Temía que su hijo fuese demasiado blando. Pese a todas sus transgresiones a lo largo del tiempo, pese a su desprecio por la ley, pese a su incapacidad para obedecerle, atenerse a unas reglas o a cualquier otra cosa, Joseph era el más transparente de sus hijos. Podías verle el corazón a través del más espeso abrigo invernal.

Thomas llegó hasta una cabina telefónica situada al final del sendero. Llevaba la llave atada a la cadena del reloj y la utilizó para abrir la cabina. Miró la dirección que llevaba en la mano: avenida Blue Hill, 1417, Mattapan. Territorio judío. Lo cual significaba que el almacén

pertenecía, con toda probabilidad, a Jacob Rosen, proveedor habitual de Albert White.

White ya estaba de regreso en la ciudad. No había pasado ni una noche en la cárcel, seguramente porque había contratado a Jack D'Jarvis para que se encargase de su defensa.

Thomas miró hacia la prisión que se había convertido en el hogar de su hijo. Una tragedia, sí, pero en absoluto sorprendente. Su hijo había elegido el camino que lo había acabado llevando hasta ahí, pese a la agotadora oposición y la permanente desaprobación de Thomas. Si utilizaba esa cabina, acabaría casado de por vida con la pandilla de Pescatore, liado con una gente que había traído a las costas de este país el anarquismo y sus bombas, los asesinos y la Mano Negra, y que ahora, congregada en algo llamado, según los rumores, *omertá organizata*, se había hecho por la fuerza con todo el negocio del licor ilegal.

¿Y se suponía que él tenía que darles aún más?

¿Tenía que trabajar para ellos?

¿Besarles el anillo?

Cerró la puerta de la cabina, se guardó el reloj en el bolsillo y echó a andar hacia el coche.

Durante dos días le estuvo dando vueltas a lo del trozo de papel. Durante dos días, le rezó a ese Dios que temía inexistente. Rezó en busca de consejo. Rezó por el hijo que tenía tras esos muros de granito.

El sábado era su día libre. Thomas estaba subido a una escalera, repintando el borde negro de las ventanas de la casa de la calle K cuando un hombre le preguntó una dirección. Hacía una tarde húmeda y calurosa, con algunas nubes de color púrpura que ondulaban hacia él. Miró por una ventana del tercer piso lo que había sido en tiempos la habitación de

Aiden. Llevaba tres años vacía cuando su mujer, Ellen, la convirtió en cuarto de costura. Había muerto hacía dos años, mientras dormía, así que ahora volvía a estar vacía, a excepción de una máquina de coser a pedales y un perchero de madera del que colgaban las prendas que, dos años atrás, esperaban a ser arregladas. Thomas metió la brocha en la lata. Siempre sería la habitación de Aiden.

—Ando un poco perdido.

Thomas miró hacia abajo y vio a un hombre de pie en la acera, a unos diez metros. Lucía un traje ligero de color azul claro, camisa blanca y pajarita roja, y no llevaba sombrero.

—¿Puedo ayudarle en algo? —se ofreció Thomas.

—Estoy buscando la casa de baños de la calle L.

Desde ahí arriba, Thomas podía ver la casa de baños, y no solo el tejado, sino todo el edificio de ladrillo. También podía ver la pequeña laguna de más allá, y a algo más de distancia, el Atlántico, que se extendía hasta la tierra que le vio nacer.

—Al final de la calle —señaló Thomas, dedicándole un cabezazo al desconocido y volviendo a lo suyo.

—Justo al final de la calle, ¿no? ¿Allí mismo? —preguntó el hombre.

Thomas se volvió y asintió, aunque ahora ya tenía la vista clavada en el sujeto.

—A veces no puedo evitar salirme del camino correcto —dijo el hombre—. ¿A usted nunca le pasa? Sabes lo que tienes que hacer, pero no hay manera de hacerlo, ¿sabe a qué me refiero?

El hombre era rubio y algo blanducho; no era mal parecido, pero sí fácil de olvidar.

—No van a matarlo —añadió amablemente.

—¿Cómo dice? —saltó Thomas.

Dejó caer la brocha en la lata de pintura.

El hombre puso la mano en la escalera.

No le costaría nada hacerle caer.

El tipo observó a Thomas, achinando los ojos, y luego miró calle abajo.

—Eso sí: conseguirán que desee estar muerto. Lograrán que se sienta así cada día de su vida.

—Le supongo al corriente de mi posición en el Departamento de Policía de Boston —dijo Thomas.

—Pensará en suicidarse —continuó—. Claro que sí. Pero lo mantendrán vivo prometiéndole que si lo hace, le matarán a usted. Y cada día se les ocurrirá algo nuevo para él.

Un Model T negro aparcó junto a la acera y se quedó plantado en mitad de la calle. El hombre bajó a la calzada, subió al coche y se largó de allí, torciendo por la primera salida a la izquierda.

Thomas bajó de la escalera, sorprendido ante el modo en que le temblaban los antebrazos, incluso tras entrar en la casa. Se estaba haciendo viejo, muy viejo. No debería encaramarse a una escalera. Más le valía sentarse y descansar un poco.

Los viejos deben hacerse a un lado con toda la elegancia posible.

Llamó a Kenny Donlan, el capitán del Tercer Distrito de Mattapan. Durante cinco años, Kenny había sido el teniente de Thomas en el Sexto de South Boston. Como muchos de los mandos policiales, le debía su éxito a Thomas.

—Y encima en tu día libre —dijo Kenny cuando su secretaria le pasó a Thomas.

—Muchacho, no hay días libres para gente como nosotros. —Tienes más razón que un santo —dijo Kenny—. ¿En qué puedo ayudarte, Thomas?

—Avenida Blue Hill, uno-cuatro-uno-siete —dijo Thomas—. Es un almacén, se supone que de maquinaria para salas de juego. —Pero no es eso lo que hay allí —dijo Kenny.

—No.

—¿Nivel de contundencia?

—Hasta la última botella —dijo Thomas, y sintió que se le partía el alma—. Hasta la última gota.

BAJO EL CREPÚSCULO

Ese verano, en la penitenciaría de Charlestown, la comunidad de Massachusetts se disponía a ejecutar a dos célebres anarquistas. Las protestas globales no lograron que el estado cambiara de opinión, ni tampoco el torrente de apelaciones de última hora, suspensiones temporales y demás argucias judiciales. Durante las semanas posteriores a que Sacco y Vanzetti fuesen conducidos a Charlestown desde Delham y alojados en la Casa de la Muerte a la espera de la silla eléctrica, Joe vio turbado su sueño por esos grupos de ciudadanos indignados que se congregaban al otro lado de los oscuros muros de granito. A veces se tiraban allí toda la noche, cantando y gritando por los megáfonos y repitiendo una y otra vez las mismas consignas. Durante esas noches, Joe suponía que traían antorchas para añadirle un toque medieval al asunto, pues solía despertarle el olor de la brea ardiendo.

De todos modos, aparte de algunas noches en las que resultaba difícil pegar ojo, el destino de esos dos hombres condenados no tuvo el más mínimo efecto en la vida de Joe ni de nadie que él conociera, con la excepción de Maso Pescatore, que se había visto obligado a prescindir de sus paseítos nocturnos sobre los muros de la prisión hasta que el mundo dejara de mirar.

Durante esa famosa noche de finales de agosto, el excesivo voltaje empleado para ajusticiar a esos dos infelices italianos afectó al resto de la electricidad de la cárcel, haciendo que las luces de cada planta perdiesen potencia o se apagaran por completo. Los anarquistas muertos fueron llevados a Forest Hills e incinerados. Los manifestantes protestaron y luego se fueron.

Maso recuperó la rutina nocturna que llevaba practicando desde hacía diez años: recorrer la parte superior de los muros de la prisión, junto al espeso alambre de espinos y las oscuras torres de vigilancia que dominaban el patio y frente al espantoso paisaje exterior de fábricas y arrabales.

A menudo se llevaba a Joe. Aunque él era el primer sorprendido, Joe se había convertido para Maso en una especie de símbolo. No tenía muy claro si lo consideraba un trofeo, la cabellera de un alto mando policial al que ahora controlaba, un miembro potencial de su organización o alguna clase de mascota; mejor no preguntar. ¿Para qué, si su presencia nocturna en el muro, junto a Maso, dejaba meridianamente claro que estaba protegido?

—¿Usted cree que eran culpables? —preguntó Joe una noche.

Y Maso se encogió de hombros.

—Eso es lo de menos. Lo que importa es el mensaje.

—¿Qué mensaje? Han ejecutado a dos tíos que quizás eran inocentes.

—Ese ha sido el mensaje —dijo Maso—. Y les ha llegado a todos los anarquistas del mundo.

Ese verano, la penitenciaría de Charlestown derramó abundante sangre sobre sí misma. Al principio, Joe creía que el salvajismo era innato, esa absurda inquina entre hombres dispuestos a matarse entre ellos por orgullo: por tu lugar en la fila, por tu derecho a seguir recorriendo el patio por el sendero elegido, por evitar los empujones o los codazos o los pisotones en el dedo gordo.

Pero resultó que era algo más complicado.

Un interno del Ala Este perdió la vista cuando otro le llenó los ojos de cristales. En el Ala Sur, los guardianes encontraron a un tío al que le habían asestado doce puñaladas por debajo de las costillas; unas heridas que, a juzgar por el hedor, le habían perforado el hígado. Hasta los internos de dos plantas más abajo olieron la agonía de ese hombre. Joe

había oído hablar de violaciones que duraban toda la noche en la sección Lawson, así llamada porque tres generaciones de la familia Lawson —el abuelo, uno de sus hijos y tres nietos— habían estado encarceladas allí al mismo tiempo. El último representante de la saga, Emil Lawson, que en tiempos había sido el miembro más joven y más dañino de todos ellos, seguía encerrado y no iba a salir jamás. Sus condenas sumaban 114 años. Un alivio para la ciudad de Boston y una desgracia para la penitenciaría de Charlestown. Cuando no estaba al frente de la violación de algún recién llegado, Emil Lawson se dedicaba al asesinato por encargo de cualquiera dispuesto a remunerarle por sus esfuerzos, pero se rumoreaba que, durante las últimas escaramuzas, había trabajado en exclusiva para Maso.

La guerra giraba en torno al ron. Se combatía en el exterior, claro está, ante la consternación popular, pero también en el interior, donde a nadie le importaba un rábano. Albert White, un importador de whisky del norte, había tomado la decisión de ampliar sus negocios entrando en el negocio del ron traído del sur antes de que Maso Pescatore saliera de la cárcel. La primera víctima de la guerra entre White y Pescatore había sido Tim Hickey. Pero a finales del verano, los muertos ya alcanzaban la docena.

En cuanto a lo del whisky, la cosa se lio en Boston, en Portland y por las carreteras secundarias que partían de la frontera canadiense. Hubo conductores atracados en la carretera en poblaciones como Massena, en Nueva York; Derby, en Vermont, y Allagash, en Maine. Algunos solo se llevaron una paliza, además del robo, pero uno de los conductores más veloces de White acabó de rodillas sobre la pinaza y le volaron la cabeza por hacerse el chulo.

Por lo que respecta al ron, la batalla tuvo lugar a mayor distancia. Hubo asaltos a camiones en sitios tan al sur como ambas Carolinas y tan al norte como Rhode Island. Tras conminar a los conductores a parar en la cuneta y abandonar la cabina, los matones de White les prendían fuego

a los camiones. Y los camiones cargados de ron ardían cual barcos de un funeral vikingo, amarilleando la parte inferior del cielo nocturno en un radio de varios kilómetros.

—Tiene reservas escondidas en algún sitio —dijo Maso durante uno de sus paseos—. Está esperando a que no quede ni una gota de ron en Nueva Inglaterra para presentarse como el salvador, con sus propias existencias.

—¿Y quién puede ser lo bastante tonto para abastecerle? —preguntó Joe, que conocía a casi todos los proveedores de South Florida.

—Abastecerle no es precisamente ninguna tontería —dijo Maso—. Es de lo más cabal. Es lo que yo haría si tuviese que elegir entre un tío espabilado como Albert y un carcamal que lleva en la trena desde que el zar perdió Rusia.

—Pero usted tiene ojos y oídos por todas partes.

El viejo asintió.

—Pero no se trata exactamente de mis ojos ni exactamente de mis oídos, por lo que están conectados a mi mano. Y mi mano es la que controla el poder.

Esa misma noche, uno de los guardias que Maso tenía en nómina y que ese día libraba, se hallaba en un garito del South End, del que se fue con una mujer que nadie había visto antes. Muy atractiva, eso sí, pero también una profesional del ramo. El guardia apareció tres horas después en la plaza Franklin, sentado en un banco, con el cuello rebanado y más muerto que Thomas Jefferson.

La condena de Maso concluía al cabo de tres meses, y las cosas se le estaban empezando a poner francamente mal a Albert, cuya desesperación hacía que todo resultara más peligroso aún. La noche anterior, precisamente, el mejor falsificador de Maso, Boyd Holter, había sido arrojado desde lo alto del edificio Ames, en la zona centro. Aterrizó con la rabadilla y se trepanó el cerebro con las astillas de su propio espinazo.

La respuesta de Maso consistió en volar por los aires una de las tapaderas de Albert, una carnicería de la calle Morton. La peluquería y la mercería contiguas también se hicieron pedazos, y la explosión se cargó la pintura y las ventanillas de varios coches aparcados junto a la acera.

Hasta ahora no ganaba nadie: solo imperaba el caos.

Mientras recorrían el muro, Joe y Maso se pararon a contemplar una inmensa luna anaranjada que se alzaba sobre los humos de las fábricas y los campos de ceniza y veneno negro. Maso le pasó a Joe un trozo doblado de papel.

Ya ni los miraba. Se limitaba a plegarlos un par de veces y a esconderlos en una ranura que se había hecho en la suela del zapato en espera de la siguiente visita paterna.

—Ábrelo —le dijo Maso antes de que pudiera guardárselo.

Joe se lo quedó mirando: con esa luna, parecía que fuese de día.

Maso le dijo que sí con la cabeza.

Joe le dio la vuelta en la mano al papel y levantó un trozo. Al principio, no entendió a qué venían esas dos palabras:

Brendan Loomis.

—Lo detuvieron anoche. Le dio una paliza a un tío a las puertas de Filene's. Porque los dos querían comprar el mismo abrigo. Porque es un salvaje que no piensa. La víctima tiene amigos, así que Albert White se va a tener que quedar sin mano derecha en un futuro inmediato. —Maso miró a Joe mientras la luna le ponía la cara de color naranja—. Tú lo odias, ¿no?

—Por supuesto —dijo Joe.

—Estupendo. —Maso le dio una palmadita en el brazo—. Pásale la nota a tu padre.

En la parte inferior de la rejilla de cobre situada entre Joe y su padre había un hueco lo suficientemente amplio como para pasarse notas de

uno a otro lado. Joe pretendía colocar la de Maso en su lado del hueco, pero no conseguía levantar la mano de la rodilla para hacerlo.

Ese verano, a su padre se le había puesto la cara translúcida, como una capa de cebolla, y las venas de sus manos habían adquirido un brillo exagerado: eran de un azul brillante, de un rojo brillante. Se le hundían los ojos y los hombros. El pelo le clareaba. Cada día acusaba más sus sesenta años.

Pero esa mañana algo le había aportado cierto vigor al habla y algo de vida al verde quebradizo de los ojos.

—A que no sabes quién viene a la ciudad —dijo.

—¿Quién?

—Tu hermano Aiden, nada menos.

Ah. Eso lo explicaba todo. El retoño favorito. El adorado hijo pródigo.

—Así que viene Danny, ¿eh? ¿Y dónde ha estado?

—Bueno, un poco por todas partes. Me envió una carta que tardé quince minutos en leer. Ha estado en Tulsa y en Austin y hasta en México. Parece que últimamente corría por Nueva York. Pero llegará aquí mañana.

—¿Con Nora?

—No me ha dicho nada de ella —comentó Thomas en un tono que indicaba que él preferiría hacer lo mismo.

—¿Y te ha dicho por qué venía?

Thomas negó con la cabeza.

—Solo me ha dicho que estaría de paso.

La voz se le fue apagando mientras observaba esas paredes a las que no acababa de acostumbrarse. Probablemente nunca lo lograría. Como cualquiera que no se viese obligado a hacerlo.

—¿Vas aguantando?

—Bueno... —Joe se encogió de hombros.

—¿Qué?

—Lo intento, papá. Lo intento.

—No puedes hacer otra cosa.

—Pues no.

Se miraron el uno al otro a través de la malla, y Joe reunió el valor necesario para levantar la mano de la rodilla y pasarle la nota a su padre.

Él la desplegó y leyó el nombre que llevaba escrito. Durante un largo instante, Joe no supo con seguridad si su padre seguía respirando. Y entonces...

—No.

—¿Cómo?

—No. —Thomas le devolvió la nota y lo dijo de nuevo—: No.

—Esa es una palabra que a Maso no le gusta, papá.

—Ya le llamas Maso, ¿eh?

Joe no dijo nada.

—Yo no asesino por encargo, Joseph.

—No es eso lo que te piden —dijo Joe, pensando: «¿o sí?».

—¿Cuánta ingenuidad te puedes permitir hasta que resulte imperdonable? —Su padre expulsaba el aire por las fosas nasales—. Si te dan el nombre de un tipo que está bajo custodia policial, es porque quieren que lo encuentren ahorcado en su celda o que le peguen un tiro en la espalda «mientras trataba de huir». Por consiguiente, Joseph, dado el grado de ignorancia que pretendes aplicar a estos asuntos, necesito que escuches atentamente lo que tengo que decir.

Joe clavó los ojos en la mirada fija de su padre, sorprendido ante la profundidad del amor y de la pérdida que captaba. Parecía bastante evidente que su padre se encontraba a punto de culminar el viaje de su existencia. Y que las palabras que iban a salir de su boca serían una especie de resumen.

—No le quitaré la vida a nadie más sin un motivo.

—¿Ni siquiera la de un asesino? —le preguntó Joe.

—Ni siquiera la de un asesino.

—Es el responsable de la muerte de la mujer que amé.

—Me dijiste que creías que seguía con vida.

—No se trata de eso —dijo Joe.

—No —convino su progenitor—. No se trata de eso. Lo fundamental es que yo no me apunto al asesinato. Por nadie. Y desde luego, no por ese italiano cabrón al que has jurado lealtad.

—Tengo que sobrevivir aquí dentro —dijo Joe—. Aquí dentro, ¿entiendes?

—Y harás lo que tengas que hacer —asintió su padre, con los ojos de un verde más brillante de lo habitual—. Y yo nunca te juzgaré por ello. Pero no pienso cometer un homicidio.

—¿Ni por mí?

—Especialmente por ti.

—Entonces la voy a diñar aquí, papá.

—Sí, es una posibilidad.

Joe clavó la vista en la mesa, que se hizo borrosa, como todo lo demás.

—Y no tardaré mucho.

—Si eso ocurre yo moriré poco después de un ataque al corazón. — La voz de su padre era un suspiro—. Pero no voy a asesinar por ti, hijo. ¿Matar por ti? Eso sí. Pero ¿asesinar? Jamás.

Joe levantó la vista. Sintió una enorme vergüenza ante el modo en que sonó su voz al decir:

—Por favor.

Su padre negó con la cabeza. Con suavidad. Lentamente.

Pues muy bien. No había nada más que decir.

Joe hizo ademán de levantarse.

—Espera —le dijo su padre.

—¿Para qué?

Su padre miró al guardia que estaba de pie junto a la puerta, detrás de Joe.

—Ese capullo, ¿está a sueldo de Maso?

—Sí. ¿Por qué?

Su padre extrajo el reloj del bolsillo y le quitó la cadena.

—No, papá. No.

Thomas se guardó la cadena en el bolsillo y deslizó el reloj sobre la mesa.

Joe pugnaba por no echarse a llorar.

—No puedo.

—Sí que puedes. Ya lo verás. —Su padre lo miró fijamente a través de la malla como si estuviera ardiendo, sin atisbo de agotamiento en el rostro, cargado de decisión—. Vale una fortuna este trozo de metal. Pero no es más que eso: un trozo de metal. Compra tu vida con él. ¿Me oyes? Se lo das a ese italiano de mierda y le compras tu vida.

Joe cerró la mano en torno al reloj, que conservaba aún el calor del bolsillo de su padre, y sintió su tictac contra la palma como si fuera el latido de un corazón.

Se lo dijo a Maso en el comedor. Sin pretenderlo: no se le había ocurrido que pudiera salir el tema a colación. Pensó que dispondría de tiempo. Durante las comidas, Joe se sentaba con miembros de la banda de Pescatore, pero no con los de la primera mesa, que era la del propio Maso. Joe ocupaba un asiento en la siguiente, con tíos como Rico Gastemeyer, que controlaba la lotería diaria, y Larry Kahn, que fabricaba ginebra en un barreño en el sótano de la zona de los guardias. Volvía del encuentro con su padre y ocupó un asiento frente a Rico y Ernie Rowland, un falsificador de Saugus, pero ambos fueron empujados banco abajo por Hippo Fasini, uno de los soldados más próximos a Maso, con lo que Joe se quedó sentado ante el mismísimo Maso, flanqueado por Naldo Aliente y el tal Fasini.

—Bueno, ¿cuándo tendrá lugar? —preguntó.

—¿Señor?

Maso adoptó un aire de frustración, que es lo que hacía siempre que se veía obligado a repetirse.

—Joseph.

Joe sintió que el pecho y la garganta empujaron la respuesta.

—No lo va a hacer.

Naldo Aliente soltó una risita y meneó la cabeza.

Joe asintió.

Maso miró a Naldo, y luego a Hippo Fasini. Nadie dijo nada durante unos minutos. Joe clavó la mirada en su plato, consciente de que se le estaba enfriando la comida y de que debería comer porque ahí, si te saltas un papeo, te debilitas enseguida.

—Joseph, mírame.

Joe lo miró a la cara, una cara que parecía marcada por la diversión y la curiosidad, como la de un lobo que se ha topado con un nido lleno de polluelos cuando menos lo esperaba.

—¿Por qué no has sido más convincente con tu padre?

—Señor Pescatore, yo lo he intentado —repuso Joe.

Maso paseó la vista entre sus dos adláteres.

—Lo ha intentado.

Al sonreír, Naldo Aliente dejó al descubierto una hilera de dientes que parecían murciélagos colgando en una cueva.

—Pero no lo suficiente —dijo Naldo.

—Mire, señor —dijo Joe—. Mi padre me ha dado algo.

—¿Cómo? —Maso se puso una mano detrás de la oreja.

—Me ha dado algo para usted.

Joe le pasó el reloj por encima de la mesa.

Maso tomó nota de la tapa dorada. La abrió, observó el reloj en sí mismo y, a continuación, vio el interior de la tapa, en la que se habían grabado en una letra preciosa las palabras *Patek Philippe*. Levantó las cejas en señal de aprobación.

—El modelo de 1902, de dieciocho quilates —le dijo a Naldo. Se dirigió a Joe—. Solo se fabricaron dos mil. Vale más que mi propia casa. ¿Cómo es que un poli tiene un reloj así?

—Abortó el atraco a un banco en 1908 —dijo Joe, repitiendo una historia que el tío Eddie le había contado cien veces, aunque su padre nunca hablaba del asunto—. Fue en la plaza Codman. Mató a uno de los atracadores antes de que este pudiera cargarse al director de la sucursal.

—¿Y el director de la sucursal le regaló el reloj?

Joe negó con la cabeza.

—Fue el presidente del banco. El director de la sucursal era su hijo.

—¿Y ahora me lo da a mí para salvar a su propio hijo?

Joe asintió.

—Yo tengo tres hijos, ¿sabes?

—Sí, algo había oído —repuso Joe.

—O sea, que algo sé de padres y de lo mucho que quieren a sus hijos.

Maso se echó hacia atrás y se puso a mirar el reloj. Al final, suspiró y se lo metió en el bolsillo. Extendió el brazo y le dio tres palmaditas en la mano a Joe.

—Cuando vuelvas a ver a tu padre, dale las gracias por el obsequio. —Maso se levantó de la mesa—. Y luego dile que haga lo que le dije que hiciera, joder.

Todos los hombres de Maso se levantaron al mismo tiempo y abandonaron el comedor.

Cuando Joe, sucio y acalorado, volvió a su celda tras su turno laboral en la cadena de montaje, se encontró con que le esperaban tres hombres a los que no había visto nunca. Los catres seguían desaparecidos, pero volvía a haber colchones en el suelo. Los tres tipos estaban sentados en ellos. El colchón de Joe yacía más allá, contra la pared, bajo la alta ventana, lo

más lejos posible de los barrotes. A dos de esos mendas nunca los había visto, de eso estaba seguro, pero el tercero le resultaba familiar. De unos treinta años, bajito, pero con la cara muy alargada y un mentón tan puntiagudo como la nariz y las orejas. Joe revisó mentalmente todos los nombres y caras de la prisión que podía recordar y llegó a la conclusión de que tenía delante a Basil Chigis, uno de la cuadrilla de Emil Lawson; y al igual que a este, le había caído la perpetua sin posibilidad de acceder a la libertad condicional. Se decía que se había comido los dedos de un crío al que se había cargado en un sótano en Chelsea.

Joe contempló a cada uno de esos tipos lo suficiente como para demostrar que no les tenía miedo, y ellos le devolvieron la mirada, parpadeando de vez en cuando, pero sin abrir la boca jamás. Él tampoco dijo nada.

En un momento dado, los tipos parecieron cansarse de las miraditas y se pusieron a jugar a las cartas. Apostaban huesos. Huesos pequeños, de codorniz, de pollito o de carroñero de escaso volumen. Llevaban los huesos en bolsitas de lona. Hervidos hasta dejarlos totalmente blancos, hacían ruido entre ellos cuando los recogía el ganador. Cuando se atenuó la luz, siguieron jugando, sin abrir la boca como no fuese para decir «Subo la apuesta», «Lo veo» o «Paso». De vez en cuando, uno de ellos le echaba un vistazo a Joe, siempre muy breve, y volvía a la partida.

Cuando oscureció del todo, se apagaron las luces del recinto. Los tres hombres intentaron concluir la mano en la que estaban, pero entonces surgió de la penumbra la voz de Basil Chigis: «A la mierda», y todos se lanzaron a recoger las cartas del suelo mientras los huesos castañeteaban al regresar a sus bolsas.

Se quedaron a oscuras, respirando.

Esa noche, Joe era incapaz de medir el tiempo. Podría haber estado sentado a oscuras treinta minutos o dos horas. No tenía ni idea. Los tres tipos se sentaron en semicírculo, apartados de él, aunque permitiéndole disfrutar de su respiración y de su olor corporal. El de su derecha olía

especialmente mal, a un sudor tan viejo y reseco que se había convertido en vinagre.

Mientras se le adaptaban los ojos, Joe pudo verlos y observar que la profunda oscuridad se convertía en un crepúsculo. Estaban sentados con los brazos en las rodillas y las piernas cruzadas por los tobillos. Lo miraban fijamente.

En una de las fábricas de fuera sonó una sirena.

Incluso aunque tuviera un pincho, era muy poco probable que lograra apuñalarlos a los tres. Y teniendo en cuenta que no había acuchillado a nadie en su vida, igual no podía ni cargarse al primero antes de que le quitaran el pincho y se lo clavarán a él.

Sabía que esperaban a que hablase. No sabía cómo lo sabía, pero lo sabía. Esa sería la señal que esperaban para hacerle lo que tuviesen pensado. Hablar equivaldría a suplicar. Aunque no les pidiera nada ni tratara de salvar el pellejo, el mero hecho de hablar sería interpretado como un ruego. Y ellos se reirían de él antes de matarlo.

Los ojos de Basil Chigis eran del azul de un río a punto de congelarse. En la penumbra, el color tardó un poco en regresar, pero acabó haciéndolo. Joe imaginó lo que sería sentir la quemazón de ese color en sus pulgares, cuando se los clavara a Basil en los ojos.

Solo son hombres, se dijo, no demonios. Y a un hombre se le puede matar. Incluso a tres. Basta con actuar.

Mientras miraba fijamente las pálidas llamas azules de Basil Chigis, Joe sentía cómo disminuía el influjo que ejercían sobre él a medida que se iba repitiendo que esos tipos no tenían poderes especiales, no más que él, en todo caso —la mente, las extremidades y la voluntad, todas a una—, por lo que era perfectamente posible imponerse a los tres.

Pero luego... ¿Qué? ¿Adonde iría? Su celda medía dos metros y medio de largo y casi cuatro de ancho.

Tienes que estar dispuesto a matarlos. Ataca ya. Antes que ellos.

Y cuando los tengas en el suelo, retuércelos el puto pescuezo.

Mientras se lo imaginaba, sabía que era imposible. Si solo tuviese un adversario y él actuara antes de lo que el otro había previsto, tal vez tendría una posibilidad. Pero ¿cómo atacar con éxito a tres individuos, y encima estado sentado?

El miedo le bajó hasta los intestinos y le subió hasta la garganta. Le estrujaba el cerebro como si fuese un puño. No podía dejar de sudar y los brazos le temblaban contra las mangas.

El movimiento llegó simultáneamente desde la derecha y desde la izquierda. Para cuando lo notó, ya tenía los pinchos presionándole los tímpanos. No podía verlos, a excepción del que Basil Chigis se sacó de entre los pliegues del uniforme carcelario. Se trataba de una fina vara de metal del tamaño de medio palo de billar, y Basil tuvo que torcer el codo para ponerle la punta en la garganta a Joe. Echó la mano atrás y sacó algo del cinturón, algo que Joe no quería ver porque no quería creer que algo así se había colado en la celda. Basil Chigis blandió un mazo junto al largo estilete.

Ave María, rezó Joe, llena eres de gracia...

No recordaba lo que venía a continuación. Había sido monaguillo durante seis años y ya no lo recordaba.

Los ojos de Basil Chigis no habían cambiado. No desvelaban en lo más mínimo sus intenciones. Su puño izquierdo apretó la empuñadura del pincho metálico. El derecho hizo lo propio con el mango del mazo. Bastaba un movimiento del brazo para que el pincho atravesara la garganta de Joe y acabase clavado en su corazón.

El Señor está contigo. Bendícenos, oh, Señor, y que tus dones...

No, no. Eso era una plegaria para la hora de la cena. El Ave María era diferente. Decía...

No podía recordarlo.

Padre nuestro, que estás en los cielos, perdónanos nuestras deudas como nosotros...

Se abrió la puerta de la celda y apareció Emil Lawson. Se acercó al

círculo, se arrodilló a la derecha de Basil Chigis e inclinó la cabeza hacia Joe.

—Me dijeron que eras muy mono —declaró—. Tenían razón. —Se rascó la barba que le crecía en las mejillas—. ¿Se te ocurre algo que no te pueda quitar ahora mismo?

¿El alma?, se preguntó Joe. Pero en ese sitio, bajo esa oscuridad, hasta eso le podrían arrebatarse, seguramente.

Eso sí: iba listo ese si esperaba una respuesta.

—O me contestas o te saco un ojo y se lo doy a Basil para que se lo zampe —dijo Emil Lawson.

—No —dijo Joe—. No hay nada que no me puedas arrebatarse.

Emil Lawson barrió el suelo con la palma de la mano antes de sentarse.

—¿Quieres que nos vayamos? ¿Quieres que abandonemos tu celda esta misma noche?

—Pues sí, la verdad.

—Te pidieron que hicieras algo para el señor Pescatore y te negaste.

—Yo no me negué. La decisión definitiva no dependía de mí.

El pincho colocado sobre la garganta de Joe se deslizó por el sudor y recorrió un lado del cuello, arrancándole un poco de piel. Basil Chigis se lo volvió a poner en la base de la garganta.

—Tu papaíto —asintió Emil Lawson—. El madero. ¿Qué se supone que tenía que hacer?

¿Cómo?

—Tú tienes que saberlo —respondió Joe.

—Haz como si no y contesta la pregunta.

Joe respiró profunda y lentamente.

—Brendan Loomis.

—¿Qué le pasa?

—Que está bajo custodia policial. Lo sueltan pasado mañana.

Emil Lawson cruzó las manos sobre el codo y sonrió.

—Y tu padre tenía que matarlo, pero ha dicho que no.

—Exactamente.

—No, ha dicho que sí.

—Ha dicho que no.

Emil Lawson meneó la cabeza.

—Le vas a decir al primer matón de Pescatore con el que te cruces que tu padre te ha dicho a través de un guardia que ha cambiado de idea. Que se encargará de Brenny Loomis. Y también que se ha enterado de dónde ha estado durmiendo últimamente Albert White. Y le dirás que tienes la dirección para pasársela al viejo Pescatore. Pero ha de ser en persona. ¿Me sigues hasta ahora, guapetón?

Joe asintió.

Emil Lawson le pasó algo envuelto en un trapo pringoso. Joe lo desenvolvió: otro estilete, casi tan fino como una aguja. En tiempos había sido un destornillador, de los que usa la gente para las varillas de las gafas. Pero ahora estaba mucho más afilado. La punta era como el pincho de una rosa. Joe le puso encima la palma de la mano y casi se corta.

Le apartaron los pinchos de las orejas y la garganta.

Emil se acercó un poco más a él.

—Cuando estés tan pegado a Pescatore que le puedas susurrar la dirección al oído, le ensartas el pincho en el puto cerebro. —Se encogió de hombros—. O en la garganta. El caso es que te lo cargues.

—Creía que trabajabas para él —dijo Joe.

—Yo trabajo para mí —dijo Emil Lawson, meneando la cabeza—. Hice algunos trabajillos para su banda, cobrando. Ahora es otro el que paga.

—Albert White —dijo Joe.

—Mi jefe. —Emil Lawson se inclinó hacia adelante y le dio a Joe en la mejilla una suave bofetada—. Y también el tuyo, a partir de ahora.

En la parte trasera de su casa de la calle K Thomas cultivaba un huerto. Sus esfuerzos sostenidos a lo largo de los años habían alcanzado un cierto balance entre el éxito y el fracaso, pero durante los dos años transcurridos desde la muerte de Ellen disponía de más tiempo; la actual recompensa consistía en el sobresueldo que se sacaba cada año al vender la producción sobrante.

Tiempo atrás, cuando tenía cinco o seis años, Joe había optado por ayudar a su padre con la recogida de principios de julio. Thomas dormía tras un turno doble, seguido de los múltiples copazos que se había tomado después con Eddie McKenna. Despertó al oír a su hijo hablando en el patio trasero. En esa época, Joe hablaba solo constantemente, cuando no lo hacía con un amigo imaginario. En cualquier caso, con alguien tenía que hablar, como ahora reconocía Thomas, porque nadie le dirigía mucho la palabra en casa. Thomas trabajaba en exceso, y Ellen, en fin, a esas alturas había concentrado todo su interés en la Tintura Número 23, un supuesto curallotodo que había descubierto tras uno de los abortos naturales padecidos antes del nacimiento de Joe. Por aquel entonces, la Número 23 no era aún el problema en que se convertiría para Ellen, o eso quería creer Thomas. Pero algo se debió oler al respecto, y con más fuerza de la deseada, cuando se dio cuenta de que nadie le hacía caso a Joe esa mañana. Yacía en la cama, escuchando charlar a su retoño consigo mismo mientras iba de un lado a otro del porche, y empezó a preguntarse por dónde deambulaba exactamente.

Salió del lecho, se puso la bata y se calzó las zapatillas. Atravesó la cocina (donde Ellen, con la mirada ausente, pero con una sonrisa en los labios, se tomaba una taza de té) y abrió de par en par la puerta de atrás.

Cuando vio el porche, su instinto inicial fue gritar. Literalmente. Postrarse de hinojos y clamar al cielo. Sus zanahorias, sus chirivías y sus tomates —aún tan verdes como la hierba— yacían sobre el porche, con las raíces desperdigadas como cabellos por la tierra y la madera. Joe vino desde el jardín con algo más de cargamento: remolachas, en esta ocasión.

Se había transformado en un topo, con la piel y el pelo rebozados de tierra. Lo único blanco que le quedaba lo tenía en los ojos, y en los dientes al sonreír, cosa que hizo nada más ver a Thomas.

—Hola, papá.

Thomas se había quedado sin habla.

—Te estoy ayudando, papá. —Joe dejó una remolacha a los pies de Thomas y se fue a buscar más.

Thomas, con el trabajo de un año arruinado y los beneficios otoñales desaparecidos, vio como su hijo se dirigía a concluir la destrucción, y la risa que le salió de lo más hondo le sorprendió más que a nadie. Se rio con tantas ganas que las ardillas salieron pitando de las ramas bajas del árbol más próximo. Se rio de tal manera que el porche acabó temblando.

Ahora sonreía al recordarlo.

Le había dicho recientemente a su hijo que la vida no era más que suerte. Pero la vida, como observaba a medida que se iba haciendo mayor, también era memoria. A veces, la rememoración de instantes era mejor que esos mismos instantes.

Por la fuerza de la costumbre, echó mano al bolsillo antes de recordar que el reloj ya no estaba allí. Lo echaría de menos, aunque la verdadera historia de ese reloj fuese algo más complicada que la leyenda urdida en torno a él. Sí, fue un regalo de Barrett W. Stanford sénior, eso era cierto. Y Thomas, sin duda alguna, arriesgó su vida para salvar la de Barrett W. Stanford II, director del First Boston de la plaza Codman. No era menos cierto que Thomas, en el cumplimiento de sus obligaciones, le disparó un tiro en el cerebro a un tal Maurice Dobson, de veintiséis años, acabando con su vida en el acto.

Pero en el instante previo al de apretar el gatillo, Thomas había visto algo que los demás no pudieron ver: la verdadera naturaleza de la intentona de Maurice Dobson. Primero se la explicaría al rehén, Barrett W. Stanford II, y luego contaría la misma historia a Eddie McKenna, a su jefe más directo y a los miembros de la Asociación de Tiradores del

Departamento de Policía de Boston. Con su permiso, les contó la misma historia a los periodistas y también a Barrett W. Stanford, sénior, quien experimentó una gratitud tan abrumadora que obsequió a Thomas con un reloj que le había regalado en Zúrich el mismísimo Joseph Emile Philippe. Thomas intentó rechazar tres veces tan extravagante obsequio, pero no pudo quitarle esa idea de la cabeza a Barrett Stanford sénior.

Así pues, se quedó con el reloj, pero no con ese orgullo que muchos le suponían, sino con un apesadumbrado e íntimo respeto. Según la leyenda, Maurice Dobson pretendía matar a Barrett W. Stanford II. ¿Y quién podría poner en duda esa interpretación, teniendo en cuenta que Dobson le había puesto una pistola en el cuello a Barrett?

Pero la intención que Thomas había leído en los ojos de Maurice Dobson en el último momento —así de rápido fue todo: solo un instante— era la de rendirse. Thomas se había quedado a algo más de un metro, con el revólver reglamentario en la mano y el dedo en el gatillo, dispuesto a tirar de él —y más le valía, ya que, si no, ¿para qué había sacado el arma?—, y cuando vio pasar por los ojos grises de Dobson la ascunción de su destino, la aceptación de que iba a ir a parar a la cárcel, de que se había acabado lo que se daba, sintió que se le negaba algo injustamente. Al principio no sabía muy bien qué era eso que se le estaba negando. Pero lo supo en cuanto apretó el gatillo.

La bala entró por el ojo izquierdo del desdichado Maurice Dobson, salpicando de sangre a Barrett W. Stanford II justo por debajo de la sien. Cuando la intención de la bala coincidió con la de su utilización, Thomas entendió qué era lo que se le había negado y por qué había dado los pasos que había dado para rectificar esa privación.

Cuando dos hombres se apuntaban mutuamente con un arma, se establecía un contrato bajo la mirada de Dios, y la única manera aceptable de cumplirlo era que uno de los dos enviase al otro al encuentro del Creador.

O eso le había parecido entonces.

Con el paso del tiempo, ni en sus mayores borracheras con Eddie McKenna, que conocía la mayoría de sus secretos, jamás le contó a nadie la intención que había adivinado en los ojos de Maurice Dobson. Y aunque no se sentía orgulloso por el modo en que había actuado aquel día, ni del obsequio recibido de manos del banquero, nunca salía de casa sin ese reloj de bolsillo, pues era el testigo de la profunda responsabilidad que definía su profesión: no seguimos las leyes de los hombres, obedecemos la voluntad de la naturaleza. Dios no era una especie de rey en una nube, vestido con una túnica blanca, proclive a inmiscuirse en plan sensiblero en las cosas de los humanos. Era el hierro con el que se forjaba lo esencial, y el fuego en la tripa de esas calderas que llevaban funcionando cien años. Dios era la ley del hierro y el fuego. Dios era la naturaleza y la naturaleza era Dios. Uno no podía existir sin la otra.

Y tú, Joseph, mi hijo menor, romántico tarambana, malhumorado vástago... Ahora eres tú quién debe recordarles esas leyes a los hombres. A los peores. O morir de debilidad, de fragilidad moral, de falta de voluntad.

Rezaré por ti, ya que la oración es todo lo que te queda cuando pierdes el poder. Y yo ya lo he perdido. No puedo cruzar esos muros de granito. No puedo aminorar o detener el tiempo. Joder, a estas alturas ya no pinto nada.

Miró hacia el jardín: se acercaba la recolección. Rezó por Joe. Rezó por todos sus antepasados, desconocidos para él la mayoría, aunque podía verlos con suma claridad: una diáspora de almas encorvadas, manchadas por la bebida, la hambruna y los negros impulsos. Les deseó un descanso apacible y eterno. Y también deseó tener un nieto.

Joe se encontró a Hippo Fasini en el patio y le dijo que su padre había cambiado de opinión.

—Esas cosas pasan —dijo Hippo.

—Y también me ha dado una dirección.

—Ah, ¿sí? —El gordo se balanceó sobre sus propios talones mientras miraba hacia otro lado, aunque a nada en concreto—. ¿De quién?

—De Albert White.

—Albert White vive en Ashmont Hill.

—Creo que últimamente no va mucho por allí.

—Pues pásame esa dirección.

—Que te den.

Hippo Fasini miró el suelo y se le desplomaron las tres papadas sobre las rayas del uniforme de presidiario.

—¿Cómo has dicho?

—Dile a Maso que se la daré en el muro esta noche.

—Tú no estás en posición de negociar, chaval.

Joe se lo quedó mirando hasta que los ojos de ambos se enfrentaron.

—Te aseguro que sí —le dijo, y se alejó por el patio.

Una hora antes de su encuentro con Pescatore, Joe vomitó dos veces en el cubo de madera. Le temblaban los brazos. Y, de vez en cuando, la barbilla y los labios. La sangre se le convirtió en un montón de puños golpeándole las orejas. Se había atado el pincho a la muñeca con un cordón de bota hecho de cuero que le había proporcionado Emil Lawson. Justo antes de abandonar la celda estaba a punto de colocárselo entre las nalgas. Lawson le había insistido en que lo mejor era metérselo entero por el culo, pero Joe pensaba que igual a uno de los matones de Maso le daba por decirle que se sentara, así que le dijo que entre las nalgas o en ningún sitio. Pensó que podría cambiárselo de lugar diez minutos antes de salir, para acostumbrarse a andar con él, pero apareció un guardia cuarenta minutos antes para decirle que tenía visita.

Estaba anocheciendo. La hora de visitas había pasado hacía rato.

—¿Quién es? —le preguntó al guardia mientras le seguía por el pasillo, momento en el que se dio cuenta de que seguía teniendo el pincho enganchado a la muñeca.

—Alguien que sabe untar a quien hace falta.

—Vale. —joe intentaba mantenerse a la altura del guardia, que andaba muy deprisa—. Pero ¿quién es?

El guardia abrió la puerta de la sala e hizo entrar a Joe sin miramientos.

—Ha dicho que era tu hermano.

Entró en el cuarto quitándose el sombrero. Tuvo que agacharse al cruzar el umbral, pues le sacaba una cabeza a casi todo el mundo. Su cabello negro había retrocedido un poco y los años lo habían encanecido levemente en las sienes. Joe echó cuentas y calculó que su hermano tendría ahora unos treinta y cinco. Seguía siendo muy bien parecido, pero su rostro estaba algo más castigado de lo que Joe recordaba.

Llevaba un traje oscuro de tres piezas, algo gastado y con las solapas en forma de trébol. Era el típico traje del encargado de un almacén de grano o de alguien que pasa mucho tiempo en la carretera: un viajante o un sindicalista con cargo. Bajo ese traje, Danny llevaba una camisa blanca, sin corbata.

Dejó el sombrero en el mostrador y miró a través de la rejilla que los separaba.

—Mierda —dijo—. Ya no tienes trece años, ¿verdad?

Joe se fijó en lo enrojecidos que tenía su hermano los ojos.

—Ni tú veinticinco.

Danny encendió un cigarrillo y la cerilla palpitó entre sus dedos. Tenía el dorso de la mano cubierto por una gran cicatriz, arrugada en el centro.

—Pero todavía puedo zurrarte la badana.

Joe se encogió de hombros.

—A lo mejor no. Estoy aprendiendo a jugar sucio.

Danny arqueó las cejas y exhaló una nube de humo.

—Ha muerto, Joe.

Joe supo enseguida de quién hablaba. Una parte de él lo había intuido la última vez que lo vio en ese cuarto. Pero la otra parte se negaba a aceptarlo. No pensaba hacerlo.

—¿Quién?

Su hermano miró al techo un instante, antes de volver a clavarle la mirada.

—Papá, Joe. Papá ha muerto.

—¿Cómo?

—Un ataque al corazón, diría yo.

—Pero tú...

—¿Qué?

—¿Estabas allí?

Danny negó con la cabeza.

—Llegué media hora después. Aún estaba caliente cuando lo encontré.

—¿Estás seguro de que no...? —dijo Joe.

—¿De que no qué?

—¿De que no hay nada turbio?

—Pero ¿qué coño te están haciendo aquí? —Danny recorrió la sala con la mirada—. No, Joe, ha sido un ataque al corazón o un infarto.

—¿Cómo lo sabes?

Danny entrecerró los ojos.

—Estaba sonriendo.

—¿Cómo?

—Pues sí. —Danny se echó a reír—. ¿Te acuerdas de aquella sonrisita suya? ¿La que parecía que estaba escuchando algún chiste privado o recordando algo lejano, de antes de que nacióéramos nosotros?

¿Sabes a qué me refiero?

—Sí, claro —respondió Joe. Y se sorprendió a sí mismo al oírse susurrar de nuevo—: Claro.

—Pero le faltaba el reloj.

—¿Qué? —A Joe le zumbaba la cabeza.

—El reloj —dijo Danny—. No lo tenía. Y él nunca...

—Lo tengo yo —dijo Joe—. Me lo dio. Por si me metía en problemas. Ya sabes cómo son las cosas por aquí.

—O sea, que lo tienes tú.

—Lo tengo yo —repitió Joe, mientras la mentira le quemaba el estómago. Vio la mano de Maso cerrándose en torno al reloj y le entraron ganas de darse de cabezazos contra el cemento hasta empotrarse.

—Bien —dijo Danny—. Eso está bien.

—No lo está —dijo Joe—. Es una mierda. Pero así están las cosas ahora.

Ninguno de ellos abrió la boca durante unos instantes. Se oyó la sirena de una fábrica a lo lejos, mucho más allá de los muros de la prisión.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Con? —preguntó Danny.

Joe asintió.

—Está en Abbotsford.

—¿La escuela para ciegos? ¿Y qué hace allí?

—Vive allí —dijo Joe—. Un buen día despertó y lo dejó todo.

—Hombre... —comentó Danny—. Una desgracia así le amarga la vida a cualquiera.

—Ya estaba amargado antes —repuso Joe.

Danny se encogió de hombros, dándole la razón, y se quedaron un minuto en silencio.

—¿Dónde estaba cuando lo encontraste? —le preguntó Joe a Danny.

—¿Dónde crees tú? —Danny dejó caer la colilla al suelo y la pisó, mientras el humo le salía de la boca bajo la curva del labio superior—.

En la parte de atrás, sentado en aquella silla del porche, ¿sabes?
Contemplando su...

Danny bajó la cabeza y movió la mano en el aire.

—Huerto —añadió Joe.

MIENTRAS MUERE EL VIEJO

Las noticias del mundo exterior se colaban hasta la cárcel. Ese año, toda la charla deportiva se concentraba en los New York Yankees y su Hilera de Asesinos: Combs, Koenig, Ruth, Gehrig, Meusel y Lazzeri. Ruth se marcó, él solito, la enloquecida cifra de sesenta *home runs*, y los otros cinco bateadores mostraron tal dominio que ya solo cabía preguntarse por el margen humillante de su victoria sobre los Pirates en las Series Mundiales.

A Joe, que era una enciclopedia andante del béisbol, le habría encantado ver jugar a ese equipo porque sabía que, probablemente, nunca volvería a haber otro igual. Pero, al mismo tiempo, su estancia en Charlestown le había instigado un absoluto desprecio hacia cualquiera capaz de definir a un grupo de bateadores como «Hilera de Asesinos».

Si quieres ver una hilera de asesinos, pensaba esa noche, justo después de la caída del sol, observa la mía. La entrada al sendero de la parte alta del muro de la prisión estaba al otro lado de una puerta situada al final del Bloque F, en la planta superior del Ala Norte. Era imposible llegar hasta esa puerta sin ser visto. No podías ni acceder a esa planta sin tener que atravesar tres verjas distintas. Una vez lo hizo, Joe se encontró en una planta vacía. Hasta en una cárcel tan abarrotada como esa mantenían vacías las doce celdas que había allí, y más limpias que la pila de una iglesia antes de un bautismo.

Mientras Joe recorría la planta en cuestión, vio cómo hacían para mantenerlo todo tan limpio: cada celda estaba siendo fregada por un interno de confianza. Las altas ventanas de las celdas, idénticas a la suya, revelaban un cuadradito de cielo. Esos cuadraditos eran todos de un azul

tan oscuro que parecía negro, lo cual hizo que Joe se preguntara qué podían ver exactamente ahí dentro los que pasaban la fregona. Toda la luz se concentraba en el pasillo. Puede que los guardias trajesen linternas de inmediato, pues la penumbra se convertiría en noche cerrada en cuestión de minutos.

Pero no había guardias. Solo el que lo guiaba a través de la planta, el que lo llevaba a la sala de visitas y lo devolvía a su encierro, el que andaba demasiado rápido, algo que algún día le causaría problemas, pues de lo que se trataba era de tener siempre al interno a la vista, por delante de uno. Si te adelantabas al presidiario, podía jugarte cualquier mala pasada, como la que se había marcado Joe cinco minutos antes, al pasarse el pincho de la muñeca al culo. Eso sí: ojalá hubiese podido practicar un poco. Intentar andar con las nalgas apretadas y aparentando naturalidad no era tarea fácil.

Pero ¿dónde estaban los demás guardias? Cuando a Maso le daba por caminar de noche sobre el muro no se dejaban ver mucho por allí; no es que todos ellos estuviesen a sueldo de Pescatore, pero los que no lo estaban nunca se chivarían de los que sí. Joe miraba alrededor mientras seguían avanzando, confirmando así lo que ya se temía: no había ni un guardia más en esos momentos. Fue entonces cuando pudo ver de cerca a los internos que limpiaban las celdas.

Una hilera de asesinos, sin duda alguna.

La cabeza puntiaguda de Basil Chigis le dirigió un saludo. Ni siquiera la gorra de la cárcel conseguía disimular semejante protuberancia. Basil manejaba una fregona en la séptima celda de la zona. El tío maloliente que le había clavado el pincho en la oreja derecha se encargaba de la octava. Empujando un cubo por la décima celda vacía estaba Dom Pokaski, que había quemado viva a su propia familia: esposa, dos hijas y suegra, por no hablar de los tres gatos que había dejado encerrados en el sótano.

Al final de la planta, Hippo y Naldo Aliente estaban de pie junto a la

puerta de la escalera. Si pensaban que había algo extraño en la inusual y elevada presencia de internos y en la más escasa que nunca presencia policial, lo disimulaban de maravilla. Sus rostros no decían nada, a excepción de la típica mueca de los que cortan el bacalao.

Chavales, pensó Joe, ya os podéis ir preparando.

—Levanta las manos —le dijo Hippo—. Te tengo que cachear.

Joe obedeció sin rechistar, pero lamentó no haberse metido del todo el pincho en el culo. El mango, por pequeño que fuese, se le apoyaba en la rabadilla, y puede que Hippo captara una forma extraña en esa zona, le levantara la camisa y acabara clavándole su propia arma. Joe mantuvo los brazos en alto, sorprendido ante lo relajado que parecía: nada de tembleques, nada de sudor, ni una señal visible de temor. Hippo le plantificó las zarpas en las piernas y luego en las costillas, para luego pasarle una por el pecho y la otra por la espalda. La punta del dedo le rozó el mango y Joe lo sintió moverse levemente. Apretó las nalgas aún más, pues era consciente de que su vida dependía de algo tan absurdo como su capacidad de tensar los carrillos del culo.

Hippo agarró a Joe de los hombros y le dio la vuelta para quedarse cara a cara con él.

—Abre la boca.

Joe lo hizo.

—Más.

Joe obedeció.

Hippo atisbo en el interior de su boca.

—Está limpio —dijo, y dio un paso atrás.

Cuando Joe iba a pasar, Naldo Aliente le bloqueó la puerta. Lo miró directamente a la cara, como si fuese capaz de adivinar todas sus mentiras.

—Si el viejo muere, tú también —dijo—. ¿Lo entiendes?

Joe asintió, a sabiendas de que pasara lo que pasase con él o con Pescatore, Naldo estaba apurando ahora mismo los últimos minutos de su

existencia.

—Vaya si lo entiendo.

Naldo se hizo a un lado, Hippo abrió la puerta y Joe la atravesó. Al otro lado no había nada más que una escalera de caracol de hierro. Llevaba del suelo de cemento a una trampilla que habían dejado abierta. Joe retiró el pincho de su escondrijo de carne y se lo metió en el bolsillo de su áspera camisa a rayas. Cuando llegó a lo alto de la escalerilla, hizo de su mano derecha un puño y luego alzó los dedos índice y medio y sacó la mano por el agujero para que pudiera verle el guardia de la torreta más cercana. La luz de la torre se movió a la izquierda, a la derecha, y de nuevo a la izquierda y a la derecha en rápido zigzag: la señal de que todo estaba en orden. Joe se coló por la tronera, salió al caminito y recorrió con la vista el entorno hasta atisbar a Maso a unos quince metros de distancia, frente a la torre central de vigilancia.

Echó a andar hacia él, sintiendo cómo el pincho le iba dando saltitos en la cadera. El único punto ciego de la atalaya central era el espacio que tenía directamente debajo. Mientras Maso se quedara donde estaba, ambos serían invisibles. Cuando Joe llegó junto a él, Maso estaba fumando uno de esos amargos cigarrillos franceses que tanto le gustaban, los amarillos, y miraba hacia el oeste a través de su propio humo.

Le echó un vistazo a Joe y no dijo nada, limitándose a inhalar y exhalar el humo del pitillo entre intensas caladas.

—Lamento lo de tu padre —dijo.

Joe dejó de rebuscar en su paquete de cigarrillos. El cielo nocturno le cubría el rostro como una capa, y el aire que lo envolvía se evaporó hasta que la falta de oxígeno le oprimió la cabeza.

Era imposible que Maso se oliera nada. Pese a todo su poder, pese a todas sus fuentes. Danny le había dicho a Joe que había podido llegar hasta el inspector jefe Michael Crowley, el hombre que había empezado como patrullero con su padre y cuyo cargo este esperaba heredar hasta la infausta noche del Statler. Thomas Coughlin había sido sacado por la

puerta trasera de su casa, metido en un coche policial sin distintivos y trasladado al depósito de cadáveres municipal a través de una entrada subterránea.

«Lamento lo de tu padre».

No, se dijo Joe. No. No puede saberlo. Imposible.

Joe acabó encontrando un pitillo y se lo colocó entre los labios. Maso prendió una cerilla contra el parapeto y se lo encendió, mientras sus ojos adoptaban ese tono generoso que tan bien sabía fingir cuando le convenía.

—¿Y qué es lo que lamenta? —preguntó Joe.

Maso se encogió de hombros.

—No se le debería pedir a nadie que actúe en contra de su voluntad, Joe, aunque sea para ayudar a un ser querido. Lo que le pedimos a él, lo que te pedimos a ti, no era justo. Pero ¿qué es justo en esta mierda de mundo?

A Joe se le salían los latidos del corazón por la garganta y las orejas.

Maso y él se acodaron en el parapeto a fumar. Las luces de las gabarras que recorrían el Mystic atravesaban la espesa y lejana grisalla como estrellas hacia el exilio. Serpenteantes nubes blancas, hechas de humo de las fundiciones, se dirigían hacia ellos haciendo piruetas. El aire olía a calor encerrado y a una lluvia que se resistía a caer.

—No os volveré a pedir nunca algo tan duro ni a tu padre ni a ti, Joseph. —Maso le dedicó un firme movimiento de cabeza—. Te lo prometo.

Joe lo miró fijamente.

—Sí que lo harás, Maso.

—Señor Pescatore, Joseph.

—Mis disculpas.

Y el cigarrillo se le cayó de los dedos. Se inclinó para recogerlo.

En vez de eso, agarró a Maso por los tobillos y lo hizo caer con todas sus fuerzas.

—No grites. —Forcejeó y la cabeza del viejo salió fuera del borde de la muralla—. Si gritas, te arrojo al vacío.

El viejo recuperó rápidamente el resuello. Empezó a darle patadas en las costillas a Joe.

—Y deja de resistirte o voy a perder la paciencia.

Necesitó unos momentos, pero Maso dejó de mover los pies.

—¿Llevas algún arma encima? No me mientas.

La voz le llegó a Joe desde más allá del parapeto:

—Sí.

—¿Cuántas?

—Solo una.

Joe le soltó los tobillos.

Maso movió los brazos como si pudiera aprender a volar en ese mismo instante. Consiguió darse la vuelta y ponerse sobre el pecho, y la oscuridad se le tragó la cabeza y el torso. Puede que se hubiera echado a gritar, pero Joe le hundió la mano en la cintura de su uniforme carcelario, clavó el tacón en la pared del parapeto y se echó hacia atrás.

Maso emitió una serie de extraños ruidos ahogados, muy agudos, como si fuese un recién nacido abandonado en mitad del campo.

—¿Cuántas? —repitió Joe.

Tras un minuto más de extraños ruidillos, Maso dijo:

—Dos.

—¿Dónde están?

—Navaja en el tobillo, clavos en el bolsillo.

¿Clavos? Eso tenía que verlo. Le palpó los bolsillos con la mano libre y encontró un extraño bulto. Lo registró a conciencia y se hizo con lo que, a primera vista, podría haber confundido con un peine. Se trataba de cuatro clavos cortos soldados a un trozo de hierro del que salían, a su vez, cuatro anillos disparejos.

—Un puño americano, ¿verdad? —preguntó Joe.

—Sí.

—Qué desagradable.

Lo dejó sobre el parapeto y, a continuación, encontró la anunciada navaja en uno de los calcetines de Maso: una Wilkinson con mango de nácar. La dejó junto al puño claveteado.

—¿No estás un poco mareado?

—Sí —repuso Maso, farfullando.

—Ya me lo suponía. —Joe afianzó su agarre en la cintura de Maso —. ¿Estamos de acuerdo en que si abro los dedos eres un italiano muerto?

—Sí.

—Gracias a ti, tengo un agujero en la pierna hecho con un puto pelador de patatas.

—Yo... Yo... Te...

—¿Cómo? Habla claro, ¿quieres?

La voz de Maso era un siseo.

—Yo te salvé.

—Para poder llegar hasta mi padre. —Joe apretó con el codo a Maso entre los hombros. El viejo dejó escapar un quejido.

—¿Qué quieres?

A Maso le empezaba a fallar la voz por falta de oxígeno.

—¿Has oído hablar de Emma Gould?

—No.

—La mató Albert White.

—Nunca he oído hablar de ella.

Joe tiró de él y le dio la vuelta, dejándolo caer de espaldas. Dio un paso atrás para que el viejo recuperara el resuello.

Extendió la mano y chasqueó los dedos.

—Devuélveme el reloj.

Maso no lo dudó ni un instante. Se sacó el reloj del bolsillo del pantalón y se lo entregó a Joe. Él lo sostuvo en el puño, bien agarrado, mientras el tictac le recorría la palma de la mano y se le colaba en la

sangre.

—Mi padre ha muerto hoy —dijo, a sabiendas de que igual no tenía mucho sentido pasar de su padre a Emma y de Emma otra vez a su padre. Pero le daba igual. Necesitaba ponerle palabras a algo para lo que no las hay.

Maso revoloteó los ojos un instante y luego siguió frotándose la garganta.

Joe asintió.

—Ataque al corazón. Culpa mía. —Le pegó una patada a Maso en el pie, y este se pegó un susto tal que tuvo que agarrarse con las manos al parapeto. Joe sonrió—. Pero también es culpa tuya. Gran parte de la puta culpa es tuya.

—Pues mátame —dijo Maso, aunque no le quedaba mucha fuerza en la voz. Miró por encima del hombro, y luego a Joe.

—Eso es lo que me ordenaron que hiciese.

—¿Quién te lo ordenó?

—Lawson —dijo Joe—. Tiene un ejército ahí abajo, esperándote: Basil Chigis, Pokaski y demás fenómenos de feria. ¿Tus hombres? ¿Naldo e Hippo? —Joe meneó la cabeza—. A estas alturas ya deben de estar fuera de combate. Hay todo un equipo de caza ahí abajo, por si yo la cago.

Una mínima parte de su actitud desafiante regresó al rostro de Maso.

—¿Y crees que te dejarán vivir?

Joe le había dado muchas vueltas al asunto.

—Probablemente. Esta guerra tuya ha causado ya demasiadas bajas. No quedamos muchos capaces de deletrear la palabra *chicle* y mascar al mismo tiempo. Y además, conozco a Albert. Habíamos compartido alguna que otra cosa. Creo que esta es su propuesta de paz: cárgate a Maso y vuelve al rebaño.

—¿Y por qué no lo has hecho ya?

—Porque no quiero matarte.

—¿No?

Joe negó con la cabeza.

—Lo que quiero es destruir a Albert.

—¿Matarlo?

—Eso no lo sé —dijo Joe—. Pero destruirlo, por supuesto.

Maso se metió la mano en el bolsillo en busca de sus cigarrillos franceses. Sacó uno y lo encendió, respirando aún con dificultad. Su mirada se acabó cruzando con la de Joe, y asintió.

—Puedes contar con mi bendición.

—No la necesito —afirmó Joe.

—No pienso quitarte la idea de la cabeza —dijo Maso—, pero nunca he visto que la venganza generara muchos beneficios.

—No se trata de beneficios.

—En la vida de un hombre todo gira en torno a los beneficios. Los beneficios o la sucesión. —Maso levantó la vista hacia el cielo y volvió a bajarla—. Bueno, ¿cómo salimos vivos de aquí?

—¿Tienes en nómina a alguno de los guardias de las torretas?

—Al que está justo encima de nosotros —dijo Maso—. Los otros dos son incorruptibles.

—¿Podrías decirle a tu guardia que se ponga en contacto con otros del interior para trincar a la cuadrilla de Lawson a la voz de ya?

Maso negó con la cabeza.

—Basta con que haya un guardia a sueldo de Lawson para que se enteren de todo los de abajo y aparezcan cagando leches.

—Pues vaya mierda. —Joe exhaló un largo y lento suspiro y miró alrededor—. Habrá que hacerlo a lo bestia.

Mientras Maso hablaba con el guardia de la torre, Joe echó a andar de regreso hacia la trampilla. Si iba a morir, lo más probable es que fuera en ese momento. No podía quitarse de encima la impresión de que cada paso

que daba iba a ser interrumpido por un balazo en el cerebro o en la espina dorsal.

Miró hacia el lugar del que venía. Maso se había salido del sendero, así que no se veía nada más que la oscuridad y las torres de vigilancia. Ni estrellas ni luna, solo la pétrea penumbra.

Abrió la trampilla y gritó:

—Ya está.

—¿Estás herido? —le preguntó Basil Chigis.

—No, pero voy a necesitar ropa limpia.

Alguien soltó una risita en la oscuridad.

—Pues venga, baja.

—Subid vosotros. Hay que sacar el cadáver de aquí.

—Podemos...

—La señal es con la mano derecha. índice y medio levantados y juntos. Si tienes a alguien a quien le falten esos dedos, no me lo envíes.

Se apartó de la trampilla antes de que le pudieran poner pegas.

Al cabo de cosa de un minuto, oyó subir al primero de ellos. El hombre sacó la mano por el agujero con dos dedos levantados, como le había indicado Joe. La luz de la torre recorrió la mano y volvió a su posición inicial. Joe dijo:

—Despejado.

Era Pokaski, el que asó a su propia familia, quien asomaba la cabeza cuidadosamente y observaba alrededor.

—Deprisa —le dijo Joe—. Y que suban los otros. Necesitaré a un par más para arrastrarlo. Es un peso muerto y yo tengo las costillas jodidas.

Pokaski sonrió.

—Creí que habías dicho que no te dolían.

—Lo que dije fue que no me moriría de eso. Vamos.

Pokaski se inclinó hacia el agujero.

—Dos tíos más.

Apareció Basil Chigis, y luego un tipo bajito con labio leporino, Eldon Douglas. Joe recordó que alguien se lo había señalado en cierta ocasión, pero había olvidado qué delito había cometido.

—¿Dónde está el cadáver? —preguntó Basil Chigis.

Joe se lo indicó.

—Bueno, pues vamos a...

Basil Chigis vio la luz justo antes de que la bala le entrase por el cogote y le saliera por el centro de la cara, llevándosele la nariz por delante. El último acto de Pokaski en la tierra consistió en parpadear. Luego se le abrió una puerta en la garganta, que se fue haciendo más grande a medida que le iba saliendo más sangre de ella. Pokaski cayó de espaldas y sus piernas se retorcieron. Eldon Douglas intentó acceder a la escalerilla, pero el tercer disparo del guardia de la torre le destrozó el cráneo igual que un martillo pilón. Se desplomó a la derecha de la trampilla y ahí se quedó, sin la parte superior de la cabeza.

Joe miró hacia la luz que iluminaba a esos tres hombres muertos que tenía tirados encima. Por la zona de abajo, se oyeron gritos de gente que salía pitando. Ojalá pudiera unirse a ellos. Había sido un plan de lo más ingenuo. Podía sentir la mirilla del rifle en el pecho mientras la luz lo cegaba. Las balas serían la violenta descendencia sobre la que le había prevenido su padre; no solo estaba a punto de conocer a su creador, sino también a sus propios hijos. El único consuelo que se le ocurría era que se trataría de una muerte rápida. Dentro de quince minutos, ya podría estarse tomando unas cañas con su padre y el tío Eddie.

La luz se apagó.

Algo blando le golpeó en la cara y le cayó al hombro. Parpadeó en la oscuridad: una toallita.

—Límpiate la cara —le dijo Maso—, que estás hecho un asco.

Cuando acabó, los ojos se le habían ajustado lo suficiente como para distinguir a Maso a un metro y pico de distancia, fumándose uno de sus cigarrillos franceses.

—¿Creiste que te iba a matar?

—No descartaba esa posibilidad.

Maso negó con la cabeza.

—Soy un tío cutre de la calle Endicott. Si voy a un sitio elegante, sigo sin saber qué tenedor usar. Puede que no tenga tu nivel de educación, pero yo nunca traiciono a nadie. Siempre voy de frente. Como has hecho tú conmigo.

Joe asintió y observó los tres cadáveres tirados a sus pies.

—¿Y qué me dices de estos? Yo diría que los hemos traicionado a conciencia.

—Que se jodan —dijo Maso—. Se lo merecían.

Pasando por encima de Pokaski, se volvió hacia Joe.

—Vas a salir de aquí antes de lo que crees. ¿Estás dispuesto a ganar algo de dinero cuando llegue ese momento?

—Por supuesto.

—Tú lealtad será para la familia Pescatore en primer término, y luego para ti mismo. ¿Te ves capaz de asumirlo?

Joe miró al viejo a los ojos y se convenció de que juntos podrían ganar mucho dinero y de que nunca podría llegar a confiar en él.

—Lo asumo sin problemas.

—Pues no hay más que hablar —dijo Maso extendiendo una mano.

Joe se secó la sangre de la mano para estrechársela.

—De acuerdo.

—Señor Pescatore —dijo alguien desde abajo.

—Ya voy. —Maso echó a andar hacia la trampilla con Joe detrás—. Ven, Joseph.

—Llámeme Joe. Solo mi padre me llamaba Joseph.

—Como quieras.

Mientras bajaba la escalera de caracol a oscuras, Maso dijo:

—Lo curioso de padres e hijos es que... Bueno, tú puedes acabar levantando un imperio. Puedes convertirte en rey, en emperador de

Estados Unidos, en Dios. Pero siempre lo harás a la sombra de tu antecesor. Y de eso no hay quien se libre.

Joe lo siguió escaleras abajo, en la oscuridad.

—¿Y quién quiere librarse?

APARICIONES

Tras un funeral matutino en Gate of Heaven en South Boston, Thomas Coughlin fue enterrado en el cementerio de Cedar Grove, en Dorchester. A Joe no se le permitió acudir a las exequias, pero leyó la información al respecto en un ejemplar del *Traveler* que le trajo esa noche a la celda uno de los guardias a sueldo de Maso.

Dos exalcaldes, Honey Fitz y Andrew Peters, asistieron a la ceremonia, así como el actual, James Michael Curley. Lo mismo hicieron dos exgobernadores, cinco antiguos fiscales del distrito y dos fiscales generales.

Fueron polis de todas partes: polis de la ciudad, la policía estatal, agentes jubilados y en activo, desde tan al sur como Delaware y tan al norte como Bangor, en Maine. De todas las graduaciones, de todos los departamentos. En la foto que ilustraba el artículo podía verse, al extremo del cementerio, el serpenteante río Neponset, pero Joe apenas si lo atisbaba, ya que las gorras y los uniformes azules lo bloqueaban.

Eso sí que era poder, se dijo. Eso sí que era un legado.

Allí había unanimidad, pero... ¿Y qué?

El funeral de su padre había congregado a un millar de hombres en un cementerio junto al curso del Neponset. Y algún día, con toda posibilidad, los cadetes de la Academia de Policía de Boston estudiarían en el edificio Thomas X. Coughlin, o los habitantes de las afueras que trabajaban en la ciudad atravesarían cada mañana el puente Coughlin.

Maravilloso.

Pero la muerte era irreversible. Si te has ido, te has ido. Y eso no lo puede cambiar ninguna construcción, ningún legado ni ningún puente a tu

nombre.

No tenías más que una vida y más te valía vivirla.

Dejó el periódico sobre la cama, a su lado. El colchón era nuevo y le estaba esperando en la celda a su vuelta del trabajo carcelario, junto a una mesita, una silla y una lámpara de mesa de keroseno. Las cerillas estaban en el cajón de la mesita, en compañía de un peine nuevo.

Apagó la lámpara y se quedó sentado a oscuras, fumando y escuchando el ruido de las fábricas y de las gabarras que surcaban el río, iluminándose mutuamente para no chocar en la estrecha superficie. Levantó la tapa del reloj de su padre, lo cerró de golpe y lo volvió a abrir. Abrir-cerrar, abrir-cerrar, abrir-cerrar, mientras el olor químico de las factorías se colaba por la ventana de arriba.

Su padre había muerto. Y él ya no era un hijo.

Era un hombre sin historia ni expectativas. Una mancha blanca que nadie veía.

Se sentía como un peregrino que hubiese dejado atrás las costas de su patria para no volverlas a ver jamás, como alguien que había cruzado un mar negro bajo un cielo no menos oscuro para llegar al nuevo mundo, que le esperaba, aún sin forma, como siempre lo había hecho.

Un mundo que le esperaba a él.

Para que le diese un nombre, lo rehiciera a su imagen y semejanza y abrazara sus valores para repartirlos por todo el globo.

Cerró el reloj, lo encerró en su mano y entornó los ojos hasta que vio la costa de su nuevo país. Vio como el cielo negro se cubría de estrellas blancas que refulgían sobre él y la breve extensión de agua que lo separaba de tierra firme.

«Te echaré de menos. Llevaré luto por ti. Pero ahora he vuelto a nacer. Y soy libre del todo».

Dos días después del funeral, Danny le hizo su última visita.

Se apoyó en la malla de separación y preguntó:

—¿Cómo lo llevas, hermanito?

—Voy buscando mi camino —repuso Joe—. ¿Y tú?

—Bueno, ya sabes —dijo Danny.

—No —atacó su hermano—. No sé. No sé nada. Desde que te fuiste a Tulsa con Nora y Luther hace ocho años, lo único que he oído son rumores.

Danny le dio la razón con un movimiento de cabeza. Se puso a buscar los cigarrillos, encendió uno y se tomó su tiempo antes de hablar.

—Luther y yo montamos un negocio juntos. Construcción. Hacíamos casas en la zona para gente de color. Nos iba bastante bien. No nos forrábamos, pero tampoco nos podíamos quejar.

Y yo también ejercía de ayudante del sheriff. ¿Te lo puedes creer?

Joe sonrió.

—¿Y llevabas un sombrero vaquero?

—Hijo —dijo Danny, poniendo acento cazurro—. Llevaba dos revólveres. Uno a cada lado.

Joe se echó a reír.

—¿Y corbatita de cordeles?

Danny se sumó al jolgorio.

—Pues claro. Y botas.

—¿Y espuelas?

Danny achinó los ojos y negó con la cabeza.

—Hasta ahí podíamos llegar.

Joe seguía riéndose cuando le preguntó a su hermano:

—¿Y qué ocurrió? Oímos algo sobre unos disturbios, ¿sabes?

A Danny se le quitaron las ganas de reír.

—La quemaron de arriba abajo.

—¿Tulsa?

—La Tulsa negra, sí. La zona en la que vivía Luther, Greenwood.

Una noche, se presentaron en la cárcel unos blancos que querían linchar a

un negro porque, según ellos, le había tocado el coño a una blanca en un ascensor. Lo cierto es que esa chica llevaba meses saliendo a escondidas con el negro. El chaval rompió con ella, a ella no le hizo gracia la cosa, le puso una demanda absurda y nosotros tuvimos que detenerlo. Estábamos a punto de soltarlo por falta de pruebas cuando aparecieron todos esos buenos hombres blancos de Tulsa con sus cuerdas. Luego se presentó una pandilla de negros, entre ellos Luther. Y bueno, resulta que iban armados. Algo que nadie esperaba. Los del linchamiento se retiraron. De momento. —Danny apagó la colilla con el tacón del zapato—. A la mañana siguiente, los blancos cruzaron la vía del tren y les enseñaron a esos chavales de color lo que sucede cuando se ponen farrucos.

—Y en eso consistieron los disturbios.

Danny negó con la cabeza.

—Eso no fue una algarada. Fue una matanza. Le pegaron un tiro o le prendieron fuego a todo negro con el que se cruzaban: niños, mujeres, viejos, les daba lo mismo. Y atención, que los que disparaban eran los pilares de la comunidad, los meapilas y los del Rotary Club. Al final, los muy cabrones se subieron a esos avioncitos para la siembra que tenían y se dedicaron a soltar granadas y bombas caseras sobre los edificios. Los negros salían pitando de las casas en llamas y se topaban con los nidos de ametralladoras que habían instalado los blancos. Las habían colocado en mitad de la puta calle. Murieron cientos de personas. Cientos: tirados en plena calle. Parecían montones de ropa que se hubiese manchado de rojo al lavarla. —Danny entrecruzó los dedos en la nuca y resopló—. Luego me di una vuelta, ¿sabes?, cargando cadáveres en camillas. Y no paraba de pensar: ¿dónde está mi país? ¿Adonde ha ido a parar?

Nadie abrió la boca durante un buen rato, hasta que habló Joe:

—¿Y Luther?

Danny levantó una mano.

—Sobrevivió. La última vez que lo vi se iba a Chicago con la parienta y el crío —dijo—. ¿Sabes qué pasa con ese tipo de-asuntos, Joe?

Pues que sobrevives a ellos y te quedas avergonzado. Ni siquiera te lo sé explicar bien. Solo hay vergüenza, una vergüenza enorme. Igual que el resto de los supervivientes. Y ya no puedes mirar directamente a los ojos a los otros. Porque todos cargan con el hedor de lo sucedido, y tratas de intuir cómo vas a convivir a partir de entonces con ese pestazo. Y evidentemente, no quieres que se te acerque nadie que huela tan mal como tú, pues acabarías apestando aún más.

—¿Y Nora? —preguntó Joe.

Danny asintió.

—Seguimos juntos.

—¿Tenéis hijos?

Danny negó con la cabeza.

—¿Tú crees que si fueses tío no te lo habría dicho?

—Solo te he visto una vez en ocho años, Dan. Ya no sé qué es lo que harías y lo que no.

Danny asintió, y Joe vio lo que hasta ahora solo había sospechado: en su hermano, en lo más hondo de su ser, algo se había roto.

Pero justo mientras lo pensaba, reapareció parte del antiguo Danny con una sonrisita taimada.

—Nora y yo llevamos en Nueva York unos añitos.

—¿Y a qué os dedicáis?

—Al espectáculo.

—¿Al espectáculo?

—A las películas. Allí les llaman así, espectáculos. Vamos a ver, resulta un poco confuso porque hay mucha gente que también llama espectáculos a las obras de teatro. Pero bueno, que sí, Joe, que hacemos películas. Historias filmadas. Espectáculos.

—¿Trabajáis en el cine?

Danny asintió, súbitamente animado.

—Empezó Nora. Consiguió un empleo en una compañía llamada Silver Frame. Judíos, pero buena gente. Ella les llevaba la contabilidad, y

ellos le ofrecieron algo de trabajo extra con la publicidad o, incluso, el vestuario. En esa época, el negocio funcionaba así; todo el mundo arrimaba el hombro, los directores hacían café, los camarógrafos paseaban al perro de la protagonista...

—¿Películas? —se asombró Joe.

Danny se echó a reír.

—Y espera, que ahora viene lo bueno. Resulta que un día conozco a los jefes de Nora y uno de ellos, un tal Herm Silver, un tío estupendo, me pregunta, atento a la pregunta, si alguna vez he hecho de doble.

—¿Y qué coño es hacer de doble? —Joe encendió un pitillo.

—¿Sabes cuando un actor se cae del caballo? Pues no es él. Es un doble. Un profesional. ¿Que un actor pisa una piel de plátano, se cae de bruces y echa a rodar por el suelo? Pues la próxima vez que veas eso, fíjate mejor, porque no es él. Soy yo o alguien como yo.

—Espera un momento —dijo Joe—. ¿En cuántas películas has salido?

Danny se lo pensó durante casi un minuto.

—Yo calculo que en unas setenta y cinco.

—¿Setenta y cinco? —Joe se quitó el cigarrillo de la boca.

—Vamos a ver, muchas de ellas eran cortometrajes. Los corto...

—Joder, ya sé lo que son los cortometrajes.

—Pero no sabías lo que era un doble, ¿verdad?

Joe alzó el dedo medio y se lo mostró.

—Pero bueno, sí, el caso es que he salido en muchas pelis.

Y hasta escribí algunos cortometrajes.

A Joe se la abrió la boca de par en par.

—¿Que tú has escrito...?

Danny asintió.

—Cosillas. Unos chavales del Lower East Side le intentan lavar el perro a una ricachona, pierden al bicho, la ricacha llama a la poli, se arma un buen cirio... Esa clase de cosas.

Joe tiró el cigarrillo al suelo cuando estaba a punto de quemarse los dedos.

—¿Cuántos has escrito?

—Hasta ahora cinco, pero Herm cree que se me da bien y quiere que me ponga con un largometraje, que me convierta en guionista.

—¿Qué es un guionista?

—Pues el tío que escribe las pelis, genio —dijo Danny mientras le mostraba a su hermano el dedo medio alzado como venganza.

—Pero espera, espera, ¿qué pinta Nora en todo esto?

—Está en California.

—¿Pero no me habías dicho que vivíais en Nueva York?

—Exacto: vivíamos. Pero Silver Frame hizo recientemente un par de pelis muy baratas que recaudaron un pastón. Y entre tanto, en Nueva York, Edison está llevando ajuicio a todo el mundo por cuestión de patentes; pero resulta que eso de las patentes no significa una mierda en California. Y hace buen tiempo trescientos sesenta y cinco días al año, por lo que todo dios se está yendo para allá. Incluidos los hermanos Silver. Nora se marchó hace una semana porque se ha convertido en jefa de producción. Ya sabes, todo consiste en escalar peldaños. Y a mí me ponen a hacer de doble dentro de tres semanas en una cosa que se llama *Los justicieros del Pecos*. Solo vine a decirle a papá que me volvía a ir al oeste y que igual podía venir a visitarme cuando se jubilara. No sabía cuándo volvería a verlo. Joder, ni a ti.

—Me alegro por ti —dijo Joe, que seguía meneando la cabeza ante lo absurdo que se le antojaba todo.

La vida de Danny —boxeador, poli, delegado sindical, empresario, ayudante del sheriff, doble, escritor en ciernes— era una vida típicamente americana.

—Vente —le dijo su hermano.

—¿Cómo?

—Que te vengas con nosotros. Cuando salgas de aquí. Te lo digo en

serio. Cáete de un caballo por dinero, o haz como que te han pegado un tiro y atraviesa ventanas de azúcar que parecen de cristal. Y el resto del tiempo, tumbate al sol y lígate a una aspirante a estrella junto a la piscina.

Por un momento Joe pudo verlo: otra vida, un sueño hecho de agua azul, mujeres de color miel, palmeras.

—Solo estamos a dos semanas en tren, hermanito.

Joe se rio un poco más, imaginándose todo.

—Es un buen trabajo —dijo Danny—. Si te animas a intentarlo, yo mismo puedo entrenarte.

Sin dejar de sonreír, Joe negó con la cabeza.

—Es un trabajo honrado —afirmó Danny.

—Ya lo sé —dijo Joe.

—Y podrías dejar de mirar a tu espalda todo el rato.

—No se trata de eso.

—¿Pues de qué se trata? —Danny aparentaba una genuina curiosidad.

—De la noche. Tiene sus propias reglas.

—El día también.

—Oh, ya lo sé —dijo Joe—, pero no me gustan.

Se estuvieron mirando el uno al otro un buen rato, a través de la rejilla.

—No lo entiendo —dijo Danny, en voz baja.

—Ya sé que no lo entiendes —dijo Joe—. Tú te tragas todo eso de que en el mundo hay buena gente y mala gente. Un prestamista le parte la pierna a un tío porque no paga sus deudas, y un banquero le quita la casa a alguien por el mismo motivo, pero tú te crees que son diferentes, como si el banquero se limitara a hacer su trabajo y el prestamista fuese un criminal. Yo prefiero al prestamista porque no intenta parecer otra cosa, y creo que el banquero debería ocupar mi sitio entre rejas. No pienso llevar una existencia en la que deba pagar mis putos impuestos y llevarle

una limonada al jefe en un picnic de la empresa y hacerme un seguro de vida. Envejecer y engordar para poder apuntarme a un club masculino de Back Bay, fumar puros con una pandilla de capullos en alguna trastienda, hablar de cómo se me da el squash y de qué notas saca mi hijo. Diñarla frente a mi escritorio, para que borren mi nombre de la puerta antes de que me entierren.

—Pero la vida es así —apuntó Danny.

—No todas. ¿Quieres jugar con sus reglas? Adelante. Pero yo digo que sus reglas son chorradas. Digo que no hay más reglas que las que uno se impone a sí mismo.

Volvieron a mirarse a través de la rejilla. Durante toda su infancia, Danny había sido el héroe de Joe. Su Dios, joder. Y ahora, Dios no era más que un hombre que, para ganarse la vida, se caía de los caballos o hacía como que le habían pegado un tiro.

—Caramba —dijo Danny, con voz tenue—. Hay que ver cómo has crecido.

—Pues sí —dijo Joe.

Danny se guardó el paquete de tabaco en el bolsillo y se puso el sombrero.

—Qué pena —dijo.

Dentro de los muros de la prisión, la guerra White-Pescatore se había ganado en parte la noche en que tres soldados de White resultaron muertos a tiros en el tejado «mientras intentaban fugarse».

Siguió habiendo escaramuzas, eso sí, mientras todos se hacían muy mala sangre. A lo largo de los siguientes seis meses, Joe descubrió que, en realidad, las guerras nunca terminan. Aunque él, Maso y el resto de la banda de Pescatore consolidasen su poder, resultaba imposible averiguar si ese guardia o el de más allá habían sido pagados para actuar en su contra, o si se podía confiar en tal o cual interno.

Micky Baer fue apuñalado en el patio por un tipo que resultó estar casado con la hermana del difunto Dom Pokaski. Sobrevivió, pero tendría problemas para mear durante el resto de su vida. Les llegó del exterior la información de que el guardia Colvin hacía apuestas con Syd Mayo, un asociado de White. Y Colvin iba perdiendo.

Entonces, Holly Peletos, un secuaz de White, hizo su aparición en el penal para cumplir una condena de cinco años por homicidio involuntario y se puso a largar en el comedor sobre un cambio de régimen. Hubo que tirarlo por la barandilla de la planta.

Algunas semanas, Joe pasaba dos o tres noches sin dormir a causa del miedo, o porque intentaba intuir todas las posibilidades, o porque el corazón no dejaba de golpearle el pecho como si tratara de atravesarlo.

«Te dijiste que no te afectaría.

»Te dijiste que este sitio no te devoraría el alma.

»Pero lo que te dijiste, sobre todo, fue: Sobreviviré.

»Y saldré de aquí.

»A cualquier precio».

A Maso lo soltaron una mañana de la primavera de 1928.

—La próxima vez que nos veamos —le dijo a Joe—, será el día de visita. Estaré al otro lado de la rejilla.

Joe le estrechó la mano.

—Cuídese.

—Me estoy encargando de tu caso. Saldrás pronto. Mantente alerta, chaval, mantente vivo.

Joe trató de encontrar consuelo en esas palabras, pero sabía que si eso era todo —palabras—, debería cumplir una condena que se le haría el doble de larga a causa de las esperanzas albergadas. En cuanto Maso dejase atrás ese sitio, podía olvidarse tranquilamente de él.

O podía limitarse a darle la cuerda necesaria para que siguiera llevándole los asuntos entre rejas, sin la menor intención de contratarlo cuando recuperara la libertad.

En cualquier caso, lo único que Joe podía hacer era esperar a ver cómo evolucionaban los acontecimientos.

Fue muy difícil ignorar que Maso ya estaba en la calle. Lo que en la cárcel se cocía a fuego lento, en el exterior se rociaba con gasolina. El Mayo Mortífero, como lo bautizaron los periódicos, consiguió que Boston, por primera vez en su historia, pareciera Detroit o Chicago. Los soldados de Maso atacaron los intereses de White —corredores de apuestas, destilerías, camiones y esbirros— como si se hubiese abierto la veda. Y así era. En menos de un mes, Maso expulsó de Boston a Albert White, seguido de los escasos soldados que le quedaban.

En la cárcel era como si le hubiesen echado armonía al agua. Se acabaron los navajazos. Durante lo que quedaba de 1928 nadie fue arrojado al vacío ni apuñalado en la cola de la comida. Joe supo que la paz había llegado realmente a la penitenciaría de Charlestown cuando pudo hacer un trato con dos de los mejores destiladores de Albert White para que demostraran su valía entre rejas. De inmediato, los guardias se dedicaron a sacar ginebra de matute de la penitenciaría de Charlestown, y el material era tan bueno que hasta se ganó el apodo callejero de Código Penal.

Joe durmió a pierna suelta por primera vez desde que cruzó las puertas del presidio en el verano de 1927. También ganó tiempo para llorar a su padre y a Emma, proceso que había mantenido a distancia para que no se le fuese la mente a donde no debía mientras otros conspiraban en su contra.

La broma más cruel que le gastó Dios durante la segunda mitad de 1928 fue enviarle a Emma de visita mientras dormía. Sintió la pierna de ella serpenteando entre las suyas, olió las gotas de perfume que se ponía detrás de cada oreja, abrió los ojos y vio los de ella a dos centímetros, sintió su aliento en los labios. Alzó los brazos del colchón para poder recorrerle la espalda desnuda con las manos. Y sus ojos se abrieron de verdad.

Nada.

Solo la oscuridad.

Rezaría. Le pediría a Dios que la dejara vivir, aunque él nunca volviese a verla. Por favor, deja que viva.

Pero, Señor, viva o muerta, ¿podrías, por favor, por favor, dejar de enviármela en sueños? No puedo perderla una y otra vez. Es excesivo. Es demasiado cruel. Dios mío, suplicó Joe, ten compasión.

Pero no la tuvo.

Las apariciones continuaron sin apenas pausas durante el resto de la estancia de Joe en la penitenciaría.

Su padre nunca le visitaba. Pero Joe lo sentía de una manera que nunca había experimentado cuando el hombre estaba vivo. A veces se sentaba en el catre, abriendo y cerrando la tapa del reloj, abriéndola y cerrándola, e imaginaba las conversaciones que podrían haber mantenido si no se hubiesen interpuesto entre ellos los viejos pecados y las expectativas no cumplidas.

«Háblame de mamá.

»¿Qué es lo que quieres saber?

»¿Quién era?

»Una chica asustada. Una muchacha muy asustada, Joseph.

»¿A qué le tenía miedo?

»A1 exterior.

»¿Y qué hay en el exterior?

»Todo lo que ella no entendía.

»¿Me quería?

»A su manera.

»Eso no es amor.

»Para ella, sí. No te lo tomes como si te hubiese abandonado.

»¿Y cómo quieres que me lo tome?

»Como que ella aguantaba por ti. De no ser así, nos habría dejado muchos años antes.

»No la echo de menos.
»Qué extraño. Yo sí». Joe contempló la oscuridad.
«Te echo de menos.
»Pronto nos volveremos a ver».

Una vez tuvo controlada la destilería de la cárcel y las operaciones de contrabando, así como las bandas de protección, a Joe le quedó mucho tiempo libre para la lectura. Leyó prácticamente todo lo que había en la biblioteca del penal, que no era moco de pavo, gracias a Lancelot Hudson III.

Lancelot Hudson III era el único rico conocido al que le había caído una condena de aúpa en la penitenciaría de Charlestown. Pero es que el delito de Lancelot había sido tan indignante y tan público —había arrojado al vacío a su esposa infiel, Catherine, desde la azotea de su mansión de cuatro plantas de la calle Beacon, mientras tenía lugar el desfile del Día de la Independencia de 1919, que pasaba frente a su domicilio procedente de Beacon Hill— que los señorones del lugar, haciendo de tripas corazón, llegaron a la conclusión de que no había más remedio que arrojar a los leones a uno de los suyos, pues se lo había ganado a pulso. Lancelot Hudson III cumplía una condena de siete años en Charlestown por homicidio involuntario. No es que el trabajo le pareciese agotador, pero sí una pesadez, mitigada únicamente por los libros que se había traído a la cárcel a condición de que los dejase allí al salir. Joe se leyó no menos de cien volúmenes de la colección Hudson. Sabías que pertenecían al tal Hudson porque en la esquina superior derecha de la página con el título, el hombre había escrito con letra pequeña y abigarrada: «Propietario original: Lancelot Hudson III. Que te den por culo». Joe leyó a Dumas, a Dickens y a Twain. Leyó a Malthus, a Adam Smith y a Marx y Engels, a Maquiavelo, *Los papeles federalistas* y

Los *Sofismas económicos*, de Bastiat. Cuando acabó con la colección Hudson, la emprendió con todo lo que se le ponía a tiro —básicamente, novelas baratas y del Oeste—, así como toda revista o periódico cuya entrada en la cárcel estuviese permitida. Se convirtió en una especie de experto en deducir qué palabras o qué frases habían sido censuradas.

Hojeando un ejemplar del *Boston Traveler*, se topó con un artículo sobre un incendio en la terminal de la Línea de Autobuses de la Costa Este de St. James. De un cable eléctrico rasgado habían saltado chispazos al árbol de Navidad de la terminal. El edificio se incendió rápidamente. A Joe le faltaba la respiración mientras estudiaba las imágenes de los daños. La taquilla en la que había guardado sus ahorros de toda la vida, incluyendo los sesenta y dos mil dólares del golpe de Pittsfield, estaba en la esquina de una foto. Tumbada de lado bajo una viga del techo, con el metal totalmente ennegrecido.

No sabía qué era lo peor, si la sensación de que nunca volvería a respirar o la de que estaba a punto de vomitar fuego por la tráquea.

El artículo aseguraba que el siniestro había sido total. No se había salvado nada. Cosa que Joe dudaba. Algún día, cuando dispusiera del tiempo necesario, iba a averiguar qué empleado de la Línea de Autobuses de la Costa Este se había jubilado joven y, según los rumores, vivía de maravilla en el extranjero.

Hasta entonces iba a necesitar un empleo.

Maso se lo ofreció a finales de ese invierno, el mismo día en que le dijo que su apelación avanzaba a buen ritmo.

—Pronto saldrás de aquí —le comentó a través de la rejilla.

—Con el debido respeto —dijo Joe—, ¿cuándo sucederá eso?

—Hacia el verano.

Joe sonrió.

—¿De verdad?

Maso asintió.

—Piensa que los jueces no salen baratos. Vas a tener que compensarme.

—¿No le basta con que no le haya matado?

Maso estrechó los ojos. Ofrecía un aspecto elegante, con ese chaquetón de cachemir y ese traje de lana con un clavel blanco en el ojal, a juego con la badana de seda del sombrero.

—Sí, debería bastarme. Trato hecho. Y por cierto, nuestro amigo, el señor White, corre por Tampa, armando mucho follón.

—¿Tampa?

Maso asintió.

—Aún controlaba algunos sitios por ahí. No puedo quedarme con todos porque los de Nueva York poseen una parte, y me han dejado meridianamente claro que más vale que no les toque los cojones, por el momento. White transporta el ron por nuestras rutas y yo no puedo hacer nada al respecto. Pero como por ahí abajo se está metiendo en mi territorio, los chicos de Nueva York nos han dado permiso para apartarlo.

—¿Qué nivel de permiso?

—Lo que queramos, menos matarlo.

—Vale. ¿Y usted qué piensa hacer?

—No se trata de lo que yo vaya a hacer, sino de lo que tú vas a hacer, Joe. Quiero que te hagas cargo de las cosas por ahí abajo.

—Pero el que controla Tampa es Lou Ormino.

—Se va a dar cuenta de que es un trabajo que da muchos dolores de cabeza.

—¿Y cuándo será eso?

—Unos diez minutos antes de que llegues tú.

Joe le dio unas vueltas al asunto.

—Conque Tampa, ¿eh?

—Es complicado.

—No me importa.

—Nunca te has enfrentado a ese tipo de complicaciones.

Joe se encogió de hombros: el viejo tenía tendencia a la exageración.

—Ahí abajo voy a necesitar a alguien del que me pueda fiar.

—Sabía que dirías eso.

—Ah, ¿sí?

Maso asintió.

—Ya lo tengo. Lleva ahí seis meses.

—¿De dónde lo ha sacado?

—De Montreal.

—¿Seis meses? —comentó Joe—. ¿Cuánto tiempo lleva planeándolo?

—Desde que Lou Ormino empezó a meterse en el bolsillo parte de mi tajada y apareció Albert White a trincarme el resto.

Se inclinó hacia delante.

—Vete para allá y pon orden, Joe. Y podrás pasar el resto de tu existencia viviendo como un rey.

—O sea, que si me hago cargo de todo, somos socios a partes iguales.

—No —dijo Maso.

—Pero Lou Ormino sí lo es.

—Y mira cómo va a acabar la cosa. —Maso contempló fijamente a Joe a través de la rejilla, mostrándole su auténtico rostro.

—Entonces, ¿yo cuánto pillo?

—El veinte por ciento.

—El veinticinco —dijo Joe.

—De acuerdo —dijo Maso con un brillo en los ojos que le decía a Joe que podría haber llegado al treinta—. Pero más vale que te lo ganes.

SEGUNDA PARTE

YBOR
1929-1933

LO MEJOR DE LA CIUDAD

Cuando Maso le propuso por primera vez que se encargara de sus asuntos en la zona oeste de Florida, le advirtió que haría mucho calor. Pero Joe nunca podría haber previsto el denso sofoco con que se topó mientras bajaba al andén de la estación de Tampa una mañana de agosto de 1929. Llevaba un traje de verano, ligero y a cuadritos. Había guardado el chaleco en la maleta, pero en ese andén, mientras esperaba que el portero le trajese el equipaje, con la chaqueta al hombro y la corbata aflojada, acabó empapado en sudor antes de poder terminarse el cigarrillo. Se había quitado el sombrero al bajar del tren, por temor a que el calor le fundiese la gomina del cabello y le pringara el tejido sedoso, pero se lo volvió a poner para protegerse el cráneo del ataque solar, mientras se le iban abriendo más poros en el pecho y los brazos.

No se trataba únicamente del sol, tan blanco allá arriba, en un cielo tan carente de nubes que era como si jamás hubieran existido (igual era así en esa zona; ¿qué podía saber él?), sino esa humedad propia de la selva, que le hacía sentir como si estuviera atrapado en una madeja de lana arrojada a una perola llena de aceite.

Y cada minuto que pasaba, parecía que alguien subía la potencia del fuego.

Los demás hombres que habían bajado del tren también se habían quitado la chaqueta. Algunos se habían desprendido asimismo de chaleco y corbata, para luego arremangarse. Unos se mantenían con el sombrero puesto, otros lo usaban de abanico. Las mujeres lucían tocados de terciopelo de ala ancha, o sombreritos *cloche*, o bonetes. Algunas almas de cántaro se habían inclinado por materiales aún más pesados: llevaban

vestidos de crepé y fulares de seda, pero con aparente desagrado; tenían la cara colorada, y su bien cuidado cabello se disparaba en todas direcciones, desmoronándose por la nuca en algunos casos.

Era fácil distinguir a la población local: los hombres llevaban sombreros de paja, camisas de manga corta y pantalones de loneta. Sus zapatos eran bicolores, como casi todos en esa época, pero de un colorido más rutilante que el de los que bajaban del tren. Las mujeres que iban cubiertas, era con gorritos de paja. Llevaban atuendos sencillos, preferentemente blancos, como el de la chica que ahora pasaba junto a Joe y que nada mostraba de especial con esa falda blanca y la blusaa juego, más bien gastadas ambas. Pero, joder, pensaba Joe, el cuerpo que había debajo... Se movía bajo el fino tejido como algo prohibido que confiase en poder abandonar la ciudad antes de que los puritanos descubriesen su presencia. El paraíso, reflexionó Joe, es suave y oscuro y cubre unas extremidades que se deslizan como el agua.

El calor debía de haberle hecho más lento que de costumbre, pues esa mujer lo pilló mirándola, algo que nunca le había sucedido cuando jugaba en casa. Pero la mujer —que era mulata o tal vez negra, ¿qué sabía él?, pero de una tonalidad innegablemente cobriza— le dedicó un parpadeo de lo más severo y siguió caminando. Puede que fuese el calor, puede que fuesen los dos años de cárcel, pero Joe no podía dejar de mirar cómo se movía bajo el vestido. Las caderas le subían y bajaban al mismo ritmo lánguido que el culo, como le subían y bajaban los huesos y los músculos de la espalda, creándose en conjunto toda una sinfonía corporal. Ay, Dios, se dijo, me he pasado demasiado tiempo en el trullo. Llevaba el cabello negro y rizado recogido en un moño, pero se le había escapado un mechón que le recorría la nuca. Se dio la vuelta para mirar mal a Joe, pero este bajó la vista antes de que le llegara el puñal de sus ojos, sintiéndose como un crío de nueve años al que han pillado tirándole de las trenzas a una niña en el patio de la escuela. Y entonces se preguntó de qué tenía que avergonzarse. Ella se había dado la vuelta, ¿no?

Cuando volvió a levantar la vista, la mujer se había perdido entre la multitud del otro extremo del andén. «No tienes nada que temer de mí —quería decirle Joe—. Tú nunca me partirás el corazón y yo nunca te romperé el tuyo. Ya no me dedico a eso».

Había pasado los últimos dos años asumiendo no tan solo que Emma estaba muerta, sino también que para él nunca habría otro amor. Puede que algún día se casara, pero se trataría de un matrimonio de compromiso, algo que le ayudara a medrar en su profesión y le diese herederos. Le gustaba el concepto que escondía esa palabra... Herederos. (La clase trabajadora tenía hijos. Los triunfadores tenían herederos.) Y mientras tanto, se iría de putas. Puede que esa mujer que lo había mirado tan mal no fuese más que una puta haciéndose la «casta». Si lo era, iría a por ella de todas, todas: una hermosa mulata era perfecta para un príncipe del delito.

Cuando el porteador depositó su equipaje a su lado, Joe lo recompensó con unos billetes tan húmedos como todo lo demás. Le habían dicho que alguien vendría a recibirle, pero nunca se le ocurrió preguntar cómo pensaban reconocerlo entre la masa. Se volvió lentamente, buscando a alguien con pinta de no ser precisamente un ciudadano modelo, pero en vez de eso, vio como la mulata recorría el andén en su dirección. Le colgaba otro mechón, en la sien esta vez, y se lo apartó del pómulo con la mano libre. El otro brazo le colgaba del de un tío de aspecto latino con sombrero de paja, pantalones de seda de color crudo y una camisa blanca sin cuello abrochada hasta el último botón. Pese al calor, el hombre tenía la cara tan seca como la camisa, que no se le humedecía ni en la zona del cuello, donde tenía el botón clavado justo debajo de la nuez. Se movía con el mismo y suave meneo que la mujer, recurriendo a pantorrillas y tobillos, aunque sus pasos fuesen tan eficaces que parecía rebotar en el andén.

Pasaron junto a Joe hablando en español, con palabras rápidas y ligeras, y la mujer le lanzó una mirada muy breve, tanto que igual se la

había imaginado, aunque lo dudaba. El hombre señaló hacia algo que había a lo lejos y dijo algo en su español veloz: ambos se echaron a reír mientras se alejaban de Joe.

Se estaba dando la vuelta para ver si aparecían a recogerle cuando alguien hizo exactamente eso: lo levantó del caliente andén como si no pesara más que una bolsa para la lavandería. Miró hacia abajo, hacia esos brazos como troncos que lo sostenían por la cintura, y captó un pestazo familiar a cebolla cruda y colonia El Jeque Árabe.

Lo volvieron a dejar en el suelo, le dieron la vuelta y se topó con su viejo amigo por primera vez desde aquel espantoso día en Pittsfield.

—Dion —dijo.

Había dejado de ser rollizo para convertirse en corpulento. Llevaba un traje de cuatro botones de color champán a rayas blancas. El cuello blanco de la camisa color lavanda contrastaba notablemente con la corbata rojo sangre a rayas negras. Sus zapatos blanquinegros de especulador iban atados a la altura de los tobillos. Si le pidieras a un viejo cegato que identificara al gánster del andén a cien metros, apuntaría a Dion con su dedo tembloroso.

—Joseph —dijo con severa formalidad; pero enseguida se le dibujó en la cara redonda una ancha sonrisa y volvió a levantar a Joe del suelo, esta vez por delante, para abrazarlo de tal modo que este temió por su espinazo.

—Siento lo de tu padre —susurró.

—Y yo lo de tu hermano.

—Gracias —dijo Dion, con extraño entusiasmo—. Y todo por unos jamones en lata. —Bajó a Joe y sonrió—. Debería haberle comprado sus propios cerdos.

Echaron a andar por el andén, acalorados.

Dion le cogió una de las maletas.

—Cuando Lefty Downer me encontró en Montreal y me dijo que los Pescatore querían que trabajara para ellos, pensé que era una engañifa, no

me importa decírtelo. Pero entonces me dijeron que tú estabas en la trena con el viejo, y yo me dije: si alguien puede enredar al mismísimo diablo, ese es mi viejo colega. —Enganchó uno de sus contundentes brazos a los hombros de Joe—. Es estupendo volver a verte.

—Se está muy bien al aire libre —dijo Joe.

—¿Y Charlestown...?

Joe asintió.

—Puede que peor de lo que dicen. Pero me las apañé para que fuese soportable.

—No lo dudo.

El calor era aún más intenso en el aparcamiento. Rebotaba en el suelo y en los coches. Joe se puso la mano sobre los ojos, pero la cosa no mejoró mucho.

—Joder —le dijo a Dion—. Y tú con un traje de tres piezas.

—Ahí está el secreto —dijo Dion mientras llegaban hasta un Marmon 34 y él dejaba caer la maleta de Joe sobre el abollado pavimento—. La próxima vez que vayas a unos grandes almacenes, pillas todas las camisas de tu talla. Yo gasto cuatro al día.

Joe le miró la camisa de color lavanda.

—¿Encontraste cuatro de ese color?

—Encontré ocho. —Abrió la puerta trasera del coche y metió dentro el equipaje de Joe—. Estamos a unas pocas manzanas, pero con este calor...

Joe se dirigió a la puerta del pasajero, pero Dion se le adelantó para abrírsela. Joe se lo quedó mirando.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Ahora trabajo para ti —se explicó Dion—. Para el jefazo Joe Coughlin.

—Olvídalo. —Joe meneó la cabeza ante lo absurdo de la situación y subió al vehículo.

Mientras salían del aparcamiento, Dion dijo:

—Mira debajo del asiento. Encontrarás a una amiga.

Joe obedeció y se hizo con una Savage automática del 32. Culata de madera y un cañón de nueve centímetros. Se la metió en el bolsillo derecho de los pantalones y le dijo a Dion que necesitaría una funda para el arma, experimentando una leve irritación al ver que Dion no la había traído.

—¿Quieres la mía? —le ofreció su amigo.

—No —dijo Joe—. No pasa nada.

—Porque puedo darte la mía.

—No —repitió Joe, mientras pensaba que iba a necesitar cierto tiempo para acostumbrarse a ser el jefe—. Pero necesitaré una lo antes que puedas.

—Al final de la jornada —dijo Dion—. Ni un minuto después, te lo prometo.

El tráfico iba tan lento como todo lo demás por esos pagos. Dion se dirigió a Ybor City. Ahí el cielo perdía el blanco nuclear y adquiría un tinte bronceo a causa del humo de las fábricas. Los cigarros, comentaba Dion, habían construido ese vecindario. Señaló los edificios de ladrillo con sus altas chimeneas, así como los más bajos —algunos de ellos, meros chamizos con las puertas delantera y trasera abiertas—, donde los trabajadores se sentaban inclinados sobre unas mesas para enrollar cigarros.

Recitó los nombres: El Reloj, Cuesta-Rey, Bustillo, Celestino Vega, El Paraíso, La Pila, La Trocha, El Naranjal, Perfecto García. Le contó a Joe que el puesto más apreciado en cualquier fábrica era el de lector, un hombre que se sentaba en una silla, en mitad de la planta de trabajo, y leía novelas en voz alta mientras los empleados seguían a lo suyo. Comentó que al que hacía puros se le llamaba *tabaquero*, que las fábricas pequeñas eran *chozas* y que la comida que se podía oler a través del humo consistía probablemente en *bollos* o *empanadas*.

—Hay que ver —dijo Joe, soltando un silbido—. Hablas el idioma

como si fueras el rey de España.

—Más te vale por aquí —dijo Dion—. Y también italiano. Deberías refrescarlo un poco.

—Tú hablas italiano, y mi hermano también, pero yo nunca lo logré.

—Pues espero que sigas aprendiendo tan rápido como antes. Si hacemos negocios en Ybor es porque el resto de la ciudad nos deja en paz. Según ellos, no somos más que una pandilla cutre de hispanos e italianos, y mientras no hagamos demasiado ruido y a los trabajadores no les dé por volver a la huelga, momento en que los patrones llamarán a la poli y a sus matones, se nos permitirá ir a lo nuestro.

Torció hacia la Séptima Avenida, que parecía una arteria principal, pues había un montón de gente deambulando por las aceras de tablas junto a edificios de dos plantas con amplios balcones, enrejados de hierro forjado y fachadas de ladrillo o de estuco que a Joe le recordaban el etílico fin de semana que había pasado en Nueva Orleans un par de años atrás. Había raíles en el centro de la avenida, y Joe vio un tranvía que venía en su dirección desde una distancia de varias manzanas, con el morro apareciendo y desapareciendo entre las oleadas de calor.

—Deberíamos llevarnos todos bien —dijo Dion—, pero eso no siempre sucede. Los italianos y los cubanos se tratan entre ellos. Pero los cubanos negros odian a los cubanos blancos, y los cubanos blancos miran a los negratos cubanos por encima del hombro, mientras ambos colectivos desprecian a todos los demás. Todos los cubanos odian a los españoles. Los españoles consideran a los cubanos unos mastuerzos que no saben estar en su sitio desde que los estadounidenses los liberaron en 1898. Además, tanto los cubanos como los españoles desprecian a los puertorriqueños, mientras todo el mundo se caga en los dominicanos. Los italianos solo te respetan si te echaron a patadas de Italia. Y a los americanos les suda la polla lo que digan y hagan todos ellos.

—¿De verdad nos has llamado *americanos*?

—Yo soy italiano —dijo Dion, torciendo a la izquierda y accediendo

a otra ancha avenida, aunque esta aún por pavimentar—. ¿Y por esta zona? Más me vale.

Joe divisó el azul del Golfo, los barcos del puerto y las altas grúas. Podía oler la sal, las manchas de aceite y la marea baja.

—El puerto de Tampa —dijo Dion con un elegante quiebro de muñeca mientras recorría las calles de ladrillo rojo por las que se cruzaban hombres subidos a carretillas elevadoras y en las que las grúas levantaban palés de dos toneladas hasta alturas increíbles, mientras las sombras que proyectaban sus redes atravesaban el parabrisas. Sonó un silbato de vapor.

Dion aparcó junto a una zona de carga y ambos salieron del coche, observando a los hombres situados más abajo separar unos sacos de arpillera marcados con las palabras ESCUINTIA, GUATEMALA. Por cómo olían, Joe dedujo que unos sacos contenían café, y otros, chocolate. Esa media docena de operarios los descargó en un santiamén. La grúa recogió el palé vacío, y los que habían descargado la mercancía desaparecieron por una puerta cercana.

Dion condujo a Joe hasta la escalera e inició el descenso.

—¿Adonde vamos?

—Ya lo verás.

Al fondo de la bodega, los operarios habían cerrado la puerta a su espalda. Dion y Joe se quedaron de pie sobre un suelo de tierra que olía a todo aquello que se había descargado al sol de Tampa. Plátanos, piñas y grano. Aceite, patatas y vinagre. Pólvora y gas. Fruta podrida y café fresco, con los granos crujiendo bajo los pies. Dion plantó la palma de la mano en la pared de cemento que había enfrente de la escalerita, la movió hacia la derecha y la pared se movió con ella: se limitó a salirse de una juntura que Joe era incapaz de distinguir a un metro de distancia. Dion dejó al descubierto una puerta a la que llamó dos veces. Luego se quedó a la espera, con los labios moviéndose mientras contaba. Volvió a llamar, cuatro veces en esta ocasión, y se oyó una voz al otro lado:

—¿Quién es?

—Chimenea —dijo Dion, y se abrió la puerta.

Tenían ante ellos un pasillo tan estrecho como el hombre situado al otro lado de la puerta, quien lucía una camisa que debió de ser blanca antes de que el sudor la dejase amarillenta para la eternidad. Llevaba unos pantalones de un marrón desteñido, un pañuelo anudado al cuello y un sombrero de vaquero. Le asomaba un revólver del cinturón. Le dedicó a Dion un movimiento afirmativo de cabeza y les dejó pasar a ambos antes de volver a colocar la pared en su sitio.

El pasillo era tan estrecho que Dion iba rozando las paredes con los hombros mientras avanzaba por delante de Joe. Unas luces tenues colgaban de una tubería del techo: una bombilla pelada cada siete metros, más o menos, y la mitad de ellas, fundidas. Joe creía poder distinguir una puerta hacia el final del pasillo. Calculó que estaba a unos quinientos metros, y eso quería decir que posiblemente se la estaba inventando. Tuvieron que arrastrar los pies por el barro, mientras caían del techo unas gotas de agua que iban haciendo charcos en el suelo, y Dion comentó que los túneles solían inundarse; de vez en cuando, aparecía un borracho muerto por la mañana, el último juerguista de la víspera que se había echado una siesta a destiempo.

—¿De verdad? —preguntó Joe.

—Como lo oyes. ¿Y sabes qué es lo peor? Que a veces las ratas se los zampan.

Joe miró alrededor.

—Es lo más asqueroso que he oído en lo que llevamos de mes.

Dion se encogió de hombros y siguió adelante. Joe miró las paredes de arriba abajo, y luego el camino que tenía por delante. Nada de ratas. Por el momento.

—El dinero del banco de Pittsfield... —dijo Dion mientras caminaban.

Joe le cortó.

—Está a salvo.

Por encima de él, pudo escuchar el traqueteo del tranvía, seguido del pesado y pausado andar de lo que supuso sería un caballo.

—¿A salvo, dónde? —Dion volvió la vista atrás para mirar a Joe.

—¿Cómo lo supieron?

Por encima de ellos, se oyó el ruido de un motor y varias bocinas.

—¿Saber qué? —inquirió Dion, y Joe observó que cada vez estaba más calvo, con su cabello negro aún espeso y lustroso en las sienes, pero mucho más escaso y poco convincente en la parte de arriba de la cabeza.

—Dónde tendernos la emboscada.

Dion volvió de nuevo la vista hacia él.

—Pues lo supieron y ya está.

—Es imposible que lo supieran y ya está. Nos tiramos semanas inspeccionando ese sitio. Los polis nunca aparecieron por allí porque carecían de motivo alguno: no había nada que proteger ni nadie al que servir.

Dion asintió con todo su cabezón.

—Mira, te aseguro que no se enteraron por mí.

—Ni por mí —dijo Joe.

Ya estaban casi al final del túnel, y podían ver que la puerta era de acero bruñido y con una cerradura de hierro. Los ruidos callejeros habían cedido su espacio al tintineo distante de platos y cubiertos y a los pasos de los camareros de aquí para allá. Joe sacó del bolsillo el reloj de su padre y lo abrió: las doce del mediodía.

Dion sacó un contundente llavero de algún rincón de sus enormes pantalones. Abrió los candados de la puerta, retiró los barrotes y abrió la cerradura. Sacó la llave del llavero y se la pasó a Joe.

—Quédatela, la vas a tener que usar, créeme.

Joe se metió la llave en el bolsillo.

—¿De quién es este sitio?

—Era de Ormino.

—¿Era?

—Vaya, veo que no has leído la prensa de hoy.

Joe negó con la cabeza.

—A Ormino le hicieron algunos orificios nuevos anoche.

Dion abrió la puerta y ambos subieron por una escalerilla que llevaba a otra puerta, que no estaba cerrada con llave. La abrieron y accedieron a una vasta, húmeda e insalubre habitación con el suelo y las paredes de cemento. Había mesas repartidas a lo largo de toda la pared, y sobre ellas, justo lo que Joe esperaba ver: fermentadores y extractores, retortas y mecheros Bunsen, redomas y alambiques.

—Un material insuperable —dijo Dion mientras señalaba unos termómetros pegados a las paredes y conectados a los alambiques por tubos de goma—. Si quieres un ron suave, tienes que tener la temperatura entre setenta y cinco y ochenta y cinco grados. Te aseguro que es muy importante procurar que la gente no se muera al ingerir tus brebajes. Estos trastos no se equivocan, sino que...

—Ya sé hacer ron —lo interrumpió Joe—. De hecho, Dion, puedo hacer lo que sea después de dos años en el trullo. Sé cómo volverlo a condensar y, probablemente, hasta te podría destilar los putos zapatos. Lo que no veo aquí, sin embargo, son dos elementos fundamentales para la fabricación de ron.

—¿A saber? —preguntó Dion.

—Melaza y operarios.

—Debería habértelo comentado —dijo Dion—. Tenemos un problema con eso.

Atravesaron un garito vacío y pronunciaron la palabra *chimenea* frente a otra puerta cerrada, accediendo a la cocina de un restaurante italiano de la avenida East Palm. Pasaron de ahí al comedor, donde se sentaron a una mesa situada cerca de la calle y al lado de un enorme ventilador negro

que requeriría, para cambiarlo de sitio, los esfuerzos conjuntos de tres hombres y un buey.

—Nuestro distribuidor está a dos velas. —Dion desplegó la servilleta, se la colgó del cuello y se planchó la corbata con ella.

—Eso ya lo veo —dijo Joe—. ¿Y por qué?

—Se han hundido algunos barcos, por lo que he oído.

—¿Quién me has dicho que era el distribuidor?

—Un tío que se llama Gary L. Smith.

—¿Elesmith?

—No —le corrigió Dion—. *L.* La inicial de su segundo nombre. Te insiste en que la utilices.

—¿Por qué?

—Es una costumbre sureña.

—¿No será una costumbre gilipollas?

—Puede que también.

El camarero les llevó las cartas y Dion pidió dos limonadas. Le aseguró a Joe que sería la mejor que hubiese probado en su vida.

—¿Para qué necesitamos a un distribuidor? —preguntó Joe—. ¿Por qué no tratamos directamente con los proveedores?

—Pues porque son un montón. Y todos cubanos. Smith trata con los cubanos para que no tengamos que hacerlo nosotros.

Y también trata con los Dixies.

—Los transportistas.

Dion asintió mientras el camarero les traía las limonadas.

—Pues sí, los pistoleros de la localidad, de aquí a Virginia. Lo distribuyen por toda Florida y costa arriba.

—Pero tú también has estado perdiendo bastantes cargamentos de esos, ¿no?

—Sí.

—Pregunta: ¿cuántos barcos pueden hundirse y cuántos camiones ser atacados hasta que la cosa deje de ser pura mala suerte?

—Sí —repitió Dion porque, aparentemente, no se le ocurría otra cosa que decir.

Joe le dio un sorbo a su limonada. No estaba seguro de que fuera la mejor que jamás había probado, pero aunque lo fuese, no dejaba de ser limonada. No era fácil entusiasmarse con una puta limonada.

—¿Has hecho lo que te sugerí por carta?

Dion asintió.

—Al pie de la letra.

—¿Cuántos acabaron donde yo me olía?

—Un elevado porcentaje.

Joe estudió la carta en busca de algo que pudiera reconocer.

—Prueba el osobuco —le dijo Dion—. Es el mejor de la ciudad.

—Contigo, todo es lo mejor de la ciudad —le atacó Joe—. La limonada, los termómetros...

Dion se encogió de hombros y abrió su propia carta.

—Tengo un gusto muy refinado.

—Te haré caso —dijo Joe. Cerró la carta y le hizo una señal al camarero—. Comamos, y luego le vamos a hacer una visita a Gary L. Smith.

Dion estudiaba su carta.

—Será un placer.

La edición matutina del *Tampa Tribune* descansaba sobre una mesa de la sala de espera del despacho de Gary L. Smith. El cadáver de Lou Ormino yacía en un coche con las ventanas rotas y los asientos cubiertos de sangre. En blanco y negro, esa muerte era igual que todas: indigna. El titular rezaba:

FAMOSO DELINCUENTE ASESINADO

—¿Lo conocías a fondo?

Dion asintió.

—Pues sí.

—¿Te caía bien?

Dion se encogió de hombros.

—No era mal tío. En un par de reuniones que tuve con él se puso a cortarse las uñas de los pies, pero la pasada Navidad me regaló un ganso.

—¿Vivo?

Dion asintió.

—Hasta que llegó a casa, sí.

—¿Por qué quería Maso deshacerse de él?

—¿Nunca te lo dijo?

Joe negó con la cabeza.

Dion se encogió de hombros.

—Pues a mí tampoco.

Joe se tiró cosa de un minuto escuchando el movimiento de un reloj y el ruido que hacía la secretaria de Gary L. Smith pasando las recias páginas de un ejemplar de *Photoplay*. La secretaria en cuestión era la señorita Roe, y llevaba el oscuro cabello recogido en un etéreo moño. Lucía una blusa plateada de manga corta con una corbatita de seda negra que le caía sobre los pechos cual plegaria atendida. Tenía una manera tal de moverse apenas en la silla —unos quiebros de lo más sutiles— que Joe acabó doblando el diario y abanicándose con él.

Dios mío, pensó, necesito echar un polvo.

Se dirigió de nuevo a Dion:

—¿Tenía familia?

—¿Quién?

—¿Tú quién crees?

—¿Lou? Ah, sí —dijo Dion como si le importara un rábano—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad.

—Seguro que también se cortaba las uñas de los pies delante de ellos. Se alegrarán de no tener que volver a barrer un suelo repleto de uñas.

Vibró el intercomunicador sobre la mesa de la secretaria y una voz muy fina dijo:

—Señorita Roe, haga pasar a los muchachos.

Joe y Dion se pusieron de pie.

—Muchachos —dijo Dion.

—Muchachos —añadió Joe mientras se tiraba de los puños de la camisa y se pasaba las manos por el pelo.

Gary L. Smith tenía unos dientes diminutos, como granos de maíz y casi tan amarillos. Sonrió al verlos entrar, mientras la señorita Roe cerraba la puerta, pero no se levantó ni se excedió tampoco en la calidez de la sonrisa. Tras su escritorio, unas persianas modelo plantación ocultaban casi toda la brillantez de ese día en West Tampa, aunque se colaba en la habitación la suficiente como para darle al entorno el resplandor propio del bourbon. Smith iba vestido de caballero del sur: traje blanco, camisa blanca y estrecha corbata negra. Les vio tomar asiento con un aire de sorpresa que Joe interpretó como temor.

—Así que sois los nuevos hallazgos de Maso. —Smith les acercó un humidificador por encima de la mesa—. Servios. Son los mejores puros de la ciudad.

Dion gruñó.

Joe rechazó la oferta, pero Dion agarró cuatro puros, metiéndose tres en el bolsillo y arrancándole la punta al cuarto. La escupió en su propia mano y luego la dejó en un extremo de la mesa.

—¿Y qué os trae por aquí?

—Me han pedido que me ocupe de los asuntos de Lou Ormino durante un tiempo —respondió Joe.

—Pero no de manera permanente —dijo Smith, encendiendo su propio cigarro.

—¿Qué es lo que no es permanente?

—Lo de que tú sustituyas a Lou. Solo te lo comento porque a los de aquí les gusta tratar con gente a la que conocen, y a ti no te conoce nadie. Dicho sea sin ánimo de ofender.

—En ese caso, ¿a quién propondría usted de la organización?

Smith se lo pensó unos instantes.

—Rickie Pozzetta.

Dion inclinó la cabeza al oírlo.

—Pozzetta no podría ni arrastrar a un perro a una farola.

—Pues Delmore Sears.

—Otro idiota.

—Bueno, vale, pues yo mismo.

—Eso no es mala idea —dijo Joe.

Gary L. Smith extendió las manos.

—Pero solo si tú crees que sirvo para el cargo.

—Puede ser, pero necesitamos saber por qué han sido atacados los tres últimos transportes.

—¿Te refieres a los que iban hacia el norte?

Joe asintió.

—Mala suerte —dijo Smith—. Me temo que se trata de eso. Son cosas que pasan.

—En ese caso, ¿por qué no cambias las rutas?

Smith sacó una pluma y garabateó en un trozo de papel.

—Muy buena idea, señor Coughlin, ¿verdad?

Joe asintió.

—Una gran idea. La tomaré en consideración, desde luego.

Joe observó brevemente a ese hombre, le vio fumar entre la luz difusa que se colaba por las persianas y le daba en la parte superior de la cabeza, lo estuvo mirando hasta que empezó a mostrarse ligeramente confundido.

—¿Por qué han sido tan erráticos los transportes por barco?

—Oh —dijo Smith, como si no tuviera la menor importancia—. Eso es cosa de los cubanos. No podemos controlarlo.

—Hace dos meses —habló Dion—, tuviste catorce envíos en una semana. Tres semanas después, eran cinco. Y la semana pasada, ninguno.

—Esto no es como hacer cemento —repuso Gary L. Smith—. La cosa no consiste en añadirle a la mezcla un tercio de agua para obtener siempre la misma consistencia. Tienes diferentes proveedores con distintos calendarios. ¿Y si están en tratos con un proveedor de azúcar al que se le ponen los trabajadores en huelga? ¿Y si el tío que lleva el barco se pone enfermo?

—Pues se cambia de proveedor —apuntó Joe.

—No es tan fácil.

—¿Por qué no?

A Smith se le notaba molesto, como si tuviera que explicarle a un gato el funcionamiento de un avión.

—Porque todos rinden tributo al mismo grupo.

Joe sacó un cuadernito del bolsillo y lo abrió.

—Estamos hablando de la familia Suárez, ¿no?

Smith observó el cuaderno.

—Sí. Son los dueños del Tropical, en la Séptima Avenida.

—Y son los únicos proveedores.

—No, lo que yo he dicho...

—¿Qué has dicho? —Joe lo miró entornando los ojos.

—Vamos a ver, los Suárez nos proveen de parte de lo que vendemos, pero hay más gente. ¿Ese tío con el que trato, Ernesto? El chaval tiene una mano de madera, ¿te lo puedes creer? El caso es...

—Si los demás proveedores rinden cuentas al mismo tipo, ese es el único proveedor. Supongo que todos se ponen de acuerdo para marcar los precios, ¿no?

Smith emitió un suspiro de exasperación.

—Supongo.

—¿Solo lo supones?

—Es que la cosa no es tan sencilla.

—¿Y por qué no lo es?

Joe se quedó esperando la respuesta de Smith mientras este volvía a encender el puro.

—Hay otros proveedores. Con sus propios barcos, con sus propios...

—Son subcontratistas —le cortó Joe—. Eso es todo. Yo quiero tratar con el jefe de los contratistas. Tendremos que reunimos con los Suárez lo antes posible.

—No —dijo Smith.

—¿No?

—Señor Coughlin, veo que no entiendes cómo se hacen las cosas en Ybor. Yo trato con Esteban Suárez y con su hermana.

Y yo trato con todos los intermediarios.

Joe empujó el teléfono que había encima de la mesa hasta que rozó a Smith en el codo.

—Llámales.

—No me estás escuchando, Coughlin.

—Sí que lo hago —dijo Joe en voz baja—. Coge ese teléfono, llama a los Suárez y diles que mi socio y yo iremos a cenar esta noche al Tropical, donde les agradeceríamos enormemente que nos dieran la mejor mesa y nos concedieran unos minutos de su tiempo a los postres.

—¿Por qué no te tomas un par de días para conocer las costumbres locales? Hazme caso. Luego volverás y me darás las gracias por no haber hecho esa llamada. E iremos juntos a verlos, te lo prometo.

Joe echó mano al bolsillo. Sacó unas monedas y las dejó encima de la mesa. Luego sacó el tabaco, el reloj de su padre y la pistola del 32, que colocó frente al tintero, apuntando directamente a Smith. Extrajo un cigarrillo del paquete con la vista fija en su anfitrión, quien levantó el auricular y pidió línea con el exterior.

Joe se dedicó a fumar mientras Smith hablaba en español por

teléfono y Dion se lo traducía un poco, hasta que el hombre colgó.

—Tenemos mesa reservada a las nueve en punto —dijo Dion.

—Te he conseguido una mesa para las nueve —dijo Smith.

—Gracias. —Joe cruzó el tobillo sobre la pierna—. Los Suárez son un equipo de hermanos, ¿no?

Smith asintió.

—Esteban y Evelia Suárez, sí.

—Otra cosa, Gary —dijo Joe mientras se arrancaba un hilo del calcetín—. ¿Trabajas directamente para Albert White? —Le pegó un tirón al hilo y lo dejó caer sobre la alfombra—. ¿O hay algún intermediario cuya existencia deberíamos conocer?

—¿Qué?

—Hemos marcado tus botellas, Smith.

—¿Que habéis qué?

—Tú lo destilabas, nosotros lo marcábamos —dijo Dion—. Desde hace un par de meses. Unos puntitos en la parte de arriba, a la derecha.

Gary le sonrió a Joe como si nunca hubiese oído hablar de algo semejante.

—¿Sabes qué ha sido de todo ese material que nunca llegó a su destino? —dijo Joe—. Pues que acabó enterito en uno de los tugurios de Albert White. —Dejó caer la ceniza sobre la mesa—. ¿Cómo te lo explicas?

—No lo entiendo.

—Ah, ¿no? —Joe plantó ambos pies en el suelo.

—No, vamos a ver, yo no... ¿Qué?

Joe se hizo con su arma.

—Claro que lo entiendes.

Gary sonrió. Dejó de hacerlo. Volvió a sonreír.

—No, de verdad que no. Oye, Joe...

—Has estado dirigiendo a Albert White hacia nuestros transportes de material de la zona nordeste. —Joe dejó caer sobre la palma de la

mano el cargador de la pistola. Apretó la primera bala con el pulgar.

Gary lo dijo de nuevo. Dijo «Oye».

Joe miraba el cargador. Le dijo a Dion:

—Sigue habiendo una en la recámara.

—Siempre hay que dejarla ahí. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué? —Joe hizo saltar la bala de la recámara y la pilló en el aire. La dejó sobre la mesa, apuntando a Gary L. Smith.

—Yo qué sé —dijo Dion—. Algo imprevisible.

Joe volvió a meter el peine en la culata. Metió una bala en la recámara y se puso el arma en el regazo.

—Le dije a Dion que pasáramos por delante de tu casa mientras veníamos hacia aquí. Tienes una mansión formidable. Dion me ha dicho que los vecinos la llaman Hyde Park. ¿Es cierto?

—Sí, lo es.

—Curioso.

—¿El qué?

—En Boston tenemos un Hyde Park.

—Ah, ¿sí? Qué gracia.

—Bueno, tampoco es como para troncharse de risa. Solo es interesante, nada más.

—Sí.

—¿Estuco?

—¿Perdón?

—Estuco. Está hecha de estuco, ¿verdad?

—Recubierta de estuco. Lo de abajo es madera normal.

—Vaya. Estaba equivocado.

—No, no lo estás.

—Tú has hablado de madera.

—La estructura es de madera, sí, pero la cobertura, la fachada... es de estuco. O sea que sí, que se trata de... una casa de estuco.

—¿Te gusta?

—¿Cómo?

—La casa de estuco con estructura de madera. ¿Te gusta?

—Bueno, ahora que los chicos ya no están, resulta algo grande...

—¿Y por qué no están?

—Porque son mayores. Se han ido.

Joe se rascó el cogote con el cañón de la 32.

—Vas a tener que hacer las maletas.

—Pero yo...

—O contratar a alguien para que te las haga. —Apuntó con las cejas hacia el teléfono—. Te pueden enviar las cosas a donde sea que acabes viviendo.

Smith intentó recuperar algo que había abandonado el despacho quince minutos atrás: la ilusión de que controlaba las cosas.

—¿Acabar viviendo? Yo no me voy a ningún lado.

Joe se levantó y echó mano al bolsillo de la chaqueta.

—¿Te la estás follando?

—¿Qué? ¿A quién?

Joe señaló la puerta del despacho con el pulgar.

—A la señorita Roe.

—¿Cómo? —exclamó Smith.

Joe miró a Dion.

—Se la está follando.

Dion se puso de pie.

—Sin duda alguna.

Joe sacó un par de billetes de tren del bolsillo de la chaqueta.

—La verdad es que es una verdadera obra de arte. Dormirse dentro de ella debe de ser como atisbar la presencia divina. Después de eso, ya sabes que todo va a ir bien.

Dejó los billetes sobre el escritorio, entre Smith y él.

—Me da igual a quién te lleves: a tu mujer, a la señorita Roe, a las dos o a ninguna. Pero te vas a subir al tren de las once en punto, Gary.

Esta misma noche.

Smith se echó a reír. Pero poco.

—Me parece que no entiendes...

Joe le dio tal sopapo a Gary L. Smith que salió disparado de la silla y se golpeó la cabeza contra el radiador.

Esperaron a que se levantara del suelo. Smith puso bien la silla y tomó asiento. Su rostro carecía de color, salvo unas manchas de sangre en el labio y las mejillas. Dion le arrojó un pañuelo al pecho.

—O te subes a ese tren, Gary, o te arrojamós a su paso —dijo Joe mientras recogía la bala que había dejado encima de la mesa.

Mientras se dirigían hacia el coche, Dion preguntó:

—¿Eso lo decías en serio?

—Sí.

Joe volvía a sentirse irritado, aunque no sabía muy bien por qué. A veces le invadía la oscuridad. Le encantaría poder decir que esos prontos siniestros solo le daban desde su estancia en la cárcel, pero lo cierto era que los llevaba sufriendo desde que tenía uso de razón. A veces, sin motivo y sin verlos venir. Pero en este caso puede que se debiera a que Smith le había dicho que tenía hijos, y a él no le gustaba pensar que nadie al que acabara de humillar pudiese tener una vida ajena a su empleo.

—O sea, que si no se sube a ese tren, ¿estás dispuesto a matarlo?

O puede que, simplemente, fuese un tío siniestro adicto a las ideas negras.

—No. —Joe se detuvo junto al coche—. Se encargarán nuestros esbirros. —Miró a Dion—. ¿Qué te crees que soy, un puto obrero?

Dion le abrió la puerta y él se subió al coche.

MÚSICA Y ARMAS

Joe le había pedido a Maso que lo alojase en un hotel. Durante su primer mes de estancia no quería pensar en nada que no fuese el negocio, y eso incluía hacer la comida, lavar la ropa y las sábanas y cuánto rato se iba a tirar en el baño el tío que había llegado antes que él. Maso dijo que lo instalaría en el hotel Tampa Bay, que a Joe le sonaba bien, aunque no muy imaginativo. Supuso que se trataba de un sitio normal con camas decentes, almohadas planas y comida anodina, pero tragable.

En vez de eso, Dion aparcó frente a un palacio con vistas a un lago. Cuando Joe dijo en voz alta lo del palacio, Dion repuso:

—Así es como lo llaman realmente, el palacio Plant.

Henry Plant había edificado el lugar como casi todo lo que construía en Florida, para atraer a esos especuladores que habían estado apareciendo a manadas durante las dos últimas décadas.

Antes de que Dion pudiera plantar el vehículo frente a la puerta principal, un tren se cruzó en su camino. No era un tren de juguete, aunque estaba seguro de que también tenían de esos, sino un convoy transcontinental de medio kilómetro de largo. Joe y Dion se quedaron junto al aparcamiento y vieron bajar del tren a hombres ricos, mujeres ricas y niños ricos. Mientras se mantenían a la espera, Joe contó más de cien ventanas en el edificio. En lo alto de las paredes de ladrillo rojo había varias buhardillas que, según él, deberían albergar las suites. Seis minaretes se alzaban por encima de las buhardillas, apuntando a un cielo de un blanco nuclear: un palacio de invierno ruso en mitad de los dragados pantanos de Florida.

Una pareja de lo más elegante, vestida de un blanco riguroso, bajó

del tren. Sus tres sirvientas y sus tres pulcros retoños lo hicieron a continuación. A toda velocidad, dos porteadores negros empujaban carritos cargados de equipaje.

—Vámonos —dijo Joe.

—¿Cómo? —se escandalizó Dion—. Podemos aparcar aquí y llevarnos las maletas auestas. Yo me encar...

—Ya volveremos. —Joe vio entrar a la pareja en el hotel como si se hubiesen criado en sitios el doble de grandes—. No quiero hacer cola.

Dion parecía estar a punto de añadir algo más al respecto, pero se limitó a suspirar discretamente y a conducir de regreso a la carretera, cruzando algunos puentecillos de madera y un campo de golf. Había una pareja de edad avanzada subida a un carricoche conducido por un hispano bajito con camisa blanca de manga larga y pantalones no menos blancos. Unos letreritos de madera indicaban las pistas para jugar al tejo, la reserva de caza, las canoas, las canchas de tenis y un circuito de carreras. Dejaron atrás el campo de golf, mucho más verde de lo que habría supuesto Joe con un clima semejante, y vieron que casi toda la gente que atisbaba iba de negro y esgrimiendo un parasol, hombres incluidos, y reía de manera seca y distante.

Enfilaron hacia Lafayette y en dirección al centro. Dion le explicó a Joe que los Suárez iban y venían de Cuba, y que eran pocos los que sabían algo de ellos. Se rumoreaba que Evelia había estado casada con un hombre que falleció durante la rebelión de los trabajadores del azúcar de 1912. Pero también se decía que esa historia no era más que una tapadera para sus inclinaciones lésbicas.

—Esteban posee un montón de empresas, tanto aquí como allí —continuó Dion—. Es joven, bastante más que su hermana. Pero es listo. Su padre ya hacía negocios con el mismísimo Ybor cuando Ybor...

—Espera un momento —lo interrumpió Joe—. ¿La ciudad lleva el nombre de un tío en concreto?

—Pues sí —respondió Dion—. Vicente Ybor. Se dedicaba a los

puros.

—Eso sí que es poder —sentenció Joe.

Miró por la ventanilla y vio Ybor City al este. De lejos no tenía tan mala pinta: a Joe le recordaba una versión muy reducida de Nueva Orleans.

—No sé qué decirte —comentó Dion—. ¿Coughlin City? —Negó con la cabeza—. Suena fatal.

—Vale —reconoció Joe—. Pero ¿qué me dices del condado de Coughlin?

Dion se echó a reír.

—Eso ya no suena tan mal, ¿ves?

—¿A que suena bien?

—Te debió de crecer bastante la cabeza en el trullo, ¿no? —ironizó Dion.

—Tú ríete, hombre, ríete —le dijo Joe—. Sigue aspirando a nada.

—¿Y qué me dices de la nación Coughlin? No, espera. Aún mejor, el continente Coughlin.

Joe se echó a reír. Dion estalló en carcajadas y se puso a aporrear el volante. Joe se sorprendió al comprobar lo mucho que había echado de menos a su amigo y hasta qué punto se le partiría el corazón si tenía que ordenar su asesinato a finales de semana.

Dion condujo por Jefferson hacia los edificios judiciales y gubernamentales. Acabaron metidos en un atasco y el calor se volvió a instalar en el coche.

—¿Qué es lo próximo? —preguntó Joe.

—¿Quieres heroína? ¿Morfina? ¿Cocaína?

Joe negó con la cabeza.

—Me he quitado de todo eso.

—Pues si algún día te da por engancharte, este es el lugar adecuado, chaval. Tampa, Florida: cuartel general sureño de los narcóticos ilegales —dijo Dion.

—¿La Cámara de Comercio está al corriente?

—Y no sabes cómo lo lamenta. Bueno, el motivo de que saque el tema es...

—Oh, una idea —bromeó Joe.

—A veces me viene alguna.

—Faltaría más, señor mío, proceda.

—Hay un tío que trabaja para Esteban, un tal Arturo Torres, ¿sabes?

Lo trincaron la semana pasada por cocaína. Lo más normal habría sido que lo pusieran en la calle al cabo de media hora, pero ahora corre por aquí un equipo de la policía federal que está metiendo las narices por todas partes. A principios del verano aparecieron unos tíos de Hacienda con una pandilla de jueces y enchufaron la tostadora. A Arturo lo van a deportar.

—¿Y a nosotros qué más nos da?

—Es el mejor «cocinero» de Esteban. En Ybor si ves una botella de ron con las iniciales de Torres en el corcho, te va a costar el doble.

—¿Y cuándo se supone que lo deportan?

—Dentro de un par de horas.

Joe se colocó el sombrero sobre la cara y se estiró en el asiento. De repente, se sentía exhausto a causa del largo trayecto en tren, el calor, las elucubraciones y ese mareante despliegue de blancos adinerados vestidos pulcramente de blanco.

—Despiértame cuando lleguemos.

Tras ver al juez, abandonaron los juzgados para hacerle una visita de cortesía al jefe Irving Figgis, del Departamento de Policía de Tampa.

El cuartel general del cuerpo estaba en la esquina de Florida con Jackson, y Joe ya se había orientado lo suficiente como para saber que debería pasar cada día por delante para ir a trabajar a Ybor desde el hotel. En ese sentido, los polis eran como las monjas: siempre te dejaban bien

claro que te estaban vigilando.

—Me pidió que vinieras a verle —le comentó Dion mientras subían las escaleras del cuartel general de la policía—, para que no tenga que ir a verte él.

—¿Qué tal es?

—Es un polizonte —dijo Dion—. Es decir, un capullo. Aparte de eso, no es de lo peor.

En su despacho, Figgis estaba rodeado de fotografías de las mismas tres personas: su mujer, su hijo y su hija. Todos tenían el cabello rojizo y eran sorprendentemente atractivos. Los crios tenían una piel tan tersa que parecía que los propios ángeles les hubieran sacado brillo. El jefe le estrechó la mano a Joe, lo miró directamente a los ojos y le pidió que tomara asiento. Irving Figgis no era un hombre alto ni destacaba precisamente por su corpulencia o su musculatura. Era delgado y bajito, y lucía un cabello gris muy corto y muy pegado al cráneo. Parecía uno de esos tipos que se portará bien contigo si tú te portas bien con él, pero que te crujiará a conciencia si intentas tomarlo por tonto.

—No te insultaré preguntándote a qué te dedicas —dijo—, si tú no me insultas a mí mintiéndome. ¿Te parece bien?

Joe asintió.

—¿Es verdad que eres hijo de un capitán de la policía?

Joe volvió a asentir.

—Sí, señor.

—Entonces ya lo entenderás.

—¿El qué, señor?

—Que esto es cómo vivimos —dijo moviendo el dedo entre su pecho y el de Joe—. Pero ¿todo lo demás? —Señaló hacia todas esas fotografías—. Bueno, eso es por lo que vivimos.

Joe asintió.

—Y ambas cosas nunca deben mezclarse.

El jefe Figgis sonrió.

—También me dijeron que tenías estudios. —Le echó una miradita a Dion—. Cosa asaz insólita entre los de tu oficio.

—O entre los del suyo —se rebotó Dion.

Figgis sonrió y le dio la razón con un movimiento de cabeza. Se quedó con la vista suavemente clavada en Joe.

—Antes de instalarme aquí, primero fui soldado y luego *marshal* de Estados Unidos. A lo largo de mi vida he matado a siete hombres. —Lo dijo sin el menor asomo de orgullo.

¿Siete?, se sorprendió Joe. Joder.

El jefe Figgis mantenía su suave mirada.

—Los maté porque era mi trabajo. No he obtenido por esas muertes el más mínimo placer y, la verdad sea dicha, aún se me aparecen muchas noches los rostros de esos muertos. Pero si tuviera que deshacerme de un octavo mañana mismo, para proteger y servir a esta ciudad... Te aseguro que lo haría sin que me temblara la mano ni se me nublase la vista. ¿Me sigues?

—Sí —dijo Joe.

Figgis estaba de pie junto a un mapa de la ciudad que tenía clavado en la pared, detrás de su escritorio, y recurrió a un dedo para trazar un círculo muy lento en torno a Ybor City.

—Si mantenéis vuestros asuntos por aquí, al norte de la Segunda Avenida, al sur de la Veintisiete, al oeste de la Treinta y Cuatro y al este de Nebraska, no tendremos muchos problemas. —Enarcó levemente las cejas en dirección a Joe—. ¿Qué te parece?

—Me parece bien —dijo Joe, preguntándose cuánto iba a tardar en poner su precio.

El jefe Figgis adivinó la pregunta en los ojos de Joe, y los suyos se oscurecieron un tanto.

—No acepto sobornos. Si lo hiciera, tres de esos siete muertos de los que te he hablado seguirían vivos. —Rodeó la mesa para apoyarse en un extremo y habló en voz muy baja—. Mi joven señor Coughlin, no me

hago ilusiones al respecto de cómo se hacen los negocios en esta ciudad. Si me preguntaras en privado lo que pienso de Volstead, asistirías a una excelente imitación de una tetera a punto de hervir. Sé que muchos de mis agentes aceptan dinero por hacer la vista gorda. Sé que sirvo a una ciudad que nada en la corrupción. Sé que todos vivimos en un mundo que se derrumba. Pero solo porque respiro aire corrupto y me trato con gente corrupta, no cometes nunca el error de pensar que a mí se me puede corromper.

Joe estudió atentamente el rostro de ese hombre, en busca de chulería, orgullo o soberbia: las debilidades habituales que siempre había asociado a los hombres «hechos a sí mismos».

Lo único que encontró fue la más tranquila de las fortalezas.

Al jefe Figgis, decidió, no había que subestimarle jamás.

—No pienso cometer ese error —dijo Joe.

El jefe Figgis extendió la mano y Joe se la estrechó.

—Gracias por venir. Cuidado con el sol. —Un ramalazo de humor recorrió el rostro de Figgis—. Con esa piel que tienes, a lo mejor te quemas, digo yo.

—Ha sido un placer conocerle, jefe.

Joe se encaminó hacia la puerta y, cuando Dion la abrió, vio que al otro lado había una adolescente repleta de energía. Era la hija que salía en todas las fotografías, hermosa y de pelo rojizo, con su piel dorada y tan impoluta que brillaba como el más suave sol. Joe le calculó unos diecisiete años. Su belleza se le atragantó en la garganta y le impidió emitir las palabras que estaban a punto de abandonar su boca, así que lo único que pudo balbucear fue:

—Señorita...

Y eso que no se trataba de una belleza que le evocara nada carnal. Era algo más puro que eso. La hermosura de la hija del jefe Irving Figgis no era algo que quieres arrebatarse, sino algo que deseas beatificar.

—Padre —dijo ella—. Perdona, creí que estabas solo.

—No pasa nada, Loretta. Estos señores ya se iban. Esos modales, hija.

—Sí, padre, lo siento. —Se dio la vuelta para saludar discretamente a Joe y Dion—. Caballeros, soy la señorita Loretta Figgis.

—Joe Coughlin, señorita Loretta. Encantado de conocerla.

Cuando Joe estrechó levemente su mano, sintió la extraña necesidad de hacerle una reverencia. Se pasó toda la tarde pensando en ella, en lo guapa y delicada que era, en lo duro que ha de ser tener por hija algo tan frágil.

Esa noche cenaron en El Vedado Tropical, sentados a una mesa situada a la derecha del escenario, lo cual les permitía disfrutar de una vista excelente de las bailarinas y de la banda. Aún era pronto, así que los músicos —batería, piano, trompeta y trombón de varas— iban tocando, pero sin emplearse a fondo todavía. Las bailarinas iban apenas cubiertas por unas camisolas a juego con sus respectivos tocados. Dos de ellas lucían cintas de lentejuelas de las que les salían unas plumas a la altura de la frente. Otras llevaban redecillas plateadas con florecillas congeladas en el borde. Bailaban con una mano en la cadera y la otra apuntando al aire o al público. Ofrecían a los tragaldabas la carne y el movimiento adecuados para no ofender a la parienta, pero también para asegurarse de que volverían solos más avanzada la noche.

Joe le preguntó a Dion si la comida era la mejor de la ciudad.

Dion sonrió mientras se zampaba un buen trozo de lechón asado con yuca frita.

—Del país.

Joe sonrió.

—La verdad es que no está nada mal.

Había pedido ropa vieja con judías negras y arroz amarillo. Dejó el plato reluciente, deseando que le hubieran servido uno más grande.

Apareció el *maître* para informarles de que el café les esperaba junto a sus anfitriones, y Joe y Dion lo siguieron por el suelo de baldosas blancas, dejaron atrás el escenario y atravesaron una cortina de terciopelo oscuro. Recorrieron un pasillo hecho con la misma madera de cerezo de los barriles de ron, y Joe se preguntó si no habrían traído por el Golfo unos centenares de ellos con la única intención de colocarla allí. La verdad es que debían de haber traído muchos más, ya que el despacho estaba hecho de esa misma madera.

Se estaba fresco allí. El suelo era de piedra oscura, y de las vigas colgaban unos ventiladores de hierro que crujían y chirriaban. Las lamas de las persianas color de miel estaban abiertas a la noche y al murmullo infinito de las libélulas.

Esteban Suárez era un hombre delgado con una piel impoluta del color del té flojo. Tenía unos ojos felinos de un amarillo pálido, y el cabello, planchado hacia atrás, era del mismo color que ese ron negro embotellado que descansaba sobre la mesita de centro. Iba de esmoquin, con una pajarita de seda negra, y se acercó a ellos con una brillante sonrisa y un vigoroso apretón de manos. Los condujo hasta unos sillones de respaldo alto colocados en torno a una mesita de cobre. Sobre la mesa había cuatro tacitas de café cubano, cuatro vasos de agua y la botella de ron Suárez Reserva en su cestita de mimbre.

La hermana de Esteban, Evelia, se levantó del asiento y les ofreció la mano. Joe le hizo una reverencia, le cogió la mano y la rozó ligeramente con los labios. La piel le olía a jengibre y serrín. Era mucho mayor que su hermano y tenía la piel tensa sobre la frente, una larga mandíbula y los pómulos marcados. Tenía las cejas espesas y juntas — parecían un gusano de seda — y unos ojos grandes que parecían sentirse atrapados en el cráneo, pugnando por salir, pero incapaces de lograrlo.

—¿Qué tal la cena? —preguntó Esteban cuando todos tomaron asiento.

—Excelente —respondió Joe—. Gracias.

Esteban les sirvió ron y alzó su copa para brindar.

—Por una relación fructífera.

Bebieron. Joe se quedó pasmado ante el sabor y la suavidad del ron. Así sabía el licor cuando disponías de más de una hora para destilarlo y de más de una semana para fermentarlo. Dios.

—Es excepcional.

—Es el de quince años —dijo Esteban—. Nunca he estado de acuerdo con los españoles de antaño cuando decían que el ron más claro es mejor. —Meneó la cabeza ante semejante sacrilegio y cruzó las piernas a la altura de los tobillos—. Evidentemente, nosotros, los cubanos, les dábamos la razón porque siempre hemos pensado que lo claro era lo mejor en todo: el pelo, la piel, los ojos...

Los Suárez eran de piel clara: era evidente que su origen era español, no africano.

—Sí —dijo Esteban, leyéndole la mente a Joe—. Mi hermana y yo no pertenecemos a las clases inferiores. Aunque eso no significa que estemos de acuerdo con el orden social de nuestra isla.

Tomó otro sorbo de ron, y Joe hizo lo mismo.

—Estaría bien que pudiéramos venderlo en el norte —dijo Dion.

Evelia se echó a reír. Una risa aguda y breve.

—Algún día. Cuando su Gobierno vuelva a tratarlos como adultos.

—No hay prisa —dijo Joe—. Nos quedaríamos sin trabajo.

—Mi hermana y yo no nos podemos quejar. Tenemos este restaurante, dos en La Habana y otro en Cayo Oeste. Tenemos una plantación de azúcar en Cárdenas y una de café en Marianao —dijo Esteban.

—Y entonces, ¿por qué se dedican a esto?

Esteban se encogió de hombros dentro de su impecable chaqueta de esmoquin.

—Por dinero.

—Por más dinero, querrá decir.

Esteban brindó por eso.

—Hay otras cosas en que gastarse el dinero, además de en cosas —dijo abarcando la habitación con las manos.

—Lo dice el hombre que ya tiene muchas cosas —dijo Dion, ganándose una mirada reprobadora de Joe.

Joe observó por primera vez que la pared oeste del despacho estaba cubierta por completo de fotografías en blanco y negro: escenas callejeras, principalmente, fachadas de clubs nocturnos, algunos rostros, un par de pueblos tan dilapidados que se los podría llevar por delante un vendaval.

Evelia le siguió la mirada.

—Las hace mi hermano.

—Ah, ¿sí? —dijo Joe.

Esteban asintió.

—Durante mis viajes a casa. Es un hobby.

—Un hobby —dijo su hermana, burlona—. Las fotografías de mi hermano han aparecido en la revista *Time*.

Esteban se encogió de hombros, como si eso careciera de importancia.

—Son buenas —dijo Joe.

—Puede que algún día le retrate a usted, señor Coughlin.

Joe negó con la cabeza.

—Me temo que para eso soy como los indios.

Esteban le dedicó una sonrisa triste.

—Hablando de almas robadas, lamento que el señor Ormino falleciese anoche.

—¿De verdad? —le preguntó Dion.

Esteban soltó una risita tan discreta que casi podía confundirse con una exhalación.

—Y me han dicho unos amigos que Gary L. Smith fue visto por última vez a bordo del Seaboard Limited, con su mujer en un coche cama

y la puta de la secretaria en otro. Me dijeron que el equipaje se notaba hecho a todo correr, pero que era abundante.

—A veces un cambio de decorado te permite iniciar una nueva vida —comentó Joe.

—¿Es ese su caso? —le preguntó Evelia—. ¿Ha venido a Ybor en busca de una nueva vida?

—He venido a refinar, destilar y distribuir el maldito ron. Pero me va a costar hacerlo bien con un calendario de importaciones tan poco fiable.

—Nosotros no podemos controlar cada esquite, cada muelle, a cada aduanero —adujo Esteban.

—Seguro que sí.

—No podemos controlar las mareas.

—Las mareas no la han tomado con los barcos que van a Miami.

—Yo no tengo nada que ver con los barcos de Miami.

—Ya lo sé —le dijo Joe—. Dependen de Néstor Famosa. Y él les aseguró a mis asociados que este verano el mar ha estado tranquilo y predecible. Quiero creer que Néstor Famosa es un hombre de palabra.

—Con eso quiere decir que yo no lo soy. —Esteban sirvió otra ronda de ron—. Y me saca al señor Famosa para que yo me preocupe de que me pueda arrebatar las rutas de aprovisionamiento si usted y yo no nos ponemos de acuerdo.

Joe cogió su copa de la mesa y tomó un sorbo de ron.

—Si saco a colación a Famosa, caramba, este ron es impecable, es para ilustrar mi teoría de que las aguas estaban en calma este verano, señor Suárez. Yo no soy de los que hablan con acertijos. Y si no, que se lo digan a Gary L. Smith. Quiero deshacerme de cualquier intermediario y tratar directamente con usted. Puede subirme un poco los precios. Le compraré toda la melaza y todo el azúcar que tenga. Y además, le propongo que financemos a medias una destilería mejor que todas esas de la Séptima Avenida que se dedican a fabricar matarratas. Yo no heredo

únicamente las responsabilidades del difunto Lou Ormino: también he heredado a los concejales del Ayuntamiento, a los polis y a los jueces que tenía en nómina. Muchos de esos personajes no hablarán con usted porque es cubano, por mucha alcurnia que tenga. Solo puede acceder a ellos a través de mí.

—Mire, señor Coughlin, el único motivo por el que Ormino podía acceder a esos jueces y a esos policías era que tenía a Smith para dar la cara. Esa gente no solo se negará a hacer negocios con un cubano, sino también con un italiano. Para ellos, todos somos latinos, perros de piel oscura, buenos para explotarnos, pero nada más.

—Lo bueno del asunto es que yo soy irlandés —dijo Joe—. Creo que conoce a alguien llamado Arturo Torres.

Esteban enarcó brevemente las cejas.

—He oído que lo van a deportar esta tarde —añadió Joe.

—Eso he oído yo también —dijo Esteban.

Joe asintió.

—Como muestra de buena fe, Arturo ha salido de la cárcel hace media hora. Y lo más probable es que ya esté ahí abajo mientras hablamos.

Por un instante, la cara larga y chata de Evelia se hizo aún más larga por la sorpresa, rayana en el deleite. Miró a Esteban y este asintió. Evelia fue hacia el teléfono que había sobre el escritorio de su hermano. Mientras esperaban, bebieron un poco más de ron.

Evelia colgó el auricular y volvió a su asiento.

—Está abajo, en la barra.

Esteban se reclinó en el sillón y extendió las manos, con los ojos clavados en Joe.

—Supongo que querrá la exclusiva de nuestra melaza, ¿no?

—La exclusiva no —dijo Joe—. Pero no se la podrá vender a la organización de White ni a nadie afiliado a ella. Cualquier banda menor que no tenga nada que ver con ellos ni con nosotros puede seguir a lo

suyo. De momento, porque acabarán pringando.

—Y a cambio de esto obtengo acceso a sus políticos y a sus policías.
Joe asintió.

—Y a mis jueces. No solo los que ya tenemos, sino los que vamos a conseguir.

—El juez con el que ha hablado hoy tiene jurisdicción federal.

—Y tiene tres hijos con una negra de Ocala cuya existencia sería toda una sorpresa para su mujer y para Herbert Hoover.

Esteban miró a su hermana un buen rato antes de volver a Joe.

—Albert White es un buen cliente. Desde hace tiempo.

—Solo dos años —le corrigió Joe—. Desde que alguien degolló a Clive Green en una casa de putas en la Veinticuatro Este.

Esteban alzó las cejas.

—He estado en la cárcel desde marzo de 1927, amigo Suárez. Me he pasado todo el tiempo haciendo los deberes. ¿Puede ofrecerle Albert White lo que yo le estoy ofreciendo?

—No —reconoció Esteban—. Pero si me deshago de él, me declarará la guerra. Y no me lo puedo permitir. De ninguna manera. Ojalá le hubiese conocido hace dos años.

—Más vale tarde que nunca —le dijo Joe—. Le he ofrecido jueces, policías, políticos y un modelo de destilación centralizado que nos permite dividir las ganancias a partes iguales. Me he deshecho de los dos eslabones más débiles de mi organización y he impedido la deportación de su más afamado cocinero. He hecho todo eso para que pusiera fin a su embargo a la banda Pescatore en Ybor porque pensé que nos estaba enviando un mensaje. Estoy aquí para decirle que he escuchado ese mensaje. Y si me dice qué necesita, se lo conseguiré. Pero a cambio tiene que darme lo que yo necesito.

Otro cruce de miradas entre Esteban y su hermana.

—Hay algo que nos podría conseguir —dijo ella.

—Adelante.

—Pero está muy bien protegido y habrá pelea.

—Vale, muy bien —dijo Joe—. Lo conseguiremos.

—Ni siquiera sabe de qué se trata.

—Si lo conseguimos, ¿cortarán cualquier relación con Albert White y sus asociados?

—Sí.

—¿Aunque corra la sangre?

—Correrá la sangre sin duda alguna —dijo Esteban.

—Sí —reconoció Joe—. Así será.

Esteban le dio vueltas al asunto unos instantes, mientras el cuarto se llenaba de su tristeza. A continuación, él mismo se encargó de expulsarla de allí.

—Sí hace lo que le pido, Albert White no verá ni una gota más de la melaza o el ron destilado de Suárez. Ni una.

—¿Podrá comprarle azúcar a granel?

—No.

—Trato hecho —dijo Joe—. ¿Qué es lo que desea?

—Armas.

—Vale. ¿De qué modelo?

Esteban cogió un papel que había encima de su escritorio. Se puso unas gafas para leerlo.

—Fusiles automáticos Browning, pistolas automáticas y ametralladoras del calibre cincuenta con trípode.

Joe miró a Dion y ambos se echaron a reír.

—¿Algo más? —preguntó Joe.

—Sí —repuso Esteban— Granadas. Y minas de caja.

—¿Qué es una mina de caja?

—Están en el barco —dijo Esteban.

—¿Qué barco?

—El barco militar de transporte —añadió Evelia—. En el muelle siete. —Señaló con la cabeza hacia la pared de atrás—. A nueve

manzanas de aquí.

—¿Quiere que asaltemos un buque de la Armada?

—Sí. —Esteban consultó el reloj—. Antes de dos días, por favor, o zarpará.

Le pasó a Joe un papel doblado. Mientras lo abría, Joe notó un hueco en el centro de su cuerpo y recordó que ya le había llevado notas así a su padre. Se había pasado dos años diciéndose que no era el peso de esas notas lo que había matado a su padre. Y algunas noches, hasta se lo creía.

«Círculo Cubano, 8 a.m.».

—Vaya ahí por la mañana —dijo Esteban—. Conocerá a una mujer llamada Graciela Corrales. Ella y su compañero le darán las órdenes.

Joe se metió el papel en el bolsillo.

—Yo no acepto órdenes de una mujer.

—Si quiere a Albert White fuera de Tampa —le dijo Esteban—, aceptará las de ella.

UN AGUJERO EN EL CORAZÓN

Dion llevó a Joe a su hotel por segunda vez, y este le dijo que se quedara rondando por ahí hasta que decidiera si se iba a quedar o no esa noche.

El botones iba vestido de mono circense, con un esmoquin de terciopelo rojo y un fez a juego, y apareció desde detrás de una maceta en la terraza para quitarle de las manos a Dion las maletas de Joe y guiar a este al interior mientras el otro esperaba en el coche. Joe se registró ante el mostrador de mármol de la recepción y firmó en el libro de huéspedes con una pluma estilográfica dorada que le pasó un francés solemne de sonrisa brillante y unos ojos más muertos que los de una muñeca. Le entregaron una llave de metal atada a un cordoncito de terciopelo rojo. Al final del cordón había una pesada placa dorada con el número de la habitación: 509.

En realidad, se trataba de una suite, con una cama del tamaño de South Boston, unas delicadas sillas francesas y un no menos delicado y francés escritorio con vistas al lago. Contaba con su propio cuarto de baño, que era más grande que la celda de Charlestown, y eso estaba muy bien. El botones le mostró los enchufes y le explicó cómo funcionaban las lámparas y los ventiladores del techo. También le enseñó el armario de madera de cedro en el que podría colgar la ropa. Y la radio, de uso gratuito en todas las habitaciones, que a Joe le hizo pensar en Emma y en la gran inauguración del hotel Statler. Le dio una propina al botones, lo acompañó a la puerta y luego se sentó en una de las delicadas sillas francesas, se puso a fumar un cigarrillo y miró hacia el lago oscuro y el macizo hotel reflejado en sus aguas. Varios cuadrados de luz se inclinaban a un lado sobre la negra superficie, y Joe se preguntó qué

estaría viendo en esos momentos su padre, o qué podría ver Emma. ¿Lo verían a él? ¿Verían el pasado y el futuro de esos vastos mundos que a él no le cabían en la imaginación? ¿O no podían ver nada? Y es que no eran nada. Estaban muertos. No eran más que polvo. Huesos en una caja, y los de Emma ni siquiera estaban unidos.

Se temía que no hubiese nada más que eso. Y no solo lo temía. Sentado en esa silla ridícula, mirando por su ventana mientras las demás proyectaban su luz amarillenta sobre el agua negra, estaba convencido de ello. No te morías para ir a un lugar mejor; el mejor lugar era este, porque no estabas muerto. El cielo no estaba en las nubes; el cielo era el aire de tus pulmones.

Paseó la mirada por la habitación, con sus techos altos y la araña que dominaba el enorme lecho, y unas cortinas tan espesas como sus muslos, y le entraron ganas de salir de su propia piel.

—Lo siento —le susurró a su padre, aunque sabía que era incapaz de oírle—. Se suponía que no era esto. —Y volvió a mirar el espacio que le rodeaba.

Apagó el cigarrillo y salió.

Fuera de Ybor, Tampa era exclusivamente blanca. Dion le mostró algunos lugares por encima de la calle Veinticuatro en los que había ciertos rótulos de madera que lo indicaban a las claras. Un colmado de la avenida Diecinueve informaba de que ni perros ni latinos eran bienvenidos, y una farmacia de Columbus mostraba en la parte izquierda de la puerta la frase latinos no, mientras que en la derecha ponía ITALIANOS NO.

Joe miró a Dion.

—¿A ti te parece bien?

—Claro que no, pero ¿qué quieres que haga?

Joe le pegó un lingotazo a la petaca de Dion y se la devolvió.

—Debe de haber algunas piedras por aquí, ¿no?

Había empezado a llover, pero seguía sin refrescar. Ahí la lluvia parecía sudor. Era casi medianoche y cada vez parecía hacer más calor: la humedad era como una manta de lana sobre todo lo que hacías. Joe ocupó el asiento del conductor y mantuvo el motor en marcha mientras Dion se cargaba los escaparates de la farmacia. Luego volvió a subir al coche y emprendieron el camino de regreso a Ybor. Dion comentó que los italianos vivían por ahí, en los números altos de la calle Décima y la avenida Doce. Los hispanos de piel clara estaban entre la Décima y la avenida Quince, y los más oscuros por debajo de la Décima y al oeste de la Doce, que es donde se alzaba la mayoría de las fábricas de tabaco.

Encontraron un garito por ahí, al final de un conato de carretera que pasaba junto a la Vayo Cigar Factory y desaparecía en una espesura de manglares y cipreses. No era más que un cobertizo sobre pilones, con vistas al pantano. Habían arrancado ramas de los árboles de la orilla para usarlas como tapadera del chamizo y para dar sombra a las mesas baratas de madera que había fuera, así como al porche de atrás.

La música era de aúpa, eso sí. Joe nunca había escuchado nada igual: rumba cubana, supuso, pero más contundente y más peligrosa; y los que bailaban en la pista hacían algo que se parecía más a follar que a danzar. Casi todo el mundo era negro —algunos estadounidenses, la mayoría cubanos—, y los que no pasaban del marrón carecían de las facciones indias de los cubanos de buena familia o de los españoles. Sus rostros eran más redondos, su cabello, más rizado. La mitad de los allí presentes conocía a Dion. La camarera, que era una mujer mayor, le pasó una jarra de ron y dos vasos sin que él tuviese ni que abrir la boca.

—¿Tú eres el nuevo jefe? —le preguntó a Joe.

—Eso creo —repuso él—. Me llamo Joe. ¿Y tú?

—Phyllis. —Le dio una mano reseca—. Este bar es mío.

—Muy bonito. ¿Y cómo se llama?

—El Bar de Phyllis.

—Evidentemente.

—¿Qué opinas de él? —le preguntó Dion a Phyllis.

—Demasiado guapo —respondió ella, mirando a Joe—. Alguien va a tener que partirte la cara.

—Estaré preparado.

—Más te vale —dijo Phyllis, y se fue a atender a otro parroquiano.

Se llevaron la jarra al porche de atrás, la dejaron sobre una mesita y se instalaron en dos mecedoras a mirar el pantano a través del cañizo mientras dejaba de llover, volvían las libélulas y Joe oía algo que avanzaba pesadamente entre la espesura. Y algo más, igual de macizo, que se movía por debajo del porche.

—Reptiles —le informó Dion.

Joe levantó los pies del suelo.

—¡Joder!

—Cocodrilos —dijo Dion.

—Me estás tomando el pelo.

—Yo no —dijo Dion—. Pero ellos querrán de ti algo más que el pelo.

Joe levantó un poco más las rodillas.

—¿Se puede saber qué cojones estamos haciendo en un sitio infestado de cocodrilos?

Dion se encogió de hombros.

—Por aquí no hay quien les dé esquinazo. Están por todas partes. Donde veas agua, ahí hay diez bichos, observándote con sus enormes ojos. —Agitó los dedos y abrió bien los ojos—. A la espera de que a algún yanqui gilipollas le dé por darse un bañito.

Joe oyó al cocodrilo de debajo mientras se alejaba de allí y se internaba de nuevo en el manglar. No sabía qué decir.

Dion soltó una risita.

—Sobre todo, no te metas en el agua.

—Ni me acercaré —dijo Joe.

—Sabia decisión.

Se quedaron sentados en el porche, bebiendo, mientras desaparecía la última nube de lluvia, regresaba la luna y Joe podía ver a Dion con la misma claridad que si estuviesen en el interior. Vio que su viejo amigo lo miraba fijamente, así que él hizo lo propio. Durante un rato ninguno de los dos abrió la boca, pero aun así Joe pudo sentir una conversación entera entre ellos. Se sentía aliviado, y sabía que Dion también, por poder superar finalmente la situación.

Dion tomó un trago de ron y luego se limpió los labios con el dorso de la mano.

—¿Cómo supiste que fui yo?

—Porque sabía que no había sido yo —contestó Joe.

—Podría haber sido mi hermano.

—Descanse en paz —dijo Joe—, pero la traición era algo muy complejo para un coco como el suyo.

Dion asintió y plantó la vista en los zapatos.

—Sería una bendición.

—¿El qué?

—Morirse. —Dion levantó la vista hacia Joe—. Mi hermano murió por mi culpa. ¿Sabes lo que es vivir con eso?

—Me lo puedo imaginar.

—¿Cómo?

—Sé cómo —le dijo Joe—. Créeme.

—Tenía dos años más que yo —dijo Dion—, pero yo era el mayor, ¿comprendes? Se suponía que debía cuidar de él. ¿Te acuerdas de que cuando empezamos a hacer el ganso, a destrozar quioscos, Paolo y yo teníamos un hermanito al que llamábamos Seppi?

Joe asintió. Era curioso que no se hubiese acordado de él en años.

—Pilló la polio.

Dion asintió.

—Y la diñó. A los ¿ocho? Mi madre nunca volvió a ser la misma después de aquello. En el momento le dije a Paolo: no hemos podido hacer nada para salvar a Seppi, ¿sabes? Ha sido cosa de Dios y Dios es como es. Pero ¿tú y yo? —Juntó los pulgares y se llevó los puños a los labios—. Nosotros nos protegeremos mutuamente.

A su espalda, el chamizo vibraba con los cuerpos que seguían el ritmo del bajo. Frente a ellos, los mosquitos se alzaban de la ciénaga como nubes de polvo en dirección a la luna.

—¿Y ahora qué? Me seleccionaste desde la cárcel. Hiciste que me encontraran en Montreal y me trajesen hasta aquí para darme una buena vida. ¿Se puede saber por qué?

Joe le respondió con otra pregunta.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque él me lo pidió.

—¿Albert? —susurró Joe.

—¿Quién, si no?

Joe cerró los ojos un instante. Se obligó a respirar muy lentamente.

—¿Te pidió que nos delataras a todos?

—Pues sí.

—¿Te pagó?

—Joder, no. Se ofreció, pero yo no pensaba aceptar su puto dinero. Que le den.

—¿Sigues trabajando para él?

—No.

—¿Y por qué habrías de decir la verdad, D?

Dion se sacó una navaja de la bota. La colocó sobre la mesita, entre los dos, y le añadió dos revólveres del 38 y una pistola del 32. Luego vinieron una cachiporra de plomo y un puño americano de metal. A continuación, se limpió las manos y le mostró las palmas a Joe.

—Cuando yo desaparezca —le dijo—, pregunta en Ybor por un

menda llamado Brucie Blum. A veces ronda por la Sexta Avenida y te lo puedes encontrar. Camina raro, habla raro, no tiene ni idea de que fue un tío importante. Solía trabajar para Albert. Hasta hace cosa de seis meses. Se le daban bien las señoras y llevaba unos trajes muy chulos. Ahora va por ahí arrastrando los pies, con un vaso en la mano, pidiendo limosna, meándose encima e incapaz de atarse los putos cordones de los zapatos. ¿Sabes qué es lo último que hizo cuando aún era un figura? Pues se me acerca en Palm y me dice: «Albert quiere hablar contigo. Y si te niegas, prepárate». Así pues, opté por prepararme y le partí la puta cara. Como ves ya no trabajo para Albert. Sucedió solo una vez. Si no me crees, pregúntale a Brucie Blum.

Joe tomó otro trago de ese ron espantoso y no dijo nada.

—¿Vas a hacerlo en persona o se lo encargarás a otro?

Joe lo miró a los ojos.

—Te mataré yo mismo.

—De acuerdo.

—Si es que te mato.

—Te agradecería que te decidieras, en una u otra dirección.

—Me importa una mierda tu agradecimiento, D.

Ahora le tocaba a Dion quedarse callado. Los saltos y la vibración del bajo se atenuaron tras ellos. Cada vez había más coches que abandonaban la zona y enfilaban el sendero embarrado que llevaba a la fábrica de cigarros.

—Mi padre ha muerto —dijo Joe de repente—. Emma está muerta. Tu hermano está muerto. Mis hermanos andan desperdigados por ahí. Mierda, D, eres la única persona que me queda. Si te pierdo, ¿quién cojones soy?

Dion se lo quedó mirando mientras las lágrimas se le deslizaban por las rollizas mejillas.

—Si no me traicionaste por dinero —dijo Joe—, ¿por qué lo hiciste?

—Ibas a conseguir que nos mataran a todos —acabó respondiendo

Dion, tragando aire—. La chica. Tú ya no eras el de siempre. Ni aquel día en el banco. Nos ibas a meter en algo de lo que no podríamos salir. Y mi hermano la habría acabado diñando, Joe, porque era muy lento. No era como nosotros. Supuse, supuse... —Tragó un poco más de aire—. Supuse que podría sacarnos a todos a la calle en un año. Ese era el trato. Albert conocía a un juez. Nos iba a caer un año a todos, por eso no sacamos las armas durante el golpe. Un año. Lo suficiente como para que la chica de Albert se olvidara de ti, y puede que tú de ella.

—Por el amor de Dios —dijo Joe—. ¿Todo esto porque me enamoré de la novia de ese tío?

—Albert y tú os poníais como las cabras con respecto a ella. Tú no te dabas cuenta, pero cuando ella apareció, se te fue la olla.

Y nunca entenderé por qué. Era igual que todas.

—No —dijo Joe—. No lo era.

—¿Estás seguro? ¿Y cómo es que yo no lo vi?

Joe se acabó lo que le quedaba de ron.

—Antes de conocerla no sabía que tenía un agujero de bala justo en el centro de mí. —Se golpeó el pecho—. Justo aquí. No me di cuenta hasta que ella apareció para llenarlo. Ahora que está muerta, vuelvo a tener un agujero. Pero ya es del tamaño de una botella de leche. Y sigue creciendo. Y lo único que quiero es que ella regrese de entre los muertos para llenarlo otra vez.

Dion lo miró fijamente mientras se le secaban las lágrimas en la cara.

—¿Sabes lo que parecía desde fuera, Joe? Que el agujero era ella.

De regreso al hotel, el recepcionista nocturno salió de detrás del mostrador para entregarle a Joe una serie de mensajes. Todo llamadas de Maso.

—¿Hay operadora las veinticuatro horas? —le preguntó Joe.

—Por supuesto, señor.

Cuando llegó a su habitación, descolgó el teléfono y la operadora que atendió su llamada hizo que sonara un teléfono de North Shore en Boston y que Maso lo cogiera. Joe encendió un cigarrillo y le explicó su larga jornada.

—¿Un barco? —se extrañó Maso—. ¿Quieren que asalte un barco?

—Un barco de la Armada —concretó Joe—. Así es.

—¿Y de lo otro, qué? ¿Has conseguido una respuesta?

—La he conseguido.

—¿Y?

—No fue Dion el que me delató. —Joe se quitó la camisa y la dejó caer al suelo—. Fue su hermano.

El Círculo Cubano era el más reciente de los clubs sociales de Ybor. El primero, el Centro Español, lo habían construido los españoles en la Séptima Avenida en la última década del siglo xix. Con el cambio de siglo, un grupo procedente del norte de España se había separado del Centro Español para fundar el Centro Asturiano en la esquina de la Novena y la calle Nebraska.

El Club Italiano estaba a un par de manzanas del Centro Español, también en la Séptima, y ambos ocupaban unos terrenos de primera. Los cubanos, por el contrario, a causa de su estatus inferior en la comunidad, tuvieron que conformarse con una manzana mucho menos apetecible. El Círculo Cubano estaba en la esquina de la Novena Avenida con la calle Catorce. En la acera de enfrente había una costurera y un farmacéutico, ambos respetables, aunque irrelevantes, pero en la puerta de al lado se alzaba la casa de putas de Silvana Padilla, frecuentada por los obreros del tabaco y no por los jefazos, así que abundaban los navajazos, y las putas solían ser sucias y propensas a las enfermedades venéreas.

Mientras aparcaban junto a la acera, una puta vestida con el modelito arrugado de la víspera emergió de un callejón a un par de puertas de distancia. Pasó junto a ellos, arreglándose el vestido y con pinta de estar muy mayor, muy cascada y muy necesitada de un copazo. Joe le calculó unos dieciocho años. El tío que salió del callejón detrás de ella iba trajeado, lucía un sombrero blanco de paja y caminaba en dirección opuesta, silbando. A Joe le entró el deseo irracional de bajar del coche, atrapar a ese individuo y partirle la cabeza contra alguno de los edificios de ladrillo que se extendían a lo largo de la calle Catorce. Darle

de hostias hasta que le saliese la sangre a borbotones por las orejas.

—¿Eso es nuestro? —Joe señaló el burdel con un movimiento de barbilla.

—En parte.

—Pues nuestra parte dice que las chicas no curran en los callejones.

Dion se lo quedó mirando para comprobar si hablaba en serio.

—Vale. Yo me encargo. ¿Podemos concentrarnos ya en lo que ahora importa?

—Me estoy concentrando.

Joe revisó en el retrovisor cómo llevaba la corbata y salió del coche. Recorrieron una acera tan caliente, pese a la hora tan temprana, pues solo eran las ocho de la mañana, que Joe sentía el calor en las suelas de los zapatos, aunque fuesen gruesas. No era fácil pensar con ese agobio. Y Joe necesitaba pensar. Había muchos otros tipos más duros que él, más valientes y más hábiles con un arma, pero se veía dispuesto a combatir con cualquiera tan astuto como él. Eso sí: agradecería mucho que alguien apagase la puta calefacción natural.

Concéntrate. Concéntrate. Estás a punto de enfrentarte a un problema que tienes que solucionar. ¿Cómo le arrebatas a la Armada de Estados Unidos sesenta cajas llenas de armas sin matar a nadie ni salir mal parado?

Mientras subían los peldaños de acceso al Círculo Cubano, una mujer apareció a recibirles en la puerta.

La verdad es que a Joe se le había ocurrido una manera de hacerse con el armamento, pero ahora se le estaba yendo de la cabeza porque tenía delante a una mujer que lo miraba y lo reconocía, como él a ella. Se trataba de la mujer que había visto el día anterior en el andén de la estación, la de la piel de color metal y el pelo más largo, espeso y negro que hubiera visto en su vida, por no hablar de sus ojos, igual de negros y clavados en él mientras se acercaba a ella.

—¿Señor Coughlin? —La chica extendió la mano.

—Sí.

Joe se la estrechó.

—Graciela Corrales. —Retiró la mano—. Llega tarde.

Los condujo por un suelo de baldosas blanquinegras hasta una escalinata de mármol. Allí se estaba mucho más fresco: los altos techos, las paredes de madera oscura y tanto mármol y tanto azulejo conseguían mantener a raya el calor durante algunas horas más de lo normal.

Graciela Corrales hablaba dándoles la espalda a Joe y a Dion.

—Son de Boston, ¿no?

—Sí —reconoció Joe.

—¿Y todos los hombres de Boston miran con lujuria a las mujeres en las estaciones?

—Intentamos no convertirlo en una profesión.

Graciela los miró por encima del hombro.

—Resulta un tanto grosero.

Dion intentó defenderse.

—Yo soy de origen italiano.

—Otro país de groseros.

Les hizo atravesar un salón de baile en lo alto de las escaleras, con las paredes cubiertas de fotos de varios grupos de cubanos en ese mismo sitio. En algunas, la gente posaba; otras captaban el espíritu de las noches de danza en su apogeo: brazos al aire, caderas marcadas, faldas revoloteando. Aunque avanzaban rápido, a Joe le pareció ver a Graciela en una de las fotos. No podía estar del todo seguro porque la mujer de la imagen estaba riendo, con la cabeza echada hacia atrás y el pelo en cascada, y era incapaz de imaginarse a esa mujer con el cabello así.

Más allá del salón de baile había una sala de billar: Joe empezaba a pensar que algunos cubanos vivían la mar de bien. Y pasada la sala de billar, había una biblioteca con tupidos cortinajes blancos y cuatro sillones de madera. El hombre que les esperaba se acercó a ellos con una franca sonrisa y un vigoroso apretón de manos.

Esteban. Les estrechó la mano como si no se hubiesen conocido anoche.

—Esteban Suárez, caballeros. Gracias porvenir. Tomen asiento, por favor.

Así lo hicieron.

—¿Tiene un doble? —le preguntó Dion.

—¿Perdón?

—Anoche pasamos una hora con usted. Y ahora nos da la mano como si no nos conociese de nada.

—Bueno, es que anoche conocieron al propietario de El Vedado Tropical, mientras que ahora están ante el secretario general del Círculo Cubano. —Sonrió como si fuese un maestro que les sigue la corriente a dos alumnos que están a punto de repetir curso—. En cualquier caso, gracias por su ayuda.

Joe y Dion asintieron, pero no dijeron nada.

—Tengo treinta hombres —dijo Esteban—, pero calculo que necesitaré a otros treinta. ¿Cuántos pueden...?

Joe lo interrumpió.

—No nos comprometemos a aportar gente. No nos comprometemos a nada.

—¿No? —Graciela miró a Esteban—. Me temo que no lo entiendo.

—Hemos venido a escuchar sus propuestas —dijo Joe—. Está por ver todavía si nos subimos al carro.

Graciela se sentó junto a Esteban.

—Por favor, no se comporten como si tuvieran elección. Son ustedes unos gánsteres que dependen de un producto aportado por un solo hombre y por nadie más. Si nos rechazan, se acabó el suministro.

—En cuyo caso —apuntó Joe—, entramos en guerra. Y la ganaremos porque tenemos mucho apoyo y usted no, Esteban. He hecho los deberes. ¿Pretende que arriesgue la vida contra el ejército de Estados Unidos? Pues mire, prefiero enfrentarme a unas docenas de cubanos en

las calles de Tampa. Al menos sabré por qué estoy luchando.

—Por dinero —dijo Graciela.

—Por una manera de ganarme la vida —le espetó Joe.

—Una manera criminal.

—¿Y usted a qué se dedica? —Joe se inclinó hacia delante, recorriendo el cuarto con los ojos—. ¿Se pasa el día por aquí, contando las alfombras persas?

—Enrollo cigarros, señor Coughlin, en La Trocha. Me siento en una silla de madera y me dedico a eso cada día, desde las diez de la mañana hasta las ocho de la tarde. Ayer, cuando me desnudaba con la mirada en el andén...

—Yo no la desnudaba con la mirada.

—Era mi primer día libre en dos semanas. Y cuando no trabajo, hago de voluntaria aquí. —Le dedicó a Joe una amarga sonrisa—. Así pues, no se deje engañar por el bonito vestido.

El vestido de ahora estaba aún más raído que el que llevaba ayer. Era de algodón, con una cenefa en la cintura de resonancias gitanas y falda de volantes. Había pasado de moda hacía un año, puede que dos, y había sido lavado y llevado tantas veces que el color original había mutado a un tono a medio camino entre el blanco y el crudo.

—Este club se sustenta a base de donaciones —explicó amablemente Esteban—. Y sus puertas se mantienen abiertas gracias a ellas. Cuando los cubanos salen el viernes por la noche, quieren ir a un sitio en el que se puedan poner guapos, un sitio en el que se sientan como en La Habana. Glamour, ¿no? —Chasqueó los dedos—. Aquí nadie nos llama sudacas o pringados. Somos libres para hablar nuestro idioma, cantar nuestras canciones y recitar nuestra poesía.

—Me parece muy bien, pero ¿podría decirme qué hay de poético en asaltar un carguero de la Marina? ¿No me saldría más a cuenta cargarme toda su organización?

Graciela abrió la boca al oírle y se le incendiaron los ojos, pero

Esteban la detuvo poniéndole una mano en la rodilla.

—Tiene razón: es muy probable que pudiese cargarse mi organización. Pero ¿qué conseguiría, aparte de unos cuantos edificios? Mis rutas de transporte, mis contactos en La Habana, toda la gente con la que trabajo en Cuba... Esos nunca trabajarían para usted. Por consiguiente, ¿de verdad quiere matar a la gallina de los huevos de oro por cuatro casas y unas cuantas cajas de ron?

Joe respondió a su sonrisa con una propia. Estaban empezando a entenderse. Aún no se respetaban, pero podían acabar haciéndolo.

Joe señaló con el pulgar hacia atrás.

—¿Son tuyas las fotos del pasillo?

—La mayoría.

—¿Hay algo que no haga usted, Esteban?

Él retiró la mano de la rodilla de Graciela y se reclinó en el asiento.

—¿Sabe algo de política cubana, señor Coughlin?

—No —repuso Joe—. Ni falta que me hace. No me serviría de nada para este asunto.

Esteban cruzó los tobillos.

—¿Y qué me dice de Nicaragua?

—Sofocamos una rebelión allí, hace unos años, si no recuerdo mal.

—Las armas saldrán rumbo a ese país —dijo Graciela—. Y no hubo ninguna rebelión. Su país ocupó Nicaragua de la misma manera que ocupa el mío cuando le conviene.

—Enfurrúñese con la Enmienda Platt.

Graciela enarcó una ceja.

—¿Un gánster con cultura?

—No soy un gánster. Soy un fuera de la ley —dijo Joe, aunque ya no estaba muy seguro de que eso siguiera siendo cierto—. Y aparte de leer, no había gran cosa que hacer en el sitio en el que me he tirado los últimos dos años. ¿Se puede saber por qué la Marina envía armas a Nicaragua?

—Han abierto una escuela de entrenamiento militar allí —dijo

Esteban—. Para adiestrar al ejército y a la policía de Nicaragua, Guatemala y Panamá, con vistas, claro está, a poner en su sitio a los campesinos.

—O sea, ¿pretende robarle armas a la Marina de Estados Unidos para dárselas a los rebeldes nicaragüenses?

—Nicaragua no es mi guerra —dijo Esteban.

—¿A los rebeldes cubanos?

Esteban asintió.

—Machado no es un presidente. Es un vulgar ladrón con pistola.

—Es decir, que le robará a nuestro ejército para derrocar al suyo, ¿no?

Esteban dijo que sí con un leve movimiento de cabeza.

—¿Tiene algo en contra? —intervino Graciela.

—Me importa una mierda. —Joe le echó un vistazo a Dion—. ¿Y a ti?

Dion le preguntó a Graciela:

—¿No han pensado nunca que si fuesen capaces de elegir a un líder que no les desvalijara seis veces a los cinco minutos de jurar el cargo, nosotros no tendríamos que estar siempre ocupándonos del estropicio?

Graciela le clavó una mirada gélida.

—Lo que pienso es que si nosotros nouviésemos ciertas cosas que ustedes necesitan, nunca habrían oído hablar de Cuba.

Dion miró a Joe.

—¿Y a mí qué más me da? Oigamos el plan.

Joe se dirigió a Esteban:

—Porque tenéis un plan, ¿no?

Los ojos de Esteban acusaron la ofensa por primera vez.

—Tenemos a un hombre que se dirigirá al barco esta noche. Provocará una distracción en uno de los compartimentos delanteros y...

—¿Qué clase de distracción? —preguntó Dion.

—Un incendio. Cuando salgan a apagarlo, bajaremos a la bodega a

por las armas.

—La bodega estará cerrada a cal y canto.

Esteban le dedicó una sonrisita sobrada.

—Tenemos aparatos para cortar los candados.

—¿Los han visto?

—Me los han descrito.

Dion se echó hacia delante.

—Pero no sabe de qué clase de material están hechos. Podrían ser más fuertes que las cizallas.

—Pues los volaremos.

—Lo cual alertará a los que están apagando el fuego —dijo Joe—. Y puede que alguien la diñe por algún rebote.

—Nos moveremos rápido.

—¿Cuán rápido puede uno moverse con sesenta cajas de rifles y granadas?

—Contaremos con treinta hombres. Y otros treinta, si ustedes los consiguen.

—Ellos tendrán trescientos —dijo Joe.

—Pero no serán trescientos cubanos. El soldado estadounidense va a la suya. El cubano lucha por su país.

—No me diga... —se desesperó Joe.

La sonrisa de Esteban adquirió unos grados más de satisfacción.

—¿Duda de nuestro valor?

—No —dijo Joe—. Dudo de su inteligencia.

—No tengo miedo de morir —adujo Esteban.

—Yo sí. —Joe encendió un cigarrillo—. Y aunque no lo tuviera, preferiría morir por un motivo mejor. Hacen falta dos tipos para cargar con una caja de fusiles. Eso quiere decir que sesenta hombres deberían hacer dos viajes de ida y vuelta a un buque en llamas. Y usted cree que eso es posible.

—Solo hace dos días que sabemos lo del barco —dijo Graciela—. Si

dispusiéramos de más tiempo, podríamos tener más hombres y un plan mejor, pero ese carguero zarpa mañana.

—No tiene por qué hacerlo —dijo Joe.

—¿A qué se refiere?

—Dijeron que podían colar a alguien en el barco.

—Sí.

—¿Significa eso que ya tienen al intruso dentro?

—¿Por qué?

—Porque se lo acabo de preguntar, Esteban. ¿Tiene en nómina a uno de los marineros o no?

—Lo tenemos —dijo Graciela.

—¿Y en qué zona está?

—En la sala de máquinas.

—¿Y qué le dijeron que hiciera?

—Cargarse el motor.

—O sea, que el tipo que viene de fuera es un mecánico, ¿no?

Dos movimientos afirmativos de cabeza.

—Viene a arreglar el motor, provoca el incendio y ustedes trincan las armas.

—Sí —afirmó Esteban.

—No es del todo un mal plan —dijo Joe.

—Gracias.

—No me las de. Si no es un mal plan del todo, es que no acaba de ser un buen plan. ¿Cuándo pensaban atacar?

—Esta noche —declaró Esteban—. A las diez en punto. Se supone que la luna no brillará gran cosa.

—En plena noche, hacia las tres de la mañana: eso sería lo ideal. Casi todo el mundo estará durmiendo. No habrá héroes de los que preocuparse, ni muchos testigos. Es la única posibilidad que veo para que su hombre pueda salir de ese barco. —Cruzó las manos en el cogote, se lo pensó un poco más—. ¿Su mecánico es cubano?

—Sí.

—¿Muy oscuro?

—No sé muy bien a qué... —repuso Esteban.

—¿Es más bien como usted o más bien como ella?

—Es de piel muy clara.

—Es decir, que podría pasar por español.

Esteban miró a Graciela y luego a Joe.

—Por supuesto.

—¿Y eso qué importancia tiene? —preguntó Graciela.

—Porque después de lo que estamos a punto de hacerle a la Marina de Estados Unidos, se van a acordar muy bien de él. Y se lanzarán en su busca.

—¿Y qué es lo que le vamos a hacer a la Marina de Estados Unidos? —preguntó Graciela.

—Para empezar, agujerearle un navio.

La bomba no era una caja de clavos y piezas de acero comprada por cuatro cuartos a un anarquista callejero. Era un objeto mucho más preciso y refinado. O eso les dijeron.

Uno de los camareros de un garito de Pescatore en la avenida Central, por St. Petersburg, un tal Sheldon Boudre, había pasado unos cuantos años desactivando bombas para los marines. En 1915 había perdido una pierna en Haití durante la ocupación de Puerto Príncipe y el cabreo aún le duraba. Les fabricó un artefacto explosivo espléndido: un cuadrado de acero del tamaño de una caja de zapatos de niño. Les dijo a Joe y a Dion que la había cargado con perdigones, asas de metal y pólvora suficiente como para excavar un túnel en el monumento a Washington.

—Aseguraos de que la colocáis justo debajo del motor.

Sheldon empujó la bomba hacia ellos por la barra envuelta en papel

marrón.

—No pretendemos únicamente volar un motor —dijo Joe—. Queremos dañar el casco.

Sheldon se frotó los dientes falsos superiores contra las encías y clavó la vista en la barra: Joe se dio cuenta de que se había ofendido. Esperó a que dijese algo.

—¿Qué creéis que va a ocurrir cuando un motor del tamaño de un puto Studebaker atraviese el casco y vaya a parar a la bahía de Hillsborough? —les preguntó Sheldon.

—Tampoco queremos volar el puerto entero —le recordó Dion.

—Eso es lo bueno de esta monada. —Sheldon le dio unas palmaditas al paquete—. Que se concentra. Que no se va a desparramar por encima de vosotros. Sobre todo, si no os quedáis a su lado cuando explote.

—¿Hasta qué punto es volátil? —preguntó Joe.

A Sheldon se le iluminaron los ojos.

—Tírate un día entero dándole martillazos y no te lo tendrá en cuenta. —Acarició el envoltorio de papel como si fuese el lomo de un gato—. Arrójala al aire y no tendrás ni que apartarte cuando aterrice.

Asintió para su capote varias veces, mientras seguía moviendo los labios, y Joe y Dion intercambiaron una mirada. Aunque ese tipo no estuviese del todo en sus cabales, igual tendrían que transportar la bomba en el coche por la bahía de Tampa.

Sheldon levantó un dedo.

—Solo hay un pequeño intrínquis.

—¿Un pequeño qué?

—Un detalle que deberíais conocer.

—¿A saber?

Les dedicó una sonrisa de disculpa.

—Al que la ponga en marcha más vale que se le dé bien correr.

El trayecto de St. Petersburg a Ybor era de unos cincuenta kilómetros, y Joe los fue contando metro a metro. Cada salto, cada quiebro del coche. Cada crujido del chasis se convertía en el aviso de una muerte inmediata. Dion y él no hablaron en ningún momento del miedo que tenían porque no hacía falta. Llenaba sus ojos, llenaba el coche, y convertía el sudor en algo metálico. Se pasaron casi todo el viaje mirando hacia delante, con algún que otro vistazo a la bahía, mientras cruzaban el puente Gandy, y la línea de costa que tenían a cada lado era de un blanco tan puro que contrastaba con esa agua azul y muerta. Pelícanos y garcetas levantaban el vuelo desde los raíles. A menudo, los pelícanos se quedaban tiesos a medio vuelo y caían desde el cielo como si les hubiesen disparado. Se hundían en la mar plana y volvían a salir con algún pez contorsionándose en sus picos, abrían la boca, y el pez, por grande que fuera, desaparecía.

Dion tropezó con un socavón, luego con una abrazadera metálica, después con otro socavón. Joe cerró los ojos.

El sol cargó contra el parabrisas y exhaló fuego a través del cristal.

Dion alcanzó el otro lado del puente, y la carretera pavimentada cedió su lugar a un suelo de grava y conchas machacadas. Los dos carriles se convirtieron en uno y el pavimento, repentinamente, perdió uniformidad y consistencia.

—Hay que ver —dijo Dion, pero no añadió nada más.

Avanzaron a saltitos a lo largo de una manzana, hasta quedar atrapados en el tráfico, momento en el que Joe tuvo que combatir la tentación de abandonar el coche, dejar tirado a Dion y escapar a la carrera de todo aquel delirio. ¿A quién, en su sano juicio, se le ocurriría transportar una puta bomba de un sitio a otro? ¿A quién?

A un chiflado. A alguien con ganas de diñarla. A alguien que pensara que la felicidad era una mentira destinada a mantenerte dócil. Pero Joe había visto la felicidad, la había conocido. Y ahora se estaba arriesgando a no volver a experimentarla jamás, pues estaba transportando un artefacto explosivo capaz de conseguir que un motor de treinta toneladas

atravesara el casco de acero de un barco.

No quedaría nada de él. Ni el coche, ni la ropa. Sus treinta dientes se desperdigarían por la bahía como monedas arrojadas a una fuente. Suerte tendría si encontraban un dedo que enviarle al mausoleo familiar de Cedar Grove.

El último kilómetro fue el peor. Dejaron atrás Gandy y enfilaron un camino de tierra que corría en paralelo a unas vías del tren, un camino que se inclinaba a la derecha con el calor y tenía grietas en los peores lugares. Olía a mildiu y a cosas que se arrastraban por el barro caliente y ahí se morían, esperando el momento de la fosilización. Entraron en una zona de altos manglares y tierra con charcos y agujeros imprevistos, y al cabo de un par de minutos dando botes por ese terreno, llegaron a la cabaña de Daniel Desouza, uno de los tíos más fiables de la zona cuando se trataba de fabricar artefactos engañosos.

Les hizo una caja de herramientas con un doble fondo. Siguiendo sus instrucciones, les ensució la caja a conciencia y la marraneó de tal manera que ya no olía únicamente a aceite y grasa, sino también a viejo. Eso sí, las herramientas que metió ahí dentro eran de primera y estaban muy bien cuidadas. Algunas iban envueltas en trapos, y todas habían sido limpiadas y engrasadas recientemente.

Mientras Joe y Dion estaban de pie junto a la mesa de la cocina de esa choza de un solo espacio, Desouza les enseñó el mecanismo del fondo de la caja. Su esposa embarazada pasó junto a ellos, de camino al exterior, mientras sus dos hijos jugaban en el suelo con un par de muñecas que eran poco más que trapos cosidos con la delicadeza propia de un carnicero. Joe vio que había en el suelo un colchón para los crios y otro para los adultos, aunque ninguno de ellos tenía sábanas o almohadas. Un perro callejero entraba y salía, olisqueando, y las moscas zumbaban por todas partes, como los mosquitos, mientras Daniel Desouza revisaba el trabajo de Sheldon por pura curiosidad personal o simple chaladura: Joe era incapaz de precisarlo, pues ya le daba todo lo mismo a esas

alturas, ahí de pie, esperando el encuentro con su creador mientras Desouza le metía un destornillador a la bomba y su mujer volvía y le daba unas collejas al perro. Los crios empezaron a pelearse por una de las muñecas de trapo, chillando como posesos hasta que Desouza le lanzó una mirada severa a la parienta. La mujer dejó en paz al perro y la emprendió con los niños, a los que cubrió de sopapos en la cara y el cogote.

Los niños, sorprendidos e indignados, seguían chillando.

—Una pieza estupenda, sí, señor —dijo Desouza—. De las que dejan huella.

El crío más pequeño, un chaval de unos cinco años, dejó de llorar. Había dejado bien claro con sus berridos lo sorprendido e indignado que se sentía, pero cuando paró, lo hizo como si se le hubiese acabado la cuerda de improviso, adoptando un rostro inexpresivo. Cogió del suelo una llave inglesa de su padre y le atizó al perro en la sien. El perro gruñó e hizo ademán de abalanzarse sobre el pequeño, pero luego se lo pensó mejor y se largó del chamizo.

—Voy a matar a palos al perro o al crío —dijo Desouza, sin apartar la vista de la caja de herramientas—. A uno o a otro.

Joe quedó con la persona encargada de poner la bomba, Manny Bustamente, en la biblioteca del Círculo Cubano, donde todo el mundo menos él fumaba puros, hasta Graciela. En la calle sucedía lo mismo: niños de nueve o diez años iban por ahí con unos troncos en la boca del tamaño de sus piernas. Cada vez que Joe encendía uno de sus insignificantes Murad, tenía la sensación de que la ciudad al completo se reía de él, pero es que los puros le daban dolor de cabeza. Esa noche, sin embargo, mientras miraba alrededor entre la nube de humo que pendía sobre las cabezas de los allí presentes, asumió que iba a tener que acostumbrarse a las migrañas.

Manny Bustamente había sido ingeniero en La Habana. Lamentablemente, su hijo había formado parte de la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Habana, que estaba en contra del régimen de Machado. Este cerró la universidad y abolió la Federación. Un día, varios hombres vestidos con uniforme militar se presentaron en casa de Manny Bustamente tras la salida del sol. Pusieron a su hijo de rodillas en la cocina y le dispararon en la cabeza, luego se cargaron a la mujer de Manny porque les dijo que eran unos animales. A Manny lo enviaron a prisión. Cuando lo soltaron, le insinuaron que abandonar el país sería una idea inmejorable.

Manny le explicó todo eso en la biblioteca a las diez de esa noche. Joe supuso que era una manera de reafirmarle la entrega a la causa. Algo que él no ponía en duda. Lo que no tenía tan claro era su rapidez. Manny medía menos de un metro sesenta y estaba hecho un tonel. Y echaba el bofe al subir escaleras.

Estaban hablando sobre el diseño del buque. Manny se había encargado del motor cuando el barco tocó puerto.

Dion preguntó por qué la Armada no tenía sus propios mecánicos.

—Los tienen —dijo Manny—. Pero si pueden recurrir a un especialista en motores vetustos, pues lo hacen. Ese barco tiene veinticinco años. Se construyó como... —Chasqueó los dedos y habló a toda prisa en español con Graciela.

—Un crucero de lujo —dijo ella.

—Exacto —dijo Manny.

Volvió a hablar con ella en un veloz español durante unos momentos. Cuando terminó, Graciela les explicó que el barco había sido vendido a la Marina durante la Gran Guerra, reconvertido en nave hospital. Recientemente había sido reciclado de nuevo, esta vez como carguero con una tripulación de trescientos hombres.

—¿Dónde está la sala de máquinas? —preguntó Joe.

Una vez más, Manny habló con Graciela y ella tradujo. La verdad es

que así se avanzaba más rápido.

—En el fondo del barco, en la popa.

—Si te llaman del barco en mitad de la noche, ¿quién te recibe? —le preguntó a Manny.

Manny empezó a hablar, pero se volvió hacia Graciela y le hizo una pregunta.

—¿La policía? —dijo ella, frunciendo el ceño.

Manny negó con la cabeza y se dirigió de nuevo a ella.

—Ah, vale, ya lo entiendo —dijo Graciela, dirigiéndose a Joe—. Se refiere a la policía naval.

—La Guardia Costera —dijo Joe, mirando a Dion—. ¿La tienes presente?

Dion asintió.

—¿Que si la tengo presente? Mucho más que tú.

—O sea —le dijo Joe a Manny—, que pasas el control de la Guardia Costera y te metes en la sala de máquinas. ¿Dónde está el camarote más cercano?

—En el piso de encima, al final del pasillo.

—Es decir, que solo hay dos mecánicos contigo, ¿no?

—Sí.

—¿Y cómo piensas sacarlos de ahí?

Desde la ventana, Esteban intervino:

—Sabemos de buena tinta que el ingeniero jefe es un borracho.

Aunque se presente en la sala de máquinas a comprobar qué hace nuestro hombre, no se quedará mucho tiempo allí.

—Y si se queda, ¿qué? —preguntó Dion.

Esteban se encogió de hombros.

—Habrà que improvisar.

Joe negó con la cabeza.

—Nosotros no improvisamos.

Manny los sorprendió a todos al deslizar la mano en la bota y sacar

una Derringer de un solo tiro de culata nacarada.

—Si no se larga, ya me encargaré yo de él.

Joe miró con expresión fatalista a Dion, que estaba más cerca de Manny.

Dion le dijo a Manny:

—Dame eso.

Y le arrancó la Derringer de la mano.

—¿Le has disparado a alguien alguna vez? —le preguntó Joe—.

¿Has matado a alguien?

Manny se echó hacia atrás.

—No.

—Pues no vas a empezar esta noche a matar gente.

Dion le pasó el arma a Joe, quien la blandió ante Manny.

—Me da igual a quién mates —le dijo, aunque no estaba tan seguro de ello—, pero si te registran, te la encontrarán. Luego le echarán un buen vistazo a la caja de herramientas y descubrirán la bomba. ¿Sabes cuál es tu prioridad esta noche, Manny? No cagarla. ¿Te ves capaz?

—Sí —respondió Manny—. Sí.

—Si el ingeniero jefe se queda en la sala, arreglas el motor y te largas.

Esteban se apartó de la ventana.

—¡No!

—Sí —dijo Joe—. Sí. Estamos hablando de un acto de traición contra el Gobierno de Estados Unidos. ¿Lo pillas? No lo hago para que me trinquen y me encierren en Leavenworth. Si algo sale mal, Manny, te largas de ese puto barco y ya encontraremos otra manera de hacer las cosas. Ni se te ocurra, mírame, Manny, ni se te ocurra improvisar. ¿Me entiendes?

Manny acabó diciéndole que sí con la cabeza.

Joe señaló la bomba metida en una bolsa de tela que tenía a los pies.

—La mecha es muy, muy corta.

—Ya lo sé. —A Manny le cayó una gota de sudor de la ceja, que se secó con el dorso de la mano—. Estoy totalmente entregado a la causa.

Estupendo, se dijo Joe, además de gordo, sudoroso.

—Me parece perfecto —le dijo, mirando un instante los ojos de Graciela y detectando en ellos la misma preocupación—. Pero ¿sabes una cosa, Manny? Además de la entrega a la causa, necesitas salir vivo del barco. Y no te lo digo porque soy tan bueno que me preocupo por ti. Lo soy y no lo soy. Pero si te matan y te identifican como ciudadano cubano, el plan se desmorona.

Manny se inclinó hacia delante, con un cigarro del grosor del mango de un martillo entre los dedos.

—Vale, quiero la libertad para mi país, quiero ver muerto a Machado y quiero que Estados Unidos se marche de mi tierra. Pero me he vuelto a casar, Coughlin. Tengo tres hijas menores de seis años. Tengo una mujer a la que amo más que a la que murió, Dios me perdone. Soy lo suficientemente mayor como para preferir vivir como un debilucho que como un valiente.

Joe le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—En ese caso, eres la persona que necesito para colocar esa bomba.

El USS Mercy pesaba diez mil toneladas. Era un barco de carga de ciento treinta y cinco metros de eslora y catorce metros de anchura con dos chimeneas y dos mástiles. El mástil principal lucía en lo alto un puesto de vigía que a Joe le parecía más propio de otros tiempos, cuando los mares estaban infestados de piratas. Había dos cruces despintadas en las chimeneas, confirmando el historial de barco hospital, como la pintura blanca del casco. Pese a su aspecto fatigado y quebradizo, su blancura relucía entre las negras aguas y el cielo nocturno.

Se encontraban en la pasarela situada sobre un silo de grano al final de la calle McKay: Joe, Dion, Graciela y Esteban, observando todos ellos

el barco anclado en el muelle siete. Allí había una docena de silos de veinte metros de altura, y el último cargamento de grano había sido almacenado esa misma tarde, procedente de un barco de la Cargill. El vigilante nocturno había sido convenientemente sobornado, y se le había instruido para que, al día siguiente, le contase a la policía que había sido reducido y atado por un grupo de españoles. Para otorgarle más verosimilitud al asunto, Dion le atizó dos veces con un tubo de plomo.

Graciela le preguntó a Joe qué pensaba.

—¿De qué?

—De nuestras posibilidades.

Graciela fumaba un cigarro largo y fino. Exhalaba anillos de humo por encima de la barandilla de la pasarela y los veía flotar en dirección al agua.

—¿Sinceramente? —repuso Joe—. Entre pocas y ninguna.

—Pues el plan es tuyo.

—Es el mejor que se me ha ocurrido.

—Parece bastante bueno.

—¿Eso es un halago?

Graciela negó con la cabeza, aunque Joe creyó ver un leve esbozo de sonrisa.

—Es una afirmación. Si tocases bien la guitarra, te lo diría, aunque siguieras sin caerme bien.

—¿Porque te miré de manera lasciva?

—Porque eres muy arrogante.

—Ya.

—Como todos los americanos.

—¿Y los cubanos qué son?

—Orgullosos.

Joe sonrió.

—Por lo que he leído, también sois perezosos, propensos a la ira, incapaces de ahorrar dinero y pueriles.

—¿Y te lo has creído?

—No —dijo él—. Creo que las generalizaciones sobre un país entero o sobre todo un colectivo suelen ser bastante idiotas.

Graciela le dio una calada al cigarro y se lo quedó mirando unos instantes. Luego se puso a mirar de nuevo hacia el barco.

Las luces del puerto teñían los extremos inferiores del cielo de un tono rojizo pálido y borroso. Más allá del canal, la ciudad dormía entre la bruma. Más lejos aún, en la línea del horizonte, unos finos relámpagos trazaban torcidas venas blancas en la piel del universo. Su tenue y repentina luz revelaba la existencia de nubes hinchadas y oscuras como ciruelas que se congregaban allí arriba como tropas enemigas. En un momento dado, un pequeño avión pasó directamente por encima —cuatro luces en el cielo, un pequeño motor, cien metros más arriba—, puede incluso que dentro de la legalidad, aunque no era sencillo averiguar qué estaba haciendo allí a las tres de la madrugada. Eso sin mencionar que Joe, durante el escaso tiempo que llevaba en Tampa, no había encontrado mucha actividad que se desarrollara dentro de la legalidad.

—¿De verdad pensabas lo que le has dicho a Manny esta noche, lo de que te da igual si vive o muere?

Ahora podían verlo caminar por el muelle hacia el barco, con la caja de herramientas en la mano.

Joe se acodó en la barandilla.

—Más bien sí.

—¿Cómo se llega a ser tan insensible?

—No creas que requiere tanta práctica —sentenció Joe.

Manny se detuvo ante la pasarela de entrada al barco, donde dos marineros de la Guardia Costera se dirigieron a él. Levantó los brazos mientras uno de ellos lo cacheaba de arriba abajo y el otro le abría la caja de herramientas. Manoseó un poco la bandeja superior, y luego la sacó y la dejó en el suelo.

—Si esto sale bien —dijo Graciela—, te harás con el control de la

distribución de ron en Tampa.

—En media Florida, en realidad —precisó Joe.

—Serás poderoso.

—Eso espero.

—Y tu arrogancia alcanzará nuevas cotas.

—¡Qué se le va a hacer! —ironizó Joe.

El guardia costero dejó de cachear a Manny y le bajó las manos, pero luego se sumó a su compañero y ambos vieron algo en la caja de herramientas, se pusieron a hablar entre ellos, con la cabeza baja, y uno de los dos apoyó la mano en la culata de su pistola del 45.

Joe miró parapeto abajo, hacia Dion y Esteban. Estaban tiesos, con el cuello extendido y los ojos clavados en esa caja de herramientas.

Los guardias le ordenaron a Manny que los siguiera. Se colocó entre ellos y miró también hacia abajo. Uno de ellos señaló la caja, y Manny se inclinó sobre ella y sacó dos botellitas de ron.

—Mierda —dijo Graciela—. ¿Quién le ha dicho que los sobornara?

—Yo no he sido —dijo Esteban.

—Está improvisando sobre la marcha —dijo Joe—. Cojonudo, hombre. Cojonudo.

Dion dio una palmada en el parapeto.

—Yo no le dije que lo hiciera —dijo Esteban.

—Le dejé especialmente claro que no hiciera eso —dijo Joe—. No improvises, le dije. Estabais ahí...

—Están aceptando —dijo Graciela.

Joe entrecerró los ojos y vio como cada miembro de la Guardia Costera se guardaba una botella y se hacía a un lado.

Manny cerró la caja de herramientas y enfiló la pasarela.

Por un instante hubo mucha tranquilidad ahí arriba. Hasta que Dion dijo:

—Se me han puesto los huevos por corbata.

—Está funcionando —dijo Graciela.

—Ya está dentro —dijo Joe—. Pero aún tiene que hacer su trabajo y salir de ahí.

Consultó el reloj de su padre: se acercaban las tres de la mañana.

Miró a Dion, quien le leyó el pensamiento.

—Supongo que la tangana habrá empezado hace diez minutos.

Esperaron. El metal de la pasarela en la que se hallaban aún estaba caliente, después de un día tostándose al sol de agosto.

Cinco minutos después, uno de los guardias caminó hasta un teléfono que sonaba en el muelle. Al cabo de unos instantes, regresó corriendo a la pasarela y le dio una palmada en el brazo a su compañero. Ambos guardias recorrieron unos metros a la carrera hacia un coche. Echaron a rodar por el muelle y torcieron a la izquierda, en dirección a Ybor, al club de la calle Diecisiete en el que diez hombres de Dion estaban, en esos mismos momentos, zurrándoles la badana a unos veinte marineros.

—Tendrás que reconocer que hasta ahora... —Dion le sonrió a Joe.

—Hasta ahora, ¿qué?

—Está funcionando todo como un reloj.

—Hasta ahora —precisó Joe.

A su lado, Graciela le dio una calada al cigarro.

Les llegó un ruido, el eco de una explosión sorprendentemente discreta. No parecía gran cosa, pero la pasarela vibró un instante y todos extendieron los brazos como si fuesen a bordo de la misma bicicleta. El USS Mercy se estremeció. El agua que lo rodeaba se agitó, enviando unas olitas hacia el muelle. Un humo espeso y tan gris como el acero salía de un agujero en el casco del tamaño de un piano.

El humo se iba haciendo cada vez más espeso y más negro, y al cabo de unos momentos de estarlo contemplando, Joe pudo ver una bola amarilla que crecía tras la humareda, vibrando como el latido de un corazón. Siguió mirando hasta que vio llamaradas rojas mezcladas con el amarillo inicial; pero entonces, ambos colores se desvanecieron tras las

nubes de humo, que ahora era tan negro como la brea fresca. Llenaba el canal e impedía ver la ciudad que tenía detrás y hasta el cielo.

Dion se echó a reír. Joe lo miró a los ojos y él siguió riendo, meneando la cabeza y asintiendo en su dirección.

Joe entendió a qué venía todo eso: ese era el motivo de haberse metido a forajidos. Para vivir momentos que ningún agente de seguros de este mundo, ningún camionero, ni abogado, ni cajero de banco, ni carpintero ni constructor nunca conocerían. Momentos de una vida sin cortapisas, en la que no hay quien te pille y te encierre. Joe miró a Dion y recordó lo que había sentido la primera vez que derribaron el quiosco de la calle Bowdoin a los trece años: «Lo más probable es que muramos jóvenes».

Pero ¿cuántos hombres, mientras se internaban en el territorio nocturno de su propia hora final y cruzaban campos oscuros hacia el banco de niebla de ese supuesto mundo que había más allá de este, podían echar un último vistazo por encima del hombro y decir: «En cierta ocasión, saboté un carguero de diez mil toneladas»?

Joe volvió a mirar a Dion a los ojos y se echó a reír.

—No ha conseguido salir —dijo Graciela.

Estaba a su lado, mirando hacia el barco, que ya casi no se veía a causa del humo que lo envolvía.

Joe no dijo nada.

—Manny —añadió ella, aunque no hacía falta.

Joe asintió.

—¿Está muerto? —le preguntó Graciela.

—No lo sé —respondió Joe, aunque lo que estaba pensando era: «Así lo espero».

LOS OJOS DE SU HIJA

Al amanecer, los marineros descargaron las armas y las dejaron en el muelle. Las cajas esperaban ante el sol naciente, humedecidas por el rocío que se convertía en vaho al evaporarse. Llegaron varios barcos más pequeños, bajaron de ellos marineros seguidos de oficiales y todos le echaron un vistazo al agujero del casco. Joe, Esteban y Dion deambulaban entre la muchedumbre congregada al otro lado del cordón policial y oían decir que el barco estaba ya en el fondo de la bahía y que no era seguro que pudiese ser sacado a flote. Al parecer, la Armada iba a enviar una grúa desde Jacksonville para comprobar si tal cosa era posible.

Joe se alejó del muelle. Se encontró con Graciela en un café de la Novena. Se sentaron en la terraza, bajo un pórtico de piedra, y vieron como un tranvía traqueteaba por en medio de la avenida hasta pararse ante ellos. Bajaron unos cuantos pasajeros, subieron otros y el tranvía se puso nuevamente en marcha.

—¿Se sabe algo de él? —preguntó Graciela.

Joe negó con la cabeza.

—Pero Dion está al quite. Y ha metido a un par de hombres entre los curiosos, así que...

Se encogió de hombros y tomó un sorbito de café cubano. Llevaba en pie toda la noche y tampoco había dormido mucho la anterior, pero mientras le siguieran llevando café cubano, se veía capaz de mantenerse despierto una semana.

—¿Se puede saber qué le echan? ¿Cocaína?

—No es más que café —repuso Graciela.

—Eso es como decir que el vodka no es más que zumo de patata. —

Se lo terminó y devolvió la taza al platito—. ¿La echas de menos?

—¿Cuba?

—Sí.

—Muchísimo.

—¿Y qué haces aquí?

Graciela miró hacia la calle como si pudiese ver La Habana en la acera de enfrente.

—A ti no te gusta el calor.

—¿Cómo?

—Siempre estás abanicándote con la mano, con el sombrero —le atacó Graciela—. Te veo hacer muecas y mirar al sol, como si quisieras meterle prisa para que se ponga.

—No creí que se me notara tanto.

—Lo estás haciendo ahora mismo.

Tenía razón. Joe llevaba un rato abanicándose la sien con el sombrero.

—Es un calor excesivo. Para algunos es como vivir en el sol. Para mí es vivir en el sol, directamente. Por el amor de Dios, ¿cómo os lo hacéis allí abajo para funcionar?

Graciela se reclinó en el asiento, con su adorable cuello cobrizo contra el hierro forjado.

—Para mí nunca hace demasiado calor.

—Eso es que estás loca.

Graciela se echó a reír, y Joe vio como le subía la risa por la garganta. Cerró los ojos.

—O sea, que odias el calor pero no te mueves de aquí.

—Exacto.

Graciela abrió los ojos, ladeó un poquito la cabeza y se lo quedó mirando.

—¿Por qué?

Joe intuía —no, estaba seguro— que lo que había sentido por Emma

era amor. Era amor. Por consiguiente, lo que le provocaba Graciela Corrales tenía que ser lujuria. Pero una lujuria que hasta entonces no había experimentado. ¿Alguna vez había visto unos ojos tan negros? Había algo tan lánguido en todo lo que ella hacía —desde la manera de andar hasta el modo de fumar puros, incluso hasta cómo cogía un lápiz— que era muy sencillo imaginar esa languidez en movimiento mientras su cuerpo se enlazaba con el suyo y le aceptaba en su interior suspirándole largamente al oído. En su caso, la languidez no remitía a la pereza, sino a la precisión. El tiempo no se imponía a la languidez, sino que era esta la que obligaba al tiempo a desplegarse a su antojo.

No era de extrañar que las monjas clamasen con tanta vehemencia contra los pecados de la lujuria y de la codicia. Ambos se apoderaban de ti con más intensidad que un cáncer. Y te mataban el doble de rápido.

—¿Por qué? —preguntó Joe, que ya no recordaba muy bien por donde discurría la conversación.

Ella lo observaba con curiosidad.

—Sí. ¿Por qué?

—Trabajo —repuso Joe.

—Igual que yo.

—¿Viniste aquí a liar cigarros?

Se puso recta en la silla y asintió.

—Se cobra mucho más que en cualquier lugar de La Habana. La mayor parte de lo que gano se lo envío a la familia. Y cuando mi marido salga de la cárcel, ya veremos dónde vivimos.

—Ah —comentó Joe—. Estás casada.

—Sí.

¿Era un resplandor triunfal lo que captaba en los ojos de esa mujer o se lo estaba imaginando?

—Así que tu marido está preso.

Ella asintió.

—Pero no por el tipo de cosas que tú haces.

—¿Y qué cosas hago yo?

Graciela le hizo un gesto despectivo con la mano.

—Delitos pequeños y miserables.

—Vaya, así que me dedico a eso. —Joe asintió—. Hay que ver.

—Adán lucha por algo más importante que él.

—¿Y qué condena te cae por algo así?

A Graciela se le ensombreció el semblante: se habían acabado las bromas.

—Lo torturaron para que dijese dónde estaban sus cómplices, Esteban y yo misma. Pero no confesó. Daba igual lo que le hicieran. —Le sobresalía la mandíbula y los ojos le brillaban de una manera que a Joe le recordaban los finos relámpagos de anoche—. No le envió dinero a mi familia porque no tengo familia. Se lo envió a los familiares de Adán para que puedan sacarlo de ese agujero de mierda y traérmelo.

¿Se trataba únicamente de lujuria o había algo más que aún no era capaz de definir? Puede que todo se debiera al agotamiento, el calor y los dos años de cárcel. Podía ser. Con toda probabilidad. Pero no podía evitar sentirse atraído por una parte de ella que intuía profundamente rota y que estaba hecha, al mismo tiempo, de terror, ira y esperanza. Algo dentro de ella movía algo dentro de él.

—Es un hombre afortunado —dijo Joe.

Graciela abrió la boca, pero se dio cuenta de que no tenía nada que decir.

—Un hombre muy afortunado. —Joe se levantó y dejó unas monedas sobre la mesa—. Es hora de hacer esa llamada.

Llamaron desde un teléfono situado en la trastienda de una tabaquera arruinada de la zona este de Ybor. Tomaron asiento en el suelo polvoriento de un despacho vacío y Joe marcó mientras Graciela le echaba un último vistazo al mensaje que él había escrito a máquina hacia

la medianoche anterior.

—Información local —dijo el hombre que había al otro extremo del hilo, y Joe le pasó el teléfono a Graciela.

—Me responsabilizo del triunfo de anoche sobre el imperialismo estadounidense. ¿Se ha enterado de lo de la bomba en el USS Mercy? —dijo ella.

Joe pudo oír la voz del hombre.

—Sí, sí, claro.

—Los Pueblos Unidos de Andalucía reivindican el atentado.

Y le aseguro que habrá más ataques directos a los marineros y a todas las Fuerzas Armadas de Estados Unidos hasta que Cuba sea devuelta a su legítimo propietario, el pueblo español. Adiós.

—Espere, espere. Los marineros. Hábleme del ataque al...

—Cuando cuelgue el teléfono ya estarán muertos.

Graciela colgó y miró a Joe.

—Eso debería poner las cosas en marcha —dijo él.

Joe regresó al puerto a tiempo de ver salir el convoy de camiones. Las tropas aparecieron en grupos de unas cincuenta personas que avanzaban deprisa mientras observaban atentamente los tejados.

Los camiones abandonaron el muelle uno tras otro y se separaron de inmediato. Cada camión llevaría a unos veinte marineros. El primero partió hacia el este, el siguiente hacia el sudoeste, el de detrás al norte, y así sucesivamente.

—¿Ves algún rastro de Manny? —le preguntó Joe a Dion.

Dion le respondió con un cabezazo seco y señaló con el dedo. Joe miró más allá de la muchedumbre y de las cajas de armamento. Al borde del muelle había una bolsa de lona para cadáveres atada a la altura de las piernas, del pecho y del cuello. Al cabo de unos momentos, apareció una furgoneta blanca, recogió el cuerpo y se lo llevó del muelle, escoltada por

la Guardia Costera.

Poco después, el último camión que quedaba en el muelle cobró vida. Hizo un giro circular, se detuvo, mientras sus chirridos competían con los gañidos de las gaviotas, y luego se situó frente a las cajas. Bajó un marinero y abrió la puerta de atrás. Empezaron a salir los pocos marineros que quedaban del USS Mercy, la mayoría con armas al cinto. Un oficial les esperaba a pie de muelle mientras ellos recorrían la pasarela.

Sal Urso, que trabajaba en la oficina central de los negocios deportivos de Pescatore, en South Tampa, se acercó a Dion y le pasó unas llaves.

Dion se lo presentó a Joe y se dieron un apretón de manos.

—Está detrás de nosotros, a unos veinte metros. El depósito está lleno y los uniformes, en el asiento. —Miró a Dion de arriba abajo—. No ha sido fácil encontrar tu talla, amigo.

Dion le arreó un tortazo en la cabeza, pero no muy fuerte.

—¿Cómo están las cosas por ahí?

—Hay pasma por todas partes. Pero están buscando a españoles.

—¿Cubanos no?

Sal negó con la cabeza.

—Has puesto esta ciudad patas arriba, chaval.

Ya había salido el último marinero y el jefe estaba impartiendo órdenes mientras señalaba hacia las cajas.

—Hora de largarse —dijo Joe—. Ha sido un placer, Sal.

—Lo mismo digo, jefe. Ya nos veremos por ahí.

Se alejaron de la turba y encontraron el camión donde Sal les había dicho que estaría. Era un vehículo de dos toneladas con suelo y barras de acero, todo ello cubierto por una lona. Subieron a la cabina, Joe puso la primera y salieron a la calle Diecinueve.

Veinte minutos después, se detuvieron en una cuneta de la carretera 41. Había un bosque al lado, con unos pinos de hoja larga más altos de lo

que Joe jamás habría podido imaginar, así como otros más pequeños, y todos salían de un espeso laberinto hecho de palmas enormes, zarzas y maleza. A juzgar por el olor, Joe intuyó que no estaban muy lejos de una ciénaga. Graciela los estaba esperando junto a un árbol que se había partido en dos durante una tormenta reciente. Se había cambiado la ropa que llevaba por un vestido de noche de rejilla de color negro con un dobladillo en zigzag. Los bordados de imitación oro, las lentejuelas negras y el cuello bajo que dejaba al descubierto el escote y los bordes superiores del sujetador completaban un aspecto de chica juerguista que hubiese seguido la fiesta después de que esta concluyera hasta perderse, reapareciendo a la luz del día en un sitio mucho más cruel.

Joe la contempló a través del parabrisas y no bajó del camión. Podía escuchar su propia respiración.

—Puedo hacerlo por ti —le dijo Dion.

—No —dijo Joe—. El plan es mío y yo me responsabilizo de él.

—Para delegar otros asuntos no tienes el menor problema.

Joe se volvió para mirar a Dion.

—¿Me estás diciendo que deseo hacer esto?

—Ya me he dado cuenta de cómo os miráis —dijo Dion, encogiéndose de hombros—. A lo mejor le gusta complicarse la vida. Y puede que a ti también.

—¿De qué cojones estás hablando? «Ya me he dado cuenta de cómo os miráis». Concéntrate en tu trabajo, no en ella.

—Con el debido respeto —apuntó Dion—, creo que tú deberías hacer lo mismo.

Mierda, se dijo Joe, en cuanto alguien estaba seguro de que ya no te lo ibas a cargar, se lanzaba a darte la tabarra.

Joe bajó del camión y Graciela lo vio acercarse. Ella ya había realizado parte del trabajo: tenía el vestido rasgado a la altura del hombro izquierdo, leves arañazos en el pecho izquierdo y sangre en el labio inferior. Mientras Joe venía hacia ella, se la limpió con un pañuelo.

Dion bajó del camión a su vez y ambos lo miraron. Sostenía el uniforme que Sal Urso le había dejado en el asiento.

—Vosotros a lo vuestro —dijo—. Yo me voy a cambiar.

Soltó una risita y se fue hacia la parte trasera del camión.

Graciela extendió el brazo derecho.

—No tenéis mucho tiempo.

De repente, Joe no sabía cómo coger a alguien de la mano. Parecía antinatural.

—No lo tenéis —insistió ella.

Joe extendió el brazo y la tomó de la mano. Era más dura que cualquier otra mano femenina que jamás hubiese estrechado. A fuerza de pasarse el día liando cigarros, el filo era como una roca y los dedos como el marfil.

—¿Ahora? —le preguntó.

—Es el mejor momento.

La agarró de la muñeca con la mano izquierda y le clavó los dedos de la derecha en la carne más cercana al hombro. Le arañó el brazo de arriba abajo. Al llegar al codo, se detuvo y respiró hondo, pues se sentía como si le hubiesen llenado la cabeza de papel mojado.

Ella se soltó la muñeca y observó los arañazos del hombro.

—Tienen que parecer auténticos.

—Parecen muy auténticos.

Graciela se señaló el bíceps.

—Son de color rosado. Y se acaban en el codo. Tienen que sangrar, tontaina, y llegar hasta la mano, ¿vale? ¿No te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —dijo Joe—. El plan es mío.

—Pues obra en consecuencia. —Graciela volvió a ofrecerle el brazo—. Clávame las uñas y dale duro.

Aunque no estaba del todo seguro, Joe creyó oír unas risas procedentes de la parte de atrás del camión. Esta vez le agarró el bíceps a Graciela con firmeza y le clavó las uñas en los senderos previamente

trazados. La chica ladraba más de lo que mordía: los ojos le bailaron en las cuencas y la carne se le echó a temblar.

—Mierda. Lo siento.

—Date prisa.

Graciela lo miró a los ojos y él le arrastró las uñas por la cara interna del brazo, arrancándole la piel por el camino, abriendo las costuras de la carne. Mientras seguía codo abajo, la mujer siseó y torció el brazo para que las uñas de Joe le cortaran el antebrazo hasta la muñeca.

Cuando Joe retiró la mano, Graciela se la cogió y le abofeteó con ella.

—Joder —dijo él—. No lo estoy haciendo por gusto.

—Eso lo dirás tú. —Le arreó otra bofetada, esta vez donde confluían la mandíbula y el cuello.

—¡Oye! Que no puedo plantarme ante un puesto de guardia con la cara hecha un mapa.

—Entonces, más vale que me detengas —dijo Graciela, mientras intentaba atizarle de nuevo.

Consiguió esquivar el golpe e hizo aquello que habían convenido: algo que, ciertamente, era más fácil de planear que de poner en práctica, motivo por el que ella le había abofeteado dos veces, para calentarlo. Le dio un revés en la mejilla con los nudillos. Graciela se tambaleó hacia un lado, con el pelo desmoronado sobre el rostro, y se quedó así un momento, respirando con dificultad. Cuando recuperó el equilibrio, tenía la cara colorada y un desgarrón debajo del ojo derecho. Escupió hacia la espesura de al lado de la carretera.

No quería mirar a Joe.

—Ahora ya es cosa mía.

Joe quería decir algo, pero no se le ocurría qué, así que echó a andar hacia la parte frontal del camión, mientras Dion lo observaba desde el asiento del copiloto. Se detuvo para abrir la puerta y le echó un vistazo a la mujer.

—No me ha gustado nada tener que hacerlo.

—Pues el plan era tuyo —repuso Graciela, escupiendo hacia la carretera.

Por el camino, Dion dijo:

—Mira, tío, a mí tampoco me gusta zurrarlas, pero a veces es el único idioma que entienden.

—No le he pegado porque se lo mereciese —precisó Joe.

—No, le has pegado para ayudarla a echarles el guante a un montón de rifles y metralletas que enviar a sus amiguitos de la Isla del Pecado. — Dion se encogió de hombros—. Es un asunto asqueroso, así que hacemos cosas asquerosas. Ella te pidió que le consiguieras las armas. Y a ti se te ocurrió una manera de hacerlo.

—Aún no lo hemos hecho —sentenció Joe.

Pararon por última vez en la cuneta para que Joe se pusiera el uniforme. Dion improvisó un poco de percusión en la mampara que separaba la cabina de la zona de carga y dijo:

—Os quiero a todos más callados que un gato cuando olfatea a un perro, ¿vale?

De la parte trasera del camión llegó un coro de afirmaciones, y a partir de ahí, lo único que se oyó fue el sonido omnipresente de los insectos en los árboles.

—¿Preparado? —preguntó Joe.

Dion le dio una palmada a la portezuela.

—¿Para qué crees que me levanto cada mañana, colega?

El Arsenal de la Guardia Nacional estaba en una zona que todavía no había sido absorbida del todo por Tampa, en el extremo norte del condado de Hillsborough, un paisaje agreste hecho de huertos de

limoneros, ciénagas con cipreses y campos de salvia que se habían secado y quebrado al sol, a la espera de poder arder y pintar de negro todo el condado con el humo.

Había dos guardias en la puerta de entrada; uno de ellos, armado con un Colt del 45, y el otro, con un fusil automático Browning, las mismas armas que ellos habían venido a robar. El guardia de la pistola al cinto era alto y enjuto, con el pelo oscuro y de punta y las mejillas hundidas, propias de un hombre muy viejo o de uno muy joven con la dentadura hecha un asco. El chico del fusil apenas había dejado de usar pañales; tenía el pelo de un rojo encendido y los ojos simplones. Un montón de pecas negras le cubrían la cara como si fuese pimienta.

No sería un problema, según Joe, pero el otro le preocupaba. Había algo en él que le daba mala espina. Era de los que se toman su tiempo para mirarte y les da igual tu opinión al respecto.

—¿Sois los de la explosión?

Como Joe había supuesto, tenía los dientes grises y mellados; algunos se le inclinaban hacia dentro, cual viejas lápidas en un cementerio inundado.

Dion asintió.

—Nos agujerearon el casco.

El guardia alto desvió la mirada de Joe a Dion.

—Joder, gordinflón, ¿cuánto pagaste para aprobar el último examen físico?

El bajito salió de la garita con el Browning apoyado perezosamente en el brazo y el cañón rozándole la cadera. Se fue hacia un lado del camión con la boca medio abierta, como si esperara que le lloviera un poco.

El que estaba al lado de la portezuela dijo:

—Te he hecho una pregunta, gordinflón.

Dion le dedicó una sonrisa amable.

—Cincuenta pavos.

—¿Nada más?

—Nada más —afirmó Dion.

—Pues vaya chollo. ¿Y a quién le pagaste, exactamente?

—¿Cómo dices?

—Nombre y graduación del tío al que sobornaste.

—Oficial en jefe Brogan —dijo Dion—. ¿Qué pasa? ¿Piensas apuntarte?

El tío parpadeó y les dedicó a ambos una fría sonrisa, pero no dijo nada: se limitó a quedarse donde estaba mientras se le evaporaba la mueca.

—Yo no acepto sobornos.

—De acuerdo, correcto —dijo Joe, mientras empezaba a ponerse muy nervioso.

—¿Correcto?

Joe asintió, combatiendo las ganas de ponerse a sonreír como un idiota para demostrarle a ese tipo lo simpático que era.

—Ya sé que es correcto. Ya lo sé.

Joe se mantuvo a la espera.

—Ya sé que es correcto —repitió el guardia—. ¿Te has creído que necesitaba tu opinión al respecto?

Joe no dijo nada.

—Porque no la necesito —dijo.

Algo se vino abajo por la parte trasera del camión, y cuando el guardia miró hacia allí en busca de su compañero y luego volvió a mirar a Joe, este le colocó su Savage del 32 en la nariz.

Los ojos del muchacho bizquearon para mirar el cañón de la pistola, y su respiración se hizo tan profunda como larga. Dion bajó del camión y le quitó la pistola que llevaba al cinto.

—Un tío con unos dientes como los tuyos no debería comentar las imperfecciones ajenas —le dijo—. Lo que tendría que hacer un tío con unos dientes como los tuyos es mantener la boca cerrada.

—Sí, señor —susurró el muchacho.

—¿Cómo te llamas?

—Perkin, señor.

—Pues mira, Perkinseñor —le dijo Dion—. En algún momento del día mi socio y yo discutiremos si te dejamos vivir. Si nos inclinamos por el sí, lo sabrás porque no estarás muerto. Y si nos inclinamos por el no, será para enseñarte que deberías ser más amable con la gente. Y ahora, pon las putas manos a la espalda.

Los gánsteres de Pescatore fueron los primeros en bajar del camión: eran cuatro, vestidos con trajes de verano y corbatas de estampado floral. Se dedicaron a darle empujones al pelirrojo, mientras Sal Urso le apuntaba con su propio rifle y el chaval farfullaba que no quería morir, hoy no. Los cubanos, que eran unos treinta, bajaron detrás de ellos con sus pantalones acampanados, que a Joe le parecían pijamas. Todos llevaban fusiles o pistolas. Uno de ellos blandía un machete, y otro, dos enormes navajas. Esteban iba al frente. Llevaba una guerrera verde con pantalones a juego, atuendo de rigor, supuso Joe, en cualquier revolución de una república bananera. Le hizo una señal con la cabeza mientras él y sus hombres entraban en el recinto y se dispersaban por la parte de atrás del edificio.

—¿Cuántos hombres hay dentro? —le preguntó Joe a Perkin.

—Catorce.

—¿Y por qué tan pocos?

—Estamos entre semana. —Sus ojos recuperaron algo de su habitual mezquindad—. Si llegas a venir un fin de semana, habrías encontrado muchos más.

—No me cabe la menor duda. —Joe bajó del camión—. Pero ahora mismo, Perkin, me voy a tener que conformar contigo.

El único que plantó cara a los treinta cubanos armados que inundaron los

pasillos de la armería era un gigante. Mediría casi dos metros, calculó Joe. Puede que más. Enorme cabezón, mandíbula pronunciada y unos hombros anchísimos. La emprendió a empellones con tres cubanos que habían recibido órdenes de no disparar. Pero le dispararon de todos modos. No le dieron. Estaban a menos de siete metros del gigante, pero fallaron y le dieron a otro cubano en su lugar. A uno que forcejeaba con el grandullón.

Joe y Dion estaban justo detrás del cubano cuando le alcanzaron las balas. El hombre se agitó delante de ellos como un bolo y Joe gritó:

—¡Alto el fuego!

—¡Dejad de disparar! ¡Dejad de disparar! —exclamó Dion.

Y así lo hicieron, pero Joe no sabía si les habían obedecido o si estaban recargando los rifles. Agarró el fusil del que habían acribillado y, sosteniéndolo por el cañón, le atizó al gigante mientras este se incorporaba tras haberse agachado para esquivar los disparos. Le dio en toda la sien, y el gigante rebotó contra la pared y cargó contra él con los brazos en alto. Joe le dio un culatazo entre los brazos, en plena nariz. La oyó romperse, junto al pómulo, mientras la culata se le deslizaba por la cara. Joe se deshizo del rifle cuando el grandullón se desplomó en el suelo. Sacó unas esposas del bolsillo y entre Dion y él le ataron las manos a la espalda mientras resoplaba y la sangre se derramaba por el suelo.

—¿Sobrevivirás? —le preguntó Joe.

—Te voy a matar.

—Yo diría que sobrevivirás. —Joe se volvió hacia los tres cubanos de gatillo fácil—. Id a buscar a otro tío y llevaos a este a las celdas.

Miró al que habían disparado. Estaba ovillado en el suelo, con la boca abierta y gimiendo. No tenía muy buena pinta: estaba de un blanco marmóreo y la sangre le salía a borbotones de la cintura. Se arrodilló a su lado, pero justo entonces el chico murió. Tenía los ojos abiertos y tirados hacia arriba, a la derecha, como si tratase de recordar el cumpleaños de su mujer o dónde se había dejado la cartera. Yacía de lado, con un brazo

bajo el cuerpo en una postura imposible y el otro extendido, detrás de la cabeza. Se le había subido la camisa, dejando al descubierto el abdomen.

Los tres hombres que lo habían matado se santiguaron mientras se disponían a llevarse al gigante de allí.

Cuando Joe le cerró los párpados al muchacho, le pareció muy joven. Aparentaba unos veinte años, pero posiblemente no tendría más que dieciséis. Lo tumbó de espaldas y le cruzó los brazos sobre el pecho. Por debajo de las manos, justo bajo la zona en que se unían sus costillas inferiores, una sangre muy oscura se le salía por un agujero del tamaño de una moneda de diez centavos.

Dion y sus hombres pusieron a los miembros de la Guardia Nacional contra la pared, y Dion les dijo que se quedaran en calzoncillos.

El muerto lucía un anillo de boda. Parecía hecho de hojalata. Con toda seguridad, debería llevar encima una foto de ella, pero Joe no pensaba ponerse a buscarla.

También le faltaba un zapato. Se le debió de salir cuando le dispararon, pero no había manera de localizarlo en las inmediaciones del cadáver. Mientras se llevaban a los guardias en ropa interior, Joe registró el pasillo en busca del zapato.

No lo encontró. A lo mejor estaba bajo el cuerpo del difunto. Pensó en volver a mover el cadáver para comprobarlo —le parecía importante dar con él—, pero le necesitaban en la entrada y tenía que ponerse otro uniforme.

Se sintió observado por unos dioses aburridos o indiferentes mientras le cubría el abdomen al muchacho con la camisa y lo dejaba ahí tirado, sin un zapato y bañado en su propia sangre.

Las armas llegaron cinco minutos después, cuando el camión se detuvo ante la verja. El conductor era un marino de la misma edad de ese muchacho al que Joe acababa de ver morir, pero a su lado iba un

suboficial de treinta y tantos años con el rostro castigado permanentemente por el viento. Llevaba un Colt 45 de 1917 a la cintura, con la culata desgastada por el uso. Bastaba con mirar sus ojos pálidos para darse cuenta de que si estos tres cubanos se hubiesen enfrentado a él en el pasillo, serían ellos quienes yacerían en el suelo cubiertos por una sábana.

Sus documentos les identificaban como el marinero de segunda Orwitt Pluff y el suboficial de Marina Walter Craddick. Joe les devolvió los carnés junto a las órdenes firmadas que le había entregado Craddick.

Este le respondió con un leve cabezazo y lo dejó con la mano suspendida en el aire.

—Eso es para sus archivos.

—Cierto. —Joe retiró la mano y esbozó una sonrisa de disculpa, aunque sin esforzarse mucho—. Igual nos divertimos más de la cuenta anoche, en Ybor. Ya sabe cómo es.

—No, no lo sé. —Craddick negó con la cabeza—. No bebo. Va en contra de la ley. —Miró por la ventanilla hacia delante—. ¿Vamos hacia esa rampa?

—Sí —respondió Joe—. Si quiere, puede descargar aquí fuera y nosotros nos lo llevaremos todo para adentro.

Craddick tomó nota de los galones que Joe lucía en el hombro.

—Nuestras órdenes son entregar las armas y ponerlas a buen recaudo, cabo. Nosotros las meteremos en el recinto.

—Perfecto —dijo Joe—. Ya pueden ir hacia la rampa.

Levantó la barrera, cruzando una mirada con Dion al mismo tiempo. Dion le dijo algo a Lefty Downer, el más listo de los cuatro tipos que se había traído, y luego echó a andar hacia la armería.

Joe, Lefty y los otros tres hombres de Pescatore, todos con uniforme de cabo, siguieron al camión hacia la rampa de descarga. Lefty había sido seleccionado porque era espabilado y nunca perdía los estribos. Los otros tres —Cormarto, Fasani y Parone— habían sido reclutados porque

hablaban inglés sin acento. En general, daban el pego como soldados de fin de semana, pero Joe observó, mientras cruzaban la zona, que Parone llevaba el pelo demasiado largo para formar parte de la Guardia Nacional.

No había dormido mucho, o nada de nada, durante dos días, y ahora podía acusarlo con cada paso que daba y cada idea que intentaba formular.

Mientras el camión se colocaba junto a la rampa, vio a Craddick mirándolo, y se preguntó si ese hombre sería de natural suspicaz o si él le habría dado algún motivo para serlo. Fue entonces cuando se dio cuenta de algo que le horrorizó.

Había abandonado su puesto.

Había dejado la verja desprotegida. Ningún soldado haría algo así, por muy contundente que fuera su resaca.

Miró hacia atrás, esperando ver la entrada abandonada, esperando que Craddick le disparase por la espalda con su Colt del 45, esperando el aullido de las alarmas... Pero en vez de eso vio a Esteban Suárez bien tieso en la garita, vestido con un uniforme de cabo, mirando hacia todos lados, menos a los curiosos ojos del suboficial, más marcial que cualquier soldado de verdad.

Esteban, pensó Joe, apenas te conozco, pero te comería a besos.

Joe volvió la vista hacia el camión y observó que Craddick ya no le estaba mirando. Se había dado la vuelta en el asiento y le decía algo al marinero de segunda mientras este le daba al freno y luego apagaba el motor.

Craddick saltó de la cabina y se puso a gritar órdenes hacia la parte trasera del camión. Cuando Joe llegó, los marineros ya estaban en la rampa y se había tendido la pasarela.

Craddick le pasó a Joe una tablilla.

—Iniciales en las páginas uno y tres y firma en la dos. Así consta claramente que dejamos estas armas a su cargo durante no menos de tres

horas y no más de treinta y seis.

Joe firmó «Albert White, Guardia Nacional, Estados Unidos», apuntó las iniciales pertinentes y le devolvió la tablilla a Craddick.

Este observó a Lefty, a Cormarto, a Fasani y a Parone, para luego volver a mirar a Joe.

—¿Cinco hombres? ¿Eso es todo lo que tiene?

—Nos dijeron que ustedes aportarían el músculo. —Joe señaló hacia los doce marineros que había en la rampa.

—Igual que en el ejército —dijo Craddick—. En cuanto hay trabajo duro, a tumbarse a la bartola.

Joe parpadeó al sol.

—¿Por eso han llegado tarde, porque estaban trabajando duro?

—¿Cómo dice?

Joe se mantuvo en su sitio, no porque se estuviera cabreando, sino para no levantar sospechas.

—Se supone que deberían haber llegado hace media hora.

—Quince minutos —le corrigió Craddick—. Nos han retrasado.

—¿Quién?

—No creo que sea de su incumbencia, cabo. —Craddick dio un paso hacia él—. Pero la verdad es que nos retrasamos por culpa de una mujer.

Joe miró a Lefty y sus secuaces y todos se echaron a reír.

—Las mujeres siempre dan mucho trabajo. Y muy duro.

Lefty soltó una risita y los demás lo imitaron.

—Vale, vale. —Craddick levantó una mano y sonrió para demostrar que sabía encajar una broma—. Y la verdad es que esta era una belleza, muchachos. ¿Verdad que sí, marinero Pluff?

—Sí, señor. Estaba como un queso. Y seguro que sabía igual de bien.

—Un poco oscura para mi gusto —dijo Craddick—, pero apareció en mitad de la carretera, bien zurrada por su novio hispano. Menos mal que no la rajó, con lo que les gustan a esos las navajas.

—¿La ha dejado donde la encontró?

—La dejé con un marinero. Los recogeremos a los dos en el camino de vuelta, si nos dan la oportunidad de descargar las armas.

—Adelante —dijo Joe, y dio un paso atrás.

Puede que Craddick se hubiese relajado un poco, pero seguía en estado de alerta. Sus ojos lo captaban todo. Joe se quedó con él, agarrado al extremo de una caja mientras Craddick cogía el otro, levantándola con las asas de cuerda que le habían puesto. Mientras recorrían el pasillo de carga hacia el interior del recinto, podían ver a través de las ventanas el siguiente corredor y los despachos de más allá. Dion había situado a todos los cubanos de piel clara en los despachos, de espaldas a las ventanas, escribiendo cualquier cosa en las máquinas Underwood o asiendo los teléfonos mientras apretaban las clavijas con los pulgares. Pese a todo, en su segundo viaje por el pasillo, Joe reparó en que cada cabeza con la que se cruzaban tenía el pelo negro. No había ni un solo rubiales en la pandilla.

Craddick tenía los ojos clavados en las ventanas mientras avanzaban, todavía in albis de que en el pasillo que se extendía entre él y esos despachos había tenido lugar un asalto armado y había muerto un hombre.

—¿En qué parte de ultramar ha servido usted? —le preguntó Joe.

Craddick mantenía la vista fija en la ventana.

—¿Cómo sabe que he estado en ultramar?

Agujeros de bala, pensó Joe. Esos putos cubanos de gatillo fácil podrían haber dejado agujeros de bala en las paredes.

—Tiene pinta de haber entrado en acción.

Craddick observó a Joe.

—¿Distingue usted a los que han estado en combate?

—Hoy sí —repuso Joe—. O a usted, por lo menos.

—Casi me cargo a la hispana de la carretera —dijo Craddick, como

si tal cosa.

—¿De verdad?

Craddick asintió.

—Los que intentaron volarnos por los aires anoche eran hispanos. Y mis muchachos aún no lo saben, pero hubo una llamada de hispanos amenazando a toda la tripulación: dijeron que íbamos a morir hoy mismo.

—Yo no me he enterado.

—Porque aún no tiene por qué enterarse nadie —afirmó Craddick—. El caso es que veo a una hispana haciéndonos señales en mitad de la carretera 41 y me digo: «¿Sabes qué, Walter? Dispárale a esa puta entre las tetas».

Llegaron al recinto y colocaron la caja en la primera pila de la izquierda. Se hicieron a un lado y Craddick, en medio del abrasador pasillo, se llevó un pañuelo a la frente mientras ambos veían llegar la última caja, transportada por unos marineros.

—Me la habría cargado, pero tenía los mismos ojos que mi hija.

—¿Quién?

—La hispana de marras. Tengo una hija de mi época en el extranjero. No la veo nunca, pero su madre me envía fotos suyas de vez en cuando. Tiene esos ojazos negros típicos de las caribeñas. En cuanto vi esos ojos en el rostro de la chica de hoy, enfundé el arma.

—¿Ya la había sacado?

—A medias. Ya la tenía enfilada, ¿sabe? ¿Para qué arriesgarse? Era mejor cargarse a la puta. Los blancos de por aquí ni se inmutan por esas cosas. Pero... —Se encogió de hombros—. Tenía los ojos como los de mi hija.

Joe no dijo nada, aunque la sangre le azotaba las orejas.

—Envié a un chico para que lo hiciera.

—¿Cómo?

Craddick asintió.

—Uno de nuestros muchachos. Cyrus, creo que se llama. Anda en busca de una guerra, pero ahora mismo no encuentra ninguna. La hispana le vio la pinta y salió corriendo. Pero Cyrus es como un galgo, creció en unas tierras pantanosas cerca de la frontera con Alabama. Seguro que la atrapa sin ningún esfuerzo.

—¿Y adonde se la llevarán?

—A ninguna parte. Nos atacó, muchacho. O su gente, vamos. Cyrus hará lo que quiera con ella y le dejará sus restos a los reptiles. —Se puso el resto de un cigarro en la boca y encendió una cerilla en la bota. Entornó los ojos mientras sostenía la cerilla ante Joe—. Confirмо sus suposiciones, sí que he entrado en combate. Me cargué a un dominicano. ¿Y haitianos? A punta pala. Algunos años después me cepillé a tres panameños con una sola ráfaga de Thompson, ya que estaban todos juntos, rezando ante lo que se les venía encima. Así son las cosas y que nadie le diga lo contrario. —Le dio lumbre al cigarro y tiró la cerilla por encima del hombro—. Era muy divertido.

En cuanto se fueron los marineros, Esteban corrió hacia el aparcamiento para pillar un vehículo. Joe se quitó el uniforme mientras Dion colocaba el camión junto a la rampa y los cubanos empezaban a sacar las cajas del recinto.

—¿Lo tenéis controlado? —le preguntó Joe a Dion.

Dion estaba encantado.

—¿Que si lo tenemos controlado? Es todo nuestro. Ve a buscarla. Nos vemos allí dentro de una hora.

Esteban y Joe se subieron a Un jeep y enfilaron la carretera 41. En menos de cinco minutos vieron el camión de transporte a cosa de un kilómetro por delante, arrastrándose por una carretera tan recta y plana que casi podías ver Alabama al final.

—Si podemos verlos —apuntó Joe—, ellos también pueden vernos a nosotros.

—No por mucho tiempo —dijo Esteban.

Salía un camino a la izquierda. Entraba en la espesura y cruzaba la ruta de conchas chafadas para volver a la espesura. Esteban torció a la derecha y para allá que se fueron. Pisando grava y tierra, la mitad de la cual se había convertido en barro, con Esteban conduciendo al agrado de Joe: a toda velocidad y a tumba abierta.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Joe—. El chico que murió.

—Guillermo.

Joe volvió a ver sus ojos cerrándose: no quería encontrarse con Graciela en las mismas circunstancias.

—No deberíamos haberla dejado allí —dijo Esteban.

—Ya lo sé.

—Deberíamos haber intuido que dejarían a alguien con ella.

—Ya lo sé.

—Deberíamos haber dejado a alguien esperando, escondido.

—Que ya lo sé, joder —dijo Joe—. ¿De qué sirve eso ahora?

Esteban aceleró ante un socavón en mitad de la carretera, pero eso no impidió que el vehículo pegara tal salto que Joe temió que se levantara sobre las ruedas delanteras y los enviara a tomar por culo.

Pero no le dijo a Esteban que aminorase.

—La conozco desde que no éramos más altos que los perros de la granja de mi familia.

Joe no dijo nada. A su izquierda, a través de los pinos, se divisaba una ciénaga. Cipreses y otros árboles, y plantas que Joe no era capaz de identificar desfilaban a ambos lados, de manera tan borrosa que el verde y el amarillo parecían los colores de un cuadro.

—Pertenece a una familia de temporeros. Deberías ver la aldea que ella consideraba su hogar unos cuantos meses al año. Estados Unidos no verá la auténtica pobreza hasta que vea ese villorrio. Mi padre se dio cuenta de lo lista que era y le pidió permiso a su familia para contratarla como sirvienta, ¿sabes? Pero lo que en realidad estaba haciendo era alquilarme una amiga. No tenía a nadie más que los caballos y el ganado.

Otro bache en el camino.

—Es un momento realmente raro para contarme todo eso —dijo Joe.

—La quería —dijo Esteban, hablando fuerte para imponerse al ruido del motor—. Ahora quiero a otra, pero durante muchos años, creí estar enamorado de Graciela.

Se volvió para mirar a Joe, pero él negó con la cabeza y señaló hacia delante.

—La vista en la carretera, Esteban.

Otro bache: este los levantó del asiento y cayeron de nuevo a plomo.

—¿Y dice que lo está haciendo todo por su marido? —Hablar

ayudaba a mantener el miedo bajo un cierto control, y a Joe le servía para sentirse menos indefenso.

—Bah —dijo Esteban—. Eso no es ni un marido ni un hombre.

—Pero ¿no es un revolucionario?

Esta vez, Esteban escupió.

—Es un ladrón, un estafador. Vosotros los llamáis timadores, ¿no?

Se hace el revolucionario y dice cosas muy bonitas, y así es como Graciela se enamoró de él. Lo ha perdido todo por culpa de ese tío, la familia, el poco dinero que tenía y la mayoría de sus amigos, exceptuándome a mí. —Negó con la cabeza—. Ni siquiera sabe dónde está.

—Creí que estaba preso.

—Salió hace dos años.

Otro socavón. Esta vez se fueron hacia un lado, y la parte de atrás por el lado de Joe rozó el tronco de un pino antes de que el vehículo lograra regresar a la carretera.

—Pero ella le sigue pagando a su familia.

—Le han mentido. Dicen que se escapó, que se esconde en las colinas y que una pandilla de chacales de la cárcel de Nieves Morejón va tras él, igual que los hombres de Machado. A Graciela le dicen que no puede volver a Cuba para verlo porque entonces ambos correrían peligro. Mira, Joseph, nadie está persiguiendo a ese individuo, como no sea gente a la que le debe dinero. Pero a Graciela no le puedes decir eso, está completamente sorda con respecto a él.

—¿Por qué? Es una mujer inteligente.

Esteban miró un instante a Joe y se encogió de hombros.

—Todos nos creemos las mentiras que nos consuelan más que la verdad. Ella es como todo el mundo. Simplemente su mentira es más grande.

Se saltaron la salida, pero Joe la captó con el rabillo del ojo y le dijo a Esteban que parara. Esteban pisó el freno y se deslizaron unos veinte

metros hasta detenerse por fin. Acto seguido, dio marcha atrás y se reincorporaron a la carretera.

—¿A cuántos te has cargado? —le preguntó a Joe.

—A nadie —respondió él.

—Pero eres un gánster.

Joe no veía la utilidad de discutir sobre la diferencia entre un gánster y un fuera de la ley porque ya no estaba muy seguro de lo que era.

—No todos los gánsteres se dedican a matar gente.

—Pero tienen que estar dispuestos a ello.

Joe asintió.

—Igual que tú.

—Yo soy un empresario. Ofrezco un producto que la gente quiere. No mato a nadie.

—Estás armando a unos revolucionarios cubanos.

—Eso es una causa.

—Por la que morirá gente.

—Hay una diferencia —precisó Esteban—. Yo mato por algo.

—¿Por qué? ¿Por un puto ideal? —dijo Joe.

—Exactamente.

—¿Y qué ideal es ese, Esteban?

—Que nadie debe controlar la vida de nadie.

—Qué curioso —comentó Joe—. Los fuera de la ley matan por el mismo motivo.

No estaba allí.

Salieron del pinar y se acercaron a la carretera 41: ni rastro de Graciela ni del marinero que se había quedado allí para darle caza. No había nada más que el calor y el murmullo de las libélulas y el camino blanco.

Siguieron la carretera un kilómetro más, luego enfilaron el camino

de tierra y después tiraron hacia el norte durante otro kilómetro. Cuando desandaron el camino, Joe oyó algo que le pareció el gañido de un cuervo o un halcón.

—Para el motor, para el motor.

Esteban obedeció y ambos se pusieron de pie en el jeep para mirar hacia la carretera, los pinos, la ciénaga de más allá y el cielo duro y blanco a juego con el camino.

Nada. Nada más que ese zumbido de las libélulas que, como intuía Joe, no se interrumpía jamás, ni de noche ni de día: era como vivir permanentemente con la oreja pegada a la vía del tren tras el paso de un convoy.

Esteban volvió a sentarse. Joe hizo amago de seguir su ejemplo, pero se quedó a medias.

Creía haber visto algo justo al este, por el camino que acababan de recorrer, algo que...

—Allí. —Señaló, y mientras lo hacía, Graciela salió de entre unos pinos. No echó a correr en su dirección, y Joe comprobó que era demasiado lista para eso. Si lo hubiese hecho, habría tenido que correr cincuenta metros entre arbustos bajos y pinaza.

Esteban puso el motor en marcha y bajaron por la cuneta, atravesando a continuación una zanja y volviendo a salir, con Joe agarrado a la parte de arriba del parabrisas y oyendo ya los disparos: unas explosiones duras, pero extrañamente ahogadas, pese a no haber nada alrededor. Seguía sin localizar al tirador desde su posición, pero podía ver la ciénaga y sabía que Graciela se encaminaba hacia allí. Le dio a Esteban con el pie y señaló con el brazo hacia la izquierda, algo más al sudoeste de la línea por la que avanzaban.

Esteban giró el volante y Joe captó un repentino resplandor azul oscuro, apenas un atisbo, y vio la cara del hombre y su fusil. Más adelante, en la ciénaga, Graciela cayó de rodillas, pero a Joe no le quedó claro si había tropezado o si la había alcanzado una bala. Cuando salieron

a tierra firme, el tirador estaba justo a su derecha. Esteban redujo la velocidad mientras se internaba en la ciénaga y Joe saltó del vehículo.

Era como caer sobre la luna, aunque en este caso una luna de color verde. Los cipreses pelados surgían cual huevos enormes del agua verde y lechosa, mientras unos árboles de aspecto prehistórico con más de una docena de troncos vigilaban la escena cual guardias palaciegos. Esteban tiró hacia la derecha justo cuando Joe vio a Graciela deslizarse entre dos cipreses pelones a su izquierda. Algo desagradable y pesado pasó sobre los pies de Joe mientras oía un disparo de rifle, mucho más cerca esta vez. La bala arrancó un trozo del ciprés en el que Graciela se escondía.

El joven marino salió de detrás de un ciprés situado a unos tres metros de distancia. Era de la misma altura y corpulencia que Joe, más o menos, pelirrojo y enjuto de cara. Se había echado el Springfield al hombro, con la mirilla a la altura del ojo y el cañón apuntando al ciprés. Joe extendió su automática del 32, respiró hondo y le disparó desde una distancia de algo más de tres metros. El fusil salió catapultado hacia el aire de forma tan errática que Joe supuso que eso era todo lo que había alcanzado su proyectil. Pero mientras el arma iba a parar a las aguas del color del té, el joven cayó con ella, y la sangre que le brotaba del sobaco izquierdo oscureció el agua en cuanto el cuerpo impactó en ella.

—Graciela —gritó—. Soy Joe. ¿Estás bien?

La mujer asomó por detrás del árbol y Joe asintió. Esteban apareció a bordo del jeep, recogió a Graciela y recorrió el camino que los separaba de Joe.

Él recogió el rifle y le echó un vistazo al marinero. Estaba sentado en el agua, con los brazos sobre las rodillas y la cabeza baja, como si solo estuviese intentando recuperar el resuello.

Graciela bajó del jeep de un salto. En realidad, medio se cayó y medio se lanzó sobre Joe. Él le pasó un brazo por la cintura para enderezarla y sintió que la adrenalina le recorría el cuerpo como si la acabasen de golpear con un bastón eléctrico de los de atontar al ganado.

Detrás del marinero, algo se movió entre los manglares. Algo muy largo y de un verde tan oscuro que parecía negro.

El marinero levantó la vista hacia Joe, con la boca abierta, respirando con suma dificultad.

—Eres blanco.

—Pues sí —reconoció Joe.

—Entonces, ¿por qué cojones me disparas?

Joe miró a Esteban, y luego a Graciela.

—Si lo dejamos aquí, algo se lo zampará en cosa de dos minutos.

Así que o nos lo llevamos o...

Pudo sentir la presencia de más bichos mientras la sangre del marinero seguía mezclándose con el agua verdosa de la ciénaga.

—O nos lo llevamos o... —repitió Joe.

—La ha visto demasiado bien —dijo Esteban.

—Ya lo sé —convino Joe.

—Se lo tomó como un juego —terció Graciela.

—¿El qué?

—Lo de cazarme. No dejaba de reírse como una niña.

Joe miró al marinero y él le devolvió la mirada. En el fondo de sus ojos se intuía la presencia del miedo, pero el resto de él era puro desafío y chulería palurda.

—Si quieres que te suplique, vas listo...

Joe le disparó en la cara, y el agujero de salida salpicó de rosa los helechos, momento en que los cocodrilos de la zona empezaron a salivar.

Graciela soltó un grito involuntario, y Joe estuvo a punto de hacer lo propio. Esteban lo miró a los ojos y asintió, dándole así las gracias, se dio cuenta Joe, por hacer lo que todos sabían que había que hacer, aunque nadie pareciese dispuesto a dar el paso. De pie entre el resonar del disparo, el olor a cordita y esa nubecilla que salía del cañón de su 32 y que no tenía mucho más grosor que el humo de uno de sus cigarrillos, Joe no acababa de creerse que realmente lo hubiera hecho.

Un hombre yacía muerto a sus pies. En el fondo, muerto únicamente porque, Joe había nacido.

Subieron al jeep sin decir palabra. Como si hubiesen estado esperando que se les diera permiso, dos cocodrilos se echaron a la vez sobre el cadáver: uno salió de los manglares con el trote decidido de un perro gordo, y el otro atravesó el agua y los matojos de lirios junto a los neumáticos del jeep.

Esteban se alejó de allí mientras ambos reptiles llegaban hasta el cuerpo al mismo tiempo. Uno se hizo con un brazo y el otro, con una pierna.

De vuelta a los pinos, Esteban condujo en dirección sudeste por el borde de la ciénaga, en paralelo a la carretera, pero sin introducirse todavía en ella.

Joe y Graciela iban sentados en la parte de atrás. Los cocodrilos y los humanos no eran los únicos depredadores que había en la ciénaga ese día: había una pantera en la orilla, rozando las aguas cobrizas. Era del mismo color crudo que algunos árboles, y puede que Joe no hubiese llegado a verla de no ser porque los miró al pasar a veinte metros de distancia. Medía más de dos metros, y sus mojadas extremidades eran todo músculo y elegancia. Tenía la tripa y la garganta de un blanco cremoso, y le salía vaho de la húmeda piel mientras observaba el coche. Aunque en realidad no miraba el vehículo, sino a Joe. Él se fijó en los ojos líquidos del animal, igual de viejos, amarillos y despiadados que el sol. Por un momento, de lo exhausto que estaba, creyó oír su voz dentro de la cabeza.

«Esto es incontrolable».

¿Y qué es esto?, tenía ganas de preguntar, pero Esteban giró el volante, se salieron del límite de la ciénaga y saltaron violentamente sobre las raíces de un árbol caído; y cuando Joe volvió a mirar hacia la pantera, ya había desaparecido. La buscó con la vista entre los árboles, pero no volvió a verla.

—¿Has visto a ese felino?

Graciela se lo quedó mirando.

—La pantera —dijo Joe, separando mucho los brazos.

Graciela entornó los ojos como si temiera que a Joe le hubiese dado una insolación. Negó con la cabeza. Iba hecha un asco: parecía tener en el cuerpo más arañazos que piel. Tenía la cara hinchada donde él la había golpeado, claro está, y los mosquitos y las moscas de los ciervos se habían puesto las botas con ella; y no eran los únicos, ya que las hormigas rojas le habían dejado pies y pantorrillas cosidos a mordiscos. El vestido estaba roto a la altura del hombro y de la cadera izquierda, y el dobladillo se había rasgado. Había perdido los zapatos.

—Ya te la puedes guardar —le dijo ella.

Joe siguió su mirada y vio que aún sostenía la pistola en su mano derecha. Le puso el seguro y se la metió en la funda que llevaba en la parte baja de la espalda.

Esteban salió a la 41 y apretó de tal manera el acelerador que el jeep tembló antes de lanzarse por la carretera. Joe miró hacia el pavimento de conchas trituradas que se alejaba de ellos, y hacia el implacable sol que lucía en el no menos implacable cielo.

—Me habría matado —dijo Graciela mientras el cabello húmedo le azotaba el rostro y el cuello.

—Ya lo sé.

—Me perseguía como una ardilla buscando algo de comer. No paraba de decir: «Cariño, cariño, te meteré una bala en la pierna y luego te meteré otra cosa». Supongo que se refería a...

Joe asintió.

—Si lo hubieras dejado vivir —dijo ella—, me habrían detenido. Y luego, a ti.

Volvió a asentir. Observó las picaduras de insecto que Graciela tenía en los tobillos, para luego ir subiendo la vista por las piernas y el vestido hasta llegar a sus ojos. Ella le aguantó la mirada lo justo, antes de apartar

sus ojos de él. A continuación la posó brevemente en un naranjal junto al que pasaban a gran velocidad. Al cabo de unos instantes, volvió a mirarlo.

—¿Crees que me siento mal? —le preguntó Joe.

—No sabría decirte.

—Pues no —dijo Joe.

—No deberías.

—Pero no me siento bien.

—Tampoco tendrías por qué.

—Pero no me siento mal.

Ese era, más o menos, el resumen de la situación.

«Ya no soy un forajido —se dijo Joe—. Soy un gánster. Y esta es mi banda».

En la parte trasera del jeep, con el profundo olor a cítricos cediendo de nuevo ante el pestazo de los gases de la ciénaga, Graciela le sostuvo la mirada a Joe durante dos kilómetros, y ninguno de ellos pronunció una palabra más hasta que llegaron a West Tampa.

SOBRE EL DÍA DE HOY

Cuando volvieron a Ybor, Esteban dejó a Graciela y a Joe frente al edificio en el que ella tenía una habitación, encima de un café. Joe la acompañó escaleras arriba mientras Esteban y Sal Urso iban a South Tampa para deshacerse del jeep.

El cuarto de Graciela era tan pequeño como pulcro. La cama de hierro forjado estaba pintada del mismo color blanco que el lavamanos de porcelana que había bajo un espejo oval a juego. Su ropa estaba colgada en un armario de madera de pino gastada que parecía anterior a la construcción del edificio, pero ella lo mantenía limpio de polvo y moho, algo que a Joe, con ese clima, se le antojaba imposible. La única ventana daba a la avenida Once, y Graciela había dejado la persiana bajada para conservar fresca la habitación. También contaba con un biombo hecho de la misma madera que el armario, y mientras se colocaba al otro lado, le dijo a Joe que mirase hacia la ventana.

—Así que ahora eres el rey —le dijo mientras él levantaba la persiana y miraba hacia la avenida.

—¿Perdón?

—Has controlado el mercado del ron. Serás un rey.

—Puede que un príncipe —reconoció Joe—. Pero aún me las tengo que ver con Albert White.

—¿Por qué será que me da que ya has encontrado una manera de hacerlo?

Joe encendió un pitillo y se sentó en el alféizar de la ventana.

—Hasta que no se llevan a cabo, los planes no son más que sueños.

—¿Es esto lo que siempre deseaste?

—Sí —afirmó Joe.

—En ese caso, enhorabuena.

Joe volvió a mirar hacia ella. El sucio vestido de noche colgaba sobre el biombo, y Graciela mostraba los hombros desnudos.

—No aprecio mucha sinceridad.

Ella le indicó que volviera a darse la vuelta.

—Pues la hay. Has conseguido lo que querías. Y eso es digno de admiración, en cierto sentido.

Joe se echó a reír.

—En cierto sentido.

—Pero ¿cómo piensas conservar el poder ahora que lo tienes? Esa es una pregunta interesante, digo yo.

—¿Crees que no soy lo suficientemente fuerte? —Volvió a mirarla y ella se lo permitió porque ya se había cubierto la parte superior del cuerpo con una blusa blanca.

—Lo que no sé es si eres lo suficientemente cruel. —Sus ojos negros eran de una claridad total—. Y si resulta que sí lo eres, será una pena.

—Los poderosos no tienen por qué ser crueles.

—Pero suelen serlo. —Le desapareció la cabeza tras el biombo mientras se ponía la falda—. Ahora que tú me has visto vestirme y yo te he visto matar a un hombre, ¿puedo hacerte una pregunta personal?

—Claro.

—¿Quién es ella?

—¿Quién?

La cabeza reapareció por encima del biombo.

—La mujer que amas.

—¿Y quién dice que amo a nadie?

—Lo digo yo. —Graciela se encogió de hombros—. Una mujer sabe ver esas cosas. ¿Está en Florida?

Joe sonrió y negó con la cabeza.

—No está en ninguna parte.

—¿Te dejó?

—Murió.

Graciela parpadeó y luego lo miró fijamente para cerciorarse de que no le estaba tomando el pelo. Cuando se dio cuenta de que no era así, le dijo:

—Lo siento.

Joe cambió de tema.

—¿Estás contenta con las armas?

Y ella se apoyó en lo alto del biombo.

—Mucho. Cuando llegue el día de acabar con el régimen de Machado, y te aseguro que ese día llegará, tendremos un... —Chasqueó los dedos y miró a Joe—. Ayúdame.

—Un arsenal —dijo él.

—Exacto, un arsenal.

—O sea, que esas no son las únicas armas.

Graciela negó con la cabeza.

—Ni son las primeras ni serán las últimas. Cuando llegue el momento, estaremos preparados. —Salió de detrás del biombo con la ropa habitual de una cigarrera: blusa blanca, corbatita y falda de color crudo—. Tú crees que lo que hago es una estupidez.

—En absoluto. Creo que es una causa muy noble. Pero no es la mía.

—¿Y cuál es la tuya?

—El ron.

—¿No quieres ser una persona noble? ¿Ni siquiera un poquito? —Casi juntó el pulgar con el índice.

Joe negó con la cabeza.

—No tengo nada en contra de la gente noble. Lo que pasa es que raramente llegan a cumplir los cuarenta.

—Como los gánsteres.

—Cierto —dijo Joe—, pero nosotros vamos a mejores restaurantes.

Graciela sacó del armario un par de zapatos planos del mismo color

que la camisa y se sentó en la cama para ponérselos.

Joe se quedó junto a la ventana.

—Pongamos que un día llega esa revolución.

—Sí.

—¿Cambiará algo?

—La gente puede cambiar —dijo Graciela mientras se ponía un zapato.

Joe negó con la cabeza.

—El mundo puede cambiar, pero la gente no, la gente sigue siendo más o menos la misma. O sea, que aunque os libréis de Machado, es muy probable que el sustituto sea aún peor. Y mientras tanto, a ti te pueden herir, te pueden...

—Me pueden matar. —Torció el torso para ponerse el otro zapato—. Ya sé cómo puede acabar todo esto, Joseph.

—Joe.

—Joseph —dijo ella—, puedo morir si un camarada me traiciona por dinero. Puedo ser capturada por gente enferma, tanto como el tío de hoy o puede que más, y me torturarán hasta que el cuerpo no pueda aguantarlo. Y no habrá nada noble en mi muerte porque la muerte nunca es noble. Lloras y suplicas y se te sale la mierda por el culo y te mueres. Y los que te han matado se ríen y escupen sobre tu cadáver. Y nadie se acordará de mí. Como si —chasqueó los dedos— nunca hubiese estado aquí. Soy consciente de todo ello.

—¿Y por qué lo haces?

Se levantó y se alisó la falda.

—Porque quiero a mi país.

—Yo también quiero al mío, pero...

—No hay peros —dijo ella—. Ahí está la diferencia entre nosotros. Tu país es algo que ves por la ventana, ¿verdad?

Joe asintió.

—Más bien sí.

—Pues mi país es algo que está aquí dentro. —Se golpeó el centro del pecho y luego la sien—. Y ya sé que mi país nunca me dará las gracias por mis esfuerzos. Nunca corresponderá a mi amor. Sería imposible, ya que yo no amo únicamente a la gente y los edificios y el olor de la patria. Yo amo la idea de esa patria.

Y eso es algo que sale de mí: por eso amo lo que no está ahí. Como tú amas a esa muchacha muerta.

A Joe no se le ocurría nada que decir, así que se limitó a verla cruzar el cuarto y recoger del biombo el vestido que había llevado en la ciénaga. Se lo pasó a él mientras salían de la habitación.

—Quémalo, ¿quieres?

Las armas iban hacia la provincia de Pinar del Río, al oeste de La Habana. Salieron de St. Petersburg en cinco barcos que zarparon de la bahía de Boca Ciega a las tres de la tarde. Dion, Joe, Esteban y Graciela los vieron partir. Joe se había cambiado el traje destrozado en la ciénaga por el más ligero que tenía. Graciela le había visto quemarlo junto a su vestido, mientras se despedía al mismo tiempo de su papel de presa en una ciénaga llena de cipreses. Se estaba quedando frita en el banco situado bajo la farola del puerto, pero rechazaba cualquier oferta para sentarse en uno de los coches o para que alguien la llevara de regreso a Ybor.

Cuando el último capitán de barco les estrechó la mano a todos y zarpó, se quedaron ahí de pie, mirándose unos a otros. Joe se dio cuenta de que no tenía ni idea de lo que tocaba hacer a continuación. ¿Cómo superar los últimos dos días? El cielo había enrojecido. En algún lugar de la escarpada costa, más allá de un montón de manglares, una vela de lona o de tela encerada tremolaba a la cálida brisa. Joe miró a Esteban. Luego miró a Graciela, quien se inclinó contra el palo de la farola con los ojos cerrados. Miró a Dion. Un pelícano pasó rozándole la cabeza: tenía el

pico más grande que la tripa. Joe miró hacia los barcos, que ya se habían alejado lo suyo, y se echó a reír. No podía evitarlo. Dion y Esteban estaban justo detrás de él, y también acabaron tronchándose. Graciela se cubrió el rostro un momento y luego se lanzó también a reír, a reír y llorar a la vez, como pudo observar Joe, atisbando entre sus propios dedos como una niña hasta que apartó las manos de la cara por completo. Lloraba y reía y se pasaba ambas manos por el pelo sin parar, hasta que tuvo que secarse la cara con el cuello de la blusa. Recorrieron el extremo del muelle y las carcajadas se convirtieron en risas y estas en ecos de risas mientras miraban a unas aguas cada vez más purpúreas bajo ese cielo rojo. Los barcos alcanzaron el horizonte y desaparecieron tras él, uno a uno.

Joe nunca recordaría gran cosa del resto de la jornada. Fueron a uno de los garitos de Maso, que estaba en la parte de atrás de la consulta de un veterinario en la esquina de la Quince y Nebraska. Esteban se las apañó para que le enviaran una caja de ron negro envejecido en barricas de madera de cerezo, y corrió la voz al respecto entre todos los involucrados en el golpe. Los matones de Pescatore no tardaron nada en mezclarse con los revolucionarios de Esteban. A continuación, aparecieron mujeres con vestidos de seda y sombreros de lentejuelas. Se subió al escenario una banda.

Y en cuestión de minutos, el tugurio se puso a crujir como si quisiera venirse abajo.

Dion bailó simultáneamente con tres mujeres, echándoselas a la espalda o bajo sus robustas piernas con una habilidad pasmosa. Pero en lo estrictamente referido al baile, Esteban demostró ser el artista del grupo. Se movía con la agilidad de un gato en la rama más alta de un árbol, pero con una autoridad tan absoluta que la banda no tardó nada en seguirle el ritmo con sus temas, en vez de al revés. A Joe le recordaba a Valentino en aquella peli en la que hacía de torero: tal era su grado de elegancia masculina. Al poco rato, la mitad de las mujeres presentes en aquel

tugurio intentaban bailar igual que él o, directamente, llevárselo a la cama.

—Nunca he visto moverse así a un tío —le comentó Joe a Graciela.

Estaba sentada en la esquina de un reservado, con Joe en el suelo, frente a ella. Graciela se inclinó para hablarle al oído.

—Se dedicaba a eso cuando llegó aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Que en eso consistía su trabajo —le explicó ella—. Era un bailarín a sueldo.

—Me tomas el pelo. —Joe inclinó la cabeza y levantó la vista hacia la mujer—. ¿Hay algo que ese tío no sepa hacer?

—Era bailarín profesional en La Habana. Y muy bueno. Nunca fue la estrella principal de ningún espectáculo, pero siempre estuvo muy solicitado. Así se mantuvo a sí mismo mientras estudiaba derecho.

Un poco más y Joe escupe lo que se estaba bebiendo.

—¿Es abogado?

—En La Habana sí.

—Me contó que se había criado en una granja.

—Y es cierto. Mi familia trabajaba para la suya. Éramos, eh... —Miró a Joe.

—¿Temporeros?

—¿Se dice así? —Se le torció un poco la cara: estaba tan borracha como Joe, o tal vez más—. No, no, nosotros éramos arrendatarios.

—¿Tu padre le alquilaba la tierra al padre de él y le pagaba con parte de la cosecha?

—No.

—Pues eso es ser un arrendatario. Es lo que hacía mi abuelo en Irlanda. —Joe intentaba parecer sobrio y cabal, pero las circunstancias no se lo ponían nada fácil—. Los temporeros van de granja en granja siguiendo las estaciones, dependiendo de las cosechas.

—Ah —dijo ella, molesta con la aclaración—. Qué listo eres,

Joseph. Lo sabes todo.

—Tú has preguntado, *chica*.

—¿Me acabas de llamar *chica*, en español?

—Creo que sí.

—Tienes un acento espantoso.

—Así debe de ser tu gaélico.

—¿Qué?

Joe zanjó el tema con un manotazo al aire.

—Solo intento progresar con mi español.

—Su padre era un gran hombre. —A Graciela se le iluminaron los ojos—. Me aceptó en su casa y me dio mi propio cuarto con sábanas limpias. Aprendí inglés con un instructor privado. Yo, una cría de pueblo.

—¿Y qué te pidió a cambio su padre?

Graciela le entendió a la perfección.

—Eres asqueroso.

—Es una pregunta lógica.

—No me pidió nada. Puede que se le fuera un poco la mano con todo lo que hizo por esta pueblerina, pero nada más.

Joe levantó una mano en son de paz.

—Lo siento, lo siento.

—Tú ves lo peor en las mejores personas —dijo ella, meneando la cabeza—. Y lo mejor en las peores.

A Joe no se le ocurrió un comentario adecuado al respecto, así que optó por encogerse de hombros y dejar que el alcohol les llevara a ambos a un lugar más agradable.

—Ven. —Graciela se levantó del reservado—. Bailemos.

Lo cogió de las manos para ayudarle a levantarse.

—Yo no bailo.

—Esta noche —sentenció ella— todo el mundo baila.

Joe dejó que lo pusiera de pie, aunque se le antojaba abominable compartir la pista de baile con Esteban o, incluso, con Dion y pretender

que hacía lo mismo que ellos.

Como no podía ser de otra manera, Dion se cachondeó de él, pero Joe estaba tan borracho que ni se inmutó. Se dejó guiar por Graciela y no tardó en encontrar un ritmo con el que sentirse más o menos cómodo. Se quedaron un buen rato en la pista, compartiendo una botella de ron negro Suárez. En un momento dado, Joe se vio asediado por unas imágenes alternativas de Graciela; en una de ellas, la mujer corría a través de la ciénaga de los cipreses cual presa desesperada; en la otra, bailaba a escasa distancia de él, cimbreado las caderas, los hombros y la cabeza mientras se llevaba la botella a los labios.

Había matado por esa mujer. Y también por sí mismo. Pero había una pregunta a la que no había podido responder en toda la jornada, y era por qué le había disparado al marinero en plena cara. Eso no se lo haces a nadie, de no estar muy rabioso. Le disparas en el pecho. Pero Joe le había volado la cabeza. Eso era algo personal. Y eso, observaba mientras se perdía en el meneo de Graciela, consistía en que había visto claramente en los ojos del marinero el desprecio que sentía por esa mujer. Como era oscura, violarla no era un pecado; solo era aprovecharse de una víctima de la guerra. A Cyrus le habría dado exactamente lo mismo violarla viva o muerta.

Graciela alzó los brazos por encima de la cabeza, con la botella en la mano, las muñecas cruzándose, los brazos culebreando, una sonrisa torcida en el rostro contuso y los ojos a media asta.

—¿En qué estás pensando? —le preguntó a Joe.

—En el día de hoy.

—¿Y qué le pasa al día de hoy? —comentó Graciela, aunque podía leer la respuesta en sus ojos. Bajó los brazos, le pasó la botella y ambos abandonaron el centro de la pista para seguir bebiendo.

—Ese tío me da lo mismo —dijo Joe—. Simplemente, me habría gustado no tener que llegar a eso.

—Era inevitable.

Joe asintió.

—Por eso no lamento lo que he hecho. Lo único que lamento es que sucediera.

Graciela le quitó la botella.

—¿Cómo se le dan las gracias a alguien que te ha salvado la vida después de ponerte con peligro?

—¿Ponerte con peligro?

Graciela se limpió los labios con los nudillos.

—Sí. ¿Cómo le das las gracias?

Joe inclinó la cabeza con segunda intención.

Graciela le leyó los ojos y se echó a reír.

—Tiene que haber otro modo, *chico*.

—Pues límitate a decir gracias.

Le cogió la botella y tomó un trago.

—Gracias.

Joe le hizo una reverencia, con movimiento de brazo incluido, y se cayó encima de ella. Graciela pegó un chillido y, agarrándolo de la cabeza, le ayudó a recuperar el equilibrio. Riendo y echando el bofe, se arrastraron hasta una mesa.

—Nunca seremos amantes —declaró ella.

—¿Por qué?

—Amamos a otras personas.

—Hombre, la mía está muerta.

—Y mi hombre puede que también.

—Ah.

Graciela meneó la cabeza unas cuantas veces, en reacción al alcohol.

—O sea, que queremos a espíritus.

—Sí.

—Y eso nos convierte en fantasmas.

—Estás borracha —sentenció Joe.

Graciela se echó a reír y le señaló con el dedo, por encima de la

mesa.

—Tú sí que estás borracho.

—No pienso discutir.

—No seremos amantes.

—Eso lo dirás tú.

La primera vez que hicieron el amor en el cuarto que tenía Graciela sobre el café fue como un choque de trenes. Se crujieron mutuamente los huesos, se cayeron de la cama y se llevaron una silla por delante, y cuando él la penetró, ella le clavó los dientes en el hombro con tal fuerza que le hizo sangrar. La cosa duró menos de lo que se tarda en secar un plato.

La segunda vez, al cabo de media hora, ella vertió ron sobre el pecho de Joe y lo lamió, y él le devolvió el favor, y ambos se tomaron su tiempo y se familiarizaron con el ritmo ajeno. Graciela le había dicho a Joe que nada de besos, pero él le hizo tanto caso como cuando le dijo que nunca serían amantes. Se besaron de forma lenta e intensa, rozando apenas los labios o frotándose exclusivamente la lengua.

Lo que más le sorprendió a Joe fue lo bien que se lo pasaban. Se había ido a la cama con siete mujeres a lo largo de su vida, pero la única con la que había hecho el amor, tal y como él entendía ese sentimiento, era Emma. Y aunque el sexo había sido temerario y a veces inspirado, Emma siempre mantenía una parte de sí misma en la reserva. A veces la veía observando cómo follaban mientras lo estaban haciendo. Y después, ella siempre se refugiaba aún más al fondo de esa caja cerrada que era su vida.

Graciela no se guardaba nada para sí misma. Lo cual implicaba ciertos riesgos físicos: le tiraba del pelo, lo agarraba tan fuerte del cuello con sus manos de cigarrera que Joe temía que se lo fuese a romper, le clavaba los dientes en la piel, los músculos y los huesos. Pero todo

formaba parte de su forma de envolverlo, de llevar el acto sexual hasta un punto que Joe confundía con la desaparición, como si fuese a despertar por la mañana a solas, con ella disuelta en su cuerpo, o al revés.

Cuando despertó esa mañana, sonrió ante la estupidez de semejante idea. Ella dormía a su lado, dándole la espalda, con el pelo alborotado y derramándose sobre la almohada y el cabecero. Se preguntó si debería salir de la cama, pillar su ropa y largarse antes de la inevitable discusión sobre el exceso de alcohol y las mentes embrutecidas. Antes de que empezaran los lamentos. En vez de eso, le dio un besito en el hombro, y ella se le echó encima de inmediato. Lo cubrió por completo. Los lamentos, se dijo Joe, tendrán que esperar un momento mejor.

—Será un arreglo profesional —le dijo ella en el café de abajo, mientras desayunaban.

—¿Y eso de qué va? —Joe se estaba comiendo una tostada y no podía dejar de sonreír como un idiota.

—Satisfaremos esa... —Graciela también sonreía mientras buscaba la palabra adecuada— necesidad mutua hasta que esta tesitura...

—¿Tesitura? —se sorprendió Joe—. Ese tutor tuyo era espléndido. Graciela se apoyó en el respaldo de la silla.

—Mi inglés es muy bueno.

—No puedo estar más de acuerdo. Aparte de que dices «con peligro» en vez de «en peligro», es prácticamente impecable.

Graciela se estiró un par de centímetros.

—Gracias.

Joe seguía sonriendo como un idiota.

—No hay de qué. Bueno, entonces satisfaremos nuestras... eh... mutuas necesidades... ¿Hasta cuándo?

—Hasta que yo vuelva a Cuba con mi marido.

—¿Y yo?

—¿Tú? —Cortó un trozo de huevo frito.

—Pues sí. Tú consigues volver con tu marido. ¿Y yo qué pillo?

—Tú te conviertes en el rey de Tampa.

—Príncipe —precisó Joe.

—Príncipe Joseph —dijo ella—. No suena mal, pero me temo que no te acaba de cuadrar. ¿Un príncipe no debería ser benévolo?

—¿En vez de qué?

—En vez de ser un gánster que va a la suya.

—El gánster tiene una pandilla.

—¿Y?

—Pues que puede ser benevolente con ella.

Graciela le dedicó una mirada a medio camino entre la frustración y el desagrado.

—Pero ¿tú eres un príncipe o un gánster?

—Pues no lo sé muy bien. Yo prefiero considerarme un forajido, aunque igual eso ya no es más que una fantasía.

—En ese caso, serás mi príncipe forajido hasta que vuelva a casa. ¿Qué te parece?

—Me encantaría ser tu príncipe forajido. ¿Y cuáles serán mis deberes?

—Tienes que hacer algo por los demás.

—De acuerdo. —A esas alturas, Graciela podría haberle pedido el páncreas y él le habría dicho que vale. La miró a los ojos—. ¿Por dónde empezamos?

—Manny. —Los ojos negros de Graciela adquirieron un repentino tono de seriedad.

—Tenía familia —dijo Joe—. Mujer y tres hijas.

—Veo que te acuerdas.

—Claro que me acuerdo.

—Dijiste que te daba lo mismo que estuviera vivo o muerto.

—Exageraba un poco.

—¿Te ocuparás de su familia?

—¿Hasta cuándo?

—Toda la vida —sentenció ella, como si fuese la respuesta más lógica—. Él dio la suya por ti.

Joe negó con la cabeza.

—Con el debido respeto, la vida la dio por ti. Por ti y por tu causa.

—¿Entonces? —Graciela sostenía un trozo de tostada justo por debajo de la barbilla.

—Entonces —dijo Joe—, en nombre de tu causa, me encantará enviarle un saco lleno de dinero a la familia Bustamente en cuanto yo tenga mi propio saco lleno de dinero. ¿Te parece bien?

Graciela le sonrió mientras mordía la tostada.

—Me parece bien.

—Pues dalo por hecho. Y por cierto, ¿a ti, siempre te han llamado Graciela?

—¿Y cómo quieres que me llamen?

—No sé. ¿Gracie?

Puso cara de haberse sentado sobre brasas ardientes.

—¿Graci?

Nueva cara de horror.

—¿Ela? —volvió a intentarlo Joe.

—¿Y para qué quieres que me llamen esas cosas? Graciela es el nombre que me pusieron mis padres.

—Los míos también me pusieron uno.

—Pero lo partiste por la mitad.

—Es Joe —dijo—. Es como José.

—Que Joseph es José, ya lo sé —dijo Graciela mientras acababa de comer—. Y José es Joseph, no Joe. Deberían llamarte Joseph.

—Pareces mi padre. Él siempre me llamaba Joseph.

—Porque ese es tu nombre —dijo ella—. Comes muy lentamente, como un pajarito.

—Ya me lo han dicho.

Graciela levantó la vista hacia algo que había detrás de Joe, y él se dio la vuelta en la silla para ver entrar por la puerta de atrás a Albert White. No había envejecido nada, aunque estaba algo más fofo de como él lo recordaba, con esa tripita de banquero que empezaba a notársele por encima del cinturón. Seguía llevando trajes blancos, sombreros blancos y botines blancos. Seguía manteniendo esa actitud que permitía intuir que consideraba el mundo como su propio parque de juegos. Entró con Bones y Brenny Loomis y se hizo rápidamente con una silla. Sus chicos hicieron lo propio, y todos colocaron las sillas junto a la mesa de Joe y se sentaron en ellas: Albert junto a Joe; Loomis y Bones, flanqueando a Graciela, aunque con sus rostros impávidos clavados en Joe.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Albert—. ¿Algo más de dos años?

—Dos y medio —le dijo Joe, y tomó un sorbo de café.

—Si tú lo dices —comentó Albert—. Tú eres el que fue a la cárcel, y si hay algo que sé sobre los presidiarios es que cuentan muy bien los días. —Fue hacia el plato de Joe y le quitó una salchicha, que empezó a zamparse como si fuese un muslo de pollo—. ¿Por qué no has sacado la pipa?

—Porque quizá no voy armado.

—Dime la verdad, por favor —le dijo Albert.

—Tú eres un hombre de negocios, Albert, por lo que intuyo que este sitio no te parece el más adecuado para liarte a tiros.

—Te equivocas —dijo Albert mientras echaba un vistazo al local—. A mí me parece totalmente aceptable. Buena luz, buenos puntos de vista, no muchos estorbos...

La propietaria del café, una cubana nerviosa de cincuenta y tantos años, parecía cada vez más nerviosa. Podía detectar la energía que corría entre esos dos hombres y deseaba que saliera por la ventana o por la puerta, pero que lo hiciera cuanto antes. Junto a ella, sentados a la barra,

una pareja mayor seguía a lo suyo, discutiendo sobre si esa noche ir a ver una peli al Tampa Theatre o la actuación de Tito Broca en el Tropical.

No había nadie más en el establecimiento.

Joe observó a Graciela. Tenía los ojos un poco más abiertos que de costumbre, y en mitad de la garganta le había salido una vena latente que nunca había visto antes, pero aparte de eso, parecía serena, respiraba con tranquilidad y las manos no le temblaban.

Albert le pegó otro mordisco a la salchicha y se inclinó hacia ella.

—¿Cómo te llamas, guapa?

—Graciela.

—¿Y eres una negra clara o una sudaca oscura?

Ella le sonrió.

—Soy austríaca. ¿O es que no se nota?

Albert soltó una carcajada. Se palmeó el muslo y golpeó la mesa de tal manera que hasta la pareja mayor que iba a lo suyo se volvió a ver qué pasaba.

—Eso ha sido muy bueno —les dijo a Loomis y Bones—. Austríaca. No lo pillaban.

—¡Que viene de Austria! —dijo Albert, agitando los brazos ante ellos, con la salchicha colgándole de la mano.

Suspiró.

—Dejadlo correr. —Se dio la vuelta—. ¿Y cuál es tu nombre completo, Graciela de Austria?

—Graciela Dominga Maela Corrales.

Albert pegó un silbido.

—Tanto nombre le llena a uno la boca, pero intuyo que debes de pasarte la vida con la boca llena de otras cosas, ¿verdad, guapa?

—No, Albert —dijo Joe—. No vayas por ahí. No la metas en esto.

Albert se volvió hacia Joe mientras masticaba el último trozo de la salchicha.

—La experiencia nos dice que eso es algo que no me sale muy bien,

Joe.

Este asintió.

—¿A qué has venido?

—Me gustaría averiguar cómo es posible que no aprendieses nada en el trullo. ¿Estabas muy ocupado poniendo el culo? ¿Sales, te vienes para aquí y en un par de días intentas zurrarme? ¿Tanto te idiotizaste ahí dentro, Joe?

—Puede que solo estuviera intentando captar tu atención —dijo Joe.

—En ese caso, has triunfado a lo grande —le espetó Albert—. Hoy hemos empezado a tener noticias de mis bares, restaurantes, salones de billar y garitos ilegales. Resulta que de aquí a Sarasota ya no me paga ni Dios. Te pagan a ti. Así pues, como no podía ser de otro modo, le he hecho una visita a Esteban Suárez y resulta que ahora tiene más guardias armados que el presidente de Estados Unidos. Y no piensa tomarse la molestia de recibirme. ¿Tú te has creído que con cuatro italianos y unos cuantos negratas...?

—Cubanos —lo interrumpió Joe.

Albert se hizo con una de sus tostadas.

—¿Tú te has creído que te vas a deshacer de mí?

Joe asintió.

—Bueno, yo diría que ya lo he hecho, Albert.

Albert negó con la cabeza.

—En cuanto la diñes, los Suárez se achantarán y te aseguro que los traficantes también.

—Si me quisieras muerto, ya te habrías encargado de ello. Tú has venido a negociar.

Albert negó con la cabeza.

—Te quiero muerto y no hay nada que negociar. Solo quería que vieses que he cambiado, que me he ablandado. Por eso vamos a salir tú y yo por esa puerta y vamos a dejar a la chica donde está. No le voy a tocar ni un pelo, aunque la verdad es que le sobra.

Albert se puso de pie. Se abotonó la chaqueta sobre la blanda tripa. Le dio un tirón a la badana del sombrero.

—Si armas follón, nos la llevamos y os matamos a los dos.

—¿Esa es tu propuesta?

—Esa es.

Joe asintió. Sacó un papel del bolsillo de la chaqueta y lo dejó sobre la mesa. Lo aplanó. Levantó la vista hacia Albert y se puso a leer los nombres que traía anotados. «Pete McCafferty, Dave Kerrigan, Gerard Mueller, Dick Kipper, Fergus Dempsey, Archibald...».

Albert le arrancó el papel de entre los dedos y se puso a leer lo que quedaba.

—¿A que no los puedes encontrar, Albert? Son tus mejores soldados, pero no descuelgan el teléfono ni atienden al timbre de la puerta. Tú insistes en que se trata de simples coincidencias, pero sabes que no es verdad. Los tenemos. A todos y cada uno de ellos, Albert. Lamento tener que decírtelo, pero no van a volver contigo.

Albert se echó a reír, pero su rostro, habitualmente rubicundo, mostraba ahora la blancura de un cuerno de elefante. Miró a Bones y a Loomis y se rio un poco más. Bones le acompañó con una risita, pero Loomis puso cara de encontrarse repentinamente indispuerto.

—Y ya que estamos hablando de la gente de tu organización —continuó Joe—, ¿cómo has sabido dónde encontrarme?

Albert miró a Graciela y recuperó un poco el color.

—Mira que eres simplón, Joe... Basta con seguir el olor a chocho.

Graciela apretó la mandíbula, pero no dijo nada.

—Muy ingenioso, Albert —le dijo Joe—, pero a no ser que anoche ya supieras dónde encontrarme, y no lo sabías porque no lo sabía nadie, hoy habrías sido incapaz de dar conmigo por tu cuenta.

—Me has pillado. —Albert levantó las manos—. Supongo que tengo otros métodos.

—¿Algún secuaz metido en mi organización?

A Albert le sonrieron los ojos hasta que se despidió de esa sonrisa con un parpadeo.

—¿El mismo tipo que te dijo que me trincaras en el café y no en la calle?

A Albert ya no le sonreían los ojos, que se le habían quedado más planos que unas monedillas.

—¿Te dijo que si me pillabas en el café no te plantaría cara porque estaba la chica? ¿Te dijo que yo te acabaría llevando hasta un saco de dinero que había guardado en un hoyo de Hyde Park?

Brendan Loomis intervino:

—Cárgueselo, jefe. Mátelo ahora.

—Deberías haberme disparado nada más cruzar esa puerta —dijo Joe.

—¿Y quién te dice que no voy a acabar haciéndolo?

—Lo digo yo —declaró Dion, que acababa de materializarse detrás de Loomis y Bones con un 38 de cañón largo apuntando a cada uno de ellos. Sal Urso entró por la puerta principal, seguido por Lefty Downer, ambos luciendo gabardina en un día sin nubes.

La dueña del café y la pareja de la barra ya estaban, por fin, al corriente del asunto. El viejo seguía picándose el pecho. La propietaria del establecimiento iba pasando las cuentas del rosario mientras se le movían los labios de manera frenética.

Joe le pidió a Graciela:

—¿Podrías decirles que no les vamos a hacer ningún daño?

Ella asintió y se levantó de la mesa.

Albert le dijo a Dion:

—Parece que se te da muy bien la traición, ¿eh, gordinflas?

—Solo sucedió una vez, pedazo de cabrón —le espetó Dion—. Antes de tragarte todo lo que te he largado, deberías haber pensado un poco en lo que le hice a tu chico, Blum, el año pasado.

—¿Cuántos más hay en la calle? —preguntó Joe.

—Cuatro coches llenos —le informó Dion.

Joe se puso de pie.

—Albert, no quiero matar a nadie en este café, pero puedo llegar a hacerlo si me das el más mínimo motivo.

Albert sonrió, tan chulo como siempre, aunque le superaran en número y en armas.

—Haré lo que me salga de los cojones. ¿Te gusta mi manera de cooperar?

Joe le escupió en la cara.

A Albert se le encogieron los ojos hasta que parecieron granos de pimienta.

Durante un largo instante, nadie movió un dedo allí dentro.

—Voy a sacar el pañuelo —anunció Albert.

—Como eches mano al bolsillo, te freímos ahí mismo —le amenazó Joe—. Usa la puta manga.

Mientras le obedecía, Albert recuperó la sonrisa, pero sus ojos seguían luciendo un aspecto asesino.

—O sea, que o me matas o me echas de la ciudad.

—Exactamente.

—¿Y qué has decidido?

Joe miró a la dueña del café con su rosario, y a Graciela de pie junto a ella, con la mano sobre su hombro.

—Creo que hoy no tengo ganas de matarte, Albert. No tienes armas ni medios para iniciar una guerra, y necesitarías un montón de años para construir nuevas alianzas y aspirar a meterme miedo.

Albert tomó asiento. Como si tal cosa. Como si estuviera de visita en casa de unos viejos amigos. Joe se quedó de pie.

—Llevas planeándolo todo desde lo del callejón —dijo.

—Evidentemente.

—Por lo menos, dime que una parte de esto es solo por negocios —le pidió Albert.

Pero Joe negó con la cabeza.

—Todo ha sido absolutamente personal.

Albert encajó la afirmación y asintió.

—¿Quieres preguntarme por ella?

Joe notaba los ojos de Graciela clavados en él. Y los de Dion.

—No especialmente —dijo—. Tú te la follabas, yo la amaba y luego tú la mataste. ¿De qué quieres que hablemos?

Albert se encogió de hombros.

—Yo la quería. Más de lo que tú te imaginas.

—Pues yo tengo mucha imaginación.

—No tanta —sentenció Albert.

Joe intentaba distinguir el verdadero rostro que había tras la expresión de Albert, y tenía la misma impresión que tuvo en el pasillo de servicio del sótano del hotel Statler: que los sentimientos de Albert por Emma eran iguales que los suyos.

—¿Y por qué la mataste?

—Yo no la maté —dijo Albert—. Fuiste tú. En cuanto le metiste la polla. Mira que había chicas en la ciudad, y tú eras un tío guapetón que se podría haber ligado a la que quisiera, pero no, tuviste que quitarme la mía. Cuando le pones cuernos a alguien, no le dejas más que dos opciones: quitarse de en medio o quitarte de en medio a ti.

—Pero tú no te deshiciste de mí, sino de ella.

Albert se encogió de hombros, y Joe pudo comprobar sin el menor atisbo de duda que el asunto aún le dolía. Dios mío, se dijo, esa mujer posee un trozo de cada uno de nosotros.

Albert paseó la vista por el local.

—Tu amo me sacó de Boston, y ahora tú me echas de Tampa. ¿En eso consiste todo?

—Más o menos.

Albert señaló a Dion.

—¿Ya sabes que te vendió en Pittsfield? ¿Que por su culpa te has

tirado dos años en la cárcel?

—Sí, ya lo sé. Oye, D.

Dion no apartaba la vista de Bones y Loomis.

—¿Sí?

—Métele un par de balas a Albert en el cerebro, ¿quieres?

A Albert se le pusieron los ojos como platos, la dueña del local pegó un chillido y Dion echó a andar con el brazo extendido. Sal y Lefty sacaron cada uno una Thompson de debajo de la gabardina para cubrir a Loomis y a Bones, y Dion le puso a Albert el cañón de la pistola en la sien. Albert apretó los párpados y levantó las manos.

—Un momento —dijo Joe.

Y Dion se detuvo.

Joe se levantó los pantalones y se acuclilló frente a Albert.

—Mira a mi amigo a los ojos.

Albert levantó la vista hacia Dion.

—¿Ves en ellos que te tenga algún tipo de afecto, Albert?

—No —parpadeó Albert—. No, no lo veo.

Joe le dijo que sí a Dion con la cabeza y él apartó el arma de la sien de Albert.

—¿Has venido en coche?

—¿Cómo?

—Que si has venido en coche hasta aquí.

—Sí.

—Bien. Pues te vas a subir a ese coche en dirección norte, a buscarte otro estado. Te sugiero Georgia porque ya controlo Alabama, la costa de Mississippi y todas las poblaciones situadas entre aquí y Nueva Orleans. —Le dedicó una sonrisa—. Y la semana que viene, precisamente, tengo una reunión para hablar de Nueva Orleans.

—¿Y cómo sé que no tendrás a tus secuaces esperándome en la carretera?

—Joder, Albert, pues claro que tendré gente en la carretera. De

hecho, te van a seguir hasta que salgas del estado. ¿No es así, Sal?

—Tengo el depósito lleno, señor Coughlin.

Albert le echó un vistazo a la metralleta de Sal.

—¿Cómo sé que no nos matarán por el camino?

—No lo puedes saber —le dijo Joe—. Pero si no sales ahora mismo de Tampa para nunca volver, te garantizo que no llegas vivo al puto día de mañana. Y sé que tienes ganas de que llegue ese día porque es cuando empezarás a planear tu venganza.

—En ese caso, ¿por qué me dejas vivir?

—Para que todo el mundo sepa que te lo arrebaté todo y que no fuiste lo suficientemente hombre como para impedírmelo. —Joe se incorporó—. Te dejo conservar la vida, Albert, porque no se me ocurre nadie que la valore en lo más mínimo.

EL HIJO DE NADIE

Durante los años buenos, Dion le decía a Joe:

—La suerte se acaba.

Se lo dijo más de una vez. Y Joe solía responderle:

—La buena y también la mala.

—Lo que pasa es que llevas tanto tiempo de buena suerte —proseguía Dion— que nadie recuerda tu mala suerte.

Joe construyó una casa para compartir con Graciela en la esquina de la Novena con la Diecinueve. Contrató albañiles españoles y cubanos, recurrió a los italianos para los trabajos con mármol y se trajo a unos arquitectos de Nueva Orleans para asegurarse de que el resultado tuviese un tono vagamente francés. Graciela y él realizaron varios viajes a Nueva Orleans, donde se patearon el Barrio Francés en busca de inspiración, y también se recorrieron Ybor de cabo a rabo. Acabaron decantándose por un estilo a medio camino entre el Renacimiento y el estilo colonial español. La fachada de la mansión estaba hecha de ladrillo rojo y lucía unas balconadas de cemento claro con barandillas de hierro forjado. Las ventanas eran verdes y se mantenían bien cerradas para que no resultara nada fácil deducir si la casa estaba ocupada o no.

Pero en la parte de atrás, las amplias estancias de altos techos cobrizos y elevados arcos daban a un patio con piscina y a unos jardines en los que la menta, las violetas y las semillas de otras flores crecían junto a palmeras traídas de Europa. Las paredes de estuco estaban cubiertas de hiedra argelina. En invierno, las buganvillas florecían junto a los amarillos jazmines de Carolina, mustiéndose ambos en primavera para ser sustituidos por flores de temporada, tan oscuras como naranjas

sanguinas. Senderos de piedra culebreaban en torno a una fuente en el patio, para atravesar luego la arcada que llevaba a una escalinata que se internaba en la casa.

Todas las puertas de la residencia eran de un grosor de quince centímetros, por lo menos, con bisagras de cuerno de carnero y pestillos de hierro negro. Joe había contribuido a diseñar el salón de la tercera planta con techo en forma de cúpula y una azotea con vistas al callejón que había detrás de la casa. Era una especie de porche innecesario, pues ya contaba con la balconada de la segunda planta, que recorría el resto de la fachada, y con la galería del tercer piso, dotada de una terraza tan ancha como la calle, y a menudo se olvidaba de su existencia.

En cuanto Joe se puso en acción, no hubo quien lo parara. Los invitados que tenían la suerte de acudir a uno de los actos de recaudación de fondos con fines benéficos que organizaba Graciela no podían dejar de fijarse en el salón o en la gran sala central de anchísima escalinata, o en los sedosos tapizados de importación, las sillas de obispo italiano, el espejo Napoleón III con candelabros, las repisas de mármol florentino o los cuadros de marco dorado procedentes de una galería de París que Esteban había recomendado. Las paredes de ladrillo visto convivían con las que estaban cubiertas de papel satinado, cenefas o estuco agrietado aposta. Los suelos de parqué a la entrada de la casa mutaban en suelos de piedra en la parte de atrás, para mantener frescas las habitaciones. En verano se cubrían los muebles con fundas de algodón blanco, y de las arañas colgaban unas gasas que las protegían de los insectos. Una mosquitera cubría la cama de Joe y Graciela, así como la bañera con patas en forma de garra del cuarto de baño, donde acababan a menudo, al final de la jornada, para compartir una botella de vino, ajenos al ruido de la calle.

Lo que Graciela ganó en opulencia lo perdió en amistades. Esas pérdidas se produjeron, principalmente, entre los amigos de la fábrica y los camaradas de los primeros tiempos del Círculo Cubano. No es que le

guardaran rencor por su recién adquirida riqueza y buena fortuna (bueno, algunos sí), sino que, más bien, temían tropezar con algo de valor y cargárselo contra el suelo de piedra. En esa casa no podían sentarse tranquilos; y además, no tardaron mucho en quedarse sin temas que compartir con Graciela, por lo que ya no había nada que decirse.

En Ybor, la casa era conocida como «La mansión del alcalde», pero Joe tardaría cosa de un año en enterarse, ya que la gente con la que se cruzaba por la calle siempre bajaba el volumen al pasar a su lado.

Y mientras tanto, la sociedad Coughlin-Suárez iba creando una notable estabilidad en un negocio que no se distinguía precisamente por ello. Joe y Esteban instalaron una destilería en el Landmark Theater de la Séptima, y luego otra tras la cocina del hotel Romero, manteniendo ambas bien limpias y en constante producción. Agruparon a todos los emprendedores de estar por casa, incluyendo a los que habían trabajado para Albert White, a fuerza de darles una comisión más alta y un producto mejor. Compraron barcos más rápidos y sustituyeron todos los motores de los camiones y demás vehículos de transporte. Para dar cobertura a los periplos por el Golfo, adquirieron un hidroavión de dos plazas, pilotado por Farruco Díaz, antiguo revolucionario mexicano cuya habilidad solo era comparable a su chaladura. Farruco, que tenía el rostro carcomido por la viruela y el pelo largo y pringoso cual fideos húmedos, insistió en instalar una ametralladora en el asiento del copiloto, «por si las moscas». Cuando Joe le señaló que volaba solo y que, por consiguiente, no habría nadie para hacerse cargo del arma «por si las moscas», Farruco se avino a un extraño acuerdo, según el cual se le permitió instalar el mecanismo para insertar la ametralladora, pero sin la ametralladora.

En tierra firme, compraron su acceso a determinadas rutas de todo el sur y a lo largo de la costa Este; Joe sostenía que si les pagaban a las diferentes bandas de Dixies para usar sus carreteras, ellos se encargarían de sobornar a las fuerzas de la ley locales, con lo que el número de

detenciones y cargamentos perdidos bajaría entre un treinta y un treinta y cinco por ciento.

Bajó un setenta.

En un santiamén, Joe y Esteban convirtieron un negocio de un millón de dólares al año en un chollo de seis.

Y todo ello en medio de una crisis económica global que cada vez iba a peor, pues cada susto iba seguido de otro mayor, día tras día, mes a mes. La gente necesitaba trabajo, refugio y esperanza.

Y cuando no obtenían ninguna de las tres cosas, se conformaban con un trago.

El vicio, observó Joe, era algo a prueba de depresiones.

Prácticamente lo único. Aunque estuviese a salvo de la crisis, Joe se sorprendía como el resto de sus compatriotas ante el bajón que había pegado su país durante los últimos años. Desde la quiebra de 1929 se habían hundido diez mil bancos y habían perdido el trabajo trece millones de personas. Hoover, que se enfrentaba a un combate por la reelección, no paraba de hablar de la luz al final del túnel, pero casi todo el mundo pensaba que esa luz era la del tren que se acercaba para arrollarles. Así pues, Hoover intentó arañar algo de dinero a fuerza de subirles los impuestos a los ricachones del veinticinco al sesenta y tres por ciento, perdiendo de ese modo a los pocos que aún le apoyaban.

En Tampa y su zona de influencia, curiosamente, la economía iba boyante: los astilleros y las conserveras nunca habían estado mejor. Pero en Ybor no se enteró nadie. Las fábricas de cigarros empezaron a hundirse a mayor velocidad que los bancos. Las máquinas enrolladoras reemplazaron a las personas; las radios suplantaron a los que leían en voz alta. Los cigarrillos, mucho más baratos, se convirtieron en el nuevo vicio nacional dentro de la ley, mientras las ventas de puros cayeron cerca del cincuenta por ciento. Los trabajadores de una docena de tabaqueras fueron a la huelga, pero sus iniciativas fueron abortadas por los matones de la patronal, la policía y el Ku Klux Klan. Los italianos se

fueron de Ybor a manadas. Y también los españoles empezaron a largarse.

A Graciela le quitó el trabajo una máquina. A Joe ya le iba bien, pues llevaba meses intentando sacarla de La Trocha. La consideraba muy valiosa para su organización. Recibía a los cubanos que bajaban de los barcos y se los llevaba al club social, a los hospitales o a los hoteles cubanos, dependiendo de sus necesidades. Si topaba con alguno que le parecía adecuado para el tipo de trabajo de Joe, le hablaba inmediatamente de una oportunidad laboral única.

Además de eso, estaba su instinto para la filantropía, que encajaba a la perfección con la necesidad que tenían Joe y Esteban de lavar dinero, una necesidad que llevó a Joe a adquirir el cinco por ciento de Ybor City, aproximadamente. Compró dos tabaquerías hundidas y volvió a contratar a todos sus trabajadores; convirtió unos grandes almacenes fracasados en una escuela, y una empresa de productos de fontanería en una clínica gratuita. Recicló ocho edificios vacíos como abrevaderos clandestinos, aunque desde la calle todos parecían ser lo que se suponía que eran: una mercería, un estanco, dos floristerías, tres carnicerías y una cafetería griega que, ante la sorpresa general —y la más grande era la del propio Joe—, alcanzó tal éxito que hubo que traer de Atenas al resto de la familia del cocinero y abrir una cafetería hermana a siete manzanas de distancia.

Pero Graciela echaba de menos la fábrica. Echaba de menos los chistes y las historias que contaban los demás trabajadores, echaba de menos a los que le leían sus novelas favoritas en español, echaba de menos hablar en su lengua materna todo el día.

Aunque pasaba todas las noches en la casa que Joe había erigido para ambos, conservaba el cuarto de encima del café, pese a que lo único que hacía allí, que él supiera, era cambiarse de ropa. Y tampoco muy a menudo. Joe había llenado un armario de casa con las prendas que le había comprado.

—Porque me las compraste tú —solía responderle cuando él le preguntaba por qué no se las ponía con mayor frecuencia—. Prefiero comprar yo mis propias cosas.

Pero nunca disponía del dinero para hacerlo porque lo enviaba todo a Cuba, o a la familia del tarambana de su marido o a sus amigos del movimiento en contra de Machado. A veces, Esteban se trasladaba a Cuba de su parte para recaudar fondos coincidiendo con la apertura de algún club nocturno. Siempre volvía con nuevas esperanzas en el movimiento, unas esperanzas que, como la experiencia le indicaba a Joe, se esfumarían en su siguiente viaje. También regresaba con nuevas fotografías: cada vez miraba mejor y controlaba la cámara como un gran violinista su arco. Se había hecho un nombre en los círculos insurgentes de América Latina, gracias principalmente a la reputación adquirida tras el sabotaje del USS Mercy.

—Tienes en tus manos a una mujer muy confundida —le dijo a Joe al regreso de su último periplo.

—Ya lo sé —reconoció Joe.

—¿Y entiendes los motivos de su confusión?

Joe sirvió sendos vasos de Suárez Reserva.

—No, la verdad es que no. Podemos comprar o hacer lo que se nos antoje. Ella puede tener una ropa preciosa, ir a la mejor peluquería, comer en los mejores restaurantes...

—Los que permitan la entrada de hispanos.

—Evidentemente.

—¿Y eso te parece normal? —Esteban se inclinó hacia delante en el asiento y plantó los pies en el suelo.

—Lo que intento decir es que hemos ganado —prosiguió Joe—. Nos podemos relajar, ella y yo. Envejecer juntos.

—¿Y tú crees que eso es lo que ella quiere, ser la mujer de un rico?

—¿No es lo que quieren casi todas las mujeres?

Esteban le dedicó una extraña sonrisa.

—En cierta ocasión me dijiste que no te habías criado en la pobreza, a diferencia de la mayoría de los gánsteres.

Joe asintió.

—No éramos ricos, pero...

—Pero teníais una casa bonita y la tripa llena, y tú pudiste ir a la escuela.

—Sí.

—¿Y tu madre era feliz?

Joe se quedó un buen rato en silencio.

—Intuyo que no —dijo Esteban.

Joe acabó diciendo:

—Mis padres parecían más bien primos lejanos. Pero Graciela y yo no somos así. Hablamos todo el rato. —Bajó la voz—. Follamos todo el rato. Disfrutamos realmente de nuestra compañía.

—¿Entonces?

—Entonces, ¿por qué no me quiere?

Esteban se echó a reír.

—Oh, claro que te quiere.

—Pero no lo dice.

—¿Y eso a quién le importa?

—A mí —dijo Joe—. Y no piensa divorciarse del Capullo.

—Eso sí que no lo entiendo —dijo Esteban—. Aunque viviera mil años, nunca entendería qué le ha visto a ese pendejo.

—¿Tú lo conoces?

—Cada vez que recorro la peor zona de la Habana Vieja, lo veo en algún bar, bebiéndose el dinero que ella le envía.

Mi dinero, se dijo Joe. El mío.

—¿Todavía la buscan por allí?

—Su nombre figura en una lista —afirmó Esteban.

Joe le dio unas vueltas al asunto.

—Pero yo podría conseguirle documentación falsa en quince días,

¿no?

Esteban asintió.

—Por supuesto. Puede que en menos.

—O sea, que podría enviarla para allí y que viera a ese soplapollas sentado en el taburete de un bar y... ¿Y qué, Esteban? ¿Tú crees que bastaría con eso para que lo abandonara?

Su amigo se encogió de hombros.

—Préstame atención, Joseph. Ella te quiere. La conozco de toda la vida y ya la he visto enamorada en otras ocasiones. Pero ¿contigo? Joder. —Puso los ojos como platos y se abanicó con el sombrero—. Contigo es muy distinto a todo lo anterior. Pero debes tener presente que se ha pasado los últimos diez años definiéndose como revolucionaria, y ahora descubre que lo que realmente desea es quitarse todo eso de encima, sus creencias, su país, su misión y, pues sí, a su viejo y estúpido marido, para estar con un gánster estadounidense. ¿Tú crees que eso lo va a reconocer de la noche a la mañana?

—¿Y por qué no?

—Pues porque entonces tendrá que reconocer que es una rebelde de estar por casa, un fraude. Y eso no lo va a reconocer. Lo que va a hacer es redoblar su compromiso con la causa y mantenerte a distancia. —Meneó la cabeza y adoptó una expresión pensativa mientras miraba hacia el techo—. La verdad es que cuando lo digo en voz alta parece una chaladura total.

Joe se frotó la cara.

—Tienes más razón que un santo.

Todo fue la mar de bien durante un par de años —el negocio iba viento en popa—, hasta que llegó a la ciudad Robert Drew Pruitt.

El lunes siguiente a la charla de Joe con Esteban, Dion apareció para informarle de que RD había atacado otro de sus clubs. A Robert Drew

Pruitt lo llamaban RD, y tenía preocupado a todo el mundo en Ybor desde que había salido de la cárcel ocho semanas atrás y se había plantado en la ciudad para buscarse la vida.

—¿Por qué no podemos buscar a ese cenutrio y liquidarlo?

—A los del Klan no les va a gustar.

El KKK había ganado mucho poder en Tampa últimamente. Siempre habían sido unos fanáticos de la Ley Seca, pero no porque ellos no bebieran —lo hacían constantemente—, sino porque creían que el alcohol provocaba delirios de poder entre los negros, conducía a la fornicación interracial y formaba parte de un plan papista para debilitar a quienes practicaban la religión verdadera, en vistas al dominio del mundo por parte de los católicos.

El Klan había dejado Ybor en paz hasta el estallido de la crisis. Cuando la economía se fue al garete, su mensaje del poder blanco empezó a calar entre los creyentes desesperados, de la misma manera que los predicadores más majaretas y apocalípticos habían hecho su agosto. La gente estaba perdida y asustada, y como no podían linchar a los banqueros o a los corredores de bolsa, buscaban objetivos más a mano.

Los encontraron entre los empleados de las tabaquerías, que contaban con una larga tradición de conflictos laborales y pensamiento radical. La última huelga se la cargó el Klan. Cada vez que se congregaban los huelguistas, los del KKK aparecían pegando tiros al aire y repartiendo estopa entre los que estaban más cerca. Quemaron una cruz en el jardín de un huelguista, le volaron la casa a otro en la Diecisiete y violaron a dos cigarreras que volvían a casa desde la fábrica de Celestino Vega.

La huelga se canceló.

RD Pruitt ya era del Klan antes de que le cayeran dos años en la granja-prisión estatal de Raiford, así es que lo más probable era que se hubiese reintegrado nada más salir. El primer turgurio que asaltó, un chamizo situado en la parte de atrás de una bodega de la calle Veintisiete, estaba separado por las vías del tren de una vieja barraca que, según los

rumores, era el cuartel general del KKK de la localidad, dirigido por Kelvin Beauregard. Mientras RD se hacía con la recaudación de la velada, señaló hacia la pared más cercana a las vías y dijo:

—Os estaremos vigilando, así que nada de llamar a la policía.

Cuando Joe se enteró de eso, supo que estaba tratando con un cretino: ¿quién coño iba a llamar a la policía tras un atraco en un abrevadero ilegal? Pero su uso del plural le dio que pensar, ya que el Klan estaba esperando que alguien como él asomara la cabeza. Un yanqui católico que trabajaba con hispanos, italianos y negros, que estaba liado con una cubana y que se ganaba la vida vendiendo un ron demoníaco... Ese tío era odioso, ¿no?

De hecho, como descubrió rápidamente Joe, eso era exactamente lo que estaban haciendo. Le estaban gritando que saliera. Puede que los machacas del Klan fuesen una colección de idiotas fruto del incesto, con una educación de cuarta fila en una escuela de tercera, pero sus jefes solían ser algo más listos. Además de Kelvin Beauregard, propietario de una conservera local y concejal del Ayuntamiento, se rumoreaba que el grupo incluía también al juez Franklin (del tercer tribunal superior), a una docena de polis y hasta a Hopper Hewitt, director del *Tampa Examiner*.

Según Joe, había otra complicación aun más peliaguda: el cuñado de RD era Irving Figgis, también conocido como Irv Ojo de Águila, cuyo cargo oficial era el de jefe de la policía de Tampa.

Desde su primer encuentro, allá por 1929, el jefe Figgis había detenido a Joe unas cuantas veces, solo para recalcar que su relación era de adversarios. Joe tomaba asiento en su despacho, y a veces Irv le pedía a su secretaria que les trajera limonada. Joe observaba las fotos de su escritorio, la bella esposa y los dos crios pelirrojos: el chico, Caleb, el vivo retrato de su padre; y la chica, Loretta, tan guapa como siempre, hasta el punto de que Joe se deleitaba contemplando su imagen. Había sido elegida reina del Instituto de Hillsborough y llevaba ganando todo

tipo de premios del teatro local desde que era una mocosa. Así pues, nadie se sorprendió cuando se fue a Hollywood nada más graduarse. Como todos los demás, Joe también esperaba poder verla próximamente en la gran pantalla. De esa chica emanaba una luz que convertía a las personas de su alrededor en polillas.

Rodeado por las imágenes de su vida perfecta, Irv había advertido a Joe en más de una ocasión que si su departamento llegaba a encontrar algo que lo relacionara con el golpe del Mercy, lo iba a mantener atado con una cuerda durante el resto de su existencia. Y a saber qué podían hacer a partir de ahí los federales... Igual le ponían una soga al cuello y lo enviaban al cadalso. Pero aparte de eso, Irv dejaba en paz a Joe y a su gente, a condición de que ni se les ocurriera poner los pies en la parte blanca de Tampa.

Pero ahora rondaba por ahí RD Pruitt, que ya había pegado el palo en cuatro tugurios de Pescatore en un mes y que, prácticamente, le estaba exigiendo venganza a Joe.

—Los cuatro camareros han dicho lo mismo sobre ese chaval —le comentó Dion—. Que tiene muy mala leche. Que se le nota.

Y que va a acabar cargándose a alguien tarde o temprano.

Joe había conocido en la cárcel a un montón de tipos que respondían a esa descripción y que, por regla general, solo te dejaban tres opciones: ponerlos a trabajar para ti, conseguir que te ignoraran o matarlos. Joe no tenía ningunas ganas de que RD trabajase para él, y no había manera de que RD aceptara órdenes de un católico o de un cubano, así que solo le quedaban las opciones dos y tres.

Una mañana de febrero, se reunió con el jefe Figgis en el Tropical. Hacía un día seco y cálido. A estas alturas, Joe ya sabía que, desde finales de octubre hasta principios de mayo, el clima era insuperable allí. Tomaron café, con un chorrito de Suárez Reserva para animarlo, y el jefe Figgis miró hacia la Séptima con cierta contrariedad y se removió en el asiento.

Ultimamente, había algo en lo más profundo de su ser que no acababa de funcionar. Como si tuviera otro corazón latándole en las orejas, en la garganta y detrás de los ojos, haciéndolos saltar.

Joe no tenía ni idea de qué desgracia le había sucedido a ese hombre —quizá le había abandonado su mujer o a lo mejor había muerto una persona amada—, pero era evidente que algo lo corroía últimamente, arrebatándole el vigor y la certeza.

—¿Te has enterado de que la fábrica de Pérez está cerrando? —dijo Figgis.

—Mierda —respondió Joe—. ¿Cuántos trabajadores tiene? ¿Cuatrocientos?

—Quinientos. Otras quinientas personas sin trabajo. Quinientos pares de manos ociosas a la espera de trabajar para el diablo. Pero, coño, hoy día ni el diablo contrata a nadie. Por consiguiente, no van a hacer más que beber, pelearse, robar y, en definitiva, amargarme el trabajo, aunque menos mal que yo aún tengo un empleo.

—Creo que Jeb Paul cierra el colmado —añadió Joe.

—Eso he oído yo también. Su familia lleva regentando ese negocio desde antes de que esta ciudad tuviera nombre.

—Una pena.

—Una puta pena, eso es lo que es.

Bebieron. Y justo en ese momento, apareció RD Pruitt procedente de la calle. Llevaba un traje de color crudo con anchas solapas, una gorra blanca de golf y unos zapatos bicolors muy adecuados para acercarse elegantemente al hoyo nueve. Lucía en la boca un palillo que arrastraba sobre el labio inferior.

En cuanto tomó asiento, Joe detectó en su rostro algo muy concreto: miedo. Vivía detrás de sus ojos y se le salía por los poros. La mayoría de la gente no lo veía porque confundía la imagen pública del miedo —una mezcla de odio y mal carácter— con la ira. Pero Joe había estudiado a fondo el tema durante los dos años pasados en Charlestown, descubriendo

que los peores hombres allí encerrados eran también los más atemorizados: les aterraba que se descubriese que eran unos cobardes o, aún peor, las víctimas de otros sujetos tan terribles y atemorizados como ellos. Les daba pavor que alguien los infectara con más veneno o que alguien viniera a arrebatárles su veneno. Ese pánico les atravesaba los ojos como azogue; tenían que captarlo en el primer encuentro, en el primer minuto, pues nunca volvías a verlo. Pero en ese instante del contacto original, ellos todavía se están construyendo ante tus ojos, con lo que puedes espiar al animal miedoso que se vuelve corriendo a su madriguera; y a Joe le entristeció ver que el animal de RD Pruitt era tan grande como un jabalí, lo cual significaba que sería el doble de malo y de insensato porque estaba el doble de asustado.

Cuando RD se sentó, Joe le ofreció la mano.

RD le dijo que no con la cabeza.

—Yo no le doy la mano a los papistas —le dijo a Joe mientras le mostraba las palmas y sonreía—. Espero que no te ofendas.

—No pienso hacerlo. —Joe dejó la mano ahí colgada—. ¿Y si te dijera que llevo media vida sin poner los pies en una iglesia?

RD se rio y volvió a negar con la cabeza.

Joe retiró la mano y apoyó la espalda en el respaldo de su asiento.

El jefe Figgis dijo:

—RD, se comenta que has vuelto a las andadas aquí, en Ybor.

RD miró a su cuñado con unos ojos tan grandes como inocentes.

—¿Qué me dices?

—Parece que has estado atracando sitios —dijo Figgis.

—¿Qué clase de sitios?

—Bares clandestinos.

—Oh —dijo RD mientras sus ojos, súbitamente, se hacían más oscuros y más pequeños—. ¿Te refieres a esos lugares que no existen en una ciudad en la que impera la ley?

—Sí.

—¿Esos sitios que son ilegales y que, por consiguiente, deberían ser clausurados?

—A esos me refiero, sí —repuso Figgis.

RD meneó la cabeza y su rostro recuperó la inocencia propia de un querubín.

—Yo de eso no sé nada.

Joe y Figgis intercambiaron una mirada, y Joe tuvo la impresión de que ambos se esforzaban por reprimir un suspiro.

—Ja, ja —dijo RD—. Ja, ja. —Señaló a ambos—. Me estoy quedando con vosotros. Y lo sabéis.

El jefe Figgis señaló a Joe con un ligero movimiento de cabeza.

—RD, este señor es un empresario que ha venido a hablar de negocios. Y yo estoy aquí para sugerirte que hagas lo mismo.

—Ya sabes que estoy de broma, ¿verdad? —le dijo RD a Joe.

—Pues claro.

—¿Y a qué juego? —preguntó RD.

—A hacerte el gracioso —respondió Joe.

—Exacto. Lo has pillado. Lo has pillado. —Le sonrió al jefe Figgis—. Y él también.

—Muy bien —dijo Figgis—. El caso es que todos somos amigos.

RD hizo un movimiento de ojos pretendidamente cómico.

—Yo no he dicho eso.

Figgis parpadeó unas cuantas veces.

—En cualquier caso, todos nos entendemos mutuamente.

—Este hombre es un contrabandista y un fornicador de negras. —RD le puso prácticamente el dedo en la cara a Joe—. No hay que hacer negocios con él. Lo que hay que hacer es aplicarle brea y emplumarlo.

Joe le dedicó una sonrisa al dedo y pensó en la posibilidad de agarrárselo y rompérselo por el nudillo.

Antes de que pudiese hacerlo, RD lo retiró y dijo, en voz muy alta:

—¡Estoy de coña! Sabes aceptar una broma, ¿no?

Joe no respondió.

RD le dio un leve puñetazo en el hombro.

—¿A que sí? ¿Verdad que pillas las bromas? ¿Eh? ¿Eh?

Joe tenía delante la cara más amigable que hubiera visto en su vida.

Una cara que te deseaba únicamente lo mejor. No dejó de mirarla hasta que apareció en la retaguardia de esos ojos amistosos y dementes la sombra del animal aterrorizado.

—Sé encajar una broma.

—Mientras no te conviertas en una, ¿verdad? —dijo RD.

—Me dicen los amigos que vas mucho por el Parisian.

RD entrecerró los ojos como si intentara recordar ese sitio.

—Creo que te gusta mucho el coñac francés que sirven —prosiguió

Joe.

RD se tiró de la pernera del pantalón.

—¿Y si así fuera?

—Pues yo diría que deberías ser algo más que un habitual.

—¿Y qué está por encima de cliente habitual?

—Ser socio del establecimiento.

—¿Y qué saco de eso?

—Pues el diez por ciento de los beneficios del local.

—¿Y tú harías eso por mí?

—Claro.

—¿Por qué?

—Digamos que respeto la ambición.

—¿Eso es todo?

—Y que sé reconocer el talento.

—Pues ese talento debería valer más que el diez por ciento. —¿En qué estabas pensando?

El rostro de RD devino tan bello y suave como un campo de trigo.

—Yo estaba pensando en el sesenta.

—¿Quieres el sesenta por ciento de los beneficios de uno de los

clubs más boyantes de la ciudad?

RD asintió, tan tranquilo.

—¿Y a cambio de qué, exactamente?

—Si tú me das el sesenta por ciento, puede que mis amigos ya no te miren tan mal.

—¿Y quiénes son tus amigos?

—Sesenta por ciento —dijo RD, como si fuera la primera vez.

—Hijo mío —le dijo Joe—, yo no te voy a dar el sesenta por ciento.

—No soy tu hijo —apuntó RD sin levantar la voz—. No soy el hijo de nadie.

—Me alegro por tu padre.

—¿Qué has dicho?

—Quince por ciento —le ofreció Joe.

—Te mataré a palos —susurró RD.

O eso creyó entender Joe, que le dijo:

—¿Qué?

RD se frotó la barbilla con la energía necesaria para que Joe pudiera oír el ruido de su conato de barba. Luego le clavó unos ojos vacíos y brillantes a la vez.

—¿Sabes qué? Eso me parece un arreglo justo.

—¿El qué?

—Lo del quince por ciento. ¿No te estirarías hasta el veinte?

Joe miró al jefe Figgis y luego volvió a RD.

—Creo que el quince es un sueldo muy generoso para alguien que ni siquiera va a tener que presentarse en su lugar de trabajo.

RD se rascó un poco más los pelos del mentón y miró la mesa unos instantes. Cuando acabó levantando la cabeza, ofreció a los presentes su sonrisa más juvenil.

—Tienes razón, Coughlin. Es un trato justo, sí, señor. Y estoy encantado de aceptarlo.

El jefe Figgis se arrellanó en el sillón y colocó las manos sobre el

enjuto estómago.

—Eso está muy bien, Robert Drew. Sabía que llegaríamos a un acuerdo.

—Como así ha sido —dijo RD—. ¿Cómo voy a recoger mi parte?

—Pásate por la barra los segundos martes de mes, a eso de las siete de la tarde —le informó Joe—. Y pregunta por la encargada, Sian McAlpin.

—¿Schwan?

—Casi —dijo Joe.

—¿Otra papista?

—Nunca se lo he preguntado.

—Sian McAlpin. El Parisian. Los martes por la tarde. —RD dio unas palmadas en la mesa y se levantó—. Pues nada, estupendo, de verdad. Un placer, Coughlin. Irv. —Se llevó unos dedos al ala del sombrero y se marchó haciendo una mezcla de saludo y reverencia.

Durante un minuto entero, nadie abrió la boca.

Finalmente, Joe se giró un poco en el sillón y le preguntó al jefe Figgis:

—¿Tiene la cabeza blanda, el chaval?

—Como un grano de uva.

—Me lo temía. ¿Crees que aceptará realmente el trato?

Figgis se encogió de hombros.

—El tiempo nos lo dirá.

Cuando RD apareció por el Parisian en busca de su tajada, le dio las gracias a Sian McAlpin cuando esta se la entregó. Le pidió a la mujer que le deletreara su nombre y, cuando lo hizo, le aseguró que le parecía muy bonito. También le dijo que confiaba en una larga asociación, y luego se tomó una copa en la barra. Todo le parecía estupendo. A continuación, abandonó el local, subió al coche y, dejando atrás la Vayo Cigar Factory,

se plantó en el Bar de Phyllis, el primer tugurio de Ybor en el que Joe se había tomado un trago.

La bomba que RD Pruitt arrojó en el Bar de Phyllis no era nada del otro jueves, pero tampoco hacía falta que lo fuese. La sala principal era tan pequeña que un hombre alto no podía ponerse a dar palmadas sin rozar la pared con los codos.

No murió nadie, pero un baterista llamado Cooley Colé perdió el pulgar izquierdo y nunca pudo volver a tocar, y una chica de diecisiete años que había ido a recoger a su padre para llevárselo a casa en coche, se quedó sin un pie.

Joe envió a tres equipos de dos hombres a por el cabrón de RD Pruitt, pero se había escondido muy bien. Recorrieron todo Ybor, luego todo West Tampa, y a continuación todo Tampa, a secas. No hubo manera de encontrarlo.

Al cabo de una semana, RD entró en otro de los garitos de Joe de la zona este, frecuentado casi exclusivamente por cubanos de raza negra. Apareció cuando la banda estaba en su momento álgido y la gente daba saltos sin parar. Se acercó al escenario y le disparó al trombonista en la rodilla y al cantante en el estómago. Dejó caer un sobre en la tarima y salió por la puerta de atrás.

El sobre iba dirigido al señor Joseph Coughlin, el «Folla Negras». Dentro había una nota con solo tres palabras:

«Sesenta por ciento».

Joe fue a ver a Kelvin Beauregard a su conservera. Se llevó a Dion y a Sal Urso, y acabaron en el despacho que tenía Beauregard en la parte de atrás del edificio, con vistas a la planta de sellado. Varias docenas de mujeres con vestido, delantal y cintas a juego en la frente se afanaban junto a un sistema de cintas transportadoras en forma de serpentina. Beauregard las contemplaba a través de un ventanal que iba del techo al suelo. No se

levantó cuando entraron Joe y sus hombres. Ni les prestó la más mínima atención durante unos instantes. Luego se dio la vuelta en la silla, sonrió y señaló hacia el vidrio con el pulgar.

—Le he echado el ojo a una nueva —les informó—. ¿Qué les parece?

—La nueva se convierte en vieja en cuanto la sacas del rebaño —contestó Dion.

Kelvin Beauregard enarcó una ceja.

—No anda nada desencaminado. Caballeros, ¿qué puedo hacer por ustedes?

Sacó un cigarro del humidificador que tenía encima del escritorio, pero no ofreció tabaco a los recién llegados.

Joe cruzó la pierna derecha sobre la izquierda y se aplanó el dobladillo del pantalón.

—Nos gustaría saber si usted podría darle unas lecciones de sensatez a RD Pruitt.

—No hay mucha gente que lo haya conseguido —dijo Beauregard.

—En cualquier caso —añadió Joe—, nos gustaría intentarlo.

Beauregard le arrancó la punta al puro y la escupió en una papelera.

—RD ya es mayorcito. No me ha pedido consejo, así que sería una falta de respeto por mi parte dárselo. Aunque estuviese de acuerdo con los motivos. Y como estoy algo confuso al respecto, dígame, ¿cuáles son esos motivos?

Joe esperó a que Kelvin hubiese encendido el puro, esperó a que lo mirara a través de la llama y esperó a que le clavara la vista a través del humo.

—Todo es por su bien —dijo Joe—. RD tiene que dejar de pegar tiros en mis clubs y venir a verme para poder llegar a un acuerdo.

—¿Clubs? ¿Qué clase de clubs?

Joe miró a Dion y a Sal, y no dijo nada.

—¿Clubs de bridge? —preguntó Kelvin—. ¿Clubs como el Rotary?

Yo pertenezco al Rotary Club de Gran Tampa y no recuerdo haberle visto...

—He venido a verle en condición de adulto dispuesto a hablar de negocios —dijo Joe—, y usted se dedica a las putas bromas.

Kelvin Beauregard puso los pies sobre la mesa.

—¿A eso me dedico?

—Usted nos echó encima a ese chaval. Sabía que estaba lo suficientemente loco como para hacer lo que ha hecho. Pero lo único que va a conseguir es que lo maten.

—¿A quién les eché encima?

Joe respiró hondo por la nariz.

—Usted es el gran preboste del Klan por aquí. Y me parece estupendo, me alegro por usted. Pero ¿cree que nosotros hemos llegado hasta aquí tolerando que nos chulee una pandilla de tarugos comemierda como usted y sus amigos?

—Oye, chico —dijo Beauregard con una risita preocupada—, si te crees que eso es todo lo que somos, es que has calculado muy mal. Somos funcionarios, administradores, carceleros y banqueros. Agentes de policía, concejales y hasta un juez. Y hemos tomado una decisión, Coughlin. —Bajó los pies de la mesa—. Hemos decidido que vamos a estrujaros a vosotros y a vuestros hispanos y a vuestros italianos de mierda u os vamos a echar a patadas de la ciudad. Si sois tan lellos que os enfrentáis a nosotros, os destruiremos junto a todo lo que amáis.

Dijo Joe, tuteándole:

—O sea, que me amenazas con una cuadrilla de gente más poderosa que tú, ¿verdad?

—Exactamente.

—Entonces, ¿por qué pierdo el tiempo hablando contigo? —dijo Joe, justo antes de hacerle una señal a Dion con la cabeza.

Kelvin Beauregard solo tuvo tiempo de decir: «¿Qué?», antes de que Dion se le acercara y le volara la cabeza, esparciéndole los sesos por el

ventanal.

Dion recogió el puro que se le había quedado tirado en el pecho al difunto y se lo metió en la boca. Desenroscó el silenciador Maxim de la pistola y siseó mientras se lo guardaba en el bolsillo de la gabardina.

—Está que arde.

Sal Urso se metió con él.

—Cada día estás más nenaza.

Salieron del despacho y bajaron por las escaleras de metal hasta la planta de envasado. Al entrar llevaban sombreros de ala ancha bien calados sobre la frente y gabardinas de color claro sobre trajes llamativos para que todos los trabajadores supiesen lo que eran —gánsteres— y apartaran rápidamente la vista. Salieron de la misma guisa. Si alguien sabía que eran de Ybor, conocería su reputación y se la haría saber a los demás, lográndose de este modo el consenso general a la hora de no reconocer a los intrusos de la conservera del difunto Kelvin Beauregard.

Joe estaba sentado en el porche frontal del jefe Figgis en Hyde Park, abriendo y cerrando de manera ausente, una y otra vez, el reloj de su padre. La casa era el típico *bungalow* con muchos adornos de cerámica y artesanía. De color marrón con el borde blancuzco. El jefe había construido el porche con anchas tablas de madera de nogal y colocado muebles de ratán aquí y allá, además de un balancín pintado del mismo color blancuzco que el borde.

El jefe Figgis apareció en coche, se bajó de él y recorrió el sendero de ladrillo rojo que partía un césped primorosamente recortado.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó a Joe.

—Ahorrarle la molestia de detenerme.

—¿Y por qué habría de hacerlo?

—Algunos de mis hombres me han dicho que me andaba buscando.

—Ah, cierto, cierto. —Figgis alcanzó el porche y se paró un

momento, con un pie en el escalón—. ¿Le has disparado en la cabeza a Kelvin Beauregard?

Joe lo miró entornando los ojos.

—¿Quién es Kelvin Beauregard?

—Ahí se acaban mis preguntas —dijo Figgis—. ¿Quieres una cerveza? No es exactamente cerveza, pero no está mal.

—Con mucho gusto —dijo Joe.

Figgis entró en la casa y volvió con dosseudocervezas y un perro. Las cervezas estaban frías y el perro era viejo, un sabueso gris con unas orejas blandas del tamaño de hojas de plátano. Se tumbó en el porche, entre Joe y la puerta, y se puso a roncar con los ojos abiertos.

—Tengo que atrapar a RD —le dijo Joe a Figgis, tras darle las gracias por la cerveza.

—Ya me lo suponía.

—Ya sabe cómo acabará todo esto si no me ayuda —dijo Joe.

—No —dijo el jefe Figgis—. No lo sé.

—Acabará con más cadáveres, más sangre derramada, más periódicos con titulares modelo «Matanza en Ciudad Cigarro» y cosas así. Acabará con usted fuera de juego.

—Y tú también.

Joe se encogió de hombros.

—Es posible.

—La diferencia está en que cuando a ti te cesen, lo harán de un balazo en la nuca.

—Si Pruitt desaparece —dijo Joe—, termina la guerra y vuelve la paz.

Figgis negó con la cabeza.

—No pienso vender al hermano de mi mujer.

Joe miró hacia la calle. Era una adorable calle de ladrillo con varios *bungalows* de lo más pulcros, pintados con colores alegres, algunas casas típicas del viejo sur con porches de granja, y hasta un par de

construcciones de piedra marrón situadas al principio. Todos los robles eran de gran tamaño, y el aire olía a gardenias.

—No quiero hacer esto —dijo Joe.

—¿Hacer qué?

—Lo que usted me está obligando a hacer.

—No te estoy obligando a nada, Coughlin.

—Me temo que sí —le dijo Joe en voz baja.

Sacó la primera de las fotos del bolsillo interior de la chaqueta y la colocó en el porche, junto al jefe Figgis. Él sabía que más le valía no mirarla. Lo sabía, sin más. Y por un momento, mantuvo la barbilla torcida hacia el hombro derecho. Pero cuando volvió la cabeza y miró lo que Joe le había dejado en el porche, a dos pasos de la puerta de su casa, se le puso la cara totalmente pálida.

Levantó la vista hacia Joe, volvió a bajarla hacia la foto, la apartó rápidamente, y Joe entró a matar.

Colocó una segunda foto junto a la primera.

—No llegó a Hollywood, Irv. Solo hasta Los Ángeles.

Irving Figgis le echó un rápido vistazo a la segunda foto, pero fue suficiente para quemarle los ojos. Los cerró del todo y susurró una y otra vez:

—Esto no está bien, esto no está bien.

Se echó a llorar. A gimotear, en realidad. Cubriéndose la cara con las manos, moviendo la cabeza adelante y atrás.

Cuando dejó de agitarse, se quedó con el rostro en las manos, y el perro se le acercó, se tumbó a su lado en el porche y le apoyó la cabeza en el muslo, estremeciéndose hasta los morros.

—La encontramos con un médico muy especial —dijo Joe.

Figgis bajó las manos y miró a Joe con unos ojos enrojecidos y cargados de odio.

—¿Qué clase de médico?

—De los que te quitan de la heroína, Irv.

Figgis levantó un dedo admonitorio.

—Ni se te ocurra volver a llamarme por mi nombre de pila. Me llamarás jefe Figgis y nada más que jefe Figgis durante los días o años que nos queden de relación. ¿Está claro?

—Nosotros no le hemos hecho eso —dijo Joe—. Solo la hemos encontrado. Y la sacamos de donde estaba, que era un sitio bastante chungo.

—Y luego decidisteis sacar provecho de la situación. —Figgis señaló la foto de su hija junto a tres hombres y atada a un collar de metal con cadena—. Con eso comerciáis, gentuza. Tanto da si es mi hija o la de otro.

—Yo no —dijo Joe, sabiendo que no era una gran disculpa—. Yo solo vendo ron.

Figgis se secó los ojos con el filo de las manos, y luego con el dorso.

—Los beneficios del ron se invierten en otras cosas. No hagas como si no lo supieras. Dime tu precio.

—¿Qué?

—Tu precio. Por decirme dónde está mi hija. —Se dio la vuelta y miró a Joe—. Dímelo. Dime dónde está.

—Está con un buen médico.

Figgis pegó un puñetazo en el porche.

—Está en un sitio muy limpio.

Figgis dio una patada en el suelo de madera.

—No se lo puedo decir.

—¿Hasta cuándo?

Joe lo contempló durante unos largos instantes.

Finalmente, Figgis se levantó, y el perro con él. Cruzó la puerta de rejilla y Joe lo oyó llamar por teléfono. Cuando habló, tenía la voz más alta y más quebrada que de costumbre. «RD, te vas a ver otra vez con ese chico y no hay más que hablar».

En el porche, Joe encendió un cigarrillo. A unas manzanas de

distancia, se oían levemente los bocinazos en Howard.

—Sí —decía Figgis por teléfono—. Yo también estaré.

Joe se sacó una brizna de tabaco de la lengua y dejó que se la llevara el viento.

—Estarás a salvo, te lo juro.

Figgis colgó y se quedó de pie ante la rejilla unos momentos, antes de abrir la puerta, y volvió a salir al porche junto al perro.

—Se verá contigo en Longboat Key, donde querían construir el Ritz, esta noche a las diez. Ha dicho que vayas solo.

—De acuerdo.

—¿Cuándo me dirás donde está?

—Cuando salga vivo del encuentro con RD.

Joe echó a andar hacia el coche.

—Hazlo tú mismo.

Se volvió hacia Figgis.

—¿Cómo?

—Si piensas matarlo, sé lo bastante hombre como para apretar el gatillo tú mismo. Poco hay de honroso en que otros hagan lo que tú eres demasiado débil para hacer en persona.

—Hay poco de honroso en casi cualquier cosa hoy en día —afirmó Joe.

—Te equivocas. Yo me despierto cada mañana, me miro al espejo y sé que voy por el camino recto. ¿Y tú? —Figgis dejó la pregunta en el aire.

Joe abrió la puerta del coche y se dispuso a entrar.

—Espera.

Joe volvió la vista hacia el hombre del porche, que ya apenas era un hombre, pues le había arrebatado una parte crucial y se iba a ir con ella en el coche.

Figgis clavó la mirada en la chaqueta de Joe. Le temblaba la voz.

—¿Tienes más?

Joe las notaba en el bolsillo, tan repugnantes como encías podridas.

—No.

Subió al coche y se marchó de allí.

NUNCA HUBO DÍAS MEJORES

John Ringling, empresario circense y gran benefactor de Sarasota, había erigido en 1926 el Ritz-Carlton en Longboat Key, donde rápidamente le llegaron los problemas económicos y tuvo que dejarlo ahí tirado, en una cueva, de espaldas al Golfo, con las habitaciones sin amueblar y las paredes enmoheciéndose.

Durante sus primeros tiempos en Tampa, Joe había llevado a cabo una docena de excursiones a lo largo de la costa en busca de sitios en los que descargar el contrabando. Esteban y él tenían algunos barcos que llevaban melaza al puerto de Tampa, y controlaban de tal manera la ciudad que solo perdían uno de cada diez cargamentos. Pero también pagaban barcos que transportaban ron embotellado, anís español y orujo directamente desde La Habana hasta la zona oeste del centro de Florida. Eso les permitía saltarse el proceso de destilado en suelo estadounidense, lo cual era un ahorro de tiempo, pero dejaba los barcos a merced de un abanico más amplio de fuerzas del orden, incluyendo la Guardia Costera y el FBI. Y pese a las habilidades como piloto del chiflado de Farruco Díaz, lo único que este podía hacer ante la presencia de la ley era verla, no detenerla. (Motivo por el que continuó insistiendo en que le colocaran de una vez la ametralladora en el soporte.)

Hasta el día en que Joe y Esteban decidiesen declarar abiertamente la guerra a la Guardia Costera y los chicos de J. Edgar, sin embargo, la barrera de islas que se extendían por esa zona de la costa del Golfo — Longboat Key, Casey Key y Siesta Key, entre otras— ofrecía ciertos lugares en los que ocultarse o almacenar temporalmente un cargamento.

También eran sitios ideales para quedarse atrapado, dado que los

cayos en cuestión solo ofrecían dos maneras de entrar y salir: una, el barco en el que venías; dos, un puente. Un puente. Así pues, si se presentaba la autoridad, con los megáfonos a todo trapo y los focos escudriñando la zona, y no sabías cómo salir volando de la isla, te ibas al trullo y no había más que hablar.

A lo largo de los años aproximadamente habían soltado de forma temporal una docena de cargamentos en el Ritz. No lo hizo Joe en persona, aunque había oído lo que se contaba sobre ese lugar. Ringling había erigido el esqueleto del hotel y hasta había instalado la electricidad y las cañerías, pero luego se había dado el piro. Y ahí se quedó esa mole de trescientas habitaciones, de estilo mediterráneo español, un armatoste de tal tamaño que si se iluminaran los cuartos, podría verse desde la mismísima Habana.

Joe llegó allí una hora antes de lo previsto. Le había encargado a Dion que le consiguiera una buena linterna, y llevaba una que no estaba mal, pero requería frecuentes pausas. La luz iba bajando de manera gradual, empezaba a parpadear y acababa por apagarse del todo. Joe tenía que mantenerla apagada unos minutos, volverla a encender y enfrentarse una y otra vez al mismo proceso. Mientras esperaba en la oscuridad, en lo que creía que había pretendido ser un restaurante en la tercera planta, se le ocurrió que las personas eran como linternas: brillaban, iban perdiendo su resplandor, parpadeaban y morían. Era una observación morbosa y pueril, pero por el camino se había ido haciendo cada vez más morboso y más pueril en lo relativo a RD Pruitt, pues sabía que RD solo era el primero de una larga lista. No era la excepción, sino la regla. Y si esa noche conseguía borrarlo del mapa, no tardaría mucho en aparecer otro igual que él.

Como el negocio era ilegal, también era inevitablemente sucio. Y los negocios sucios atraían a gente sucia. Gente de escaso cerebro e inmensa crueldad.

Joe salió a la blanca terraza de piedra caliza y escuchó el ruido de

las olas junto al frufrú de las palmeras importadas por Ringling en la suave brisa nocturna.

Los abstemios iban perdiendo; el país cada vez estaba más en contra de la Decimoctava. La Ley Seca no iba a durar mucho más. Puede que diez años, o puede que dos. En cualquier caso, ya podía darse por muerta. Joe y Esteban habían invertido en empresas de importación a lo largo de toda la costa del Golfo y de la costa Este. Ahora andaban escasos de liquidez, pero en cuanto el alcohol volviese a ser legal, sus negocios florecerían, brillarían con luz propia en los nuevos tiempos. Las destilerías estaban en marcha, así como las compañías de transporte que ahora se especializaban en vasos y copas y las plantas embotelladoras que servían a las empresas de refrescos. Por la tarde de ese primer día de legalidad, Esteban y Joe ya funcionarían a tope, dispuestos a controlar lo que calculaban que estaba a su alcance: entre el dieciséis y el dieciocho por ciento del mercado estadounidense del ron.

Joe cerró los ojos, aspiró el aire marino y se preguntó con cuántos RD Pruitts más le tocaría pechar antes de alcanzar su objetivo. La verdad es que no entendía a los tipos como RD, alguien que parecía haber venido al mundo para ganar una competición que solo existía en su cabeza, una batalla a muerte, sin duda alguna, dado que la muerte era la única bendición y la única paz que iba a encontrar en esta vida. Y puede que no fuesen tan solo RD y los desu calaña los que molestaban a Joe. Puede que lo que realmente le contrariase fuera lo que había que hacer para librarse de ellos. Tienes que arrastrarte por el fango con esa gentuza. Tienes que enseñarle a un buen hombre como Irving Figgis fotos de su primogénita con una polla metida en el culo, una cadena en el cuello y pinchazos y costras repartidos por el brazo.

No tenía por qué enseñarle la segunda foto a Irving Figgis, pero lo había hecho para acelerar las cosas. Lo que le preocupaba cada vez más del negocio en el que se había metido era que cada vez que vendía un trozo de su alma en aras de la eficacia, le resultaba más sencillo.

Una noche, Graciela y él salieron a tomar unas copas en el Riviera y a cenar en el Columbia, para luego acudir al espectáculo del Satin Sky. Les acompañaba Sal Urso, que ahora era chófer de Joe a jornada completa, y en el coche de atrás iba Lefty Downer, su protector habitual cuando Dion andaba metido en otros asuntos. El barman del Riviera tropezó y aterrizó sobre una rodilla mientras intentaba apartarle la silla a Graciela antes de que llegara a la mesa. Cuando a la camarera del Columbia se le derramó una copa en el mantel y parte de su contenido fue a parar sobre los pantalones de Joe, el *maître*, el encargado y hasta el propietario aparecieron corriendo para disculparse. Fue el propio Joe quien tuvo que convencerles de que no hacía falta despedir a la camarera. Argumentó que no lo había hecho aposta y que su conducta era impecable en todos los aspectos, que siempre lo había sido desde que Graciela y él habían sido tan afortunados de tenerla a su servicio. (Servicio. Joe detestaba esa palabra.) Todos le habían dado la razón, claro está, pero como le recordó Graciela de camino al Satin Sky, ¿qué iban a hacer si no? Habrá que ver si esa chica conserva el empleo la semana que viene, añadió Graciela. En el Satin Sky todas las mesas estaban ocupadas, pero justo antes de que Joe y su mujer emprendieran el regreso hacia su coche, donde les esperaba Sal, el encargado, Pepe, vino corriendo hacia ellos y les aseguró que cuatro clientes acababan de abonar la cuenta. Joe y Graciela vieron como dos hombres se acercaban a una mesa de cuatro, susurraban algo en los oídos de las dos parejas allí presentes y les metían prisa para que desalojaran, cogiéndolos del codo.

Una vez sentados, ni Joe ni Graciela abrieron la boca en un buen rato. Se bebieron sus copas, contemplaron a la banda. Graciela miró alrededor, y luego a Sal, de pie junto al coche, con los ojos clavados en ellos. A continuación, observó a los clientes y a los camareros, que hacían como que no les miraban.

—Me he convertido en la clase de gente para la que trabajaban mis padres —dijo ella.

Joe no dijo nada porque cualquier respuesta que le diese sería una mentira.

Algo estaban perdiendo. Ese algo empezaba por la vida de día, donde vivían los ricachones, donde vivían los agentes de seguros y los banqueros, donde tenían lugar los encuentros cívicos y se agitaban banderitas en los desfiles de la calle Mayor, donde sustituías la verdad sobre ti por la historia que explicabas de ti.

Pero a lo largo de las aceras tenuemente iluminadas por amarillentas farolas, en los callejones y en los terrenos abandonados, la gente mendigaba comida y mantas. Y cuando los dejabas atrás, te encontrabas a sus hijos en la siguiente esquina.

La verdad es que a Joe le gustaba la historia que contaba de sí mismo. Le gustaba más que la verdad sobre él. En esa verdad era un tipo de segunda clase, un gañán que no sabía estar en su sitio. Conservaba el acento de Boston, no sabía vestir bien y tenía muchas ideas que la mayoría de la gente encontraría «raras». La verdad sobre él consistía en que era un chaval asustado, olvidado por sus padres como unas gafas de lectura una tarde de domingo, acostumbrado a la amabilidad esporádica de hermanos mayores que aparecían y desaparecían sin previo aviso. La verdad sobre él es que era un crío solitario en una casa vacía, esperando que alguien llamara a la puerta de su dormitorio para preguntarle si se encontraba bien.

La historia sobre sí mismo, por el contrario, lo presentaba como el príncipe de los gánsteres. Como un hombre que disponía de chófer a todas horas y de guardaespaldas. Un hombre rico e importante. Un hombre por el que la gente se levantaba de la silla para cederle la mesa deseada.

Graciela tenía razón: se habían convertido en la gente para la que los padres de ella trabajaban. Pero eran versiones mejores.

Y los padres de Graciela, por hambre que hubieran pasado, estarían encantados de verlos ahora. No se puede luchar con los poderosos. Lo

único que puedes hacer es convertirte en uno de ellos, de tal manera que se vean obligados a venir a ti en busca de lo que no tienen.

Abandonó la terraza y volvió a entrar en el hotel. Encendió de nuevo la linterna y observó ese enorme salón donde se suponía que la alta sociedad había de reunirse algún día para comer, beber, bailar y todo eso que se supone que hace la alta sociedad.

¿Y qué otras cosas hacía la alta sociedad?

La verdad es que no se le ocurría nada.

¿Qué otras cosas hacía la gente?

Trabajar. Cuando podían. Y hasta cuando no podían encontrar un empleo, creaban familias y conducían coches si se podían permitir la gasolina y el mantenimiento. Iban al cine o escuchaban la radio o presenciaban un espectáculo. Fumaban.

¿Y los ricos?

Se dedicaban al juego.

Lo veía con total claridad. Mientras el resto del país hacía cola por un plato de sopa y pedía limosna, los ricos seguían siendo ricos. Y ociosos. Y aburridos.

Ese restaurante por el que deambulaba, ese restaurante que nunca llegó a ser, no era un restaurante en absoluto. Era un casino. Podía ver la ruleta en el centro, las mesas de dados junto a la pared sur, las mesas de naipes hacia la pared norte. Veía una alfombra persa y unas arañas de cristal de las que colgaban diamantes y rubíes.

Salió de la sala y recorrió el pasillo principal. Las salas de conferencias junto a las que pasaba se convertían en espacios de recreo: en una había una gran banda, en la siguiente un teatrillo, jazz cubano en la tercera y puede incluso que un cine en la cuarta.

Las habitaciones. Subió hasta la cuarta planta y observó las que tenían vistas al Golfo. Dios, eran impresionantes. Cada piso tendría su propio mayordomo, siempre al quite cuando salieras del ascensor. Estaría al servicio de todos los huéspedes de esa planta las veinticuatro horas del

día. Evidentemente, cada cuarto tendría una radio. Y un ventilador en el techo. Y puede que esos retretes franceses de los que había oído hablar, esos que te rociaban el culo con agua. Habría masajistas a domicilio, doce horas de servicio de habitaciones y dos conserjes; no, tres. Bajó hasta el segundo piso. La linterna necesitaba otro descanso, así que la apagó, pues ya se conocía la escalera. Ahí encontró la sala de baile. Estaba en medio de la planta, en el centro de una rotonda con amplias vistas, un lugar en el que pasear durante las cálidas noches de primavera, viendo bailar a otros millonarios bajo las estrellas pintadas en la cúpula.

Lo que Joe vio con mayor claridad que nunca era que los ricos vendrían aquí atraídos por la elegancia y la oportunidad de arriesgarlo todo en un juego amañado, tan amañado como el que ellos llevaban siglos imponiendo a los pobres.

Y él lo permitiría. Lo fomentaría. Y le sacaría provecho.

Nadie —ni Rockefeller, ni Dupont, ni Carnegie, ni J. P. Morgan— saltaba la banca. A no ser que ellos fuesen la banca. Y en este casino, la única banca sería él.

Le dio unos meneos a la linterna y la encendió.

Por algún motivo, se sorprendió al ver que ya lo estaban esperando: RD Pruitt y otros dos hombres. RD, con un traje almidonado de color crudo y corbatita negra. El dobladillo de los pantalones le llegaba justo por encima de los zapatos negros, dejando al descubierto unos calcetines blancos. Se había traído a dos muchachos: a juzgar por su aspecto, dos pelagatos que olían a maíz, leche agria y metanol. Nada de trajes para ellos: solo corbatas cortas anudadas a camisas de cuello corto y pantalones de lana con tirantes.

Volvieron sus linternas hacia Joe, quien tuvo que esforzarse para no lanzarse a parpadear.

—Has venido —le dijo RD.

—He venido.

—¿Dónde está mi cuñado?

—Se ha quedado en casa.

—Da igual. —RD señaló al chaval que tenía a la derecha—. Este de aquí es mi primo, Carver Pruitt. —Señaló al de la izquierda—. Y este es su primo por parte de madre, Harold LaBute. —Se volvió hacia ambos—. Muchachos, este es el que se cargó a Kelvin. Mucho ojo, que igual le da por mataros a vosotros.

Carver Pruitt se llevó el fusil al hombro.

—Lo dudo mucho.

—¿Ese tipo? —RD se puso a deambular por el salón de baile, señalando a Joe—. Es un tramposo de cojones. Como le quites la vista de encima, te aseguro que te hace algo.

—Soy terrible, ¿eh? —ironizó Joe.

—¿Tú eres un hombre de palabra? —le preguntó RD.

—Depende de a quién se la doy.

—O sea, que no has venido solo, como te ordené.

—No —reconoció Joe—. No he venido solo.

—Vale. ¿Y dónde están?

—Joder, RD, si te lo digo me cargo la diversión.

—Te hemos visto llegar —dijo RD—. Llevamos aquí tres horas. Y tú apareces una hora antes de lo previsto para adelantarte a nosotros, ¿no? —Soltó una risotada—. O sea, que sabemos que has venido solo. ¿Qué, cómo te has quedado?

—Créeme —le dijo Joe—. No estoy solo.

RD cruzó el salón de baile y sus matones lo siguieron, hasta que acabaron los tres en el centro.

La navaja que Joe se había traído ya estaba abierta, con la base del mango levemente insertada bajo la correa del reloj de pulsera que se había puesto especialmente para la ocasión. Lo único que tenía que hacer era mover la muñeca para que la navaja le aterrizara en la palma de la mano.

—No quiero ningún sesenta por ciento.

—Ya lo sé —dijo Joe.

—Entonces, ¿qué crees que quiero?

—No lo sé —dijo Joe—. Pero intuyo que un regreso a... No sé... ¿A como eran antes las cosas? ¿Me acerco?

—Estás a punto de quemarte.

—Pero antes las cosas no eran de ninguna manera —comentó Joe—. Ahí está el problema, RD. Me tiré dos años en la cárcel sin hacer nada más que leer. ¿Y sabes qué descubrí?

—No. Pero me lo vas a explicar, ¿verdad?

—Descubrí que siempre hemos estado jodidos. Que siempre nos hemos dedicado a matarnos mutuamente, a violar, a robar y a dejarlo todo hecho una mierda. Así es como somos, RD. No existen los viejos tiempos. Nunca hubo días mejores.

—Vaya —dijo RD.

—¿Sabes qué podría ser este sitio? —le preguntó Joe— ¿Te das cuenta de lo que podríamos hacer con un lugar así?

—Pues no.

—Podríamos construir el mayor casino de Estados Unidos.

—El juego nunca será legal.

—No puedo estar de acuerdo contigo, RD. El país entero está con el agua al cuello, los bancos se hunden, los ayuntamientos se arruinan, la gente no tiene trabajo.

—Porque tenemos de presidente a un comunista.

—No —dijo Joe—, no es por eso, ni de lejos. Pero no he venido a hablar de política contigo, RD. He venido a decirte que la Ley Seca se acabará porque...

—La Ley Seca nunca se derogará en un país temeroso de Dios.

—Ya verás como sí. Porque el país necesita todos esos millones que no ha recaudado durante los últimos diez años en tarifas, tasas de importación y de distribución, impuestos sobre el transporte de mercancías y, joder, cualquier otra cosa que se te ocurra; puede que

hayan perdido billones. Y van a pedirle a gente como yo, o como tú incluso, que ganemos millones de dólares vendiendo priva legal en vistas a salvarles el culo. Y así es exactamente como, siguiendo el signo de los tiempos, permitirán que se legalice el juego en este estado. Siempre que nosotros, claro está, compremos a los comisionados del condado, a los concejales y a los senadores estatales adecuados. Podemos hacerlo. Y tú podrías formar parte de eso, RD.

—Yo no quiero formar parte de nada en lo que estés tú.

—En ese caso, ¿por qué has venido?

—Pues para decirte a la cara, señor mío, que eres un cáncer. Que eres la pestilencia que va a poner a este país de rodillas. Eso eres tú, y la puta de tu novia la negrata, y tus cochinos amigos hispanos y tus asquerosos compadres italianos. Me voy a quedar el Parisian. No el sesenta por ciento, sino el local entero. Y luego, ¿sabes qué? Te voy a trincar todos los clubs. Me voy a quedar con todo lo que tengas. Puede, incluso, que me acerque a tu bonita casa y me folie a la negra antes de cortarle el cuello. —Miró a sus muchachos y se echó a reír, para volver de nuevo la vista hacia Joe—. Tú aún no lo sabes, pero te vas a largar de la ciudad, chaval. Más te vale ir haciendo las maletas.

Joe observó en profundidad los ojos brillantes y malévolos de RD. Los miró tan a fondo que desapareció la brillantez y solo quedó la maldad. Era como mirar los ojos de un perro tan famélico y apaleado que solo sabía comunicarse con el mundo a dentelladas.

En ese momento se compadeció de él.

RD captó esa compasión en los ojos de Joe. Y lo que salió de los suyos fue un aullido de indignación. Y una navaja. Joe vio cómo le salía esa navaja de los ojos, y para cuando bajó la vista a la muñeca de RD, este ya se la había clavado en el abdomen.

Joe le agarró la muñeca a RD, con tanta fuerza que fue incapaz de moverla a la derecha, a la izquierda, arriba o abajo. La navaja de Joe fue a parar al suelo. RD intentaba liberarse con todas sus fuerzas del apretón de

Joe, mientras a ambos les rechinaban los dientes.

—Te he pillado —decía RD—. Te he pillado.

Joe apartó las manos de la muñeca de RD y le atizó de tal manera que salió disparado hacia atrás. La navaja salió del cuerpo de Joe, que cayó al suelo mientras RD se reía y los dos chavales se sumaban al jolgorio.

—¡Te he pillado! —dijo RD mientras se acercaba a Joe.

Joe vio su propia sangre goteando de la navaja. Levantó una mano.

—Espera.

RD se detuvo.

—Eso es lo que dice todo el mundo.

—No hablaba contigo. —Joe levantó la vista hacia la oscuridad y vio las estrellas de la cúpula de la rotonda—. Muy bien. Ahora.

—¿Con quién estás hablando? —le preguntó RD, que siempre iba un paso por detrás, que siempre era demasiado lento, motivo al que podía deberse su mezcla letal de maldad y estupidez.

Dion y Sal Urso encendieron los focos que habían colocado en la rotonda esa misma tarde. Era como si la luna apareciese detrás de un montón de nubes de tormenta. El salón de baile se llenó de una luz blanca.

Cuando llovieron las balas, RD Pruitt, su primo, Carver, y el primo de este, Harold, se pusieron a bailar una especie de involuntario foxtrot, como si sufrieran tremendos ataques de tos mientras corrían sobre brasas ardientes. Últimamente, Dion se había convertido en un artista de la Thompson, y eso le ayudó a trazar una X en el cuerpo de RD Pruitt. Cuando llegó el alto el fuego, había restos de los tres hombres desperdigados por todo el salón de baile.

Joe escuchó los pasos de sus secuaces mientras corrían hacia él.

Cuando entraron en el salón de baile, Dion le gritó a Sal:

—Ve a por el médico, ¡rápido!

Sal echó a correr en dirección contraria mientras Dion llegaba junto

a Joe y le rasgaba la camisa.

—Ay, Señor...

—¿Qué? ¿Pinta mal?

Dion se quitó la chaqueta y luego rasgó su propia camisa. Hizo con ella un gurrño para presionar la herida.

—Aguántala así.

—¿Pinta mal? —repitió Joe.

—No muy bien —dijo Dion—. ¿Cómo te sientes?

—Tengo los pies fríos. Y el estómago me arde. La verdad es que tengo ganas de gritar.

—Pues grita —le dijo Dion—. Por aquí no te va a oír nadie.

Joe gritó. Con una fuerza que le sorprendió. Sus berridos resonaron por todo el hotel.

—¿Te encuentras mejor?

—¿Sabes qué? —repuso Joe—. No.

—En ese caso, no insistas. Tranquilo, que ya viene el médico.

—¿Ha venido con vosotros?

Dion asintió.

—Está en el barco. Sal ya le ha hecho señales. No tardará nada en llegar.

—Eso está bien.

—¿Por qué no hiciste algún ruido cuando te atacó? Desde ahí arriba no podíamos ver nada, joder. Nos limitábamos a esperar la señal.

—No lo sé —dijo Joe—. Me parecía importante no darle esa satisfacción. Oh, joder, cómo duele.

Dion le dio la mano y Joe se agarró a ella.

—¿Por qué le dejaste acercarse tanto si no pensabas apuñalarle?

—¿Cómo?

—Lo tenías delante. Con la navaja. Se suponía que ibas a apuñalarle.

—No debería haberle enseñado esas fotos, D.

—¿Le enseñaste unas fotos?

—No. A él no. A Figgis. No debería haberlo hecho.

—Por los clavos de Cristo. Tuvimos que hacerlo para eliminar a ese puto perro rabioso.

—No era un precio justo.

—Pero era el precio a pagar. No me digas que has dejado que ese pedazo de mierda te apuñale porque el precio es el que es.

—No, claro...

—Eh. No te duermas.

—Deja de darme bofetadas.

—Deja de cerrar los ojos.

—Va a ser un casino precioso.

—¿Qué?

—Tú hazme caso —dijo Joe.

MI GRAN AMOR

Cinco semanas.

Ese es el tiempo que pasó en la cama de un hospital. Primero, en la Clínica González de la Catorce, a una manzana del Círculo Cubano; y después, bajo el alias de Rodrigo Martínez, en el hospital del Centro Asturiano, situado a doce manzanas en dirección este. Puede que los cubanos hubiesen luchado contra los españoles y los españoles del sur contra los del norte, y que todos ellos hubieran tenido sus trifulcas con los italianos y los negros estadounidenses, pero cuando se trataba de cuidados médicos, Ybor se convertía en un colectivo de ayuda mutua. En esa zona todo el mundo era consciente de que en la parte blanca de la ciudad de Tampa nadie movería un dedo para taparles un agujero en el corazón si había cerca algún blanco necesitado de tratamiento por un puto uñero.

De Joe se encargó un equipo reclutado por Graciela y Esteban y compuesto por un cirujano cubano, que llevó a cabo la primera laparotomía, un especialista español en medicina torácica, que supervisó la reconstrucción de la pared abdominal durante la segunda, la tercera y la cuarta operación, y un médico estadounidense muy puesto en farmacología que tenía acceso a la vacuna del tétanos y regulaba la administración de morfina.

Las primeras prácticas aplicadas a Joe —la irrigación, la limpieza, la exploración, la intervención y la sutura— tuvieron lugar en la Clínica González, pero corrió la voz de su presencia allí. La segunda noche, aparecieron los jinetes del KKK, que se dedicaron a galopar por la Novena, arriba y abajo, mientras el pestazo aceitoso de sus antorchas

llegaba hasta las ventanas del hospital. Joe no estaba despierto en esos momentos —no conservaría más que unos vagos recuerdos de las dos semanas siguientes al navajazo—, pero Graciela se lo contaría todo durante sus meses de convalecencia.

Cuando los jinetes se marcharon, abandonando Ybor entre un galope infernal y disparando sus rifles al aire, Dion envió a algunos de sus secuaces a que los siguieran: dos hombres por cada caballo. Justo antes del alba, unos asaltantes no identificados se colaron en casa de ocho miembros del Klan local en la zona de Gran Tampa/St. Petersburg y les dieron una paliza de muerte; en algunos casos, ante los ojos de su propia familia. En Temple Terrace, a la esposa de uno de ellos que se metió en medio, le rompieron los brazos con un bate de béisbol. En Egypt Lake, a un hijo que se enfrentó a ellos lo ataron a un árbol y lo dejaron a merced de hormigas y mosquitos. De la víctima más relevante, el dentista Víctor Toll, se rumoreaba que había sustituido al difunto Kelvin Beauregard como jefe del Klan local. El doctor Toll fue atado al techo de su propio coche y obligado a quedarse ahí, bañado en su propia sangre y oliendo el aroma de su propia casa al arder.

Así acabó el poder del Ku Klux Klan en Tampa durante los siguientes tres años, pero la familia Pescatore y la banda Coughlin-Suárez no podían saberlo con certeza, así que optaron por no correr riesgos y trasladaron a Joe al hospital del Centro Asturiano. Una vez allí, se le introdujo una sonda quirúrgica para detener la hemorragia interna, cuyo origen se le escapaba al primer médico, motivo por el que apareció el segundo, un español muy amable con los dedos más bonitos que Graciela hubiese visto en la vida.

A estas alturas, ya casi había pasado el peligro del shock hemorrágico, principal verdugo de las víctimas de una cuchillada en el abdomen. Luego venía el daño causado al hígado, que había salido bastante bien librado. Gracias, como le explicaron posteriormente los médicos a Joe, al reloj de su padre, que ahora lucía una nueva muesca en

la tapa. La navaja se había topado con la tapa en primera instancia, alterando su dirección, aunque no mucho.

El primer médico había hecho todo lo posible por detectar cualquier posible daño en el duodeno, el recto, el colon, la vesícula biliar y el bazo, pero las condiciones no habían sido las ideales. Joe había sido estabilizado en el sucio suelo de un edificio abandonado, y transportado a continuación en barco por la bahía. Cuando llegó a un quirófano ya había pasado algo más de una hora.

El segundo médico que lo examinó tuvo la sospecha, debido al ángulo de la hoja de la navaja al entrar por el peritoneo, que el bazo podía estar afectado, así que volvieron a abrir a Joe. El galeno español estaba en lo cierto. Reparó la herida en el bazo del paciente y le extrajo la bilis tóxica que había empezado a ulcerarle la pared abdominal, aunque el daño (leve) ya estaba hecho. Joe necesitaría dos intervenciones más antes de fin de mes.

Tras la segunda, despertó ante alguien sentado al pie de su cama. Veía tan borroso que el aire parecía hecho de gasa. Pero podía distinguir una cabeza rotunda de larga mandíbula. Y un rabo. El rabo en cuestión golpeaba la sábana que le cubría la pierna, y entonces vio claramente a la pantera, que lo observaba con sus hambrientos ojos amarillos. Se le cerró la garganta y se le cubrió el cuello de sudor.

La pantera le lamió el labio superior y la nariz.

Luego bostezó, y a Joe le entraron ganas de cerrar los ojos ante esos dientes magníficos y de una blancura impoluta, gracias a todos esos huesos roídos cuando ya no les quedaba ni un gramo de carne.

La boca se cerró, los ojos amarillos lo encontraron de nuevo y el felino le puso las patas delanteras en el estómago y se le subió encima.

—¿Qué felino? —le preguntó Graciela.

Joe se la quedó mirando, parpadeando bajo el sudor. Era de día; el aire que entraba por las ventanas era fresco y olía a camelias.

Después de las operaciones, se le prohibieron las relaciones sexuales

durante los siguientes tres meses. Alcohol, comida cubana, marisco, frutos secos... Todo prohibido. Si temía que la falta de sexo le separara de Graciela (ella también lo temía), lo cierto es que la prohibición tuvo el efecto contrario. Hacia el segundo mes, Joe encontró una manera distinta de satisfacerla, recurriendo a la boca, un método empleado al azar a lo largo de los años y que ahora se había convertido en el único modo de darle placer. De rodillas ante ella, sosteniéndole el culo con las manos, con la boca cubriendo la entrada a su vientre, una entrada que siempre se le había antojado sagrada, pecaminosa y lujuriosamente resbaladiza al mismo tiempo, sentía que por fin había encontrado algo por lo que mereciese la pena arrodillarse. Si desprenderse de todas las nociones preconcebidas acerca de lo que un hombre tenía que dar y recibir de una mujer era todo lo que hacía falta para sentirse tan puro y útil como él se sentía entre los muslos de Graciela, ojalá se hubiese librado de ellas años atrás. Sus protestas iniciales —«no, no puedes; ningún hombre hace esas cosas; tengo que lavarme, es imposible que te guste el sabor»— se convirtieron en algo rayano en la adicción. El mes previo a que ella pudiera devolverle el favor, Joe se percató de que llevaban una media de cinco actos diarios de gratificación oral.

Cuando por fin le dieron permiso los médicos, Joe y Graciela cerraron las persianas de su mansión en la Novena, llenaron la hielera del segundo piso con comida y champán y se confinaron a sí mismos en la cama con dosel o la bañera con garras durante dos días. Hacia el final del segundo, tumbados ante el rojo anochecer, con las persianas abiertas de nuevo a la calle y el ventilador del techo secándoles el cuerpo, Graciela dijo:

—Nunca habrá otro.

—¿Otro qué?

—Hombre. —La mujer le pasó la palma por los costurones del abdomen—. Eres mi hombre hasta la muerte.

—¿De verdad?

Graciela le pegó al cuello la boca abierta y exhaló:

—Sí, sí, sí.

—¿Y qué pasa con Adán?

Por primera vez, Joe detectó desprecio en sus ojos ante la mención del marido.

—Adán no es un hombre. Tú sí que lo eres, mi amor.

—Pues tú eres toda una mujer —dijo Joe—. Dios mío, me pierdo en ti.

—Soy yo la que se pierde en ti.

—Pues entonces... —Recorrió la habitación con la vista. Había esperado tanto que llegara ese día que ahora que ya estaba ahí no sabía muy bien cómo afrontarlo—. Nunca conseguirás el divorcio en Cuba, ¿verdad?

Graciela negó con la cabeza.

—Aunque pudiese volver con mi propio nombre, la Iglesia no lo permitiría.

—O sea, que siempre estarás casada con él.

—En teoría —dijo Graciela.

—¿Y a quién le importan las teorías? —comentó Joe.

Y ella se echó a reír.

—De acuerdo.

Joe se la puso encima y recorrió su cuerpo moreno con la vista hasta llegar a sus ojos castaños.

—Tú eres mi esposa —declaró.

Graciela se secó los ojos con ambas manos mientras se le escapaba una risita.

—Y tú eres mi marido.

—Para siempre.

Graciela le puso las palmas de las manos en su pecho y asintió.

—Para siempre.

ILUMÍNAME EL CAMINO

El negocio siguió floreciendo.

Joe empezó a mover los hilos del asunto del Ritz. John Ringling se mostraba dispuesto a vender el edificio, pero no el terreno. Así pues, Joe puso a sus abogados a negociar con los de Ringling para ver si se podía llegar a un acuerdo que satisficiera a ambas partes. Últimamente, los dos bandos estudiaban un alquiler por noventa y nueve años, pero el condado ponía ciertas pegas sobre derechos aéreos. Joe tenía un equipo dedicado a sobornar a los inspectores del condado de Sarasota, otro en Tallahassee, haciendo lo propio con los políticos del estado, y un tercero en Washington, dedicado a la detección de senadores y funcionarios de Hacienda dados a frecuentar casas de putas, salas de juego y fumaderos de opio controlados por la familia Pescatore.

Su primer triunfo consistió en la despenalización del bingo en el condado de Pinellas. Luego consiguió presentar una propuesta de despenalización para todo el estado, que sería considerada por la legislatura local en la sesión de otoño, con la intención de verla aprobada a principios de 1932. Sus amigos de Miami, una ciudad mucho más fácil de comprar, contribuyeron considerablemente a la tolerancia del estado cuando los condados de Dade y Broward legalizaron las apuestas. Joe y Esteban, que habían comprado terrenos para esos amigos de Miami, vieron como se convertían en hipódromos.

Maso se había dejado caer por allí para echarle un vistazo al Ritz. Acababa de superar un cáncer, aunque solo él y sus médicos sabían de qué. Aseguraba haberlo vencido de calle, pero se había quedado calvo y muy frágil. Había quien susurraba que se le había ido un poco la olla,

pero Joe no encontró la menor prueba de ello. A Maso le encantó la propiedad y apreció en su valor la lógica de Joe: si había un momento adecuado para cargarse los tabúes asociados al juego, era ahora, mientras la Ley Seca se derrumbaba trágicamente ante sus ojos. El dinero que perderían con la legalización de la priva iría a parar directamente a las arcas del Gobierno, pero el que perdieran con un casino legal y con los impuestos del hipódromo se vería equilibrado por el que le sacarían a toda esa gente tan idiota que apostaría en masa contra la banca.

Los encargados de los sobornos empezaron a informar a su vez de que la corazonada de Joe iba adquiriendo muy buena pinta. El país estaba lo bastante maduro para eso. Había ayuntamientos comprados de un extremo a otro de Florida y de una punta a otra del país. Joe había enviado a sus hombres con promesas de infinitos dividendos —tasas de casino, tasas de hotel, tasas de comida y bebida, tasas de espectáculos, tasas de habitaciones, tasas para vender alcohol y, además, la favorita de todos los politicastos, una tasa sobre los beneficios excesivos—. Si un día el casino recaudaba más de ochocientos mil dólares, debería darle al estado el dos por ciento de esa cantidad. Lo cierto es que si se llegaba a ganar una cifra semejante, el casino maquillaría las cuentas hacia abajo, pero eso era algo que los políticos de ojos enormes y platos pequeños no tenían por qué saber.

A finales de 1931, Joe tenía en el bolsillo a dos senadores jóvenes, nueve miembros de la Cámara de Representantes, cuatro senadores veteranos, trece representantes del condado, once concejales de ayuntamiento y dos jueces. También había comprado a su antiguo rival del KKK, Hopper Hewitt, director del *Tampa Examiner*, quien había empezado a publicar editoriales y contundentes artículos que ponían en duda la lógica de dejar morir de hambre a tanta gente cuando habría trabajo para todos en un casino de primera clase situado en la costa del Golfo de Florida, gracias al cual podrían recuperar esas casas de las que habían sido desahuciados. También encontrarían trabajo los abogados

desplazados a la cola de la sopa boba para cerrar un trato en condiciones, por no hablar de todos esos oficinistas llamados a dejarlo todo bien claro y bien bonito sobre el papel.

Mientras Joe le acompañaba en coche al tren que lo llevaría de regreso, Maso le dio una palmadita en la rodilla.

—No creas que no va a ser tomado en consideración.

Joe no entendía en qué sentido podía su trabajo «ser tomado en consideración». Había construido algo a partir del barro, y Maso le hablaba como si le hubiese encontrado un nuevo tendero al que esquilmar. Igual no andaban tan desencaminados esos rumores sobre la salud mental del viejo.

—Ah —añadió Maso mientras se acercaban a Union Station—. Creo que aún tienes a un insumiso por ahí, ¿no es cierto?

Joe se tomó unos segundos antes de responder.

—¿Te refieres al listillo que no paga sus deudas?

—A ese mismo —dijo Maso.

El listillo en cuestión era Turner John Belkin. Junto a sus tres hijos, vendía un matarratas que fabricaba en sus alambiques de la zona no absorbida de Palmetto. Turner John Belkin no quería hacerle daño a nadie; lo único que quería era seguirle vendiendo su material a la clientela de siempre, montar unas timbas en la trastienda y chulear a algunas putas de un burdel cercano. Pero no atendía a razones ni quería pasar por el aro. No pagaba su diezmo, no vendía los productos de Pescatore y no hacía nada más que ir a su puta bola y llevar el negocio a su manera, como habían hecho antes que él su padre y su abuelo, cuando Tampa todavía se llamaba Fort Brooke y la fiebre amarilla mataba a más gente que en la Edad Media.

—Me lo estoy trabajando —dijo Joe.

—Por lo que he oído, ya llevas seis meses trabajándotelo.

—Tres —reconoció Joe.

—Pues deshazte de él.

El coche se detuvo. Seppe Carbone, guardaespaldas personal de Maso, le abrió la puerta y se quedó de pie bajo el sol.

—Tengo a gente en ello —dijo Joe.

—No quiero que tengas gente en ello. Quiero que acabes con el problema. En persona, si es necesario.

Maso bajó del coche y Joe lo siguió hasta el tren para despedirse de él, aunque el capo dijera que no hacía falta. Pero lo cierto es que Joe deseaba ver marcharse a Maso, lo necesitaba para cerciorarse de que podía relajarse y volver a respirar con tranquilidad. Tenerlo dando vueltas por ahí era como recibir la visita de un tío lejano que viene para un par de días y luego no se va nunca. Un tío lejano que, para colmo, cree que te está haciendo un favor.

Unos días después de la partida de Maso, Joe envió a un par de tipos a asustar un poco a Turner John, pero fue él quien los asustó a ellos, enviando a uno al hospital sin necesidad de un arma ni de la ayuda de sus hijos.

Joe quedó con Turner John al cabo de una semana.

Le dijo a Sal que se quedara en el coche y se plantó en el camino de tierra que llevaba al chamizo con techo de cobre de Turner John, con el porche hundido en un extremo, pero con una hielera de Coca-Cola en el otro, tan roja y tan reluciente que Joe pensó que le sacaba brillo a diario.

Los hijos de Turner John, tres chavales macizos vestidos con ropa interior de algodón y poca cosa más, ni siquiera zapatos (aunque uno de ellos lucía un suéter de lana roja con un estampado de copos de nieve, vete tú a saber por qué), cachearon a Joe, le quitaron la Savage del 32 y lo volvieron a cachear.

A continuación, Joe entró en el chamizo y se sentó a una mesa de patas temblonas frente a Turner John. Intentó poner bien la mesa, lo dejó por imposible y luego le preguntó a su anfitrión por qué les había zurrado

la badana a sus hombres. Turner John, un tipo alto, flaco y de aspecto severo, con los ojos y el cabello tan marrones como el traje que llevaba, le dijo que porque se habían presentado de manera tan amenazante que no valía la pena ni esperar a que abriesen la boca.

Joe le preguntó si eso significaba que ahora tendría que matarlo para salvar la cara. Turner John repuso que eso se temía.

—Vamos a ver —dijo Joe—. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué no pagas un pequeño tributo?

—Señor mío —dijo Turner John—. ¿Tú padre sigue entre nosotros?

—No, falleció.

—Pero tú sigues siendo su hijo, ¿no?

—Pues sí, claro.

—Y aunque algún día tengas veinte nietos, seguirás siendo hijo de ese hombre.

Joe no estaba preparado para el torrente de emociones que se le vino encima en ese momento. Tuvo que apartar la vista de Turner John antes de que ese torrente se asomara a sus ojos.

—Sí, seguiré siéndolo.

—Y querrás que se sienta orgulloso de ti, ¿no? Que vea que eres todo un hombre.

—Sí —reconoció Joe—. Claro que sí.

—Pues mira, yo soy igual que tú. Mi padre era un tío estupendo. Solo me zurraba cuando me lo merecía, y nunca cuando había bebido. En general, se limitaba a atizarme una colleja cuando yo roncaba. Soy un campeón de los ronquidos, señor mío, y mi padre no podía evitar darme un capón cuando estaba muy cansado. Aparte de eso, era un tipo formidable. Y un hijo lo que quiere es que su padre pueda mirarlo desde arriba y comprobar que sus enseñanzas fructificaron. En estos precisos instantes, papá me está mirando y diciendo, Turner John, yo no te crié para que rindieras tributo a alguien que no se destroza las manos trabajando a tu lado. —Le mostró a Joe sus enormes y castigadas palmas

—. ¿Quieres mi dinero, señor Coughlin? Pues más te vale ponerte a trabajar conmigo y mis chicos y ayudarnos a cuidar la granja, arar el campo, recoger las cosechas y ordeñar a las vacas. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—Pues no tengo nada más que decir.

Joe miró a Turner John, y luego hacia el techo.

—¿De verdad crees que te está observando?

Turner John abrió una boca llena de dientes de plata.

—Como hay Dios.

Joe se abrió la cremallera y sacó el Derringer que le había quitado a Manny Bustamante unos años atrás. Le apuntó a Turner John en el pecho.

Turner John exhaló una respiración larga y lenta.

—Si empiezas a hacer algo, tienes que terminarlo, ¿no? —dijo Joe.

Turner John se lamió el labio inferior sin apartar ni un momento la mirada de la pistola.

—¿Sabes qué clase de arma es? —le preguntó Joe.

—Un Derringer para mujeres.

—No —dijo Joe—. Es un arma del modelo Advertencia. —Se puso de pie—. Puedes seguir con tus asuntos en Palmetto, ¿de acuerdo?

Turner John parpadeó para decir que sí.

—Pero que no vea nada tuyo en Hillsborough o el condado de Pinellas. Ni tampoco en Sarasota, Turner John. ¿Te queda claro?

Turner John volvió a parpadear.

—Necesito oírte decirlo —le dijo Joe.

—Me queda claro —dijo Turner John—. Tienes mi palabra.

Joe asintió.

—¿Y qué piensa ahora tu padre?

Turner John miró más allá del cañón de la pistola, recorriendo el brazo de Joe hasta llegar a sus ojos.

—Pues que ha estado jodidamente cerca de volver a soportar mis ronquidos.

Mientras Joe maniobraba para legalizar el juego y comprar el hotel, Graciela inauguró sus propios alojamientos. Mientras Joe iba detrás de la pandilla del Waldorf, Graciela construía refugios para quienes se habían quedado sin padre o sin marido. Era una vergüenza nacional que, en esos tiempos, los hombres abandonaran a sus familias como si se fueran a la guerra. Salían de sus poblachos o de sus apartamentos de la ciudad o, en el caso de Tampa, de esas cabañas típicas a las que llamaban *casitas*, y se iban a comprar leche o tabaco, o decían que corrían rumores sobre un posible trabajo, y no volvían. Sin hombres que las protegieran, a veces las mujeres eran violadas o introducidas a la fuerza en los niveles más bajos de la prostitución. Los niños, que de repente se habían quedado sin padre y puede que también sin madre, se perdían por las calles y los caminos vecinales, y las noticias que llegaban de ellos casi nunca eran buenas.

Graciela fue a ver a Joe una noche en la que él estaba en la bañera. Se trajo dos tazas de café perfumadas con un poco de ron. Se quitó la ropa, se metió en el agua frente a él y le preguntó si podía adoptar su apellido.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Por la Iglesia no. No puedo.

—Vale...

—Pero es como si estuviésemos casados, ¿no?

—Sí.

—Pues me gustaría llevar tu apellido.

—¿Graciela Dominga Maela Rosario María Conchita Corrales Coughlin?

Ella le dio una palmada en el hombro.

—No tengo tantos nombres.

Joe se acercó para besarla, y luego volvió a echarse hacia atrás.

—¿Graciela Coughlin?

—Sí.

—Sería un honor para mí.

—Vaya —dijo ella—. Bien. He comprado unos edificios.

—¿Has comprado unos edificios?

Graciela lo miró con esos ojos castaños tan inocentes como los de un ciervo.

—Tres. ¿Te acuerdas de aquel conglomerado que había junto a la antigua tabaquera Pérez?

—¿En Palm?

Ella asintió.

—Pues me gustaría usarlos como refugio para esposas abandonadas con hijos.

A Joe no le pilló por sorpresa. Últimamente Graciela había estado hablando mucho de esas mujeres.

—¿Y qué fue de tu interés por la política en Latinoamérica?

—Que me enamoré de ti.

—¿Y?

—Pues que restringiste mi movilidad.

Joe se echó a reír.

—Así que eso hice, ¿no?

—Terriblemente —sonrió Graciela—. Puede funcionar. Es posible que algún día hasta nos dé beneficios y sirva de modelo para el resto del mundo.

Graciela soñaba con la reforma agraria y los derechos de los trabajadores y el reparto justo de la riqueza. Básicamente, creía en la justicia, un concepto que, según Joe, había abandonado la Tierra cuando esta aún iba en pañales.

—Lo del modelo para el resto del mundo no lo acabo de ver.

—¿Por qué no ha de funcionar? —le preguntó ella—. ¿Por qué no puede haber justicia en este mundo?

Le salpicó de burbujas para que viese que no hablaba del todo en

serio, pero en realidad no había ninguna ironía.

—¿Te refieres a un mundo en el que todos tienen lo necesario y se pasan el día cantando y sonriendo?

Graciela le arrojó agua enjabonada a la cara.

—Ya sabes a qué me refiero. A un mundo bueno. ¿Por qué no puede serlo?

—Por la codicia —le dijo Joe, mientras alzaba los brazos para abarcar el cuarto de baño—. Mira cómo vivimos.

—Pero tú le devuelves algo a la sociedad. El año pasado le diste la cuarta parte de nuestro dinero a la Clínica González.

—Me salvaron la vida.

—Y el año anterior construiste la biblioteca.

—Para que tengan libros que me apetezca leer.

—Pero si están todos en español.

—¿Cómo crees que aprendí tu idioma?

Graciela le plantó el pie en el hombro y se lo rascó contra su cabello. Ahí lo dejó, y él lo besó y se encontró, como solía pasarle en esos casos, experimentando una paz tan absoluta que no podría disfrutarla ni en el cielo. No había en el paraíso nada comparable a la voz de ella en sus oídos, a su amistad en el bolsillo, a su pie en el hombro.

—Podemos hacer mucho bien —dijo Graciela, bajando la vista.

—Ya lo hacemos —apuntó Joe.

—Después de hacer tanto mal —añadió ella, en voz baja.

Estaba mirando la espuma que tenía bajo los pechos y que iba fundiéndose con su cuerpo hasta obligarla a salir de la bañera. En cualquier momento, iría a por una toalla.

—Oye —le dijo él.

Y ella levantó los párpados.

—No somos malos. Puede que tampoco seamos buenos. No lo sé. Lo único que sé es que todos tenemos miedo.

—¿Quién tiene miedo? —preguntó ella.

—¿Quién no lo tiene? El mundo entero está aterrorizado. Nos decimos a nosotros mismos que creemos en uno u otro dios, en que hay otra vida de algún tipo, y puede que así sea, pero al mismo tiempo lo que estamos pensando es: ¿y si estamos equivocados?, ¿y si esto es todo lo que hay? Porque si no hay nada más que esto, joder, más vale que me haga con una buena casa y un buen coche y un montón de bonitos alfileres de corbata y un bastón con el mango de plata y...

Ahora era ella la que se reía.

—Y un retrete que me limpie el culo y los sobacos. Porque necesito un trasto así. —Él también se reía, pero entonces le entraba espuma en la boca—. Pero bueno, yo creo en Dios. Por si acaso. Pero también creo en la avaricia. Por si las moscas.

—¿Y eso es todo lo que hay, que estamos asustados?

—No sé si eso es todo lo que hay —sentenció Joe—. Yo solo sé que estamos aterrorizados.

Graciela le colocó la espuma en el cuello como si fuese una bufanda y asintió.

—Yo lo que quiero es que estar aquí sirva para algo.

—Ya lo sé. Mira, ¿quieres rescatar a esas mujeres y a sus crios? Muy bien. Te quiero por ello. Pero hay ciertas malas personas que no van a querer sacar sus zarpas de esas mujeres.

—Eso ya lo sé —dijo ella canturreando, para que él se diera cuenta de que no era tan ingenua que no lo hubiera pensado—. Por eso voy a necesitar a un par de tus hombres.

—¿Un par?

—Bueno, mejor cuatro, para empezar. Pero ¿sabes qué, cariño? —Le sonrió—. Quiero a los más duros que tengas.

Ese fue también el año en que la hija del jefe Figgis, Loretta, regresó a Tampa.

Bajó del tren acompañada por su padre, que la llevaba del brazo. Loretta iba vestida de negro de los pies a la cabeza, como si estuviera de luto, y por la fuerza con la que Irv la sostenía del brazo, puede que lo estuviese.

Irv la encerró en su casa de Hyde Park, y nadie vio a ninguno de los dos durante toda la temporada. Irv se había tomado un permiso después de ir a recoger a su hija a Los Ángeles y lo había ampliado a todo el otoño al regresar. Su esposa se marchó, llevándose a su hijo, y los vecinos dijeron que el único sonido que les llegaba de esa casa era el de la plegaria. O el de los cánticos. Hubo cierta discusión sobre el particular.

Cuando emergieron de la casa a finales de octubre, Loretta iba de blanco. Durante un encuentro pentecostal esa misma noche, declaró que la decisión de vestir de blanco no era suya en absoluto, sino de Jesucristo, con cuyas enseñanzas se sentiría casada a partir de ahora. Esa noche, en la carpa erigida en los prados de Fiddlers Cove, Loretta subió al escenario y habló de su descenso al mundo del vicio, de los demonios del alcohol, la heroína y la marihuana que la habían conducido hasta allí, de la fornicación sin ton ni son que llevaba a la prostitución, que a su vez llevaba a más heroína y a unas noches de una degradación tan pecaminosa que Jesús había bloqueado sus recuerdos para impedir que se quitara la vida. ¿Y por qué estaba tan interesado Jesús en mantenerla viva? Porque quería que explicara su verdad a los pecadores de Tampa, St. Petersburg, Sarasota y Bradenton. Y si a Él le parecía adecuado, ella habría de llevar ese mensaje por toda Florida y puede que por todo Estados Unidos.

Lo que diferenciaba a Loretta de tantos otros oradores que se plantaban ante sus feligreses en las carpas religiosas era que ella no utilizaba un tono apocalíptico. Nunca alzaba la voz. Hablaba tan bajito, de hecho, que más de uno tenía que inclinarse hacia delante para poder oírla. Mirando de vez en cuando por el rabillo del ojo a su padre, que se había vuelto muy severo e inaccesible desde su regreso, ofrecía el

testimonio de sus lamentos a un mundo caído. No aseguraba conocer la voluntad de Dios, pero sí decía tener constancia de la alicaída decepción de Cristo ante los extremos a los que habían llegado sus hijos. Se podía hacer mucho bien en este mundo, se podía cosechar mucha virtud, siempre que la virtud fuese debidamente plantada en primer lugar.

—Dicen que este país volverá muy pronto a la desesperación del consumo sin tasa de alcohol, de los maridos que golpean a sus mujeres por culpa del ron, de las enfermedades venéreas propiciadas por el whisky de centeno, de la caída en la pereza que lleva a la pérdida del trabajo y de los bancos que arrojan a la calle a muchos más pequeñines por culpa de la ginebra. Pero no le echéis la culpa a los bancos. No culpéis a los bancos —susurraba—. Culpad a quienes se aprovechan del pecado, del comercio carnal y de la debilidad moral causada por el licor. Culpad a los contrabandistas y a los propietarios de burdeles y a los que permiten que esa gente extienda su suciedad por nuestra bella ciudad y ante los ojos de Dios. Rezad por ellos. Y pedidle al Señor que os guíe.

Aparentemente, el Señor guió a algunos ciudadanos ejemplares de Tampa hasta un par de clubs pertenecientes al dúo Coughlin-Suárez: una vez allí, la emprendieron a hachazos con los barriles de ron y de cerveza. Cuando Joe se enteró, le dijo a Dion que se pusiera en contacto con un tío de Valrico que fabricaba barricadas de acero y acabó colocándolas en todos sus garitos, metiéndoles dentro las de madera, y esperando a ver quién era el guapo que aparecía con el hacha sagrada y se jodía los sagrados brazos.

Joe estaba sentado en el despacho que tenía en la parte frontal de su empresa exportadora de tabaco —una compañía del todo legal; perdían cada año una pequeña fortuna exportando unos puros soberbios a países como Irlanda, Suecia o Francia, donde nunca había habido mucha costumbre de fumarlos— cuando Irv y su hija entraron por la puerta.

Irv saludó a Joe con un leve movimiento de cabeza, pero no lo miró a los ojos. Desde que Joe le había mostrado aquellas fotos de su hija, no

había vuelto a hacerlo ni una sola vez, aunque Joe calculase que se habrían cruzado por la calle unas treinta veces, por lo menos.

—Mi Loretta tiene algo que decirte.

Joe miró a esa preciosa joven del vestido blanco y los ojos húmedos y brillantes.

—Por supuesto, señorita. Tome asiento, por favor.

—Preferiría quedarme de pie, caballero.

—Como usted guste.

—Señor Coughlin —dijo la muchacha, poniéndose las manos en los muslos—. Mi padre dice que usted fue en tiempos un buen hombre.

—No sabía que había dejado de serlo.

Loretta se aclaró la garganta.

—Estamos al corriente de su filantropía. Y de la de esa mujer con la que usted ha decidido cohabitar.

—La mujer con la que he decidido cohabitar —dijo Joe, solo para comprobar de nuevo cómo sonaba.

—Sí, sí. Sabemos de su gran actividad caritativa dentro de la comunidad de Ybor e incluso en la de Gran Tampa.

—Tiene un nombre.

—Pero sus buenas obras son estrictamente temporales por naturaleza. Rechaza cualquier afiliación religiosa y todo intento de conseguir que abrace al único Dios verdadero.

—Se llama Graciela. Y es católica —dijo Joe.

—Pero hasta que abrace públicamente al Señor y reconozca que es Su mano la que guía sus esfuerzos, está, por muy buena intención que tenga, ayudando al demonio.

—Pues vaya —dijo Joe—. Ahí sí que ya me he perdido.

—Afortunadamente, a mí no me ha perdido. Pese a todas sus buenas obras, señor Coughlin, ambos sabemos que estas se ven mitigadas por sus actos malévolos y su alejamiento del Señor.

—No me diga.

—Usted se aprovecha de la adicción ilegal ajena. Usted se aprovecha de la debilidad de la gente y de su tendencia a la pereza, la gula y la conducta libidinosa. —Le dedicó una sonrisa tan amable como triste—. Pero usted puede liberarse de todo eso.

—Lo que pasa es que no quiero.

—Claro que quiere.

—Señorita Loretta —le dijo Joe—, parece usted una persona adorable. Y ahora entiendo perfectamente cómo ha conseguido triplicar el predicador Ingalls su rebaño desde que usted empezó a predicar ante ellos.

Irv levantó cinco dedos, con los ojos clavados en el suelo.

—Ah —dijo Joe—. Mis disculpas. Parece que la parroquia se ha quintuplicado. Vaya, vaya.

Loretta nunca dejaba de sonreír. Era una sonrisa suave y triste. Una sonrisa que sabía lo que ibas a decir antes de que abrieras la boca y que juzgaba absurdas las palabras que aún no habías pronunciado.

—Loretta —dijo Joe—. Yo a la gente le vendo un producto que les gusta tanto que la Decimoctava Enmienda será derogada este mismo año.

—Eso no es verdad —dijo Irv, sacando mandíbula.

—O puede que sí —dijo Joe—. En cualquier caso, la Ley Seca ha muerto. La utilizaron para mantener a raya a los pobres y no les funcionó. La utilizaron para que la clase media se hiciese más trabajadora, pero en vez de eso, a la clase media le entró sed. Se ha bebido más alcohol durante estos últimos diez años que en todos los anteriores, y eso es debido a que la gente deseaba beber y no quería que le dijese que no podía hacerlo.

—Pero señor Coughlin —dijo Loretta en un tono de lo más razonable—, lo mismo podría decirse de la fornicación. La gente la desea y no quiere que le digan que no puede practicarla.

—Es que no deberían decírselo.

—¿Perdón?

—Que no deberían prohibirla —dijo Joe—. Si la gente quiere fornicar, no veo ningún motivo para impedírselo, señorita Figgis.

—¿Y si quieren hacerlo con animales?

—¿Quieren hacerlo?

—¿Cómo dice?

—¿La gente quiere acostarse con animales?

—Los hay que sí. Y su infamia se extenderá si las cosas salen como usted quiere.

—Me temo que no encuentro la menor relación entre beber y fornicar con animales.

—Pero eso no quiere decir que no la haya.

Loretta tomó asiento en ese momento, con las manos sobre el regazo.

—Claro que no la hay —dijo Joe—. No hay ninguna relación.

—Eso lo dirá usted.

—Como usted dice que cree en Dios.

—¿Y usted no cree en Dios?

—No, Loretta. Yo no puedo creer en su Dios.

Joe miró a Irv porque podía captar su indignación, pero, como de costumbre, Irv se resistía a mirarlo a los ojos y no levantaba la vista de las manos, que ya se le habían convertido en puños.

—Pues Él sí cree en usted —dijo Loretta—. Señor Coughlin, usted acabará abandonando el camino del mal. Lo sé, sin más. Puedo verlo. Se arrepentirá y será bautizado en Cristo. Y se convertirá en un gran profeta. Lo veo tan claro como veo una ciudad sin pecado en lo alto de una colina, aquí mismo, en Tampa. Y sí, señor Coughlin, antes de que se lo tome a broma, le diré que soy plenamente consciente de que en Tampa no hay colinas.

—No, cierto, no las vería ni yendo en coche a toda velocidad.

Loretta le dedicó una sonrisa auténtica, la misma que él recordaba de unos pocos años atrás, cuando se cruzaba con ella en la cafetería o en

la sección de revistas del Morin Drugstore.

Y entonces, esa sonrisa se transformó de nuevo en la otra, la triste y congelada, y a la muchacha le brillaron los ojos mientras extendía hacia él una mano enguantada y él se la estrechaba, pensando en las cicatrices que cubría el guante, mientras Loretta Figgis le decía:

—Algún día le sacaré del mal camino, señor Coughlin. Puede estar seguro de ello. Lo siento en lo más hondo.

—El hecho de que usted lo sienta no quiere decir que se haga realidad.

—Pero tampoco quiere decir que no vaya a hacerse realidad.

—Eso no se lo puedo negar. —Joe levantó la vista hacia ella—. Pero ¿por qué no le concede a mis opiniones el mismo beneficio de la duda?

A Loretta se le iluminó la triste sonrisa.

—Porque sus opiniones están equivocadas.

Lamentablemente para Joe, Esteban y la familia Pescatore, la popularidad de Loretta crecía al mismo ritmo que su legitimidad. Al cabo de unos meses, sus campañas de proselitismo empezaron a poner en peligro el tema del casino. Quienes al principio hablaban de ella en público lo habían hecho, principalmente, para ridiculizarla o pasmarse ante las circunstancias que la habían conducido a su actual situación: la hija de un alto mando de la policía se va a Hollywood y vuelve convertida en una chiflada encantadora que confunde las marcas de pinchazos en los brazos con estigmas divinos. Pero el tono de la conversación empezó a variar, y no solo por esas noches en las que se rumoreaba que Loretta aparecería en alguna carpa religiosa y los caminos se convertían en un atasco de coches y peatones, sino también porque la gente normal se interesaba por ella. En vez de ocultarse al ojo público, Loretta buscaba su atención. Y no solo en Hyde Park, sino también en West Tampa, en la zona del puerto y hasta en Ybor, a donde acudía a comprar café, su único vicio.

No hablaba mucho de religión durante el día. Mostraba una educación impecable y siempre estaba dispuesta a interesarse por la salud de aquellos con quienes se cruzaba, o por la de sus seres queridos. Nunca olvidaba un nombre. Y seguía siendo, aunque el duro año de sus «suplicios», como ella los llamaba, la hubiese envejecido ligeramente, una mujer de una belleza pasmosa. Una belleza, además, típicamente estadounidense: gruesos labios color borgoña, como su cabello, ojos sinceros y azules y una piel tan suave y blanca como la dulce crema que se formaba en la parte superior de la cotidiana botella de leche.

Los desmayos empezaron a ocurrirle a finales de 1931, después de que la crisis bancaria en Europa se llevara por delante el resto del mundo y acabase con cualquier esperanza de recuperación económica. Los ataques venían sin avisar y sin ningún asomo teatral. Loretta hablaba de los males del licor, de la lujuria o (cada vez con más frecuencia) del juego —siempre con una voz suave y vagamente trémula—, así como de las visiones que le había enviado Dios de una Tampa consumida por el fuego de sus propios pecados, una tierra baldía envuelta en humo, con el suelo calcinado y humeantes pilas de madera donde antes había habido casas, y le recordaba a su parroquia la historia de la mujer de Lot, y les suplicaba que no volvieran la vista atrás, que nunca miraran atrás, sino hacia delante, hacia una rutilante ciudad de blancos hogares y blancas vestimentas y blancas personas unidas en el amor a Cristo y a la plegaria y al fuerte deseo de fabricar un mundo del que sus hijos pudieran sentirse orgullosos. En algún momento de ese sermón, los ojos se le torcían a la izquierda y luego a la derecha, mientras experimentaba unos temblores que acababan por derribarla. A veces sufría convulsiones, a veces le resbalaba la baba por sus hermosos labios, pero en general, solo parecía haberse quedado dormida. Corrió la voz (aunque solo entre las clases más bajas) de que parte del incremento de su popularidad se debía a lo guapa que estaba tirada en la tarima del escenario, vestida de ligero crepé blanco, tan ligero que podías intuir sus pechos, pequeños pero perfectos,

y sus estilizadas y bellas piernas.

Cuando Loretta yacía de tal guisa en el escenario, devenía una prueba de la existencia de Dios, pues solo el Señor podía haber creado algo tan hermoso, tan frágil y tan poderoso.

Fue así como sus cada vez más nutridas huestes de seguidores llegaron a tomarse sus causas como algo personal; en especial, los intentos de un gánster de la localidad por asolar sus comunidades con la lacra del juego. En muy poco tiempo, congresistas y concejales recibían a los enviados de Joe con un «No» o con alguna frase del modelo «Necesitaremos más tiempo para tener en cuenta todas las variables». Eso sí, como él mismo pudo observar, el dinero recibido se lo quedaban.

Empezaban a pintar bastos.

Si Loretta Figgis acelerara su ansiado encuentro con el Señor —pero de un modo que pudiera considerarse un «accidente»—, entonces, tras un respetable período de luto, lo del casino volvería a ponerse en marcha a toda velocidad. Si tanto quería a Jesús, se dijo Joe, hasta le haría un favor enviándola con él.

Sabía lo que tenía que hacer, pero se resistía a dar la orden.

Fue a verla predicar. Se dejó barba de un día y adoptó la personalidad de un vendedor de utensilios de labranza o, tal vez, del propietario de un colmado: pantalones limpios, camisa blanca, corbatita rural, chaqueta deportiva de lona y un sombrero vaquero de paja bien calado sobre los ojos. Hizo que Sal le llevara en coche hasta la entrada del campamento que utilizaba esa noche el reverendo Ingalls y echó a andar por un estrecho camino de tierra rodeado de pinos hasta llegar a la parte de atrás de la multitud.

Junto a la orilla de un lago, alguien había construido una pequeña tarima con la madera de unas cajas, y ahí se había encaramado Loretta con su padre a la izquierda y el reverendo a la derecha, ambos con la cabeza baja. Loretta estaba hablando de una visión reciente, o puede que de un sueño, Joe llegó demasiado tarde para averiguarlo. De espaldas a la

oscura charca, con su vestido y su bonete blancos, Loretta destacaba contra la negra noche cual reluciente luna en un firmamento plagado de estrellas. Una familia de tres miembros, decía —la madre, el padre y un bebé—, había llegado a una tierra extraña. Al padre, un hombre de negocios enviado por su empresa a esa tierra extraña, le habían dicho que esperase al conductor dentro de la estación ferroviaria y que no se le ocurriera salir al exterior. Pero ahí dentro hacía mucho calor y el viaje había sido muy largo y todos deseaban ver la nueva tierra. Salieron de la estación y enseguida se les acercó un leopardo más negro que el carbón. Y antes de que tuvieran tiempo de pensar en nada, el leopardo les rajó el cuello a dentelladas a los tres. El padre agonizaba, observando retozar al leopardo negro en la sangre de su esposa, cuando apareció un hombre y mató al animal a tiros. Ese hombre le dijo al ejecutivo moribundo que era el conductor contratado por su empresa y que lo único que deberían haber hecho él y su familia era esperarle.

Pero no le habían esperado. ¿Por qué no le habían esperado?

Y lo mismo pasa con Jesús, dijo Loretta. ¿Podéis esperarle? ¿Podéis resistiros a las tentaciones terrenales que acabarán destrozando a vuestras familias? ¿Podéis encontrar una manera de mantener a vuestros seres queridos a salvo de las bestias depredadoras hasta que regrese Nuestro Señor, el Salvador?

—¿O sois demasiado débiles? —preguntó a la audiencia.

—¡No!

—Porque soy consciente de que en mis momentos más oscuros, yo soy demasiado débil.

—¡No!

—Sí, lo soy —clamó Loretta—, pero Él me da fuerzas. —Señaló hacia el cielo—. Él llena mi corazón. Pero os necesito a vosotros para completar sus deseos. Necesito vuestra fuerza para continuar predicando Su palabra y llevando a cabo Su obra e impidiendo que los leopardos negros se coman a vuestros hijos y nos manchen el corazón con pecados

sin fin. ¿Me ayudaréis?

La masa dijo «Sí» y «Amén» y «Por supuesto». Cuando Loretta cerró los ojos y empezó a temblar, la muchedumbre abrió bien los suyos y se desplazó hacia delante. Cuando Loretta suspiró, ellos gimieron. Cuando ella cayó de hinojos, ellos contuvieron el aliento. Y cuando ella se quedó tumbada de lado, ellos exhalaban al unísono. Fueron a su encuentro sin acercarse lo más mínimo a la tarima, como si alguna barrera invisible les detuviera. Iban a por algo que no era Loretta. Algo a lo que gritaban. Algo a lo que le prometían todo.

Loretta era su umbral, el portal a través del cual accedían a un mundo sin pecado, sin oscuridad, sin miedo. Un mundo en el que nunca te sentías solo. Porque tenías a Dios. Y tenías a Loretta.

—Esta misma noche —le dijo Dion a Joe en la galería de la tercera planta de su mansión—. Tiene que desaparecer.

—¿Te crees que no lo he pensado? —comentó Joe.

—No se trata de pensarlo —dijo Dion—, sino de hacerlo, jefe.

Joe se imaginaba el Ritz, la luz que brotaba de las ventanas hacia el oscuro mar, la música que flotaba por los pórticos hasta alcanzar el Golfo, mientras los dados rodaban por las mesas y la gente aclamaba al ganador y él presidía todo aquello, envuelto en un bonito esmoquin.

Una vez más, como había hecho tan a menudo a lo largo de las últimas semanas, se preguntaba: ¿en qué consiste la vida?

La gente se moría trabajando en la construcción o extendiendo raíles de acero bajo el sol. Morían electrocutados o a causa de cualquier otro accidente laboral, cada día, en todo el mundo. ¿Y para qué? Para construir algo bueno, algo que diera empleo a sus compatriotas y diese de comer a la raza humana.

¿Por qué habría de ser diferente la muerte de Loretta?

—Lo sería y ya está —dijo.

—¿Cómo? —Dion se lo quedó mirando.

Joe levantó una mano a guisa de disculpa.

—No puedo hacerlo.

—Pero yo sí —afirmó Dion.

—Cuando compras una entrada para el baile, ya sabes a lo que vas, o deberías saberlo, joder. Pero ¿qué me dices de esa gente que duerme mientras nosotros estamos levantados? Esa gente se dedica a trabajar y a cortar el césped. No se apuntaron al baile. Lo cual significa que no reciben el mismo castigo que nosotros por sus errores.

Dion suspiró.

—Está poniendo en peligro todo el puto negocio.

—Ya lo sé. —Joe se sentía agradecido por el crepúsculo, por la oscuridad que caía sobre ellos en la galería. Si Dion pudiera verle los ojos con claridad, se daría cuenta de lo inseguro de su decisión, de lo cerca que estaba de cruzar la línea sin volver nunca la vista atrás. Joder, no era más que una mujer—. Pero eso es lo que hay: nadie le va a tocar ni un pelo.

—Lo lamentarás —le dijo Dion.

—No me jodas —repuso Joe.

Una semana después, cuando los esbirros de John Ringling solicitaron un encuentro, Joe supo que ya no había nada que hacer. Aunque no rechazado por completo, el trato quedaba aplazado por un tiempo. El país entero volvía a la bebida con alegre abandono, fervor y alegría, pero Tampa, sometida a la influencia de Loretta Figgis, caminaba en dirección opuesta. No pudieron con ella cuando el consumo de alcohol volvía a ser aceptado, algo que estaba además a tan solo una firma de convertirse en legal, y en lo referente al juego los hundió por completo. Los enviados de John Ringling les dijeron a Joe y a Esteban que su jefe había decidido agarrarse al Ritz un poco más, esperar a ver cómo evolucionaba la economía y volver a hablar del asunto más adelante.

La reunión tuvo lugar en Sarasota. Cuando Joe y Esteban la

abandonaron, se fueron en coche a Longboat Key y se quedaron mirando ese Gran Conato de Mediterráneo que había en el golfo de México.

—Habría sido un casino formidable —dijo Joe.

—Tendrás otra oportunidad. Las cosas van y vienen.

Joe negó con la cabeza.

—No todas.

QUE NO DECAIGA

La última vez que Loretta Figgis y Joe se cruzaron en vida fue a principios de 1933. Había estado lloviendo a cántaros una semana. Esa mañana, la primera sin nubes en mucho tiempo, la niebla a ras de suelo se espesó de tal manera que en las calles de Ybor parecía que la tierra se había vuelto del revés. Joe recorría el paseo de tablas de la avenida Palm, distraído, Sal Urso iba a su altura por la acera de enfrente y Lefty Downer los seguía a ambos en coche por el centro de la calzada. Joe acababa de confirmar un rumor según el cual Maso se disponía a volver a aparecer por allí, por segunda vez en un año, y el hecho de que no le hubiera avisado le había sentado mal. Además de eso, los diarios de la mañana decían que el presidente electo Roosevelt pensaba firmar la Ley Cullen-Harrison en cuanto alguien le pusiera una pluma en la mano, poniendo así punto final a la Ley Seca. Joe ya sabía que la cosa no iba a durar mucho, pero seguía sin estar preparado para lo que viniera a continuación. Y si él no estaba preparado, a saber cómo iban a encajar la noticia todos esos contrabandistas cutres de sitios como Kansas City, Cincinnati, Chicago, Nueva York o Detroit. Esa mañana se quedó sentado en la cama, intentando leer el artículo para enterarse de la semana exacta o del mes concreto en que Roosevelt pensaba coger esa pluma tan esperada, pero se distrajo por culpa de Graciela, que estaba vomitando la paella de la víspera con gran aparato sonoro. Por regla general, tenía un estómago de hierro, pero últimamente, la presión de dirigir tres refugios y ocho grupos distintos para la recaudación de fondos le estaba afectando al sistema digestivo.

—Joseph. —Estaba de pie en el umbral, secándose la boca con el

dorso de la mano—. Puede que hayamos de enfrentarnos a algo.

—¿A qué, cariño?

—Creo que estoy esperando un niño.

Por unos instantes, Joe creyó que se iba a traer a casa a alguno de los mocosos del refugio. Incluso miró detrás de ella por si ya había aparecido; pero no tardó en entender lo que le acababan de decir.

—¿Estás...?

Graciela le sonrió.

—Embarazada.

Joe saltó de la cama, se plantó ante ella y no sabía muy bien si tocarla, por miedo a que se rompiera.

Ella le pasó los brazos por el cuello.

—No pasa nada. Vas a ser padre. —Le besó agarrándolo del codo, donde a Joe le picaba el cráneo. La verdad es que todo le picaba, como si hubiese despertado dentro de una piel nueva—. Di algo.

Graciela lo observaba con curiosidad.

—Gracias —dijo él porque no se le ocurría nada más.

—¿Gracias? —Graciela se echó a reír y lo besó de nuevo, machacándole los labios con los suyos—. ¿Gracias?

—Vas a ser una madre estupenda.

Graciela pegó la frente a la de Joe.

—Y tú vas a ser un gran padre.

Si sigo vivo, pensó él.

Y supo que ella pensaba lo mismo.

O sea, que estaba algo ausente esa mañana, al entrar en la cafetería de Niño sin mirar antes por el ventanal.

Solo había tres mesas en esa cafetería, una lástima si teníamos en cuenta lo bueno que era el café que servían, y dos de ellas estaban ocupadas por miembros del Klan. Alguien que no estuviera en el ajo

nunca los habría reconocido como tales, pero Joe era capaz de verles las capuchas aunque no las llevasen puestas. En una mesa estaban Clement Dover, Drew Altman y Brewster Engals, la vieja guardia y la más cabal; en la otra, Julius Stanton, Haley Lewis, Cari Joe Crewson y Charlie Bailey, una pandilla de idiotas capaces de intentar quemar una cruz y acabar prendiéndose fuego a sí mismos. Pero, como mucha gente estúpida que no se da cuenta de lo estúpida que es, también eran malos y despiadados.

En cuanto cruzó el umbral, Joe supo que no se trataba de una emboscada. Podía ver en sus ojos que no esperaban cruzarse con él. Solo habían venido a tomar café, y puede que a intimidar un poco a los propietarios para que les pagasen protección. Sal estaba justo afuera, pero eso no era exactamente lo mismo que estar dentro. Joe se echó atrás la chaqueta del traje y dejó ahí la mano, a dos centímetros de su pistola, mientras observaba a Engals, el jefe de esa curiosa pandilla, que trabajaba como bombero en la Estación 9 de Lutz Junction.

Engals le saludó con un leve movimiento de cabeza y una sonrisita creciéndole en los labios. Desvió la vista hacia algo situado a espaldas de Joe, en la tercera mesa junto a la ventana. Joe echó un vistazo y vio a Loretta Figgis ahí sentada, observando toda la escena. Joe apartó la mano de la cadera y dejó caer el faldón de la chaqueta. Nadie se iba a liar a tiros con la Virgen de la Bahía de Tampa a menos de dos metros.

Joe correspondió al saludo de Engals con otro movimiento de cabeza y este le dijo:

—Otra vez será.

Joe se llevó dos dedos al ala del sombrero y se dio la vuelta para marcharse cuando Loretta le dijo:

—Señor Coughlin, tome asiento, por favor.

—No, no, señorita Loretta. No quiero echarle a perder esta mañana tan magnífica de la que está disfrutando.

—Insisto —dijo ella, mientras Carmen Arenas, la mujer del dueño,

se acercaba a la mesa.

Joe se encogió de hombros y se quitó el sombrero.

—Lo de costumbre, Carmen.

—Sí, señor Coughlin. ¿Señorita Figgis?

—Sí, me tomaré otro.

Joe tomó asiento y se colgó el sombrero de la rodilla.

—¿No les cae usted bien a esos caballeros? —preguntó Loretta.

Joe observó que hoy la muchacha no iba vestida de blanco, sino más bien en un tono melocotón claro. Era algo que nadie notaría en otra persona, pero Loretta Figgis estaba tan identificada con el blanco nuclear que verla vestida de cualquier otro color era un poco como verla desnuda.

—No creo que se maten por invitarme a comer un domingo de estos —le dijo Joe.

—¿Por qué? —Loretta se inclinó sobre la mesa mientras Carmen les traía sus cafés.

—Porque me acuesto con negras y porque trabajo con la chusma y confraternizo con ella. —Joe miró por encima del hombro—. ¿Me he dejado algo, Engals?

—¿Aparte de que te cargaste a cuatro de los nuestros?

Joe le dio las gracias con una sonrisa y se volvió de nuevo hacia Loretta.

—Ah, y creen que maté a cuatro amigos suyos.

—¿Lo hizo?

—Veo que hoy no va de blanco —dijo Joe.

—Es casi blanco —dijo ella.

—¿Qué les va a parecer a sus... —Joe buscaba la palabra adecuada, pero se tuvo que conformar con la primera que le vino a la cabeza— seguidores?

—No lo sé, señor Coughlin —dijo ella, y no había un brillo falso en su voz, ni una serenidad desesperada en sus ojos.

Los chicos del Klan se levantaron de la mesa y enfilaron la salida,

aunque cada uno de ellos se las apañó para tropezar con la silla de Joe o para pisarle un pie.

—Ya nos veremos —le dijo Dover, y luego saludó a Loretta con el sombrero—. Señora.

Salieron todos de la cafetería, y allí solo quedaron Joe, Loretta y el ruido de la lluvia de la noche anterior recorriendo el canalón de la fachada y yendo a parar a la acera. Joe estudió a Loretta mientras se tomaba el café. Había perdido esa viva luz que brillaba en sus ojos desde el día en que había vuelto a salir de la casa paterna hacía dos años, tras sustituir la ropa negra de luto por su propia muerte por el vestido blanco de su nuevo nacimiento.

—¿Por qué le odia tanto mi padre?

—Porque soy un delincuente. Y él fue el jefe de la policía.

—Pero en aquel entonces usted le caía bien. En cierta ocasión, incluso, le señaló cuando yo aún iba al instituto y me dijo: «Ahí tienes al alcalde de Ybor. Es el que mantiene la paz».

—Eso dijo, ¿eh?

—Sí.

Joe tomó otro sorbo de café.

—Eran unos tiempos más inocentes, supongo.

Loretta bebió del suyo.

—¿Y qué hizo usted para merecer su rencor?

Joe negó con la cabeza.

Ahora le tocaba a ella estudiarle durante un largo e incómodo minuto. Joe le sostuvo la mirada mientras ella se internaba en la suya. Se internó hasta descubrir la verdad que asomaba al fondo.

—Mi padre me encontró gracias a usted.

Joe no dijo nada, limitándose a tensar y destensar la mandíbula.

—Fue usted. —Loretta asintió para sí misma y clavó la vista en la mesa—. ¿Con qué contaba?

Volvió a mirarle unos incómodos momentos más hasta que él

respondió:

—Con unas fotografías.

—Y se las enseñó a mi padre.

—Le mostré dos.

—¿Cuántas tenía?

—Docenas.

Loretta volvió a mirar la mesa, movió un poco la taza.

—Todos iremos al infierno.

—No creo.

—¿No? —Volvió a mover la taza de café—. ¿Sabe cuál es la verdad que he aprendido durante estos dos años dedicados a rezar, a desmayarme y a poner mi alma en manos de Dios?

Joe negó con la cabeza.

—Que el paraíso es esto. —Loretta señaló hacia la calle, hacia el techo que los cubría—. Ahora mismo estamos en él.

—¿Y cómo es que se parece tanto al infierno?

—Porque nosotros lo jodimos. —La muchacha recuperó la sonrisa serena—. Esto es el paraíso. Y se ha perdido.

Joe se sorprendió ante lo mucho que lamentaba que Loretta hubiese perdido la fe. Por motivos inexplicables, había confiado en que si alguien tenía una línea directa con el Todopoderoso, debía ser ella.

—Pero cuando empezó —le comentó Joe—, usted sí creía, ¿no es cierto?

Loretta clavó en él sus prístinos ojos.

—Con tal certeza que a la fuerza debía tratarse de inspiración divina. Era como si me hubiesen cambiado la sangre por fuego. No un fuego ardiente, sino un calor permanente que nunca remitía. Así me sentía de niña, creo recordar. Me sentía a salvo y querida y totalmente convencida de que la vida siempre sería así. Convencida de que siempre tendría a mi papá y a mi mamá y de que todo el mundo sería igual que Tampa y de que todos sabrían mi nombre y me desearían lo mejor. Pero

crecí y me trasladé al oeste. ¿Y qué pasó cuando resultó que todas esas creencias eran mentira? ¿Qué ocurrió cuando me di cuenta de que yo ni era especial ni estaba a salvo de nada? —Loretta volteó los brazos para mostrarle las marcas de los pinchazos—. Pues que no me lo tomé nada bien.

—Pero cuando volvió, después de sus...

—¿Suplicios? —dijo ella.

—Sí.

—Regresé y mi padre echó de casa a mi madre y me zurró a conciencia y me enseñó a volver a rezar de rodillas sin recibir nada a cambio. Tenía que rezar como una suplicante. Como una pecadora. Y volvió a avivarse la llama. De rodillas, junto a la cama en la que dormía de pequeña. Me tiraba todo el día de rodillas. No pegaba prácticamente ojo. Y la llama llegó hasta mi sangre, hasta mi corazón, y volví a sentir la certeza. ¿Sabe cuánto la había echado de menos? La había añorado más que cualquier droga, cualquier amor, cualquier comida, puede incluso que más que a ese Dios que, en teoría, me la inspiraba. Certeza, señor Coughlin. Certeza. Es la mentira más maravillosa que hay.

Nadie abrió la boca durante unos instantes, lo suficiente como para que Carmen reapareciese con nuevas tazas de café que sustituyeron a las que ya se habían bebido.

—Mi madre falleció la semana pasada. ¿Lo sabía?

—No me había enterado, Loretta, lo siento.

La mujer despreció sus disculpas con un gesto de la mano y bebió un sorbo de café.

—Las creencias de mi padre y las mías la echaron del hogar. Ella solía decirle a papá: tú no amas a Dios, lo que tú amas es la idea de que Él te considere especial; tú quieres creer que Él te ve. Cuando me enteré de su fallecimiento, entendí lo que había querido decir. Dios no me aportó ningún consuelo. Yo a Dios no lo conozco. Yo solo quería que volviese mi mamá.

Loretta asintió varias veces para sí misma.

Entró una pareja en el local. La campanilla sonó al abrirse la puerta mientras Carmen salía de detrás del mostrador para acomodarlos.

—No sé si existe un Dios. —Loretta plantó el dedo en el asa de la taza—. Espero que exista, por supuesto. Y espero que sea bondadoso. Sería algo formidable, ¿no le parece, señor Coughlin?

—Sin duda alguna —reconoció Joe.

—No creo que Dios envíe a la gente al fuego eterno por fornicar, en eso estoy de acuerdo con usted. Ni por creer en una versión de Él un tanto equivocada. Creo, o quiero creer que los pecados que más aborrece son los que se cometen en su nombre.

Joe la observó cuidadosamente.

—O los que cometemos contra nosotros mismos desde la desesperación.

—Ya —dijo ella, alegremente—. Pero yo no estoy desesperada. ¿Y usted?

Joe negó con la cabeza.

—En absoluto.

—¿Y cuál es su secreto?

Joe se echó a reír.

—Es un asunto un tanto íntimo para una charla de café.

—Quiero saberlo. A usted se le ve... —Loretta recorrió el local con la vista, y durante un brevísimo instante se asomó a sus ojos un salvaje abandono—. A usted se le ve sólido.

Joe sonrió y negó repetidas veces con la cabeza.

—De verdad —insistió ella.

—No.

—Que sí. ¿Cuál es el secreto?

Joe pasó el dedo por el platito y no dijo nada.

—Venga, señor Cough...

—Ella.

—¿Perdón?

—Ella —dijo Joe—. Graciela. Mi mujer. —La miró directamente—. Yo también espero que haya un Dios. Lo ansio enormemente. Pero ¿y si no lo hay? Pues en ese caso, me bastará con Graciela.

—¿Y si la pierde?

—No pienso perderla.

—Pero ¿y si sucede? —Loretta se inclinó sobre la mesa.

—En ese caso, me convertiría en una cabeza sin corazón.

Guardaron silencio. Apareció de nuevo Carmen con más café. Joe le añadió algo más de azúcar al suyo y miró a Loretta y sintió una necesidad tan poderosa como inexplicable de abrazarla y decirle que todo saldría bien.

—¿Y qué va usted a hacer ahora? —le preguntó.

—¿A qué se refiere?

—Usted es un pilar de esta sociedad. Demonios, me atacó en mi momento de mayor poder y me venció. Algo que no pudo lograr el Klan. Y tampoco la ley. Pero usted sí.

—No pude acabar con el alcohol.

—Pero sí con el juego. Que era algo que no peligraba antes de que usted llegara.

Loretta sonrió y luego se tapó la sonrisa con las manos.

—Eso sí que lo conseguí, ¿verdad?

Joe se sumó a su sonrisa.

—Sí, claro que sí. Si le diera por tirarse de un acantilado, Loretta, miles de personas seguirían su ejemplo.

La muchacha soltó una carcajada y elevó la vista al techo de hojalata.

—No quiero que nadie me siga a ninguna parte.

—¿Y ya se lo ha dicho a la gente?

—Hay quien no quiere escuchar.

—¿Irv?

Loretta asintió.

—Dele algo de tiempo.

—Mi padre quería tanto a mi madre que lo recuerdo temblando en ciertas ocasiones, cuando estaba demasiado cerca de ella. Yo creo que era porque se moría de ganas de tocarla, pero no podía hacerlo porque había niños delante y no resultaba correcto. Y ahora que mi madre ha muerto, ni siquiera ha ido a su funeral, pues cree que el Dios que se imagina no lo aprobaría. Al Dios que mi padre imagina no le gusta compartir. Mi padre se sienta cada noche en su sillón a leer la Biblia, ciego de ira porque a ciertos hombres se les permitió tocar a su hija como él solía tocar a su mujer. Y de maneras mucho peores. —Loretta se inclinó sobre la mesa y empezó a mover un grano de azúcar con el dedo índice—. Recorre la casa a oscuras, susurrando la misma palabra una y otra vez.

—¿Qué palabra?

—Arrepentios. —Loretta levantó la vista hacia Joe—. Arrepentios, arrepentios, arrepentios.

—Dele tiempo —repitió Joe porque no se le ocurría nada más que decir.

Al cabo de unas pocas semanas, Loretta volvió a vestir de blanco. Siguió predicando a las multitudes. Pero añadió algunas novedades —o triquiñuelas, según algunos—, como hablar en lenguas incomprensibles o echar espuma por la boca. Y duplicó el volumen y el tono apocalíptico.

Una mañana, Joe vio una foto suya en el periódico, predicando en un cónclave del Consejo General de las Asambleas de Dios celebrado en el condado de Lee, pero al principio no la reconoció, aunque tenía exactamente el mismo aspecto.

El presidente Roosevelt firmó la Ley Cullen-Harrison la mañana del 23

de marzo de 1933, legalizando así la elaboración y venta de cerveza y vino con un nivel de alcohol inferior al 3,2 por ciento. A finales de año, prometió F. D. Roosevelt, la Decimoctava Enmienda a la Constitución habría pasado a mejor vida.

Joe quedó con Esteban en el Tropical. Llegó inusualmente tarde, algo que últimamente le sucedía con frecuencia porque el reloj de su padre había empezado a atrasarse. La semana anterior se atrasaba cinco minutos al día. Ahora se acercaba a los diez y, a veces, a los quince. Pensaba llevarlo a arreglar, pero eso significaría desprenderse de él durante el tiempo que durase la reparación, y aunque era consciente de lo irracional de su reacción, no se veía capaz de soportarlo.

Cuando Joe entró en el despacho de atrás, Esteban estaba enmarcando otra fotografía de las que había tomado en su último viaje a La Habana: en esta ocasión, se trataba de la inauguración de Zoot, su nuevo club en la Habana Vieja. Le enseñó la foto a Joe: como en casi todas las demás, unos ricachones borrachos y bien vestidos, junto a sus elegantes esposas, novias o acompañantes profesionales, más una bailarina o dos, se habían quedado congelados junto a la banda, felices y con la mirada ausente. Joe apenas le echó un vistazo antes de emitir su habitual silbido de apreciación, y Esteban la colocó boca abajo sobre el cristal. Luego sirvió unas copas y las dejó sobre el escritorio, entre las piezas de los marcos, y se puso a enganchar estas con una cola que olía tan fuerte que se imponía al aroma a tabaco de su estudio, algo que Joe nunca habría considerado posible.

—Sonríe —dijo Esteban en un momento dado, alzando su copa—. Estamos a punto de convertirnos en gente muy rica.

—Si Pescatore me suelta —precisó Joe.

—Si se resiste —dijo Esteban—, le dejaremos entrar en un negocio legal.

—Del que nunca querrá salir.

—Ya es viejo.

—Pero tiene socios. E hijos, joder.

—Lo sé todo de esos hijos: uno es pederasta, otro es adicto al opio y el tercero le pega a su mujer y a todas sus novias porque en realidad le gustan los hombres.

—Vale, pero no creo que el chantaje funcione con Maso. Y su tren llega mañana.

—¿Tan pronto?

—Eso es lo que he oído.

—Mira, yo he hecho negocios toda mi vida con gente como él. Nos lo tocaremos. —Esteban volvió a alzar su copa—. Porque te lo mereces.

—Gracias —dijo Joe, y esta vez sí tomó un trago.

Esteban siguió trabajando en el marco.

—Así que hazme el favor de sonreír.

—Estoy en ello.

—Te preocupa Graciela, ¿no?

—Sí.

—¿Qué le pasa?

Habían decidido no decírselo a nadie hasta que empezara a notarse. Esa misma mañana, antes de irse a trabajar, Graciela le había mostrado la pequeña bala de cañón que se le marcaba bajo el vestido y le había dicho que el secreto se iba a descubrir hoy mismo, de una manera u otra.

Así pues, como el que se quita un peso de encima al cabo de mucho tiempo, Joe le dijo a Esteban:

—Que está embarazada.

A Esteban se le pusieron los ojos como platos, prorrumpió en un gran aplauso y luego rodeó el escritorio para abrazar a Joe. Le palmeó repetidamente el lomo con una contundencia de la que Joe nunca habría pensado que fuese capaz.

—Ahora sí que eres un hombre —le dijo.

—Vaya —comentó Joe—. ¿Eso es todo lo que hace falta?

—No siempre, pero en tu caso... —Esteban hizo como que le iba a

pegar un puñetazo, Joe le lanzó uno de broma y él volvió a abrazarlo—. Me alegro mucho por ti, amigo.

—Gracias.

—Y ella estará encantada, ¿no?

—Pues la verdad es que sí. Es curioso. No sé cómo describírtelo. Pero sí, tiene una energía que le sale de una manera distinta.

Brindaron por la paternidad mientras la noche del viernes en Ybor se cernía al otro lado de las persianas de Esteban, más allá del exuberante y verde jardín con luces en los árboles y muros de piedra.

—¿Estás a gusto aquí?

—¿Cómo? —inquirió Joe.

—Cuando llegaste estabas muy paliducho. Llevabas aquel espantoso corte de pelo carcelario y hablabas muy rápido.

Joe se echó a reír, y Esteban con él.

—¿Echas de menos Boston?

—Pues sí —dijo Joe, que a veces lo añoraba tremendamente.

—Pero esto es ahora tu hogar.

Joe asintió, aunque le sorprendía reconocerlo.

—Eso creo.

—Sé cómo te sientes. Yo no conozco el resto de Tampa, y mira que llevo años por aquí. Pero conozco Ybor como conozco La Habana, y no sé qué haría si tuviera que elegir entre las dos.

—¿Tú crees que Machado...?

—Machado está acabado. Puede que dure un poco más, pero está acabado. Los comunistas creen poder reemplazarlo, pero Estados Unidos nunca lo permitiría. Mis amigos y yo hemos dado con una alternativa magnífica, un hombre muy moderado, pero no estoy seguro de que la moderación sea un valor en alza estos días. —Hizo una mueca—. Les hace pensar demasiado. Les da dolores de cabeza. La gente no está para sutilezas y prefiere tomar partido.

Dejó el cristal y la foto en el marco, colocó la placa de corcho en la

parte de atrás y le aplicó algo más de cola. Limpió la rebaba con una toallita y se alejó un poco para admirar su obra. Cuando estuvo satisfecho, se llevó los vasos vacíos a la barra para rellenarlos.

Luego le devolvió a Joe el suyo.

—¿Te has enterado de lo de Loretta Figgis?

Joe se hizo con la copa.

—No me digas que ha sido vista caminando sobre las aguas del río Hillsborough.

Esteban se lo quedó mirando fijamente, con la cabeza muy quieta.

—Se ha suicidado.

Joe se quedó con el vaso a medio camino de la boca.

—¿Cuándo?

—Anoche.

—¿Cómo?

Esteban meneó la cabeza varias veces y se refugió tras su escritorio.

—Esteban, ¿cómo?

El cubano contempló el jardín.

—Green que había vuelto a la heroína.

—Vale, pero...

—No hay otra manera de explicarlo...

—Esteban —insistió Joe.

—Se mutiló los genitales, Joseph. Y luego...

—Joder —dijo Joe—. Oh, no, joder.

—Luego se cortó la garganta.

Joe enterró la cara entre las manos. Podía verla en la cafetería, un mes atrás; podía verla de niña, subiendo las escaleras del cuartel general de la policía con su faldita a cuadros, los calcetines blancos y los zapatos de montar, y con los libros bajo el brazo.

Y luego la imaginó de una manera mucho más vivida, mutilándose mientras la bañera se llenaba con su propia sangre y la boca se le quedaba abierta en un grito permanente.

—¿Fue en una bañera?

Esteban le dirigió una mirada de sorpresa.

—¿Qué dices de una bañera?

—Que si se suicidó en una bañera.

—No —dijo Esteban—. Lo hizo en la cama. En la cama de su padre.

Joe se llevó de nuevo las manos al rostro y ahí las dejó.

—Por favor, dime que no te estás echando la culpa —le dijo Esteban al cabo de unos instantes.

Pero Joe no abrió la boca.

—Joseph, mírame.

Joe bajó las manos y soltó una larga exhalación.

—Se fue al oeste y, como tantas otras chicas en su situación, se convirtió en una presa fácil. Tú no abusaste de ella.

—Pero gente de nuestro oficio sí. —Joe dejó su copa en la esquina de la mesa y se puso a recorrer la alfombra de un lado a otro, mientras trataba de encontrar las palabras—. ¿Sabes qué pasa con cada compartimento de eso a lo que nos dedicamos? Pues que alimenta a los otros. Los beneficios de la prisa pagan las chicas y las chicas pagan los narcóticos necesarios para enganchar a otras chicas y que se folien a desconocidos para nuestro propio beneficio. ¿Qué pasa cuando esas chicas intentan quitarse la mierda de encima o se olvidan de mostrarse dóciles? Se las muele a palos, Esteban, lo sabes perfectamente. Si intentan limpiarse, acaban siendo de lo más vulnerables para cualquier poli mínimamente espabilado. Por consiguiente, se les corta el cuello y son arrojadas a un río. Y mientras tanto, nosotros nos hemos pasado los últimos diez años friéndonos a balazos con la competencia. ¿Y por qué? Pues por el puto dinero.

—Esa es la parte desagradable de una vida fuera de la ley.

—Venga, hombre —dijo Joe—. Nosotros no somos unos fuera de la ley. Somos gánsteres.

Esteban le sostuvo la mirada un momento y luego le dijo:

—No se puede hablar contigo cuando te pones así. —Puso la foto enmarcada boca arriba sobre la mesa y la contempló—. No estamos para proteger a nuestros semejantes, Joseph. De hecho, nuestros semejantes deberían sentirse insultados por suponer que no saben protegerse a sí mismos.

Loretta, se dijo Joe. Loretta, Loretta. Te desposeimos de todo lo que pudimos, y todavía esperábamos que siguieras adelante sin todo lo que te quitamos.

Esteban señalaba la fotografía.

—Mira a esa gente. Bailan, beben y viven. Porque mañana podrían estar muertos. Tú y yo también podríamos estar muertos mañana. Si uno de estos juerguistas, pongamos este hombre...

Esteban señalaba a un tipo de esmoquin blanco con cara de bulldog y con un grupo de mujeres a su espalda, congregadas como para llevar a hombros a ese cabrón rollizo, bien cubiertas de lamé y lentejuelas.

—Imagínate que este tío la diña mientras vuelve a casa en coche porque se había puesto hasta las cejas de Suárez Reserva y lo veía todo doble. ¿Sería culpa nuestra?

Joe miró más allá del tipo con cara de bulldog, hacia todas esas mujeres adorables, la mayoría hispanas con el pelo y los ojos del mismo color que los de Graciela.

—¿Es culpa nuestra? —insistió Esteban.

Excepto una mujer. Una mujer bajita que apartaba los ojos de la cámara, mirando hacia algo que estaba fuera del encuadre, como si alguien hubiese entrado en la sala y la hubiese llamado mientras el fotógrafo apretaba el disparador. Una mujer con el pelo de color arena y los ojos más pálidos que el invierno.

—¿Qué? —dijo Joe.

—Que si es culpa nuestra que un mamón decida...

—¿Cuándo tomaste esta fotografía? —preguntó Joe.

—¿Cuándo?

—Sí, sí. ¿Cuándo?

—Durante la inauguración del Zoot.

—¿Y cuándo fue eso?

—El mes pasado.

Joe lo miró desde el otro lado del escritorio.

—¿Estás seguro?

Esteban se echó a reír.

—Ese restaurante es mío. Claro que estoy seguro.

Joe se bebió su copa de un trago.

—¿No es posible que esa foto se tomara en otro momento y acabara mezclada con las del mes pasado?

—¿Cómo? No. ¿En qué otro momento?

—Hace unos seis años.

Esteban negó con la cabeza, sin dejar de reír, pero sus ojos se iban oscureciendo de preocupación.

—No, no, no, Joseph. No. Esta foto la tomé hace un mes. ¿Por qué?

—Porque esta mujer de aquí —Joe puso el dedo sobre Emma Gould— lleva muerta desde 1927.

TERCERA PARTE

TODOS ESOS HIJOS VIOLENTOS
1933-1935

EL CORTE DE PELO

—¿Estás seguro de que es ella? —le preguntó Dion a la mañana siguiente, en su despacho.

Joe sacó del bolsillo interior de la chaqueta la fotografía que Esteban le había extraído del marco la noche anterior. La dejó sobre la mesa, delante de Dion.

—Tú dirás.

Dion miró hacia otro lado, luego observó la foto y, finalmente, le crecieron los ojos.

—Pues sí. Es ella, sin duda alguna. —Miró a Joe por el rabillo del ojo—. ¿Se lo has dicho a Graciela?

—No.

—¿Por qué no?

—¿Tú a tus mujeres se lo cuentas todo?

—No les cuento una mierda, pero tú eres más blando que yo.

Y tienes embarazada a la parienta.

—Eso es verdad. —Joe levantó la vista hacia el techo de cobre—. Aún no se lo he dicho porque no se me ocurre cómo.

—Es sencillo —dijo Dion—. Tú vas y le dices, como si tal cosa: «Guapa, cariño, amor mío, ¿te acuerdas de aquella jaca que me beneficiaba antes de conocernos?, ¿la que te dije que la había diñado?, pues resulta que está vivita y coleando y vive en tu tierra y sigue estando para mojar pan. Y hablando de mojar pan, ¿qué hay para cenar?». ».

Sal, que estaba de pie junto a la puerta, miró hacia abajo para disimular una risita.

—Te lo estás pasando bien, ¿eh? —le dijo Joe a Dion.

—Como nunca en la vida —repuso este, haciendo crujir la silla bajo su peso.

—Mira, D —le dijo Joe—. Estamos hablando de seis años de rabia, seis años de... —Levantó los brazos, incapaz de trasladar sus sentimientos a palabras—. Sobreviví a Charlestown gracias a esa rabia, y también gracias a ella dejé colgando a Maso de un puto tejado o eché de Tampa a Albert White. Joder, yo...

—Levantaste un imperio sobre la base de esa rabia.

—Exacto.

—Pues cuando la veas —dijo Dion—, le das las gracias de mi parte. Joe se había quedado con la boca abierta, pero no sabía qué decir.

—Mira —le dijo Dion—. A mí esa tía nunca me cayó bien.

Y tú lo sabes. Pero es indudable que encontró una manera de inspirarte, jefe. Si te pregunto si se lo has dicho a Graciela es porque ella sí me cae bien. Muy bien.

—Yo también le tengo mucho aprecio —intervino Sal, y ambos se lo quedaron mirando. El hombre levantó la mano derecha (en la izquierda sostenía la Thompson)—. Lo siento.

—Hablamos de determinada manera porque nos dábamos de hostias de pequeños —lo ilustró Dion—. En tu caso, que no se te olvide quién es el jefe.

—No volverá a pasar.

Dion se volvió hacia Joe, quien le dijo:

—No nos dábamos de hostias de pequeños.

—Te aseguro que sí.

—No —insistió Joe—. Era yo el que me las llevaba todas.

—Vale. —Dion se quedó callado un instante—. Bueno, yo había venido a decirte algo.

—¿Cuándo?

—Cuando entré por esa puerta. Tenemos que hablar de la visita de Maso. ¿Y te has enterado de lo de Irv Figgis?

—Querrás decir lo de Loretta, ¿no?

Dion negó con la cabeza.

—De eso ya estamos todos al corriente. Me refiero a lo de anoche. ¿Sabes que Irv se fue al local de Arturo? Parece que fue allí donde Loretta pilló su última ración de mierda hace dos noches.

—Vale...

—Pues Irv le pegó una paliza a Arturo que casi lo mata.

—No.

Dion asintió.

—No paraba de decirle: «Arrepiéntete, arrepiéntete», mientras lo machacaba a puñetazos. Puede que pierda un ojo.

—Mierda. ¿Y qué ha sido de Irv?

Dion se llevó el índice a la sien y se puso a girarlo.

—Lo han puesto en observación en el tonticomio de Temple Terrace: sesenta días.

—Dios —exclamó Joe—. Pero ¿qué le hicimos a esa pobre gente?

A Dion se le oscureció la cara hasta alcanzar un tono escarlata. Señalando a Sal Urso, le dijo:

—Tú no has visto una puta mierda, ¿vale?

—¿Ver qué? —preguntó mientras Dion le arreaba un sopapo en la cara a Joe.

Le atizó con tal energía que Joe fue a parar contra la mesa. De donde rebotó con el 32 apuntando a la papada de Dion.

—No quiero verte acudir a otro encuentro de vida o muerte, a sabiendas de que casi tienes ganas de diñarla por algo de lo que nunca has tenido la culpa. ¿Quieres dispararme aquí y ahora? —Dion extendió los brazos a los lados—. Pues aprieta el puto gatillo.

—¿Crees que soy incapaz de hacerlo?

—Me la suda —afirmó Dion—. No pienso mirar cómo intentas matarte por segunda vez. Tú eres mi hermano. ¿Lo pillas, irlandés de los cojones? Tú. Más que Seppi o Paolo, Dios los tenga en su gloria. Tú. Y no

puedo perder a otro puto hermano. No puedo.

Dion agarró a Joe por la muñeca, le puso el dedo en torno al gatillo y se hundió la pistola en los pliegues de la papada. Cerró los ojos y pegó los labios a los dientes.

—Por cierto —comentó—. ¿Cuándo piensas ir para allá?

—¿Adonde?

—A Cuba.

—¿Y quién te ha dicho que voy a ir?

Dion frunció el ceño.

—Acabas de descubrir que esa chica muerta que te había vuelto loco sigue vivita y coleando a unos seiscientos kilómetros de aquí, ¿y pretendes hacerme creer que te vas a comer esa información?

Joe apartó el arma y volvió a introducirla en la funda. Vio que Sal estaba más blanco que el papel y más sudoroso que una toalla caliente.

—Me iré en cuanto acabe la reunión con Maso. Ya sabes que al viejo le gusta largar.

—De eso quería yo hablar. —Dion abrió el cuaderno de piel de topo que llevaba a todas partes y empezó a pasar las páginas—. Hay un montón de cosas que no me gustan.

—¿A saber?

—Viene con gente como para llenar medio tren. Me parece un séquito exagerado.

—Está mayor. Va con una enfermera a todos lados, puede que con un médico, y siempre hay cuatro pistoleros a su lado.

Dion asintió.

—Pues esta vez se trae a unos veinte, tirando por lo bajo. Y no creo que se trate de veinte enfermeros. Ha pillado el hotel Romero, en la Octava. El hotel entero. ¿Por qué?

—Por seguridad.

—Pero siempre se aloja en el Tampa Bay. Y solo reserva una planta. Con eso basta para su seguridad. ¿Por qué habría de hacerse con un hotel

entero en el centro de Ybor?

—Se estará volviendo paranoico con la edad —apuntó Joe.

Se preguntaba qué le iba a decir cuando la viese. «¿Te acuerdas de mí?».

¿O resultaría demasiado cursi?

—Jefe —le dijo Dion—, haz el favor de prestarme atención un segundo. Maso no ha cogido el tren de la costa que llega aquí directamente. Ha optado por el Illinois Central, haciendo paradas en Detroit, Kansas City, Cincinnati y Chicago.

—Normal. Es donde viven sus socios del whisky.

—Y también es donde viven todos los jefazos. Todos los importantes, a excepción de los de Nueva York y Providence. ¿Y sabes adonde fue hace dos semanas?

Joe miró a su amigo y dijo:

—A Nueva York y a Providence.

—Exactamente.

—¿Adonde quieres ir a parar?

—No lo sé.

—¿Crees que está recorriendo el país en busca de permiso para quitarnos de en medio?

—Es posible.

Joe negó con la cabeza.

—No tiene ninguna lógica, D. En cinco años hemos cuadruplicado los beneficios de esta organización. Esta ciudad era un puto corral cuando llegamos nosotros. Y el año pasado sacamos... ¿Cuánto? ¿Once millones, solo con el ron?

—Once y medio —concretó Dion—. Y hemos más que cuadruplicado las ganancias.

—Entonces, ¿para qué joder algo que funciona? Maso siempre ha sido de lo más primario. Nunca me he tragado eso de «Joseph, eres como un hijo para mí». Pero el tío respeta los números.

Y los nuestros son insuperables.

Dion asintió.

—Te doy la razón en lo de que no tiene ningún sentido deshacerse de nosotros. Pero no me gustan las señales que detecto.

Y a mi estómago no le sientan nada bien.

—Eso es la paella que te zampaste anoche.

Dion le dedicó una sonrisita poco convencida.

—Seguro que sí. Eso debe de ser.

Joe se puso de pie. Atisbo entre las lamas de la persiana la planta de la fábrica. Dion estaba preocupado, pero para eso cobraba. No hacía más que cumplir con sus obligaciones. A fin de cuentas, como bien sabía Joe, en este negocio todo el mundo hacía lo que hacía para llevarse todo el dinero posible. Así de fácil.

Y Joe sabía ganar dinero. Sacos y más sacos de pasta que recorrían la costa junto a las botellas de ron para acabar llenando la caja fuerte que Maso tenía en su mansión de Nahant. Cada año, Joe ganaba más dinero que el anterior. De acuerdo, Maso era implacable y se iba haciendo cada vez más impredecible con la progresiva pérdida de salud. Pero, por encima de todo, era un tipo avaricioso. Y Joe alimentaba su codicia, manteniéndole el estómago lleno y calentito. No había ningún motivo lógico por el que Maso se arriesgara a pasar hambre prescindiendo de Joe. ¿Y para qué sustituirlo? No era un hombre dado a trapisondas. No sisaba de donde no debía. No constituía ninguna amenaza para el poder de Maso.

Joe se dio la vuelta.

—Haz lo que tengas que hacer para garantizar mi seguridad en esa reunión.

—No puedo garantizarte nada —dijo Dion—. Ahí está el problema. Te hace entrar en un edificio que controla hasta el último cuarto. Lo más probable es que ahora mismo lo estén peinando a conciencia para que yo no pueda introducir ni a un solo soldado. No puedo colar armas en

ninguna parte. Vas a entrar ahí a ciegas. Y nosotros estaremos fuera, igualmente a ciegas. ¿Y si deciden que no salgas vivo del edificio? —Dion repiqueteó varias veces en la mesa con el índice—. Pues entonces resulta que no saldrás vivo del edificio.

Joe se quedó mirando a su amigo un buen rato.

—¿Qué te ha cogido?

—Es una sensación.

—Una sensación no es un hecho —le dijo Joe—. Y los hechos nos demuestran que no hay ningún motivo para matarme. Nadie se beneficiaría de ello.

—Que tú sepas.

El hotel Romero era un edificio de ladrillo rojo de diez plantas situado en la esquina de la Octava Avenida y la calle Diecisiete. Atendía a viajeros de comercio no lo bastante importantes para que la empresa los alojara en el hotel Tampa Bay. Se trataba de un establecimiento muy digno —cada habitación contaba con retrete y lavabo, y las sábanas se cambiaban cada dos días; el servicio de habitaciones funcionaba por las mañanas, así como los viernes y sábados por la noche—, pero no era en absoluto un palacio.

Joe, Sal y Lefty fueron recibidos a la entrada por Adamo y Gino Valocco, dos hermanos calabreses. Joe conocía a Gino de la penitenciaría de Charlestown, así que pegaron la hebra mientras recorrían la recepción.

—¿Dónde estás viviendo ahora? —le preguntó Joe.

—En Salem —repuso Gino—. Tampoco está tan mal.

—¿Has sentido la cabeza?

Gino asintió.

—Conocí a una buena chica italiana. Ya tenemos dos crios.

—¿Dos? —se sorprendió Joe—. Pues sí que vas rápido.

—Me gustan las familias numerosas. ¿Y tú?

Joe no pensaba comentarle a un puto matón, por agradable que resultara hablar con él, que iba a ser padre.

—Todavía me lo estoy pensando.

—No te lo pienses tanto —le aconsejó Gino—. Cuando son pequeños, se te comen mucha energía.

Ese era uno de los aspectos del negocio que a Joe siempre se le antojaba encantador y absurdo a la vez: cinco hombres yendo hacia un ascensor, cuatro de ellos con metralletas y dos interesándose mutuamente por la parienta y los crios.

Frente al ascensor, Joe dejó que Gino le siguiera hablando de sus hijos mientras intentaba detectar el olor a encerrona. Una vez entrara en ese ascensor, dejaría de hacerse ilusiones sobre una posible vía de escape.

Porque no eran más que eso: ilusiones. En cuanto cruzaron la puerta de entrada al hotel, se despidieron de su libertad. Y de sus vidas, si por algún motivo demencial que Joe era incapaz de imaginar, a Maso le daba por finiquitarlas. El ascensor era un ataúd pequeño dentro de otro más grande.

Puede que Dion tuviese razón.

O puede que no.

Pero solo había una manera de averiguarlo.

Se despidieron de los hermanos Valocco y entraron en el ascensor. El ascensorista era Ilario Nobile, permanentemente enjuto y amarillento a causa de la hepatitis, pero un mago de las armas. Decían que era capaz de meterle una bala de fusil por el culo a una mosca en pleno eclipse solar, y que podía escribir su nombre en un alféizar con la Thompson sin romper ni un cristal.

Mientras subían a la última planta, Joe le dio conversación a Ilario con la misma tranquilidad que a Gino Valocco. En el caso de Ilario, el truco consistía en preguntarle por sus perros. Criaba sabuesos en su casa de Revere y era famoso porque sus perros tenían buen carácter y unas orejas muy suaves.

Pero mientras subían en el ascensor, Joe volvió a preguntarse si no estaría Dion en lo cierto. Tanto los hermanos Valocco como Ilario Nobile eran unos reputados pistoleros. No servían ni para repartir estopa ni para pensar. Lo suyo era matar.

En el pasillo de la décima planta, sin embargo, la única persona que los esperaba era Fausto Scarfone, otro artista de las armas, pero estaba más solo que la una, lo cual equiparó el número de individuos dejados a la espera: dos hombres de Maso y dos de Joe.

El mismísimo Maso abrió las puertas de la suite Gasparilla, la mejor del hotel. Abrazó a Joe y lo agarró por las mejillas para besarlo en la frente. Lo abrazó de nuevo y le dio una contundente palmada en la espalda.

—¿Cómo estás, hijo mío?

—Muy bien, señor Pescatore. Gracias por su interés.

—Fausto, ve a ver si sus hombres necesitan algo.

—¿Les confisco la quincalla, señor Pescatore?

Maso frunció el ceño.

—Ni hablar. Caballeros, pónganse cómodos. Esto no debería durar mucho. —Señaló a Fausto—. Si alguien quiere un bocadillo o alguna otra cosa, llama al servicio de habitaciones. Que los chicos pidan lo que se les antoje.

Hizo entrar a Joe en la suite y cerró las puertas a sus espaldas. Una serie de ventanales daban a un callejón y al edificio de ladrillo amarillo contiguo, una fábrica de pianos que se había ido al garete en 1929. No quedaba más que el nombre del propietario, HORACE R. PORTER, destiñéndose sobre el ladrillo, y unas cuantas ventanas tapiadas. Pero los otros ventanales no daban a nada que los visitantes pudiesen relacionar con la Depresión. Tenían vistas a Ybor y a los canales que iban a parar a la bahía de Hillsborough.

En medio de la sala de estar había cuatro sillones colocados en torno a una mesita de centro de madera de roble. En ella descansaban una

cafetera de plata, una jarrita para leche y un azucarero a juego, así como una botella de anisete y tres vasitos ya llenos. El hijo mediano de Maso, Santo, los esperaba ya sentado, y levantó la vista hacia Joe mientras se servía una taza de café y la dejaba luego junto a una naranja.

Santo Pescatore tenía treinta y un años, y todo el mundo le llamaba Digger, aunque nadie, ni siquiera él mismo, recordaba por qué.

—Te acuerdas de Joe, ¿verdad, Santo?

—Pues no lo sé. Tal vez. —Se incorporó a medias en el sillón y le dio a Joe una mano fofa y húmeda—. Llámame Digger.

—Me alegro de volver a verte. —Joe tomó asiento frente a él, mientras Maso se sentaba junto a su hijo.

Digger se puso a pelar la naranja, dejando caer las mondas sobre la mesa. Lucía una permanente expresión de sospecha y confusión en su largo rostro, como si acabase de escuchar un chiste que no había pillado. Tenía un cabello negro y rizado que le empezaba a clarear por delante, un mentón y un cuello rollizos y los ojos de su padre: oscuros y pequeños cual afiladas puntas de lápiz. Carecía del encanto y del ingenio paterno porque nunca los había necesitado.

Maso le sirvió a Joe una taza de café y se la pasó a través de la mesa.

—¿Qué tal estás?

—Muy bien, señor. ¿Y usted?

Maso hizo un gesto de vaivén con la mano.

—Unos días bien y otros mal.

—Espero que los días buenos hayan superado a los malos.

Maso brindó por eso con su copa de anisete.

—Hasta ahora sí. Salud.

Joe alzó su copa.

—Salud.

Ambos bebieron. Digger se metió en la boca un gajo de naranja y se lanzó a masticarlo con la boca abierta.

Joe recordó, y no por primera vez, que para tratarse de un negocio

tan violento, el suyo contaba con un número sorprendentemente elevado de tipos normales: hombres que querían a sus mujeres, que se llevaban de paseo a sus hijos los sábados por la tarde, que arreglaban el automóvil y contaban chistes en la barra de la cafetería a la hora del almuerzo, que se preocupaban por lo que sus madres pudieran pensar de ellos y que iban a misa para pedirle a Dios que les perdonara por todas esas cosas horribles que se veían obligados a hacer para mantener a la familia.

Pero en ese negocio también había un número equivalente de cerdos. Una gentuza inmunda cuyo talento principal consistía en sentir hacia sus semejantes el mismo desprecio que por las moscas zumbonas de finales del verano.

Digger Pescatore era de esos. Y como muchos de su calaña con los que se había cruzado Joe, era el retoño de uno de los padres fundadores de ese asunto en el que todos acababan metidos, enganchados o a su entera disposición.

En el transcurso de los años, Joe había podido conocer a los tres hijos de Maso. Había conocido también al hijo único de Tim Hickey, Buddy. Había conocido a los hijos de Cianci en Miami, de Barrone en Chicago y de DiGiacomo en Nueva Orleans. Los progenitores eran tipos hechos a sí mismos en circunstancias hostiles. Unos hombres dotados de una voluntad de hierro y de una cierta visión general de las cosas, aunque carentes de la más mínima compasión. Pero eran hombres auténticos, sin ninguna duda.

En cambio, cada uno de sus hijos, pensaba Joe mientras el ruido que hacía Digger con la naranja llenaba toda la habitación, era una puta vergüenza para la raza humana.

Mientras Digger se acababa la naranja y la emprendía con la siguiente, Maso y Joe hablaban del viaje del primero, de Graciela y del niño que estaba en camino.

Cuando se agotaron esos temas, Maso sacó un periódico que estaba insertado entre el asiento y el brazo del sillón, justo a su lado. Cogió la

botella, rodeó la mesa y se sentó junto a Joe. Sirvió dos chupitos más y abrió el *Tampa Tribune*. El rostro de Loretta Figgis les observaba fijamente desde debajo del titular.

MUERTE DE UNA VIRGEN

—¿Esta no es la furcia que nos dio tantos problemas con el casino? —le dijo a Joe.

—La misma.

—¿Y por qué no te la cargaste en su momento?

—Nos habría salido el tiro por la culata. Todo el estado observaba la situación.

Maso peló un gajo de naranja.

—Cierto, pero eso no responde a mi pregunta.

—No.

Maso meneó la cabeza.

—¿Por qué no te cargaste al cazurro cuando te lo dije, en 1932?

—¿Turner John?

Maso asintió.

—Porque llegamos a un acuerdo.

Maso volvió a menear la cabeza.

—No se te ordenó que llegaras a un acuerdo. Se te ordenó que mataras a ese hijo de puta. Y no lo hiciste por el mismo motivo que tampoco te cargaste a esa zorra chiflada: porque no eres un asesino, Joseph. Y ahí está el problema.

—¿Desde cuándo eso es un problema?

—Desde ahora mismo. Tú no eres un gánster.

—¿Intenta ofenderme, Maso?

—Tú eres un forajido, un bandido con traje. Y encima, ahora me entero de que quieres ir de legal, ¿no es cierto?

—Me lo estoy pensando.

—En ese caso, no te importará que te sustituya, ¿verdad?

Por algún motivo, Joe se sonrió. Soltó una risita. Encontró sus cigarrillos y encendió uno.

—Cuando yo llegué aquí, Maso, se ganaba un millón al año.

—Me consta.

—Y desde que estoy yo, ganamos una media de casi once millones.

—Pero eso es básicamente gracias al ron. Y esos tiempos están tocando a su fin. Has descuidado las chicas y los narcóticos.

—Y una mierda —dijo Joe.

—¿Cómo dices?

—Me concentré en el ron porque, efectivamente, era lo más beneficioso. Pero nuestras ventas de narcóticos han subido el sesenta y cinco por ciento. Y en lo relativo a las chicas, desde que estoy aquí hemos añadido cuatro burdeles a los que ya había.

—Podrían ser más. Y las putas aseguran que ya casi no se les pega.

Joe se encontró mirando la mesa, con la vista clavada en la cara de Loretta. Levantó la cabeza, la volvió a bajar. Ya le estaba tocando respirar hondo.

—Mire, Maso...

—Señor Pescatore —lo corrigió Maso.

Joe no dijo nada más.

—Joseph —entonó Maso—, nuestro amigo Charlie quiere hacer algunos cambios en la manera de llevar el negocio.

«Nuestro amigo Charlie» era Lucky Luciano, de Nueva York. Básicamente, el Rey. O el Emperador Eterno.

—¿Qué cambios?

—Teniendo en cuenta que la mano derecha de Lucky es un puto judío, los cambios tienen un punto irónico, hasta injusto. No te voy a engañar.

Joe le dedicó a Maso una sonrisa tensa y esperó a que el viejo fuera al grano.

—Charlie quiere italianos, y nada más que italianos, en las altas esferas.

Maso no bromeaba: eso era el colmo de la ironía. Todo el mundo era consciente de que Lucky, por listo que fuese, y lo era mucho, no era nadie sin Meyer Lansky. Lansky, un judío del Lower East Side, había hecho más que nadie en ese mundo para convertir una serie de chiringuitos familiares en una corporación.

Pero Joe no tenía el menor deseo de llegar a la cumbre. Le bastaba con su pequeña organización local.

Y así se lo dijo a Maso en esos momentos.

—Eres demasiado modesto —replicó él.

—No lo soy. Yo me encargo de Ybor. Y del ron, sí, pero eso ya se ha acabado, como usted dice.

—Tú controlas mucho más que Ybor y muchísimo más que Tampa, Joseph. Todo el mundo lo sabe. Tú controlas la costa del Golfo de aquí a Biloxi. Tú controlas las rutas que salen de aquí hacia Jacksonville y la mitad de las que van al norte. He revisado las cuentas. Nos has convertido en una potencia por aquí abajo.

En vez de espetarle «¿Y así es cómo me lo agradeces?», Joe le dijo:

—Vamos a ver: si no puedo estar al mando porque Charlie dice que no se aceptan irlandeses, ¿qué quiere que haga?

—Lo que yo te diga —intervino Digger, que había acabado con la segunda naranja y se estaba limpiando las pringosas manos en los brazos del sillón.

Maso le dirigió a Joe una mirada modelo no-le-hagas-ni-caso y dijo:

—*Consigliere*, te vas a quedar con Digger para mostrarle cómo va esto, presentarle a gente de la ciudad y puede que enseñarle a pescar o a jugar al golf.

Digger miró fijamente a Joe con sus ojillos.

—Ya sé afeitarme y atarme los cordones de los zapatos.

Joe tuvo ganas de decirle «Pero antes te lo tienes que pensar un rato,

¿no?».

Maso le dio una palmadita en la rodilla.

—Tendrás que recortarte un poco el pelo, económicamente hablando. Pero no te preocupes, que no pensamos entrar a lo bestia en el puerto este verano y quedarnos con todo el negocio. Te quedará mucho trabajo, te lo prometo.

Joe asintió.

—¿De qué clase de recorte estamos hablando?

—Digger se queda con tu tajada. Tú te haces con una pandilla y te quedas lo que ganes, menos el tributo.

Joe miró hacia los ventanales. Miró un instante por los que daban al callejón. Luego se pasó a los que tenían vistas a la bahía. Contó lentamente hacia atrás a partir de diez.

—¿Me está degradando a jefe de pandilla?

Maso le dio otra palmadita en la espalda.

—Es una reorganización, Joseph. Por orden de Charlie Luciano.

—Charlie le ha dicho: «Sustituye a Joe Coughlin en Tampa».

—Lo que Charlie me ha dicho es: «Solo italianos en la cima».

Maso seguía utilizando una voz suave, amable incluso, pero Joe podía sentir cómo iba creciendo en él la frustración.

Se tomó unos segundos para controlar su propia voz, pues sabía lo rápido que podía ser Maso a la hora de arrancarse la máscara de caballero cortés y dejar al descubierto al caníbal que había debajo.

—Maso, creo que lo de coronar a Digger es una gran idea. Los dos juntos nos apoderaremos del estado. Y de Cuba, ya puestos. Tengo los contactos necesarios. Pero mi tajada tiene que ser muy parecida a la actual. ¿Qué pasa si desciendo a pandillero jefe? Pues que ganaré, como mucho, la décima parte que ahora. Y voy a tener que llegar a fin de mes... ¿Cómo? ¿Estrujando a los sindicatos de estibadores y a los propietarios de tabaquerías? Ahí no hay nada que rascar.

—Puede que de eso se trate. —Digger sonrió por primera vez, con

unos restos de naranja enganchados a los dientes de arriba—. ¿No se te había ocurrido, listillo?

Joe miró a Maso.

Maso lo miró a él.

—Todo esto lo he construido yo —dijo Joe.

Y Maso asintió.

—Le he sacado a esta ciudad diez o doce veces más dinero del que el capullo de Lou Ormino ganaba para usted.

—Porque yo te lo permití.

—Porque usted me necesitaba.

—Oye, listillo —terció Digger—, a ti no te necesita nadie.

Maso le enseñó a su hijo la palma de la mano, como podría hacer con un perro para tranquilizarlo. Digger se arrellanó en el sillón, y Maso se volvió hacia Joe.

—Nos podrías ser útil, Joseph. Muy útil. Pero detecto en ti cierta ingratitud.

—Como yo en usted.

En esta ocasión, Maso le dejó la mano en la rodilla y apretó.

—Tú trabajas para mí. No para ti mismo, ni para los putos hispanos ni para los negratos de los que te rodeas. Si yo te digo que me limpies la mierda del retrete, ¿sabes lo que te tocará hacer? —Maso, sonriente, hablaba más bajito que nunca—. Mataré a la puerca de tu novia y te quemaré la casa si me da por ahí. Y tú lo sabes, Joseph. Te has subido un poco a la parra por aquí abajo, eso es todo. No creas que no lo he visto antes. —Levantó la mano de la rodilla de Joe y le dio una palmadita en la mejilla—. Bueno, ¿quieres ser el jefe de una pandilla? ¿O prefieres limpiar la mierda de mi retrete un día que tenga diarrea? Acepto solicitudes para ambos puestos.

Si Joe le seguía la corriente, dispondría de algunos días de ventaja para hablar con sus contactos, medir sus fuerzas y alinear correctamente las piezas de ajedrez. Mientras Maso y sus matones volvían en tren hacia

el norte, Joe podría volar a Nueva York, hablar directamente con Luciano, dejarle la cuenta de resultados sobre la mesa y enseñarle lo que él era capaz de hacerle ganar, en comparación con lo que le haría perder un retrasado mental como Digger. Había muchas posibilidades de que Lucky viese la luz y esto se pudiera superar sin derramar demasiada sangre.

—Pandillero jefe —dijo Joe.

—Ah —dijo Maso con una franca sonrisa—. Hijo mío. —Le pellizcó las mejillas—. Hijo de mi alma.

Cuando Maso se levantó del sillón, Joe hizo lo propio. Se dieron la mano. Se abrazaron. Maso le besó las mejillas en los mismos puntos donde se las había pellizcado.

Joe le estrechó la mano a Digger y le dijo que tenía muchas ganas de trabajar con él.

—Para mí —lo corrigió Digger.

—Cierto —dijo Joe—. Para ti.

Y se encaminó hacia la puerta.

—¿Cenamos esta noche? —le preguntó Maso.

Joe se detuvo ante la puerta.

—Pues claro. ¿Le va bien a las nueve en el Tropical?

—Estupendamente.

—Muy bien. Pillaré la mejor mesa.

—Fantástico —dijo Maso—. Y asegúrate de que ya esté muerto para entonces.

—¿Qué? —Joe apartó la mano del pomo de la puerta—. ¿Quién?

—Tu amigo —le dijo Maso mientras se servía otra taza de café—. El grandullón.

—¿Dion?

Maso asintió.

—Pero si no ha hecho nada —apuntó Joe.

Maso levantó la vista hacia él.

—¿Hay algo que yo no sepa? —preguntó Joe—. Ha sido un gran trabajador y un gran pistolero.

—Es un soplón —dijo Maso—. Hace seis años te traicionó.

Y eso quiere decir que puede volver a hacerlo dentro de seis minutos, seis días o seis meses. No puedo tener a semejante rata trabajando para mi hijo.

—No —dijo Joe.

—¿No?

—No fue él quien me vendió. Fue su hermano. Ya se lo dije.

—Recuerdo lo que me dijiste, Joseph. Y también recuerdo que me mentiste. Yo puedo tolerar una mentira —levantó el índice mientras le echaba leche al café—, pero no dos. Mata a ese pedazo de mierda antes de la cena.

—Maso —dijo Joe—. Hágame caso. Fue su hermano. Estoy seguro.

—¿Lo estás?

—Sí.

—¿No me estás mintiendo?

—No le estoy mintiendo.

—Porque como me estés mintiendo, ya sabes lo que te puede pasar.

Por el amor de Dios, se dijo Joe, has venido aquí a apoderarte de mi organización para entregársela al inútil de tu hijo. Es más, ya me la has robado.

—Sé lo que me puede pasar.

—Insistes en tu versión. —Maso dejó caer un terrón de azúcar en la taza.

—Insisto porque no es una versión, sino la verdad.

—Toda la verdad y nada más que la verdad, ¿no?

Joe asintió.

—Toda la verdad y nada más que la verdad.

Maso meneó la cabeza de manera tan lenta como triste. La puerta que Joe tenía a la espalda se abrió, y apareció Albert White.

ASÍ SE LLEGA AL FINAL

Lo primero que Joe observó en Albert White fue lo mucho que había envejecido en tres años. Ya no lucía trajes de color blanco o crudo, ni botines de cincuenta dólares. Sus zapatos eran prácticamente iguales que esos de cartón que llevaban los que, tal como estaba el país, vivían en la calle o en tiendas de campaña. Las solapas de su traje marrón se veían gastadas, y la tela de la chaqueta clareaba a la altura del codo. El corte de pelo era de esos que te pueden hacer en casa tu mujer o tu hija mientras piensan en sus cosas.

Lo segundo que observó Joe fue que llevaba en la mano derecha la Thompson de Sal Urso. Sabía que era la de Sal por las marcas a lo largo de la recámara. Sal tenía la costumbre de frotar la recámara con la mano izquierda cuando estaba sentado con la Thompson en el regazo. Aún llevaba el anillo de boda, aunque su mujer hubiese contraído el tifus en 1923, poco antes de que él empezara a trabajar para Lou Ormino en Tampa. Cuando Sal acariciaba la recámara, el anillo rayaba el metal. Y ahora, después de tantos años acunando el arma, el tono azulado original ya casi había desaparecido.

Albert se la llevó al hombro mientras iba hacia Joe y admiraba su traje de tres piezas.

—¿Anderson y Sheppard? —preguntó.

—H. Huntsman —respondió Joe.

Albert asintió. Se abrió la chaqueta para que Joe pudiese ver la etiqueta: Kresge.

—Mi suerte ha cambiado un poco desde la última vez que estuve aquí.

Joe no abrió la boca. No había nada que decir.

—He vuelto a Boston. Estuve a punto de acabar mendigando, ¿sabes? O vendiendo putos lápices, Joe. Pero entonces me crucé con Beppe Nunnaro en un sótano de North End. Beppe y yo habíamos sido amigos. Hace mucho tiempo, antes de toda esa desafortunada serie de malentendidos con el señor Pescatore. Y Beppe y yo, Joe, nos pusimos a hablar. Tu nombre no salió de inmediato, pero el de Dion sí. Resulta que Beppe se había dedicado a la quema de quioscos con Dion y su hermano tonto, Paolo. ¿Lo sabías?

Joe asintió.

—Pues ya te puedes imaginar adonde nos lleva todo eso. Beppe me dijo que conocía a Paolo de toda la vida y que le costaba mucho creer que pudiera traicionar a alguien en un golpe a un banco, sobre todo a su propio hermano y al hijo de un capitán de la policía. —Albert le pasó el brazo a Joe por el cuello—. Y entonces yo le dije: Paolo no traicionó a nadie, fue Dion. Lo sé porque soy el tío al que se chivó. —Albert echó a andar hacia el ventanal con vistas al callejón y la fenecida fábrica de pianos de Horace Porter. A Joe no le quedó más remedio que acompañarle—. En ese momento, a Beppe le pareció una buena idea que yo me pusiera en contacto con el señor Pescatore. —Se detuvieron ante la ventana—. Lo cual nos conduce al momento presente. Levanta las manos.

Joe obedeció y Albert lo registró mientras Maso y Digger se acercaban a los ventanales. Le sacó la Savage del 32 de la rabadilla, el Derringer de un solo tiro que llevaba encima del tobillo derecho y la navaja del zapato izquierdo.

—¿Algo más? —le preguntó Albert.

—Suele bastarme con eso —respondió Joe.

—Genio y figura hasta la sepultura. —Albert le pasó el brazo por los hombros.

—Lo que pasa con el señor White, Joe, como ya deberías haber intuido...

—¿Qué es lo que debería haber intuitido, Maso?

—Pues que se conoce Tampa. —Maso enarcó una de sus pobladas cejas, mirando a Joe.

—Y eso hace que tú seas mucho menos necesario, pedazo de capullo —le dijo Digger.

—Esa manera de hablar... —le reconvino Maso—. ¿De verdad lo consideras necesario?

Todos miraron hacia la ventana, como niños esperando que se abriese el telón de un guiñol.

Albert alzó la metralleta a la vista de todos.

—Bonito chisme. Creo que conoces al propietario.

—Así es. —Joe captó la tristeza de su propia voz—. Lo conozco.

Se quedaron ante la ventana cosa de un minuto antes de que Joe oyera el berrido y una sombra pasara ante él por la pared de ladrillo amarillo que tenía delante. Atisbo el rostro de Sal por la ventana, y sus brazos aleteando frenéticamente en el aire. Hasta que se interrumpió la caída. La cabeza se le disparó hacia arriba y los pies se le torcieron hacia el mentón mientras el nudo le partía el cuello. El cuerpo rebotó dos veces contra el edificio y acabó tirando de la soga. La idea, supuso Joe, era que Sal se quedara colgando justo enfrente de ellos, pero alguien había calculado mal la longitud de la cuerda, o puede que el efecto de un hombre colgado de ella. Así que acabaron viendo la parte de arriba de la cabeza de Sal mientras su cuerpo colgaba entre la octava y la novena planta.

Con Lefty, por el contrario, sí que acertaron con las medidas. Se presentó sin gritar, con las manos agarradas al nudo de la cuerda. Parecía resignado, como si alguien le acabara de contar un secreto que nunca había querido saber, aunque siempre se lo hubiese estado oliendo. Como le quitó algo de fuerza a la soga con las manos, el cuello no se le rompió. Se materializó ante los ojos de los allí presentes como si hubiese sido conjurado por un mago. Dio unos saltitos y se quedó ahí colgado.

Pateando los ventanales. Pero sus movimientos no eran ni desesperados ni frenéticos. Resultaban extrañamente precisos y atléticos, y su expresión no cambió, ni siquiera cuando vio a los que le estaban mirando. Tiró de la soga, aunque el cartílago traqueal había sido aplastado por el nudo y le asomaba la lengua sobre el labio inferior.

Joe lo vio morir. Primero, lentamente; y luego, de repente. La luz abandonó a Lefty cual pájaro dubitativo. Pero en cuanto se fue, echó a volar alto y rápido. El único consuelo de Joe le llegó de los ojos de Lefty, muy al final, cuando parpadearon antes de cerrarse.

Observó su rostro dormido, así como el cráneo de Sal, y les suplicó a ambos que lo perdonaran.

Pronto nos veremos. Pronto me reuniré con mi padre. Veré a Paolo Bartolo. Y a mi madre.

Acto seguido, se dijo: «No soy lo suficientemente valeroso para esto. No lo soy». Y a continuación: «Por favor, Dios mío. Por favor, Señor. No quiero hundirme en la oscuridad. Haré cualquier cosa. Imploro tu compasión. No puedo morir hoy. No debería morir hoy. Pronto seré padre. Y ella será madre. Seremos unos excelentes progenitores. Criaremos a un buen chico».

«No estoy preparado».

Podía escuchar su propia respiración mientras se lo llevaban hacia el ventanal con vistas a la Octava Avenida, las calles de Ybor y la bahía detrás, y oyó disparos antes de llegar a los cristales. Desde esa altura, los tipos que había en la calle parecían medir tres centímetros mientras disparaban sus pistolas, fusiles y metralletas. Llevaban sombrero, traje y gabardina. Y algunos, uniformes de la policía.

La policía estaba de parte de los hombres de Pescatore. Algunos de los de Joe yacían sobre el pavimento o a medio bajar de un coche, mientras otros seguían disparando, pero se batían en retirada. Eduardo Arnaz encajó una ráfaga en el pecho y cayó contra el escaparate de una sastrería. A Noel Kenwood le dieron en la espalda y ahora se arrastraba

por el suelo. Joe era incapaz de identificar a los demás desde ahí arriba, mientras la batalla se desplazaba hacia el oeste, primero una manzana, luego dos. Uno de sus hombres estrelló un Plymouth Phaeton contra la farola de la esquina con la Dieciséis. Antes de poder salir del vehículo, la policía y un par de matones de Pescatore lo rodearon y le descargaron las Thompson encima. Giuseppe Esposito había tenido un Phaeton, pero Joe no estaba seguro de que el conductor de ese fuera él.

«Corred, chicos, corred».

Como si le hubiesen oído, sus hombres dejaron de disparar y se desperdigaron.

Maso le colocó una mano en el cogote.

—Se acabó, hijo.

Joe no dijo nada.

—Ojalá hubiese podido ser todo distinto —añadió Maso.

—¿Estás seguro? —le preguntó Joe.

Los coches de Pescatore y los de la policía de Tampa bajaban a toda pastilla por la Octava, y Joe vio que varios iban hacia el norte o hacia el sur por la Diecisiete, para luego ir hacia el este por la Novena o la Sexta y rodear a sus hombres.

Pero sus hombres desaparecieron.

Veías a uno corriendo por la calle y, de repente, ya no lo veías. Los coches de Pescatore se encontraban en las esquinas, con sus respectivos pasajeros apuntando a la desesperada, y luego proseguían la cacería.

Abatieron a alguien en el porche de una casita de la Dieciséis, pero daba la impresión de que era el único hombre de Suárez al que habían podido encontrar.

Uno tras otro, todos se desvanecieron. En el aire. Uno tras otro. Simplemente, ya no estaban allí. La policía y los hombres de Pescatore se dedicaban a peinar las calles, señalando con el dedo, gritándose entre ellos.

Maso le preguntó a Albert:

—¿Dónde cojones se han metido?

Albert levantó las manos y se puso a menear la cabeza.

—Joseph —dijo Maso—. Dímelo tú.

—No me llames Joseph —repuso Joe.

Maso le cruzó la cara de una bofetada.

—¿Qué ha sido de ellos?

—Se han esfumado. —Joe miró directamente a los ojillos del viejo

—. Puf.

—Ah, ¿sí?

—Pues sí —afirmó Joe.

Y entonces Maso levantó la voz. Hasta convertirla en un rugido. Un sonido francamente aterrador.

—¿Dónde coño están?

—Mierda. —Albert chasqueó los dedos—. Los túneles. Se han metido en los túneles.

Maso se volvió hacia él.

—¿Qué túneles?

—Los que se extienden por debajo de este puto barrio. Así es como pasan la priva de matute.

—Pues envía a unos hombres a esos túneles —le dijo Digger.

—Nadie sabe dónde están exactamente. —Albert torció el pulgar en dirección a Joe—. Son cosas de este genio de los cojones. ¿Verdad, Joe?

Joe asintió, primero a Albert y luego a Maso.

—La ciudad es nuestra.

—Sí, bueno, ya no —dijo Albert, y le dio con la culata de la Thompson en toda la nuca.

UN LUGAR MEJOR

Joe despertó en la oscuridad.

No podía ni ver ni hablar. Al principio temió que alguien hubiese llegado al extremo de sellarle literalmente los labios, pero al cabo de cosa de un minuto intuyó que eso que tenía pegado a la base de la nariz podía ser cinta aislante. Cuanta más verosimilitud otorgaba a esa opción, más pegajoso se sentía en torno a los labios, como si le hubiesen frotado la piel con chicle.

Afortunadamente no lo habían vendado. Lo que al principio parecía una oscuridad absoluta, empezaba a permitir intuir alguna que otra forma al otro lado de una densa cobertura de lana o de arpillera.

Es una capucha, dedujo Joe. Te han puesto una capucha.

Tenía las manos atadas a la espalda. Y no con una soga, sino directamente con unas esposas de metal. Notaba las piernas también atadas, pero sin toda la saña posible, a juzgar por el hecho de que podía moverlas un par de centímetros antes de encontrar resistencia.

Yacía sobre el costado derecho, con la cara pegada a un suelo de cálida madera. Podía oler la marea baja. Podía oler a pescado y a sangre de pez. Observó que llevaba un buen rato escuchando un motor antes de reconocerlo como tal. Había estado en bastantes barcos a lo largo de su vida para saber dónde se encontraba en esos momentos. Y a continuación, todas las demás sensaciones convergieron para arrojar un resultado comprensible: el chapoteo de las olas contra la quilla, las subidas y bajadas de la madera en que yacía. Aunque no estaba seguro del todo, no creía oír ningún otro motor, por mucho que se concentrase en aislar los diferentes sonidos que lo envolvían. Oía voces masculinas y pasos que

iban de un extremo a otro de la cubierta, y al cabo de un rato, logró discernir la profunda inhalación y la alterada exhalación de alguien que fumaba un cigarrillo por allí cerca. No había más motores y el barco no avanzaba con especial rapidez. O eso parecía, por lo menos. Nada indicaba que se estuviesen dando a la fuga. Lo cual permitía deducir que nadie les perseguía.

—Que alguien vaya a buscar a Albert. Se ha despertado.

Lo levantaron del suelo: una mano se introdujo en el capuchón y lo agarró del pelo, otras dos lo agarraron por los sobacos. Fue arrastrado de esta guisa por la cubierta, hasta que lo dejaron caer sobre una silla: notaba la dureza de la madera en el asiento y en el respaldo. Unas manos extrañas lo agarraron de las muñecas y le quitaron las esposas. Pero apenas tuvo tiempo de estirar los brazos, pues se las volvieron a poner en torno al respaldo de la silla. Alguien le ató los brazos y el pecho al asiento, con tanta fuerza que apenas podía respirar. A continuación, alguien, que podía ser el mismo o a lo mejor no, repitió la maniobra con las piernas, atándolas de tal manera a las patas de la silla que no había quien las moviera.

Torcieron la silla y Joe gritó bajo la cinta aislante, destrozándose los propios tímpanos, pues lo estaban arrastrando hacia la borda. Incluso con la capucha puesta, cerró por completo los ojos y pudo escuchar su propio aliento, que le salía por las fosas nasales, entrecortado y marcado por la desesperación. Si la respiración fuese capaz de suplicar, la suya lo haría.

Alguien le quitó los zapatos. Y luego los calcetines. Y después la capucha.

Parpadeó a toda velocidad ante el repentino retorno de la luz.

Y no se trataba de cualquier luz, sino de la luz de Florida, de una fuerza inconmensurable aunque se viese tamizada por bancos de nubes grises. No podía ver el sol, pero la luz conseguía rebotar en esas aguas niqueladas. De alguna manera, la brillantez vivía en la grisura, en las nubes y en el mar, aunque no con excesiva fuerza, tan solo lo suficiente

como para que Joe sintiera sus efectos.

Cuando pudo ver nuevamente con claridad, lo primero que captó fue el reloj de su padre, balanceándose ante sus ojos. Luego apareció la cara de Albert, quien le permitió ver como abría el bolsillo de su chaleco barato e introducía el reloj en su interior.

—Hasta ahora me conformaba con un Elgin —le dijo inclinándose hacia delante, con las manos en las rodillas. Le dedicó una de sus sonrisitas.

A su espalda, dos hombres arrastraban hacia ellos algo muy pesado. Hecho de algún tipo de metal negro. Con asas de plata. Los hombres se acercaban. Haciendo una reverencia, Albert se apartó, y ellos deslizaron el objeto en cuestión bajo los pies descalzos de Joe.

Era una cuba. De las que se veían en las fiestas estivales. De esas que los anfitriones llenaban de hielo y de botellas de cerveza y buen vino. Pero ahora no había hielo. Ni cerveza. Ni buen vino.

Solo cemento.

Joe se rebeló contra las cuerdas, pero era como rebelarse contra una casa de ladrillos que se te está viniendo encima.

Albert se situó a su espalda, le dio un empujón al respaldo, la silla se fue hacia adelante y las piernas de Joe se hundieron en el cemento.

Albert lo vio resistirse —o intentarlo— con la distante curiosidad propia de un científico. Lo único que podía hacer Joe era mover la cabeza. En cuanto sus pies se introdujeron en la cuba, ya no se movieron de allí. Las piernas estaban muy bien atadas, del tobillo a la rodilla, sin el menor asomo de movilidad. El cemento se había mezclado algo antes, a juzgar por la consistencia. No era la propia de una sopa. Los pies de Joe se hundieron en las rajaduras de una esponja.

Albert se sentó en cubierta, delante de él, y lo miró a los ojos mientras el cemento empezaba a cuajar. La sensación esponjosa se veía sustituida por la de algo más firme bajo las suelas de sus pies, algo que también le culebreaba en torno a los tobillos.

—Tarda un poco en endurecerse —le informó Albert—. Más de lo que algunos creen.

Joe se percató de dónde se hallaba cuando vio a su izquierda un pequeño arrecife que se parecía mucho a Egmont Key. Aparte de eso, no había nada más que el agua y el cielo.

Ilario Nobile le acercó a Albert una silla plegable de lona sin mirar a Joe a los ojos. Albert se levantó del suelo y colocó la silla de una manera que no le diese en la cara el resplandor del mar. Se inclinó hacia delante y juntó las manos entre las rodillas. Estaban en un remolcador. Joe y su silla, apoyados contra la pared trasera de la timonera, mirando hacia la popa. Tenía que admitir que habían elegido muy bien su modo de transporte; aunque no lo dirías al verlo, un remolcador alcanzaba gran velocidad y podía dar media vuelta en un segundo.

Albert sostuvo la cadena del reloj de Thomas Coughlin durante cosa de un minuto, como un crío con un yoyó, lanzándolo al aire y devolviéndoselo a la palma de la mano con un tirón. Le dijo a Joe:

—Atrasa, ¿sabes?

Aunque hubiese podido hablar, Joe dudaba que lo hubiera hecho.

—Mira que es un reloj grande y caro, pero no es capaz ni de dar la hora exacta. —Se encogió de hombros—. Hay cosas que, por mucho dinero que les eches, Joe, siguen su curso natural. —Levantó la vista hacia el cielo gris, y luego la paseó por un mar aún más gris—. En esta carrera no se participa para llegar el segundo. Todos sabemos lo que nos jugamos. Si la cagas, la diñas. ¿Y si te fías de la persona equivocada? ¿Y si apuestas por el caballo que no es? —Chasqueó los dedos—. Pues te vas al carajo. ¿Tienes esposa? ¿Tienes hijos? Pues qué lástima. ¿Estabas planeando un viajecito veraniego a la vieja y querida Inglaterra? Pues vas a tener que cambiar de planes. ¿Creías que mañana seguirías respirando, que comerías o te darías un puto baño? Pues no. —Se inclinó más hacia delante y le clavó el dedo en el pecho—. Acabarás en el fondo del golfo de México. Y el mundo se habrá acabado para ti. Joder, ¿qué harás

cuando te entren un par de peces por la nariz y unos cuantos más te mordisqueen los ojos? Nada, porque te va a dar lo mismo. Estarás con Dios. O con el diablo. O en ningún lado. ¿Dónde no estarás, Joe? —Elevó las manos hacia el cielo—. Esto es el mundo. Así pues, échale un último vistazo. Respira hondo unas cuantas veces. Aprovisiónate de oxígeno. —Volvió a guardarse el reloj en el chaleco, se acercó a Joe, le agarró la cara con las manos y le dio un beso en la frente—. Porque vas a morir ahora mismo.

El cemento se había endurecido. A Joe le apretaba los dedos de los pies, los talones y los tobillos. Le apretaba todo tanto que intuía que se le habían roto algunos huesos de los pies. Puede que todos.

Miró a Albert a los ojos y señaló con los suyos hacia el bolsillo interior izquierdo de su chaqueta.

—Ponedlo de pie.

—No —intentó decir Joe—. Mirad en el bolsillo.

—¡Mmmmmm! ¡Mmmmmm! ¡Mmmmmm! —lo imitó Albert, con los ojos saltones—. Coughlin, ten un poco de dignidad. No supliques.

Le cortaron la soga que tenía atada al pecho. Gino Valocco se le acercó con una sierra, se arrodilló y empezó a serrar las patas delanteras de la silla para separarlas del asiento.

—Albert —dijo Joe a través de la mordaza—, mira en el bolsillo. En este bolsillo. En este bolsillo. En este.

Cada vez que decía «este», torcía la cabeza y los ojos hacia el bolsillo en cuestión.

Albert se echó a reír y siguió imitándolo, mientras se le sumaban algunos de sus hombres: Fausto Scarfone llegó al extremo de ponerse a imitar a un mono. Gritaba «ju, ju, ju» y se rascaba los sobacos, mientras torcía la cabeza a la izquierda una y otra vez.

La pata izquierda de la silla se separó del asiento, y Gino se dispuso a encargarse de la derecha.

—Las esposas son demasiado buenas —le dijo Albert a Ilario Nobile

—. Quítaselas, no le van a servir para nada.

Joe pudo ver que había captado su atención. Quería ver lo que llevaba en el bolsillo, pero tenía que encontrar una manera de hacerlo que no diera la impresión de que se plegaba a los deseos de su víctima.

Ilario le quitó las esposas y las arrojó a los pies de Albert, ya que al parecer, este aún no se había ganado el respeto necesario para que le fuesen entregadas en mano.

La pata derecha de la silla se resquebrajó del asiento. A Joe le quitaron la silla de debajo y se quedó de pie en la cuba de cemento.

—Puedes usar la mano una sola vez. O te quitas la mordaza de la boca o me muestras eso con lo que pretendes comprar tu patética y mierdosa vida. Una de dos —le dijo Albert.

Joe no dudó. Se llevó la mano al bolsillo. Sacó la fotografía y la tiró a los pies de Albert.

Albert la recogió del suelo mientras aparecía un punto por encima de su hombro izquierdo, un poco más allá de Egmont Key. Albert observó la foto con una ceja torcida y esa desagradable sonrisita suya, pero no le encontró nada especial. Volvió la vista de nuevo hacia la izquierda, empezó a moverla hacia la derecha y, de repente, dejó la cabeza extremadamente quieta.

El punto se convirtió en un triángulo oscuro que avanzaba a gran velocidad por el acristalado mar gris: a mucha más velocidad de la que podía moverse el remolcador, por rápido que fuese.

Albert miró a Joe. De manera profunda y furiosa. Joe vio claramente que Albert no estaba furioso porque él hubiese descubierto su secreto. Estaba furioso porque también había sido mantenido en la inopia durante años.

Todo ese tiempo también la había dado por muerta.

Nos la ha pegado a los dos, tenía ganas de decir.

Incluso con quince centímetros de cinta aislante en la boca, Joe sabía que Albert podía verle sonreír.

El triángulo verde ya se había convertido claramente en un barco. El típico navío de placer modificado para acomodar a más pasajeros o más botellas en la bodega. Su velocidad se había reducido un tercio, pero aun así, era más rápido que cualquier otra cosa que rondara por el mar. En cubierta, varios hombres señalaban el remolcador y se daban codazos.

Albert le arrancó a Joe la mordaza de la boca.

Les llegó el sonido del otro barco. Era un zumbido, propio de un enjambre de abejas aún lejano.

Albert le plantificó la foto a Joe en las narices.

—Está muerta.

—¿A ti te parece que esté muerta?

—¿Dónde está? —A Albert se le quebró la voz de tal manera que varios hombres se volvieron para mirarlo.

—En esa puta foto, Albert.

—Dime dónde se tomó.

—Por supuesto —dijo Joe—. Y seguro que después no me pasa nada.

Albert le dio dos puñetazos simultáneos en las orejas, y Joe vio las estrellas.

Gino Valocco gritó algo en italiano. Señaló hacia el mar.

Había aparecido un segundo barco, otro crucero modificado, con cuatro hombres a bordo, surgido de detrás de un arrecife situado a unos cuatrocientos metros de distancia.

—¿Dónde está? —repitió Albert.

A Joe le retumbaban las orejas como si tuviese dentro sendos timbales. Negó con la cabeza repetidas veces.

—Me encantaría decírtelo —declaró—, pero aún me encantaría más no tener que ahogarme.

Albert señaló a un barco y luego al otro.

—No nos van a detener, idiota de los cojones. ¿Dónde está?

—A ver, déjame pensar...

—¿Dónde?

—En la fotografía.

—Es una foto vieja. Lo único que has hecho es pillar una foto vieja...

—No, si yo pensé lo mismo al principio. Pero mira al capullo del esmoquin. El alto, en el extremo derecho, el que se apoya en el piano, ¿lo ves? Mira el periódico. El que tiene al lado del codo, Albert. Lee el puto titular.

EL PRESIDENTE ELECTO ROOSEVELT SOBREVIVE EN MIAMI A UN INTENTO DE ASESINATO

—Eso sucedió el mes pasado, Albert.

Los otros dos barcos ya se encontraban a menos de trescientos metros.

Albert miró los barcos, y luego a los hombres de Maso, antes de volver a Joe. Dejó escapar una larga exhalación a través de los apretados labios.

—¿Crees que van a rescatarte? Son la mitad de pequeños que el nuestro, que es mucho mejor. Podrías enviarnos seis barcos y les prenderíamos fuego a los seis. —Se volvió hacia sus hombres—. Matadlos.

Se alinearon en la regala. Se pusieron de rodillas. Joe contó como una docena. Cinco a estribor, cinco a babor; Ilario y Fausto, por algún motivo, iban en dirección a la cabina. Casi todos los hombres de cubierta cargaban metralletas y algunas pistolas, pero ninguno de ellos disponía del fusil adecuado para los disparos de largo alcance.

Ilario y Fausto solucionaron ese problema arrastrando desde la cabina una caja. Joe observó por primera vez que había un trípode de bronce atornillado a la cubierta y una caja de herramientas a su lado. Entonces se dio cuenta de que no se trataba exactamente de un trípode, sino de la base de un cañón. De un puto pedazo de ametralladora. Ilario

echó mano a la caja y sacó dos rstras de munición con balas del 30,06 que dejó al lado del trípode. A continuación, Fausto y él extrajeron de la caja una Gatling de 1903 con diez cañones. Bastaría con una ráfaga sostenida contra cualquiera de los barcos para que lo único que quedara de ellos fuese carnaza para los tiburones.

—Si me dices dónde está, morirás rápido. De un tiro. Ni lo sentirás. Pero si me obligas a sacarte la información, te seguiré descuartizando cuando ya me lo hayas contado todo. E iré apilando tus restos en cubierta hasta que se desmoronen —dijo Albert.

Los hombres se gritaban mutuamente, cambiando de posición mientras los barcos intrusos se movían de manera errática: uno a babor, adoptando el estilo serpentina, mientras el barco de asalto a estribor giraba a la derecha, a la izquierda, otra vez a la derecha, de nuevo a la izquierda, con los motores a todo gas.

—¡Dímelo de una vez! —insistió Albert.

Joe negó con la cabeza.

—Por favor —dijo Albert en voz tan baja que nadie más pudo oírlo. Entre los motores del barco y el montaje de la Gatling, Joe apenas se enteraba de nada—. La quiero.

—Yo también la quise.

—Pero yo aún la amo —declaró Albert.

Acabaron de encajar la Gatling en la base. Ilario insertó la cartuchera de la munición en el conducto de alimentación y sopló para evitar la más mínima presencia de polvo.

Albert se inclinó hacia Joe. Miró alrededor.

—Yo no quiero esto. ¿Quién puede querer esto? Yo solo quiero sentirme como me sentía cuando la hacía reír o cuando ella me tiraba un cenicero a la cabeza. Ni siquiera me importa la jodienda. Solo quiero verla bebiendo café envuelta en un albornoz de hotel. Y eso es algo que tú sí tienes, por lo que he oído. Con la hispana, ¿verdad?

—Así es —dijo Joe—. Lo tengo.

—Por cierto, ¿qué es en realidad? ¿Negrata o panchita?

—Las dos cosas —le informó Joe.

—¿Y eso no te molesta?

—Albert —le dijo Joe—, ¿por qué demonios debería molestarme?

Ilario Nobile, veterano de la guerra hispano-estadounidense, se encargaba del mango de la Gatling mientras Fausto tomaba asiento tras el artefacto, con el primero de los cinturones de munición en el regazo, cual manta de abuelita.

Albert sacó su 38 de cañón largo y se lo puso a Joe en la frente.

—Dímelo.

Nadie oyó el cuarto motor hasta que ya era demasiado tarde.

Joe miró a Albert con más profundidad que nunca, y lo que vio fue al hombre más aterrorizado del mundo.

—No.

El aeroplano de Farruco Díaz salió de entre las nubes situadas al oeste. Apareció en lo alto del cielo, pero pronto cayó en picado. Dion estaba de pie en el asiento de atrás, con la ametralladora enganchada al mecanismo que Farruco Díaz había conseguido instalar tras varios meses dándole la tabarra a Joe. Dion llevaba unas gruesas gafas y parecía estar riéndose.

El primer objetivo de Dion y su ametralladora fue la Gatling.

Ilario giró a la izquierda y las balas de Dion le arrancaron la oreja, le atravesaron el cuello y rebotaron en el arma, en el trípode y en los listones de la cubierta, mientras otras se estrellaban contra Fausto Scarfone. Fausto se puso a menear los brazos al aire, junto a la cabeza, y luego se desmoronó, manchándolo todo de rojo.

La cubierta saltaba por los aires: madera, metal y chispas. Los hombres se agachaban, se retorcían y se convertían en ovillos. Gritaban y se hacían un lío con sus propias armas. Dos se cayeron por la borda.

El avión de Farruco Díaz dio media vuelta y se retiró en dirección a las nubes, mientras se recuperaban los tiradores de a bordo, que se

pusieron de pie y le dispararon. Cuanto más recto subía el avión, más verticales eran sus tiros.

Y hubo algunas balas que emprendieron el camino de regreso.

Albert encajó una en el hombro. A otro le dio una en la nuca y lo derribó.

Los barcos más pequeños ya estaban lo suficientemente cerca como para que se les pudiera disparar. Pero todos los tiradores de Albert se habían dado la vuelta para disparar al avión de Farruco. Los pistoleros de Joe no eran gran cosa, pero tampoco les hacía falta. Consiguieron tirotear caderas, rodillas y abdómenes, y un tercio de los hombres de a bordo acabaron tirados por el puente y haciendo esos ruidos que suele hacer la gente cuando le disparan en la cadera, en las rodillas o en el abdomen.

El avión apareció de nuevo. Había hombres disparando desde los barcos, y Dion se comportaba como si la ametralladora fuese una manguera y él, el jefe de bomberos. Albert se puso tieso y le apuntó a Joe con su 32 de cañón largo mientras la popa del remolcador se convertía en un tornado de polvo, astillas de madera y hombres incapaces de escapar a la lluvia de plomo, hasta el punto de que su víctima lo perdió de vista.

Joe recibió el impacto en el brazo de un fragmento de bala, y en la cabeza, el golpe de una astilla del tamaño de un tapón de botella. Le arrancó un trozo de la ceja izquierda y le rozó la oreja en su trayecto hacia el Golfo. Un Colt 45 aterrizó junto a la cuba. Joe lo recogió y dejó caer el cargador en la palma de su mano para cerciorarse de que hubiera un mínimo de seis balas antes de guardárselo.

Para cuando Carmine Parone llegó a su lado, la sangre que le caía del lado izquierdo de la cara tenía peor aspecto que la herida en sí. Carmine le dio una toalla y, junto a uno de los chicos nuevos, Peter Wallace, se puso a darle al cemento con un hacha. Joe había dado por supuesto que ya se habría solidificado del todo, pero no era así, y tras quince o dieciséis hachazos —y la colaboración de una pala que Carmine había encontrado en la galera—, lo sacaron de ahí.

Farruco amerizó con el hidroavión y paró el motor. El avión se deslizaba hacia ellos. Dion subió a bordo, y los hombres de Joe se dedicaron a rematar a los heridos.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Dion a Joe.

Ricardo Cormarto localizó a un joven que se arrastraba hacia la bodega con las piernas hechas polvo, pero el resto del cuerpo como si se fuera de juerga, con ese traje beige, la camisa de color crudo y la corbata rojo mango tirada por encima del hombro, como para no mancharse con la salsa de la langosta. Cormarto le pegó un tiro en el espinazo. El hombre lanzó un suspiro de indignación, así que Cormarto le metió una bala en la cabeza.

Joe observó los cuerpos apilados en cubierta y le dijo a Wallace:

—Si lo encuentras vivo por ahí debajo, me lo traes.

—Sí, señor. Por supuesto —dijo Wallace.

Joe intentó flexionar los tobillos, pero le dolían demasiado. Colocó una mano en la escalera de debajo de la timonera y le dijo a Dion:

—¿Qué me habías preguntado?

—Que qué tal estabas.

—Ah —dijo Joe—. Bueno, ya ves.

Junto a la regala, un tío suplicaba por su vida en italiano, pero Carmine Parone le pegó un tiro en el pecho y lo arrojó por la borda.

A continuación, Fasani le dio la vuelta a Gino Valocco y lo dejó de espaldas. Gino se cubría el rostro con las manos, mientras la sangre le salía del costado. Joe recordó su conversación sobre la paternidad, lo de que nunca era buen momento para tener un crío.

Gino dijo lo mismo que todos los demás.

—Espera —gimió—. Espera...

Pero Fasani le atravesó el corazón de un balazo y lo tiró a las aguas del Golfo.

Joe apartó la vista y se topó con Dion, escudriñándolo.

—Nos habrían matado a todos. No habrían dejado ni a uno.

Y tú lo sabes.

Joe le dijo que sí con un parpadeo.

—¿Y por qué?

Joe no le contestó.

—No, Joe. ¿Por qué?

Joe seguía sin contestarle.

—Por codicia —dijo Dion—. Y no una codicia comprensible o razonable, sino una avaricia infinita. Porque ellos nunca tienen bastante. —A Dion se le había puesto la cara de color púrpura cuando se acercó tanto a Joe que sus narices chocaron—. Esos cabrones nunca tienen bastante.

Dion se echó hacia atrás y Joe se quedó mirando fijamente a su amigo durante un buen rato, mientras oía comentar a alguien que ya no quedaba nadie a quien matar.

—En eso somos todos iguales —dijo Joe—. Tú, yo y Pescatore. Sabe demasiado bien.

—¿El qué?

—La noche —dijo Joe—. Sabe demasiado bien. Si vives de día, sigues las normas de los demás. Por eso nosotros vivimos de noche: para seguir las nuestras. Pero ¿sabes una cosa, D? En realidad, no tenemos ninguna norma.

Dion se lo pensó un momento.

—No muchas, no.

—Estoy empezando a cansarme.

—Ya lo sé —dijo Dion—. Se te nota.

Fasani y Wallace arrastraron por el puente a Albert White y lo dejaron caer ante Joe.

Le faltaba la parte posterior de la cabeza y había un negro manchurrón de sangre donde antes tenía el corazón. Joe se acuclilló junto al cadáver y recuperó del bolsillo del chaleco el reloj de su padre. Lo revisó rápidamente, por si había sufrido daños, y al ver que no era así, se

lo guardó en su propio bolsillo. Se sentó en la cubierta.

—Se suponía que tenía que mirarle a los ojos.

—¿Qué? —inquirió Dion.

—Se suponía que tenía que mirarle a los ojos y decirle: creiste que me habías pillado, pero soy yo el que te ha pillado a ti, cabrón.

—Ya tuviste esa oportunidad hace cuatro años. —Dion bajó la mano para ayudar a Joe a levantarse.

—Deseaba volver a tenerla —Joe se agarró a la mano.

—Mierda —dijo Dion mientras lo ponía de pie—. A nadie se le presenta semejante oportunidad dos veces.

REGRESO A LA OSCURIDAD

El túnel que llevaba al hotel Romero empezaba en el muelle 12. A partir de ahí, recorría ocho manzanas por debajo de Ybor City y se cubría en unos quince minutos, si es que no estaba inundado por la marea alta ni infestado de ratas nocturnas. Afortunadamente para Joe y su banda, llegaron al muelle a media mañana, con marea baja. Cubrieron la distancia en diez minutos. Estaban quemados por el sol, deshidratados y, en el caso de Joe, herido, pero el líder les había convencido a todos, desde que salieron de Egmont Key, de que si Maso era la mitad de listo de lo que se suponía, habría puesto un límite a la hora de esperar noticias de Albert. Si intuía que todo se había ido al garete, no perdería más tiempo del necesario.

El túnel acababa en la escalera, que llevaba a la puerta de la sala de calderas. Luego venía la cocina. Después de esta, el despacho del encargado, y luego la recepción. En cada una de las tres últimas posiciones podían ver y oír si algo les esperaba al otro lado de las puertas, pero entre lo alto de la escalera y la sala de calderas había un gran interrogante. La puerta de acero estaba siempre cerrada a cal y canto porque, en circunstancias normales, solo se abría pronunciando una contraseña. En el Romero nunca había habido redadas porque Esteban y Joe les pagaban a los propietarios para que pagaran a la gente que tenía que hacer la vista gorda, y también porque no llamaba la atención. Allí no funcionaba un garito ilegal a pleno rendimiento; solo se destilaba y se distribuía.

Al cabo de varias discusiones sobre cómo atravesar una puerta de acero con tres candados y una cerradura al otro lado, decidieron que su

mejor tirador —en este caso, Carmine Parone— cubriese a Dion desde lo alto de la escalera mientras este resolvía la situación con una escopeta de cañones recortados.

—Como haya alguien al otro lado de la puerta, vamos a pringar todos —advirtió Joe.

—No —dijo Dion—. Los que vamos a pringar somos Carmine y yo. Joder, ni siquiera estoy seguro de que podamos sobrevivir a las balas que rebotarán. —Le sonrió a Joe—. Así que vosotros, panda de sarasas, disparad hacia el agujero.

Joe y los demás bajaron por la escalera, se quedaron de pie en el túnel y oyeron a Dion decirle a Carmine: «Última oportunidad», para luego pegarle el primer tiro a los goznes. La explosión fue contundente: metal contra metal en una bisagra de cemento y más metal. Y la cosa no acabó ahí. Con el ruido de los fragmentos metálicos resonando alrededor, Dion disparó por segunda y tercera vez, y Joe supuso que si quedaba alguien en el hotel, ya debería estar viniendo a por ellos. Joder, si en la décima planta quedaba gente, sabrían sin duda que estaban allí.

—Vamos, vamos —gritó Dion.

Carmine no había sobrevivido. Dion apartó su cuerpo del camino y lo sentó contra la pared mientras los demás subían por la escalera. Un trozo de metal —vete tú a saber de dónde— se le había clavado en el cerebro a través de un ojo, y Carmine hacía ahora como que los miraba con el otro, mientras sostenía entre los labios un cigarrillo sin encender.

Sacaron la puerta del quicio, accedieron a la sala de calderas y, atravesándola, llegaron hasta la destilería y la cocina. La puerta que separaba la cocina del despacho del encargado tenía una ventanita circular en el centro, con vistas a un breve pasillo con suelo de goma. La puerta del encargado estaba entreabierta, y el despacho mostraba evidencias de una reciente fiestecita guerrera: envoltorios de papel cubiertos de migas, tazas de café, una botella de whisky de centeno vacía, ceniceros rebosantes de colillas...

Dion echó un vistazo y le dijo a Joe:

—Nunca esperaré llegar a viejo, ¿sabes?

Joe respiró por la boca y cruzó la puerta. Atravesaron el despacho del encargado, aparecieron tras el mostrador de recepción y, entonces sí, supieron con certeza que el hotel estaba vacío. No vacío en plan encerrona, sino vacío, vacío. El sitio ideal para una emboscada era el cuarto de calderas. Y si hubiesen querido esperar un poco, por si alguien se retrasaba, los habrían atacado en la cocina. La zona de recepción era, logísticamente, una pesadilla: demasiados rincones en los que refugiarse, una enorme facilidad para desperdigarse y a diez pasos de la calle.

Enviaron a algunos hombres a la décima, en ascensor, y a algunos más por la escalera, en caso de que a Maso se le hubiese ocurrido una encerrona que Joe era incapaz de imaginar. Cuando volvieron, todos dijeron que la planta diez estaba limpia, aunque habían encontrado a Sal y a Lefty tumbados en la cama de las habitaciones 1009 y 1010.

—Bajadlos —dijo Joe.

—Sí, señor.

—Y que alguien recoja a Carmine de la escalera, también.

Dion encendió un puro.

—No puedo creer que le haya pegado un tiro en la cara a Carmine.

—No lo has hecho —le dijo Joe—. Rebotes.

—Lo que tú digas —comentó Dion.

Joe encendió un cigarrillo y le permitió a Pozzetta, que había sido asistente médico militar en Panamá, que le echase otro vistazo al brazo.

—Tiene que curárselo, jefe. Le conseguiré unos medicamentos —le dijo Pozzetta.

—Ya tenemos —dijo Dion.

—Los adecuados —precisó Pozzetta.

—Sal por detrás —le dijo Joe—. Consígueme lo que necesito o busca al médico.

—Sí, señor —dijo Pozzetta.

Media docena de policías de Tampa que tenían en nómina fueron convocados y aparecieron. Uno de ellos llevó una furgoneta para el transporte de carne, y Joe se despidió de Sal y de Lefty y de Carmine Parone, que le habían sacado de una cuba de cemento hacía una hora y media. La muerte que más le afectaba era la de Sal: ahora se daba cuenta de la importancia de esos cinco años que habían pasado juntos. Lo había invitado a cenar a casa en incontables ocasiones, algunas noches le había llevado bocadillos al coche. Le había confiado su vida. Y la de Graciela.

Dion le puso una mano en la espalda.

—Hace daño, lo sé.

—Se las hicimos pasar putas.

—¿Cómo?

—Esta mañana, en mi despacho. Tú y yo. Se las hicimos pasar putas,

D.

—Pues sí. —Dion asintió un par de veces y luego se santiguó—.

¿Por qué lo volvimos a hacer?

—No tengo ni idea —reconoció Joe.

—Tenía que haber un motivo.

—Ojalá significara algo —dijo Joe, y se hizo a un lado para que sus hombres pudieran introducir los cadáveres en la furgoneta.

—Significa algo —dijo Dion—. Significa que hemos de cantarles las cuarenta a los cabrones que lo han matado.

El doctor les esperaba en el mostrador de recepción cuando regresaron del muelle de carga. Le limpió la herida a Joe y le dio unos puntos mientras él les sacaba información a los policías a los que había hecho venir.

—Los hombres que llevaba hoy —le dijo Joe al sargento Bick del Distrito Tercero—, ¿están a sueldo de Maso permanentemente?

—No, señor Coughlin.

—¿Sabían que los que perseguían por las calles eran mis hombres?

El sargento Bick miró al suelo.

—Intuyo que sí.

—Yo también —dijo Joe.

—Nosotros no podemos matar polis —comentó Dion.

Joe miraba a Bick a los ojos cuando preguntó:

—¿Por qué no?

—No sienta bien —dijo Dion.

—¿Sabe de algún poli que esté ahora mismo con Pescatore? —le dijo Joe a Bick.

—Los que han participado en el tiroteo de hoy, señor, están redactando informes en estos momentos. El alcalde no está nada contento. Y la Cámara de Comercio está que trina.

—¿El alcalde no está contento? —dijo Joe—. ¿Y la puta Cámara de Comercio tampoco? —Le arrancó la gorra de la cabeza a Bick de un manotazo—. ¡Soy yo el que no está nada contento! ¡A los demás, que les den por culo! ¡Soy yo el que no está contento!

Se hizo un extraño silencio en la sala. Nadie sabía adonde mirar. Nadie recordaba, ni siquiera Dion, que Joe hubiese levantado la voz jamás.

Cuando volvió a hablar con Bick, su voz había recuperado el tono habitual.

—Pescatore no coge aviones. Tampoco le gustan los barcos. Eso significa que solo tiene dos maneras de salir de esta ciudad. Puede integrarse en un convoy que vaya hacia el norte por la cuarenta y uno. O puede subirse a un tren. Así pues, sargento Bick, recoja la puta gorra y búsquelo.

Al cabo de unos minutos, en el despacho del encargado, Joe llamó a Graciela.

—¿Cómo te encuentras?

—Tu hijo es un animal —le dijo ella.

—Conque mi hijo, ¿eh?

—No para de dar patadas. Todo el rato.

—Tómatelo por el lado bueno —le aconsejó Joe—. Solo faltan cuatro meses.

—Tú siempre tan gracioso —contraatacó Graciela—. La próxima vez te quedas preñado tú. Me gustará verte cuando creas que tienes el estómago en la tráquea. Y tengas que mear más veces de las que parpadeas.

—Se hará lo que se pueda. —Joe se acabó el pitillo y encendió otro.

—Creo que ha habido un tiroteo en la Octava Avenida —le dijo ella en un tono mucho más bajo y duro.

—Así es.

—¿Y ya se ha acabado todo?

—No —le dijo Joe.

—¿Estás en guerra?

—Sí —reconoció Joe—. Estamos en guerra.

—¿Y cuándo acabará?

—No lo sé.

—Pero ¿terminará algún día?

—No lo sé.

No hablaron durante cosa de un minuto. Joe la oía fumar al otro lado del hilo, y ella le oía fumar a él. Le echó un vistazo al reloj de su padre y vio que ya atrasaba treinta minutos, aunque lo había puesto en hora en el barco.

—No te das cuenta —acabó diciendo Graciela.

—¿De qué?

—De que estás en guerra desde el día que nos conocimos. ¿Y para qué?

—Para ganarme la vida.

—¿Morir es una manera de ganarse la vida?

—Yo no estoy muerto —dijo Joe.

—Pero podrías estarlo dentro de un tiempo, Joseph. Sería muy posible. Aunque ganes la batalla de hoy y la siguiente y la de más allá, hay tanta violencia en lo que haces que se acabará volviendo en tu contra, tiene que hacerlo. Te atrapará.

Lo mismo que le había dicho su padre.

Joe fumaba, expelía el humo hacia el techo y lo veía desvanecerse. No podía negar que Graciela estuviese en lo cierto, ni que también su padre tuviera parte de razón. Pero ahora no tenía tiempo para la verdad.

—No sé qué esperas que diga —le respondió.

—Yo tampoco —repuso ella.

—Oye...

—¿Qué?

—¿Cómo sabes que es un niño?

—Porque siempre le está dando patadas a algo —dijo ella—. Igual que tú.

—Ya.

—¿Joseph? —Graciela le dio una calada al pitillo—. No permitas que lo tenga que criar yo sola.

El único tren que salía de Tampa esa tarde era el Orange Blossom Special. Los dos trenes regulares de la costa ya habían partido y no se preveía ninguna salida más hasta mañana. El Orange Blossom Special era un tren de lujo que iba y venía de Tampa durante los meses de invierno únicamente. El problema de Maso, Digger y sus secuaces era que no quedaba un asiento libre.

Mientras pensaban en sobornar al maquinista, apareció la policía. Y no precisamente los agentes que tenían en nómina.

Maso y Digger estaban sentados en la parte trasera de un sedán Auburn, en un prado situado justo al oeste de Union Station, desde donde podían ver claramente ese edificio de ladrillo rojo con la parte de arriba

pintada de blanco, en plan crema pastelera, y las cinco vías que salían de la parte de atrás, unos raíles de acero que se extendían desde esa pequeña construcción por una tierra siempre plana, al norte, al sur, al este y al oeste, desperdigándose como venas por todo el país.

—Deberíamos haber invertido en vías férreas —dijo Maso—. Cuando aún se podía, durante los años diez.

—Nos metimos en el tema de los camiones —dijo Digger—. Que es mejor.

—Los camiones no nos van a sacar de esta.

—Nosotros, carretera y manta —dijo Digger.

—¿Y crees que no se van a fijar en una pandilla de italianos en coches caros y con sombrero negro que se dedican a atravesar los putos naranjales?

—Viajaremos de noche.

Maso negó con la cabeza.

—Controles de carretera. ¿Te suenan? A estas alturas, ese chupapollas irlandés ya los debe de haber colocado en todos los caminos de aquí a Jacksonville.

—Vale, papá, pero con un tren tampoco nos salvamos.

—Sí —le dijo Maso—. Yo te digo que sí.

—Puedo conseguir un avión en Jacksonville y...

—En esas putas trampas mortales te meterás tú. Conmigo no cuentas.

—Papá, son seguros. Más seguros que, que...

—¿Que los trenes? —le zahirió Maso. Y mientras lo hacía, se oyó un potente eco en el aire y empezó a salir humo de un campo situado a unos dos kilómetros de distancia.

—¿Están cazando patos? —comentó Digger.

Maso le echó un vistazo a su hijo y pensó en lo triste que resultaba que semejante zote fuese el más espabilado de sus tres hijos.

—¿Tú has visto patos por aquí?

—Pues entonces... —Entrecerró los ojos: la verdad es que ya no sabía dónde le daba el aire.

—Acaban de volar las vías —dijo Maso, mirando a su hijo por el rabillo del ojo—. Y por cierto, la memez te viene de tu madre. Esa mujer no podía ganar una partida de damas aunque el contrincante fuese un puto plato de sopa.

Maso y sus hombres se quedaron junto a una cabina telefónica de Platt mientras Anthony Servidone se iba de avanzadilla hacia el hotel Tampa Bay con un maletín lleno de dinero. Llamó al cabo de una hora para informar de que ya se había hecho con las habitaciones. No había presencia policial ni matones locales, según él. Ya podían enviar a la patrulla de seguridad.

Y eso hicieron. Aunque dicha patrulla no era precisamente nutrida después de lo sucedido en el transbordador. Habían enviado a doce tíos a ese barco; trece, contando al gilipollas de Albert White. Eso dejaba la seguridad de Maso reducida a siete hombres, más su guardaespaldas personal, Seppe Carbone. Seppe procedía del mismo pueblo que Maso, Alcamo, en la costa noroeste de Sicilia, pero Seppe era mucho más joven, así que Maso y él se habían criado en diferentes épocas. De todos modos, Seppe era incapaz de ocultar su origen: implacable y temerario, era de una lealtad a prueba de bomba.

Cuando Anthony Servidone llamó para confirmar que la patrulla de seguridad había revisado la planta baja y la zona de recepción, Seppe condujo a Maso y a Digger a la parte de atrás del Tampa Bay, donde los tres tomaron el ascensor de servicio hasta la séptima planta.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Digger.

—Hasta pasado mañana —le informó Maso—. Hasta entonces, a pasar desapercibidos. Ni siquiera ese hijo de puta irlandés puede instalar controles tanto tiempo. Luego volvemos a Miami a pillar el tren.

—Yo quiero una chica —dijo Digger.

Maso le atizó una colleja monumental.

—Pero ¿no te acabo de decir que hay que pasar desapercibidos? ¿Una chica? ¿Una puta chica? ¿Y por qué no le dices que se traiga a unas amigas y a un par de pistoleros, tonto de los cojones?

Digger se frotó la nuca.

—Un hombre tiene sus necesidades.

—Si ves a algún hombre por aquí, me lo señalas —le dijo Maso.

Llegaron al séptimo piso y se encontraron a Anthony Servidone a las puertas del ascensor. Les dio a Maso y a Digger la llave de sus respectivas habitaciones.

—¿El cuarto está controlado?

Anthony asintió.

—Todo en orden. Cada habitación. La planta entera.

Maso había conocido a Anthony en Charlestown, donde todo el mundo le era fiel porque si no, la diñabas. Seppe, por el contrario, había llegado de Alcamo con una carta de recomendación de Todo Bassina, el jefecillo local, y había hecho honor a esa recomendación en innumerables ocasiones.

—Seppe —le dijo en esos momentos—, échale otro vistazo al cuarto.

—*Súbito, capo. Súbito.*

Seppe se sacó la Thompson de la gabardina, atravesó el grupo de hombres congregados a la entrada de la suite de Maso y se coló en su interior.

Anthony Servidone se acercó al jefe.

—Han sido vistos en el Romero.

—¿Quiénes?

—Coughlin, Bartolo y una pandilla de cubanos e italianos.

—¿Seguro que estaba Coughlin?

—Sin duda alguna —repuso Anthony.

Maso cerró los ojos un instante.

—¿Algún arañazo, por lo menos?

—Sí —afirmó Anthony con rapidez, feliz de poder transmitir alguna buena noticia—. Un buen corte en la cabeza y un tiro en el brazo derecho.

—Bueno, siempre podemos confiar en que se muera de un envenenamiento sanguíneo —añadió Maso.

—No creo que dispongamos de tanto tiempo —intervino Digger.

Y Maso volvió a cerrar los ojos.

Digger echó a andar hacia su habitación con un hombre a cada lado, mientras Seppe salía de la suite de su padre.

—Todo en orden, jefe.

—Os quiero a ti y a Servidone en la puerta. Y los demás, más vale que os comportéis como centuriones en la frontera con los hunos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Maso entró en la habitación y se quitó el sombrero y la gabardina. Se sirvió un trago de la botella de anisete que le habían traído. La prisa volvía a ser legal. La mayoría, en cualquier caso. Y lo que siguiera prohibido, dejaría pronto de estarlo. El país había recuperado la cordura.

Vaya mierda, francamente.

—Sírreme uno, ¿quieres?

Maso se dio la vuelta y vio a Joe sentado en el sofá, junto a la ventana. Sobre su rodilla descansaba la Savage del 32, con un silenciador Maxim acoplado al cañón.

Maso no se sorprendió. Ni lo más mínimo. Solo sentía cierta curiosidad por una cosa.

—¿Dónde te has escondido?

Le sirvió un trago a Joe y se lo entregó.

—¿Escondido? —Joe se hizo con el vasito.

—Cuando Seppe ha registrado la habitación.

Joe le señaló una silla a Maso con la pistola.

—No me había escondido. Estaba sentado ahí, en esa cama. El hombre entró y yo le pregunté si le apetecía trabajar para alguien que mañana siguiera vivo.

—¿Y eso ha sido todo? —preguntó Maso.

—Lo fundamental ha sido tu manía de colocar a un cenutrio como Digger en una posición de poder. Nos iba todo de maravilla. Nos iba muy bien. Y apareciste tú a joderlo todo en un solo día.

—Cosas de la naturaleza humana, ¿no crees?

—¿Te refieres a lo de arreglar lo que no está roto? —comentó Joe.

Y Maso asintió.

—Joder, es que eso no hay que hacerlo nunca —le dijo Joe.

—No —reconoció Maso—, pero se suele hacer.

—¿Sabes cuánta gente ha muerto hoy por culpa tuya y de tu puta codicia? ¿Por ti, el sencillo muchachote italiano de la calle Endicott?

—Puede que algún día tengas un hijo y me comprendas.

—¿Tú crees? —le espetó Joe—. ¿Y qué es lo que tendría que comprender?

Maso se encogió de hombros, como si ponerle palabras a sus ideas solo sirviese para ensuciarlas.

—¿Cómo está mi hijo?

—¿A estas alturas? —Joe negó con la cabeza—. Muerto.

Maso se imaginó a Digger tirado en el suelo, boca abajo, en la habitación de algo más allá, con un balazo en la nuca y desangrándose sobre la moqueta. Le sorprendió el modo tan profundo y repentino en que el dolor se apoderó de él. Era un dolor negro, siniestro, horroroso y sin atisbo de esperanza.

—Siempre deseé que fueras mi hijo —le dijo a Joe, con la voz rota. Miró el vaso que tenía en la mano.

—Qué extraño —dijo Joe —porque yo nunca te quise de padre.

La bala le entró a Maso por la garganta. Lo último que vio en esta vida fue una gota de su propia sangre mezclándose con el anisete.

Luego se apagaron todas sus luces.

Al desplomarse, dejó caer el vaso y aterrizó de rodillas, dándose a continuación con la cabeza contra la mesa de centro. Se quedó tumbado sobre la mejilla derecha, con un ojo vacío contemplando la pared que tenía a la izquierda. Joe se puso de pie y observó el silenciador que había comprado esa tarde en la ferretería por tres pavos. Corría el rumor de que el Congreso iba a subir el precio a doscientos dólares, si es que no los declaraba ilegales de inmediato.

Una lástima.

Le pegó un tiro en la cabeza a Maso, por si las moscas.

En el pasillo, los matones de Pescatore habían sido desarmados sin ofrecer resistencia, como Joe ya había intuido. A la gente no le gustaba pelear por alguien que concedía a sus vidas tan poca importancia que era capaz de poner al mando a un idiota como Digger. Joe salió de la suite de Maso, cerró las puertas a su espalda y miró a todos los que tenía delante, sin saber muy bien qué iba a ocurrir a continuación. Dion salió del cuarto de Digger y se sumó a la reunión unos instantes: trece hombres y algunas metralletas.

—No quiero matar a nadie —dijo Joe, mirando a Anthony Servidone—. ¿A ti te apetece morir?

—No, señor Coughlin, en absoluto.

—¿Alguien la quiere diñar? —Joe paseó la mirada por el pasillo y obtuvo unos cuantos movimientos negativos de cabeza de lo más solemnes—. Si queréis volver a Boston, podéis hacerlo con mi bendición. Si preferís quedaros aquí, tomar el sol y conocer a algunas señoras de muy buen ver, tenemos trabajo para vosotros. No hay mucha oferta laboral últimamente, así que si esta os interesa, decidlo.

A Joe ya no se le ocurría nada más. Se encogió de hombros y se fue con Dion hacia el ascensor camino de la recepción.

Una semana después, en Nueva York, Joe y Dion entraron en un despacho situado en la parte trasera de una correduría de seguros en el centro de Manhattan y tomaron asiento frente a Lucky Luciano.

La famosa teoría de Joe, según la cual los tipos más aterradores eran también los más aterrorizados, se fue al garete de inmediato. No había el menor rastro de temor en Luciano. De hecho, había muy poco en él que revelase alguna emoción, como no fuera el atisbo de una rabia tremenda e infinita en las más oscuras profundidades marinas de su mirada muerta.

Lo único que sabía ese hombre sobre el terror era la manera de infundírselo a los demás.

Vestía impecablemente y habría sido un sujeto bien parecido de no tener una piel que parecía haber sido aporreada a conciencia para ablandarla, como la de un trozo de ternera con una maza. El ojo derecho le colgaba un poco desde un atentado fallido contra su persona perpetrado en 1929, y tenía unas manos enormes que parecían muy capaces de estrujar un cráneo hasta que estallara como un tomate.

—¿Confiáis en salir vivos por esa puerta? —les dijo a sus visitantes mientras se sentaban.

—Sí, señor.

—Entonces, explicadme por qué tengo que sustituir a los que me llevan los negocios en Boston.

Así lo hicieron, y mientras hablaban, Joe seguía buscando en esos ojos oscuros que tenía delante alguna indicación de si el anfitrión les entendía o no, pero la verdad es que era como hablar con un suelo de mármol: lo único que obtenías a cambio, bajo una luz adecuada, era tu propio reflejo.

Cuando concluyeron, Lucky se puso de pie y miró por la ventana que daba a la Sexta Avenida.

—Habéis armado mucha bulla por allí abajo. ¿Qué fue de la beata que murió? Su padre era un jefe de la policía, ¿no?

—Lo obligaron a jubilarse —dijo Joe—. Lo último que supe de él es

que estaba en alguna especie de sanatorio. No puede hacernos nada.

—Pero su hija sí que pudo. Y tú se lo permitiste. Por eso corrió la voz de que eras un blandengue. Un cobarde, no. Yo no he dicho eso. Todo el mundo sabe que estuviste a punto de cepillarte al palurdo aquel en 1930, y que le echaste unos cojones de acero al asalto al barco. Pero no te ocupaste de aquel mangante en 1931 y permitiste que una tía, una puta tía, Coughlin, te jodiera lo del casino.

—Eso es cierto —reconoció Joe—. No tengo excusa alguna.

—No, no la tienes —le dijo Luciano, quien derivó la mirada hacia Dion—. ¿Tú qué habrías hecho con el viejo que iba a su bola?

Dion miró a Joe sin saber muy bien qué decir.

—No lo mires —le dijo Luciano—. Mírame a mí y habla claro.

Pero Dion siguió mirando a Joe hasta que este dijo:

—Sé sincero, D.

Dion se volvió hacia Lucky.

—Yo lo habría quitado de en medio, señor Luciano. Y a sus hijos también. —Chasqueó los dedos—. Toda la familia a tomar por saco.

—¿Y qué me dices de la beata?

—Con esa me hubiese montado una especie de desaparición.

—Explícate.

—Le habría dado a su gente la oportunidad de convertirla en una santa. Podrían decir que se había ido al cielo para sentarse a la derecha del Padre, o lo que se les antojara. Pero sabrían perfectamente que nosotros la habíamos descuartizado y echado a los cocodrilos, por lo que no volverían a tocarnos los cojones, por mucho que se reunieran en su nombre a cantar sus alabanzas.

—Tú eres el que Pescatore decía que eras un soplón, ¿no? —preguntó Luciano.

—Así es.

—Nunca nos lo creimos —le dijo Luciano a Joe—. ¿Por qué ibas tú a confiar en un soplón que te había enviado al trullo tres años?

—Nunca lo habría hecho —repuso Joe.

Luciano asintió.

—Eso pensábamos nosotros cuando intentamos quitarle de la cabeza al viejo lo que andaba tramando.

—Pero lo bendijeron.

—Lo habríamos bendecido en caso de que tú te negaras a utilizar nuestros camiones y a nuestros sindicatos en tu nuevo negocio étlico.

—Maso nunca me dijo nada sobre eso.

—¿No?

—No, señor. Lo único que me dijo fue que iba a recibir órdenes de su hijo y que tenía que matar a mi amigo.

Luciano se lo quedó mirando un buen rato.

—De acuerdo —acabó diciendo—. Haz tu propuesta.

—Nómbrele jefe a él. —Joe señaló a Dion con el pulgar.

—¿Cómo? —exclamó Dion.

Luciano sonrió por primera vez.

—¿Y tú seguirás como *consigliere*?

—Sí.

—Un momento, Joe, espera un momento —intervino de nuevo Dion.

Luciano lo miró y se le borró la sonrisa de la boca.

Dion vio enseguida lo que tenía que hacer.

—Será un honor.

—¿De dónde eres? —le preguntó Luciano.

—De un pueblo que se llama Manganaro, en Sicilia.

Luciano alzó las cejas.

—Yo soy de Lercara Friddi.

—Vaya —dijo Dion—. La gran ciudad.

Luciano dio la vuelta a su escritorio.

—Hace falta haber nacido en una mierda de sitio como Manganaro para considerar Lercara Friddi una gran ciudad.

Dion asintió.

—Por eso nos fuimos.

—¿Y cuándo fue eso? Levántate.

Dion obedeció.

—Yo tenía ocho años.

—¿Y has vuelto alguna vez?

—¿Para qué? —comentó Dion.

—Para recordar quién eres. No quien pretendes ser. Quién eres. —Le pasó un brazo por el hombro—. Y eres un jefe. —Señaló a Joe—. Y este es un cerebro. Vamos a comer. Conozco un sitio estupendo a unas manzanas de aquí. La mejor salsa de carne de la ciudad.

Salieron del despacho y los rodearon cuatro hombres de camino al ascensor.

—Joe —dijo Lucky—, tengo que presentarte a mi amigo Meyer. Tiene algunas ideas formidables sobre casinos en Florida y en Cuba. —Ahora le tocaba a Joe que Luciano le pasara el brazo por el hombro—. ¿Sabes algo de Cuba?

UN CABALLERO RURAL EN PINAR DEL RÍO

Cuando Joe Coughlin se vio con Emma Gould en La Habana, a finales de la primavera de 1935, habían pasado seis años desde el atraco al garito de South Boston. Recordaba lo fría que se había mostrado esa mañana, lo inaccesible que estaba, y que esa actitud lo había sacado de quicio. En esos momentos, Joe había confundido el desplante con la pasión, y la pasión con el amor.

Graciela y él llevaban en Cuba casi un año. Primero se alojaron en el pabellón de invitados de una de las plantaciones de café de Esteban, en lo alto de las colinas de Las Terrazas, a unos cien kilómetros al este de La Habana. Por las mañanas se despertaban con el olor de los granos de café y de las hojas de cacao mientras el rocío humedecía los árboles y goteaba por sus ramas. Por las noches daban paseos al pie de las colinas mientras los últimos retazos de sol se enganchaban a la copa de los árboles más gruesos.

La madre y la hermana de Graciela vinieron de visita un fin de semana y no se fueron. Tomás, que apenas gateaba cuando ellas llegaron, dio su primer pasito al cumplir los diez meses. Las dos mujeres lo mimaban de mala manera y lo cebaban de tal modo que acabó convertido en una bola de carne con unos muslos más que regordetes. Pero una vez echó a andar, no tardó nada en correr. Corría por los prados y subía y bajaba las lomas, mientras las mujeres lo perseguían, así que la bola no tardó gran cosa en convertirse en un chaval delgado con el pelo claro de su padre, los oscuros ojos de su madre y una piel cobriza que era una mezcla de los dos.

Joe hizo algunos viajes a Tampa en un avión de hojalata, un Ford

Trimotor 5-AT que repiqueteaba al viento y subía y bajaba sin avisar. En un par de ocasiones, salió de ese trasto con las orejas tan tapadas que se tiró el resto del día sin enterarse de nada. Las azafatas le daban chicle para masticar y algodón para los oídos, pero seguía siendo una manera muy primitiva de viajar y Graciela no quería ni oír hablar del tema. Así pues, Joe viajaba solo y sentía que los echaba de menos, a ella y a Tomás, de una forma física. A veces se despertaba en mitad de la noche en su casa de Ybor con un dolor de estómago tan agudo que le dejaba sin respiración.

En cuanto concluía sus asuntos, tomaba el primer avión a Miami. Y una vez allí, el primero que saliera hacia Cuba.

No es que Graciela no quisiera regresar a Tampa: sí que quería. Lo que no le hacía gracia era tener que volar hasta allí. Y tampoco se moría de ganas de hacerlo (lo cual, intuía Joe, significaba que, en realidad, no quería volver). Por consiguiente, se quedaron en las colinas de Las Terrazas; y a la madre y la hermana de Graciela, Benita, se les sumó otra hermana, Inés. La mala sangre que podría haber existido entre Graciela, su madre, Benita e Inés parecía haber sido curada por el tiempo y la presencia de Tomás. En un par de desafortunadas ocasiones, Joe siguió el sonido de las risas femeninas y las pilló a todas vistiendo a Tomás de niña.

Cierta mañana, Graciela le preguntó por qué no compraban una casa ahí.

—¿Aquí?

—Bueno, no tiene por qué ser exactamente aquí. Hablo de Cuba, en general —dijo ella—. Un sitio al que ir de vez en cuando.

—¿Sólo de vez en cuando? —sonrió Joe.

—Sí —dijo ella—. Tengo que volver pronto al trabajo.

Eso no era cierto. En sus viajes a Tampa, Joe había supervisado a la gente a cuyo cargo había dejado Graciela sus obras de caridad, y todas eran personas dignas de confianza. Su mujer podía mantenerse alejada de

Ybor durante una década entera y su organización no correría ningún riesgo. Joder, cuando ella volviese, la cosa estaría mucho mejor que antes.

—Claro, cariño. Lo que tú digas.

—No tiene por qué ser una gran mansión. O un sitio elegante. O...

—Graciela —la interrumpió Joe—, elige la que quieras. Y si das con algo que no está en venta, ofréceles el doble.

Algo asaz común en esa época. Cuba, azotada por la Depresión con mayor intensidad que muchos otros países, iba dando cortos pasitos hacia la recuperación. Los abusos del régimen de Machado se habían visto sustituidos por la esperanza del coronel Fulgencio Batista, líder de esa Revuelta de los Sargentos que había echado a Machado del país. El presidente oficial de la república era Carlos Mendieta, pero todo el mundo sabía que los que cortaban el bacalao eran Batista y sus tropas. Ese acuerdo pintaba tan bien que el Gobierno estadounidense se había puesto a soltar dinero en la isla a los cinco minutos de que los sublevados subieran a Machado a un avión con destino a Miami. Dinero para hospitales y carreteras y museos y escuelas y una nueva zona comercial a lo largo del Malecón. El coronel Batista no solo adoraba al Gobierno estadounidense, sino también al jugador estadounidense: por eso Joe, Dion, Meyer Lansky y Esteban Suárez, entre otros, se hicieron con el acceso inmediato a las más elevadas instancias del Gobierno cubano. Ya habían conseguido arrendamientos por noventa y nueve años en parte de los mejores terrenos en torno al Parque Central y en el distrito del Mercado de Tacón.

Se iban a poner las botas.

Graciela decía que Mendieta era el títere de Batista y que Batista era el títere de la United Fruit y de Estados Unidos; alguien llamado a esquilmar a los cafeteros y a violar la tierra patria, mientras Estados Unidos lo mantenía en su sitio porque en ese país siempre se ha creído que el dinero sucio puede financiar buenas obras.

Joe no quería discutir. Ni tampoco señalarle que ellos mismos estaban financiando buenas obras con dinero sucio. En vez de eso, le preguntó por esa casa que había encontrado.

Se trataba, en realidad, de una plantación de tabaco que se había ido a pique, y estaba justo a las afueras de un pueblo llamado Arcenas, situado a unos cien kilómetros al oeste de la provincia de Pinar del Río. Venía con un pabellón de invitados para la familia de ella y con unos campos inacabables de tierra negra por los que Tomás podría correr a placer. El día que Joe y Graciela se la compraron a Dominica Gómez, la viuda del propietario, esta, frente al despacho del notario, les presentó a Ilario Bacigalupo, quien, comentó ella, les enseñaría todo lo que había que saber sobre el cultivo de tabaco, si es que estaban interesados en ello.

Joe contempló a ese señor bajito y rechoncho con bigote de bandido mientras el chófer de la viuda se la llevaba de allí en un Detroit Electric de dos colores. Joe ya había visto a Ilario con la viuda Gómez en algunas ocasiones, siempre en la retaguardia, y había dado por supuesto que se trataba de un guardaespaldas, ya que los secuestros eran comunes por la zona. Pero ahora reparó en sus manos: enormes, llenas de cicatrices y con unos huesos muy prominentes.

Nunca había pensado qué iba a hacer con todos esos campos.

Pero Ilario Bacigalupo, por el contrario, le había dado muchas vueltas al tema.

Antes que nada, les contó a Joe y Graciela que nadie le llamaba Ilario; le llamaban Ciggy, pero no por los cigarros: de pequeño nunca había sido capaz de pronunciar correctamente su apellido y siempre se atrancaba en la segunda sílaba.

Ciggy les dijo que, hasta hacía muy poco, el veinte por ciento de la población de Arcenas había dependido laboralmente de la plantación Gómez. Desde que el señor Gómez se había dado a la bebida tras lo cual se había caído del caballo y acabado loco y enfermo, no había habido trabajo. Durante tres cosechas seguidas, dijo Ciggy, nada de trabajo. Por

eso había tantos crios en el pueblo que no llevaban pantalones. Las camisas, tratadas con sumo cuidado, podían durar toda la vida, pero los pantalones siempre acababan por romperse por el trasero o por las rodillas.

Joe ya había registrado una notable cantidad de niños con el culo al aire en sus paseos en coche por Arcenas. Coño, si no iban con el culo al aire, iban directamente desnudos. Arcenas, al pie de las colinas de Pinar del Río, era más bien un conato de pueblo, no un pueblo en sí. No era más que una serie de chozas hechas polvo con el tejado y las paredes contruidos con hojas de palmera secas. Las heces humanas salían a través de tres zanjias que llevaban al mismo río del que bebían los habitantes de la aldea. No había ni alcalde ni un líder vecinal digno de tal nombre. Las calles estaban llenas de barro.

—No sabemos nada de los cultivos —dijo Graciela.

A esas alturas ya estaban en una cantina de la ciudad de Pinar del Río.

—Yo sí —dijo Ciggy—. Sé tanto, señora, que lo que se me haya olvidado es porque no valía la pena aprenderlo.

Joe observó los ojos sabios y reservados de Ciggy y se tomó mucho más serio la relación entre la viuda y su capataz. Creía que ella había conservado a Ciggy para que la protegiera, pero ahora se daba cuenta de que él se había pasado la vida cuidando de que la viuda Gómez hiciera lo que tenía que hacer.

—¿Por dónde empezaría? —le preguntó Joe, mientras servía otra ronda de ron.

—Tendrá usted que distribuir bien las semillas y arar el campo. Eso es lo primero, patrón. Lo primero. Y la temporada empieza el mes que viene.

—¿Podrá arreglárselas mientras mi mujer termina de arreglar la casa?

Ciggy miró a Graciela y asintió varias veces.

—Por supuesto, señor, por supuesto.

—¿Cuántos hombres va a necesitar? —le preguntó ella.

Ciggy dijo que necesitarían hombres y niños para sembrar, y más hombres para organizar la siembra. También necesitarían hombres o niños para controlar el terreno en busca de hongos, enfermedades y moho. Necesitarían más hombres y más niños para plantar y para darle al azadón, así como para arar un poco más y deshacerse de gusanos, grillos subterráneos y bicharracos de todo tipo. Y necesitarían un piloto que no bebiera en exceso para fumigar la cosecha.

—Por el amor de Dios —dijo Joe—. Pero ¿cuánta gente hace falta?

—Y aún no hemos abordado un montón de temas —dijo Ciggy—. No hay que olvidar la selección, la puesta a secar, los cuidados, alguien que se encargue del fuego en el granero... —Agitó la manaza ante la labor que se les venía encima.

—Vayamos al grano —dijo Graciela—. ¿Cuánto podemos ganar?

Ciggy les pasó un papel con sus cálculos.

Joe paladeaba el ron mientras les echaba un vistazo.

—O sea, que si es un buen año, si no hay moho azul ni langostas ni tormentas, y Dios deja que brille el sol sin tasa en Pinar del Río, recuperamos el cuatro por ciento de la inversión. —Miró a Ciggy al otro lado de la mesa—. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí. Porque solo estará utilizando una cuarta parte de sus tierras. Pero si invierte en sus demás terrenos y consigue que vuelvan a ser como eran hace quince años, se hará rico en cinco años.

—Ya somos ricos —le dijo Graciela.

—Pueden serlo aún más.

—¿Y si nos da igual ser más ricos todavía?

—En ese caso, mírelo de esta manera —le dijo Ciggy—. Si deja morir de hambre a los del pueblo, puede que se los acabe encontrando un día durmiendo en sus propiedades.

Joe se incorporó en su asiento.

—¿Eso es una amenaza?

Ciggy negó con la cabeza.

—Todos sabemos quién es usted, señor Coughlin. El famoso gánster yanqui. El amigo del coronel. Es más peligroso amenazarle a usted que arrojarle al océano y rajarse el cuello al mismo tiempo. —Ciggy se santiguó solemnemente—. Pero cuando la gente se muere de hambre y no sabe qué hacer, ¿dónde quiere usted que se metan?

—En cualquier parte menos en mis tierras.

—Pero si no son sus tierras. Son de Dios. Usted solo las alquila. Son como este ron. O como esta vida. —Se dio una palmada en el pecho—. Todos somos los inquilinos del Señor.

La residencia principal requería casi tanto esfuerzo como la granja.

Mientras la época de la plantación comenzaba en el exterior, en el interior se imponía la fabricación del nido. Graciela hizo enyesar y pintar las paredes de nuevo, levantó los suelos de media casa y los sustituyó por otros nuevos. Solo había un retrete. Cuando Ciggy empezó la parte final del proceso, ya había cuatro.

Para entonces, las hileras de tabaco medían algo más de un metro. Una mañana, Joe despertó envuelto en una fragancia tan dulce que le hizo observar con lujuria la curva del cuello de Graciela. Tomás dormía en su cuna cuando Graciela y Joe se acercaron a la balconada y miraron hacia los campos. Cuando Joe se había ido a dormir, eran marrones, pero ahora podía ver una alfombra verde con capullos blancos y rosas que relucían bajo la suave luz de la mañana. Joe y Graciela contemplaron la extensión de sus terrenos, desde el balcón de su casa hasta el pie de las colinas de la sierra del Rosario, y los capullos brillaban hasta el infinito.

Graciela, que estaba delante de Joe, echó la mano hacia atrás y le acarició el cuello. Él la rodeó con los brazos y le apoyó la barbilla en el hueco del suyo.

—Y pensar que tú no crees en Dios... —le comentó Graciela.

Joe respiró hondo el aire que ella también respiraba.

—Y pensar que tú no crees que el dinero sucio pueda crear buenas obras...

Ella se echó a reír y él lo sintió en las manos y en el mentón.

Ya avanzada la mañana, los trabajadores y sus hijos llegaron y atravesaron los campos, caña a caña, arrancando lo florecido. Las plantas desplegaban sus alas como si fuesen pájaros de gran tamaño, y desde su ventana, a la mañana siguiente, Joe ya no podía ver ni el terreno ni una sola flor. La granja, bajo el cuidado de Ciggy, siguió trabajando a pleno rendimiento. Para la siguiente fase se trajo todavía más crios del pueblo, a docenas, y a veces Tomás se reía de manera incontrolable porque les oía reír a ellos en los campos. Algunas noches, Joe se quedaba despierto escuchando el ruido de los chavales que jugaban al béisbol en uno de los prados. Jugaban hasta que no quedaba la más mínima luz en el cielo, recurriendo únicamente a palos de escoba y lo que quedaba de una pelota de reglamento que habían encontrado en alguna parte. La funda de cuero y los hilos de lana habían desaparecido mucho tiempo atrás, pero los crios habían conseguido salvar el núcleo de corcho.

Los oía gritar y darle a la pelota con el palo, y eso le hacía pensar en algo que había dicho recientemente Graciela acerca de darle pronto a Tomás un hermanito o una hermanita.

Y Joe se dijo: ¿por qué conformarse con uno?

Reparar la casa llevaba más tiempo que resucitar la granja. Un día, Joe viajó a la Habana Vieja para visitar a Diego Álvarez, artesano especializado en la restauración de vidrieras de colores. El señor Álvarez y él convinieron un precio a cambio de que el artesano recorriese los

doscientos kilómetros que le separaban de Arcenas y procediese a la reparación de las ventanas que Graciela había salvado.

Después de ese encuentro, Joe visitó a un joyero que le había recomendado Meyer y que vivía en la avenida de las Misiones. El reloj de su padre, que llevaba cerca de un año atrasando, se había parado por completo hacía un mes. El joyero, un hombre de mediana edad con una expresión inteligente y un estrabismo perpetuo, cogió el reloj, lo abrió y le dijo a Joe que tenía un reloj formidable, pero que eso no era óbice para que lo revisara más a menudo que una vez cada diez años. Las piezas, le dijo a Joe, todas esas piezas tan delicadas... ¿Las ve? Pues necesitan ser controladas.

—¿Cuánto tardará? —le preguntó Joe.

—No lo sé muy bien —respondió el hombre—. Primero tengo que desmontar el reloj y estudiar las piezas una por una.

—Ya me lo imagino —dijo Joe—. ¿Y cuánto tardará?

—¿Si las piezas necesitan solo un repasito y nada más? Cuatro días.

—Cuatro —dijo Joe, sintiendo un aleteo en el pecho, como si un pajarito acabara de atravesarle el alma—. ¿No podría ir más rápido?

El hombre negó con la cabeza.

—Mire, señor, si tiene algo roto, por pequeño que sea... Y ya ve usted lo pequeñas que son todas las piezas...

—Sí, sí, sí.

—Tendré que enviar el reloj a Suiza.

Joe miró un instante por la polvorienta ventana que daba a la no menos polvorienta calle. Sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta y extrajo cien dólares estadounidenses, que dejó sobre el mostrador.

—Volveré dentro de un par de horas. Espero su diagnóstico para entonces.

—¿Mi qué?

—Ya me dirá entonces si tengo que ir a Suiza.

—Muy bien, señor.

Salió de la tienda y acabó deambulando por la Habana Vieja, con toda su sensual decadencia. Gracias a los muchos viajes efectuados durante el último año había llegado a la conclusión de que La Habana no era un simple lugar, sino el sueño de un lugar. Un sueño diluido por el sol, que se desvanecía en su propio apetito sin fin por la languidez, enamorado del rasgueo sexual de su agonía mortal.

Torció una esquina, y luego otra, y una tercera a continuación, y acabó llegando a la calle en la que se alzaba el burdel de Emma Gould.

Esteban le había proporcionado la dirección hacía más de un año, la víspera de aquel día sangriento compartido con Albert White, Maso, Digger y los pobres Sal, Lefty y Carmine. Suponía que ya sabía que se dirigiría a este lugar cuando salió el día anterior de su casa, pero se resistía a reconocerlo porque aparecer por ahí se le antojaba tan tonto como frívolo, y era muy poca la frivolidad que quedaba en él.

Había una mujer de pie en la entrada, regando la acera para deshacerse de los cristales rotos la noche anterior. Enviaba el vidrio y la mugre a la alcantarilla que bajaba hacia el fondo del adoquinado. Cuando levantó la vista y vio a Joe, se le deslizó la manguera de la mano, pero no llegó a caerse.

Los años no se habían mostrado especialmente desagradables con ella, pero tampoco le habían hecho ningún favor. Tenía el aspecto de una mujer hermosa cuyos vicios no le habían sentado del todo bien, una mujer que había fumado y bebido en exceso, consiguiendo que ambas costumbres se hicieran notar en su rostro en forma de patas de gallo y arrugas en las comisuras y bajo el labio inferior. Los párpados inferiores le colgaban un poco y tenía el pelo reseco, pese a la humedad reinante.

Tiró de la manguera y prosiguió con su labor.

—Di lo que tengas que decir.

—¿Podrías mirarme?

Ella se volvió hacia él, pero mantuvo la vista clavada en la acera.

Joe tuvo que desplazarse para que no le mojara los zapatos.

—Así pues, ¿tuviste un accidente y te dijiste: «Voy a aprovecharlo»?

La mujer negó con la cabeza.

—¿No?

Otro movimiento negativo de cabeza.

—Entonces, ¿qué?

—Cuando los polis empezaron a perseguirnos, le dije al conductor que la única manera de escapar era saltando por el puente. Pero él no quería ni oír hablar del asunto.

Joe se apartó del chorro de la manguera.

—¿Y?

—Y le pegué un tiro en la nuca. Fuimos a parar al agua y yo salí nadando. Michael me estaba esperando.

—¿Quién es Michael?

—Pues el otro tipo que tenía pillado. Me estuvo esperando fuera del hotel toda la noche.

—¿Por qué?

Ella se rio de él.

—Cuando Albert y tú empezasteis a ponerlos en plan no puedo vivir sin ti, Emma, tú eres mi vida, Emma, vi que necesitaba una especie de red de seguridad en caso de que os volarais mutuamente la cabeza. ¿Qué puede hacer una pobre chica en esa situación? Sabía que tarde o temprano debería desembarazarme de vosotros dos. Por Dios, hay que ver la que liasteis.

—Perdóname por haberte querido —dijo Joe.

—Tú no me querías. —Emma se concentró en un trozo de cristal especialmente tozudo que se había quedado atrapado entre dos adoquines de la calzada—. Tú solo querías tenerme. Como si yo fuese un puto jarrón griego o un traje bonito. Lo que tú querías era enseñarme a todos

tus amigos y decir: ¿a que está como un tren? —Ahora sí que lo miró —. Y yo no soy un jarrón. No quiero ser posesión de nadie. Soy yo la que quiere poseer.

—Yo sufrí tu pérdida —dijo Joe.

—Gracias, chato, muy amable.

—Durante años.

—¿Y cómo pudiste con semejante cruz? Pero ¡qué gran hombre!

Joe se alejó un paso más de ella, aunque ahora la manguera apuntaba en dirección opuesta, y captó toda la pantomima por primera vez en su vida, como si fuese uno de esos primos al que han timado tantas veces que su mujer ya no le deja salir de casa sin confiscarle el reloj y la cartera.

—Tú te llevaste el dinero de la taquilla de la estación de autobuses, ¿verdad?

Emma se quedó a la espera del balazo que imaginaba oculto tras la pregunta, pero Joe levantó las manos para mostrarle que estaban vacías y así se iban a quedar.

—Recuerda que tú mismo me diste la llave.

Si existía el honor entre ladrones, Emma estaba en lo cierto. Él le había dado la llave. Desde ese punto de vista ella podía hacer lo que se le antojara más conveniente.

—¿Y la chica muerta? ¿Aquella de la que no paraban de encontrar trozos?

Emma cerró la manguera y se apoyó contra la pared de estuco de su burdel.

—¿Te acuerdas de que Albert decía que ya había encontrado a otra chica?

—La verdad es que no.

—Bueno, pues era cierto. Y estaba en el coche. Nunca supe cómo se llamaba.

—¿También la mataste?

Negó con la cabeza y luego se dio unos golpecitos en la frente.

—Se dio con la cabeza contra el asiento delantero cuando nos estrellamos. No sé si murió entonces o al cabo de un rato, pero no me quedé para averiguarlo.

Joe estaba de pie en la calzada y se sentía como un tonto. Como un puto imbécil.

—¿Hubo algún momento en el que me quisiste? —preguntó.

Emma estudió atentamente su rostro mientras se iba exasperando por momentos.

—Pues claro. Puede que algunas veces. Nos divertíamos, Joe. Cuando dejaste de adorarme para follarme como Dios manda, estuvo muy bien. Pero te empeñaste en convertir lo nuestro en algo que no era.

—¿En qué?

—Yo qué sé... En algo almibarado. En algo que no se puede tocar con las manos. No somos hijos de Dios, no somos personajes de cuento de hadas de un libro sobre el amor verdadero. Vivimos de noche y bailamos rápido para que no nos crezca la hierba bajo los pies. Ese es nuestro credo. —Emma encendió un cigarrillo y escupió una brizna de tabaco para que se la llevara el viento—. ¿Crees que no sé quién eres ahora? ¿Crees que no me he estado preguntando cuándo aparecerías por aquí, entre los nativos? Somos libres. Ya no hay hermanos ni hermanas ni padres. Ni tíos como Albert White. Solo estamos nosotros. ¿Quieres pasar? Te invito. —Cruzó la acera hacia él—. Siempre nos reímos mucho. Podríamos seguir riéndonos. Pasarnos la vida en el trópico, contando nuestro dinero sobre sábanas de satén. Libres como pájaros.

—Mierda —dijo Joe—. Yo no quiero ser libre.

Emma torció la cabeza y pareció sumida en una confusión que la situaba al borde de una pena genuina.

—Pero si eso era todo lo que queríamos.

—Todo lo que tú querías —la corrigió Joe—. Y bueno, ya lo tienes. Adiós, Emma.

La mujer cerró la boca y se negó a decir nada más, como si así conservara cierto poder.

Era esa clase de orgullo despectivo y contumaz que solo se encuentra en las muías muy viejas y en los niños muy mimados.

—Adiós —volvió a decir Joe, y se alejó de allí sin volver la vista atrás, sin nada que lamentar y nada que añadir.

De regreso a la joyería fue informado —con mucha delicadeza y extremo cuidado— de que el reloj debería viajar a Suiza.

Joe firmó el documento de entrega y la orden de reparación. Se hizo con el recibo del joyero, escrupulosamente detallado. Se lo metió en el bolsillo y salió de la tienda.

Durante un momento permaneció de pie en la vieja calle de la vieja ciudad, sin saber adonde dirigirse a continuación.

YA ERA DEMASIADO TARDE

Todos los chicos que trabajaban en la granja jugaban al béisbol, pero para algunos era casi como una religión. Mientras se iba acercando la cosecha, Joe observó que muchos de ellos se cubrían las puntas de los dedos con esparadrapo.

Le preguntó a Ciggy:

—¿De dónde lo sacan?

—Ah, tenemos cajas y cajas —repuso Ciggy—. En tiempos de Machado, solían enviar un equipo médico con algunos periodistas, ¿sabe? Para que todo el mundo viese el cariño que les tenía Machado a los campesinos. En cuanto los periodistas desaparecían, lo mismo hacían los médicos. Recogían el material, pero nosotros siempre nos quedábamos con una caja de esparadrapo, para los pequeños.

—¿Y por qué?

—¿Ha cultivado tabaco alguna vez?

—No.

—Si le muestro cómo se hace, ¿dejará de hacer preguntas idiotas?

—Me temo que no —reconoció Joe.

Los tallos de tabaco ya medían más que la mayoría de los hombres, y sus hojas eran más largas que los brazos de Joe. Le había dicho a Tomás que dejara de correr entre el tabaco por miedo a perderlo. Los braceros —que eran, en general, los chicos más mayores— llegaron una mañana y recogieron las hojas de los tallos más maduros. Las hojas se apilaron en trineos de madera, y luego estos fueron desenganchados de las muías y enganchados a los tractores. Los tractores fueron conducidos al granero de curado situado en el extremo oeste de la plantación, tarea

encomendada a los chavales más jóvenes. Una mañana, Joe salió al porche de la residencia principal y vio como un crío de no más de seis años pasaba ante él conduciendo un tractor, tirando de un remolque lleno de hojas hasta arriba. El chaval le dedicó a Joe una inmensa sonrisa y un saludo y siguió petardeando tan tranquilo.

Fuera del granero de curado, las hojas eran sacadas de los trineos y colocadas en bancos de planchado situados a la sombra de los árboles. Esos bancos contaban con estribos enganchados. Los planchadores y los manipuladores —todos esos beisbolistas con esparadrapo en los dedos— colocaban un palo en el anaquel y se ponían a atar las hojas a los palos con cordel hasta que los montones de hojas colgaban de un extremo a otro del palo de tabaco. A eso se dedicaban entre las seis de la mañana y las ocho de la tarde; durante esas semanas, nada de béisbol. El cordel debía ser tensado con fuerza mientras, al mismo tiempo, se mantenía la presión sobre el palo, por consiguiente, eran muy comunes las quemaduras de la cuerda en manos y dedos. De ahí, apuntó Ciggy, lo del esparadrapo.

—¿Y sabe lo que ocurrirá en cuanto esto termine, patrón, mientras el tabaco cuelga de un extremo a otro del granero? Pues nos tocaremos las narices cinco días, mientras se va curando. El único que va a tener trabajo será el que se encargue de alimentar el fuego del granero y los que vigilen las hojas para que no se queden ni demasiado húmedas ni demasiado secas. ¿Y los chicos? Pues a jugar al béisbol. —Le dio una palmada en el brazo a Joe—. Si le parece bien, claro está.

Joe estaba de pie ante el granero, mirando a esos chicos que estiraban el tabaco. Incluso subidos al estribo, tenían que ponerse de puntillas y extender los brazos para atar las hojas, durante casi catorce horas seguidas. Miró a Ciggy con ironía.

—Claro que me parece bien. Pero si ese puto trabajo es insoportable, joder.

—Yo lo desempeñé durante seis años.

—¿Por qué?

—Porque no me gusta morirme de hambre. ¿A usted le gusta?

Joe adoptó una expresión irónica.

—Vaya, vaya —dijo Ciggy—, otro al que no le gusta morirse de hambre. En eso está todo el mundo de acuerdo: pasar hambre no es nada divertido.

A la mañana siguiente, Joe se topó con Ciggy en el granero de curado, comprobando que los colgadores espaciaban las hojas de la manera adecuada. Joe le dijo que lo dejase y ambos, tras cruzar los campos, se encaminaron hacia el risco del este y se detuvieron en el peor de los terrenos de la propiedad. Era un rincón rocoso y oculto al sol durante todo el día por las colinas y los pedruscos colgantes: por eso les encantaba a los gusanos y a las malas hierbas.

Joe le preguntó a Ciggy si Herodes, su mejor conductor, andaba muy ocupado durante el proceso de curado.

—Sigue trabajando en la cosecha —dijo Ciggy—, pero no tanto como los chicos.

—Bien —dijo Joe—. Dile que se ponga a arar este terreno.

—Aquí no va a crecer nada —le advirtió Ciggy.

—No me digas —ironizó Joe.

—Entonces, ¿para qué ararlo?

—Porque es más fácil construir un campo de béisbol en terreno llano, ¿no te parece?

El mismo día en que erigieron la loma del *pitcher*, Joe iba caminando con Tomás por las inmediaciones del granero cuando vio a uno de sus empleados, Pérez, zurrando a su hijo, dándole de sopapos en la cabeza como si fuese un perro al que hubiera pillado zampándosele la cena. El chaval no podía tener más de ocho años. Joe gritó «Eh», y echó a andar hacia ellos, pero Ciggy se metió por en medio.

Pérez y su hijo lo miraron, ligeramente confundidos, y luego Pérez padre le atizó de nuevo a Pérez hijo, esta vez en la cabeza y en el culo, y en repetidas ocasiones.

—¿Es necesario? —le preguntó Joe a Ciggy.

Tomás, que pasaba de todo, se acercó a Ciggy, al que le había tomado aprecio últimamente.

Ciggy agarró a Tomás y lo elevó a las alturas, mientras el crío se reía y él le decía a su padre:

—¿Usted cree que Pérez disfruta pegando a su chaval? ¿Cree que se ha levantado pensando: hoy me apetece portarme mal, asegurarme de que mi hijo me odie cuando sea mayor? No, patrón, ni hablar. Se ha levantado pensando: tengo que llevar comida a casa, tengo que mantener a mis hijos secos y calentitos, tengo que arreglar la gotera del techo, tengo que matar las ratas del cuarto de mis crios, tengo que enseñarles el camino correcto, tengo que demostrarle a mi mujer que la quiero, debo disfrutar de cinco minutos de tranquilidad y dormir cuatro horas para levantarme de nuevo y volver al tajo. Y cuando marchó hacia el campo, puedo oír a los más pequeños gritando: «Papá, tengo hambre; papá, no hay leche; papá, me encuentro mal». Y el hombre vuelve cada día a casa por todo eso, y sale cada día de casa por todo eso, y entonces usted le da un trabajo a su hijo, patrón, y es como si le salvase la vida. Porque igual es eso lo que ha hecho. ¿Y si el hijo la caga? Coño, pues se lleva unas bofetadas. Mejor eso que pasar hambre.

—¿Y en qué la ha cagado el chico?

—Se suponía que tenía que vigilar el fuego del proceso de curado. Y se quedó frito. Podría haber ardido toda la cosecha. —Le devolvió a Tomás a su padre—. Podría haberse achicharrado él mismo.

Joe observó ahora al padre y al hijo. Pérez le había pasado el brazo por los hombros al crío, le hablaba en voz baja y le daba besos en la frente, pues ya le había enseñado la lección. Pero el chaval no parecía ablandarse, pese a las muestras de afecto. Así que su padre le dio un

empujón y ambos volvieron al trabajo.

El campo de béisbol se terminó el mismo día en que el tabaco fue transportado del granero a la zona de empaquetado. Preparar las hojas para el mercado era un trabajo reservado en principio a las mujeres, que subían cada mañana la colina hasta la plantación con tan mala cara como los hombres y con los puños igual de apretados. Mientras ellas elegían y catalogaban el tabaco, Joe reunió a los chavales en el campo y les entregó guantes, pelotas nuevas y unos bates que habían llegado de Louisville dos días atrás. Luego colocó en el suelo las tres bases y la señal de casa.

Fue como si les enseñara a volar.

A últimas horas de la tarde se llevaba a Tomás a ver los partidos. A veces se les sumaba Graciela, pero su presencia solo servía, muy a menudo, para distraer a un par de chavales que estaban entrando en la adolescencia.

Tomás, que era uno de esos crios que nunca se están quietos, no movía ni un dedo durante los partidos. Se quedaba sentado en silencio, con las manos juntas entre las rodillas, viendo algo que aún no podía entender, pero que le afectaba del mismo modo que la música y el agua caliente.

Una de esas noches, Joe le dijo a Graciela:

—Aparte de nosotros, la única esperanza de este pueblo es el béisbol. Les encanta.

—Eso está bien, ¿no?

—Sí, es estupendo. Cágate en Estados Unidos cuanto gustes, cariño, pero algunas de las cosas que exportamos están bien.

Ella le lanzó una rápida mirada irónica con sus ojos castaños.

—Pero os las cobráis.

¿Y quién no lo hacía? ¿Acaso no era el libre comercio lo que movía el mundo? Nosotros te damos una cosa y tú nos das otra a cambio.

Joe quería a su mujer, pero ella parecía seguir siendo incapaz de reconocer que su país, aunque estuviera indudablemente sometido al de él, salía ganando con el trato. Antes de que Estados Unidos les sacara las castañas del fuego a los cubanos, España los había dejado languidecer en una charca de malaria, malas carreteras y cuidados médicos inexistentes. Machado no había contribuido precisamente a mejorar las cosas. Pero ahora, con el general Batista, los cubanos contaban con unas infraestructuras emergentes. Había agua corriente y electricidad en una tercera parte del país y en la mitad de La Habana. Contaban con buenas escuelas y algunos hospitales decentes. Había crecido la esperanza de vida. Y había dentistas.

Cierto, Estados Unidos importaba parte de sus materiales a punta de pistola. Pero todas las grandes naciones que habían hecho avanzar la civilización a lo largo de la historia se habían comportado igual.

¿Y si Joe y Graciela se ponían a pensar en Ybor City? Habían construido hospitales con dinero manchado de sangre. Habían sacado de la calle a mujeres y niños con los beneficios del ron.

Las buenas obras, desde los albores de la humanidad, se habían hecho a menudo con dinero sucio.

Y ahora, en esa Cuba que se volvía loca con el béisbol, en una región en la que serían capaces de jugar con palos y manos desnudas, tenían unos guantes tan nuevos que crujían y unos bates tan rubios como manzanas recién peladas. Y cada noche, cuando concluía la jornada laboral y se habían arrancado los tallos verdes de las hojas, y la cosecha había sido recortada y empaquetada, y el aire olía a tabaco rehumidificado y a alquitrán, Joe ocupaba un asiento junto a Ciggy y veían extenderse las sombras por el campo, mientras hablaban de dónde comprarían las semillas para la hierba del jardín, en vistas a que esa zona dejara de ser un amasijo de tierra y guijarros. Ciggy había oído rumores

acerca de una liga que se jugaba cerca de allí, así que Joe le pidió que siguiera investigando, pensando sobre todo en el otoño, cuando menos trabajo habría en la granja.

El día de mercado, el tabaco de Joe alcanzó el segundo precio más alto del almacén. Cuatrocientas hojas de tabaco, con un peso aproximado de mil cien kilos, fueron a parar a una sola tabaquera, la Robert Burns Tobacco Company, responsable de la panetela, que era el puro de moda en Estados Unidos.

Para celebrarlo, Joe les dio una paga extra a todos los hombres y a todas las mujeres. Al pueblo le regaló dos cajas de ron Coughlin-Suárez. Y a continuación, siguiendo el consejo de Ciggy, alquiló un autobús y ambos se llevaron a todo el equipo de béisbol a la primera sesión del cine Bijou, en Viñales.

Todos los noticiarios iban sobre las Leyes de Núremberg que se estaban aplicando en Alemania: imágenes y más imágenes de angustiados judíos haciendo las maletas y abandonando apartamentos perfectamente amueblados para subirse al primer tren que partiese hacia el extranjero. Joe había leído recientemente ciertas informaciones según las cuales el canciller Hitler representaba una genuina amenaza para la frágil paz que se mantenía en Europa desde 1918, pero no se acababa de creer que ese tipo ridículo llegara muy lejos con sus chaladuras, ahora que el mundo había reparado en su molesta presencia y tomado las medidas oportunas: de ahí no había nada que rascar.

Los cortos que vinieron a continuación no eran gran cosa, pero los chavales del equipo se troncharon de risa, con los ojos más grandes que las bases que él les había comprado. Joe tardó unos momentos en darse cuenta de que esos crios sabían tan poco de cine que habían confundido los noticiarios sobre Alemania con la película.

Que ya estaba allí: una del oeste titulada *Jinetes entre los riscos*, protagonizada por Tex Moran y Estelle Summers. Los créditos atravesaron rápidamente la negra pantalla, pero a Joe, que la verdad es

que nunca iba al cine, no podía interesarle menos quiénes habían fabricado esa película. De hecho, se disponía a bajar la vista al suelo para cerciorarse de que llevaba bien atado el zapato derecho, cuando le llamó la atención el nombre que se materializó en la pantalla:

Guión
Aiden Coughlin

Miró a Ciggy y a los muchachos, pero a todos se les había pasado por alto.

Es mi hermano, deseaba decirle a alguien. Mi hermano.

En el autobús, de regreso a Arcenas, no podía dejar de pensar en la película. Solo era una del oeste, vale, con ensaladas de tiros y una damisela en apuros y una diligencia a punto de caerse por un precipicio, pero también con algo más, si conocías a Danny. El personaje que interpretaba Tex Moran era el sheriff honrado de un pueblo bastante turbio. Un pueblo cuyos ciudadanos más prominentes se reunían una noche para planear la muerte de un trabajador extranjero de piel oscura que, según uno de ellos, había mirado a su hija de forma libidinosa. Al final, la película abandonaba su premisa radical —la buena gente del pueblo reconocía lo equivocado de su comportamiento—, pero cuando el inmigrante renegrado había sido asesinado por una pandilla de extraños con sombrero negro. Así pues, el mensaje de la película, por lo que Joe había podido deducir, era que los peligros exteriores podían superar a los peligros interiores. Lo cual, según su experiencia —y la de Danny— era mentira.

En cualquier caso, la visita al cine resultó muy divertida. Los chavales se lo habían pasado de miedo. Durante todo el trayecto de regreso en el autobús no hablaron más que de comprar revólveres y

cartucheras cuando fuesen mayores.

Avanzado ese mismo verano, su reloj volvió de Ginebra por correo. Llegó dentro de una preciosa caja de caoba, forrada de terciopelo en su parte interior, a la que se le había sacado mucho brillo.

Joe se puso tan contento que tardaría varios días en verse obligado a reconocer que seguía atrasando un poco.

En septiembre, Graciela recibió una carta en la que se le informaba de que la Junta Superior de Supervisores de Ybor la había elegido Mujer del Año por su dedicación a los desfavorecidos del Barrio Latino. La Junta Superior de Supervisores de Ybor era una variopinta asociación de hombres y mujeres cubanos, españoles e italianos que se reunía una vez al mes para hablar de sus intereses en común. El primer año, el grupo se había disuelto tres veces y la mayoría de los encuentros habían acabado a bofetadas entre los presentes, obligados a salir del restaurante a la calle para seguir dirimiendo allí sus diferencias. Las peleas solían darse entre españoles y cubanos, aunque de vez en cuando, los italianos repartían algún leñazo para no sentirse marginados. Cuando la mala leche se evaporó, los miembros de la asociación se las apañaron para encontrar una causa común en su compartido exilio del resto de Tampa y acabar convirtiéndose en muy poco tiempo en un grupo de presión bastante poderoso. Si Graciela se mostraba de acuerdo, le decía la junta, todos estarían encantados de entregarle el galardón durante una velada que se celebraría en el hotel Don César de St. Petersburg Beach el primer fin de semana de octubre.

—¿Qué te parece? —preguntó Graciela durante el desayuno.

Joe estaba atontolinado. Últimamente no tenía más que variaciones de la misma pesadilla. Estaba con su familia en algún lugar del

extranjero. En África, tenía la impresión, pero tampoco sabía muy bien por qué. Como no fuese porque estaban rodeados de una hierba muy alta y hacía mucho calor. Su padre aparecía en el límite de su visión, en el extremo más alejado de los campos.

Y no decía nada. Se limitaba a observar a las panteras que salían de entre los altos arbustos, ágiles y de ojos amarillentos. Eran del mismo color crudo que la hierba y, por consiguiente, imposibles de detectar hasta que ya era demasiado tarde. Cuando Joe vio la primera, gritó para poner en guardia a Graciela y a Tomás, pero ya le había arrancado la garganta el felino que tenía sentado en su propio pecho. Observó cuán roja se veía su sangre sobre esos enormes dientes blancos, y luego cerró los ojos mientras el felino se disponía a zamparse el segundo plato.

Se sirvió más café, intentando quitarse el sueño de la cabeza.

—Creo que ya va siendo hora de que vuelvas a ver Ybor —le dijo a Graciela.

La restauración de la casa, para sorpresa de ambos, estaba casi terminada. Y la semana anterior, Joe y Ciggy habían plantado el césped en el jardín del campo de béisbol. No había nada que los retuviese en Cuba de momento. Como no fuese la propia Cuba.

Partieron a finales de septiembre, cuando acababa la estación de las lluvias. Zarparon del puerto de La Habana, cruzaron los estrechos de Florida y tomaron rumbo norte a lo largo de la costa occidental de Florida, arribando al puerto de Tampa a última hora de la tarde del 29 de septiembre.

Seppe Carbone y Enrico Pozzetta, que habían medrado lo suyo en la organización de Dion, los esperaban en la terminal. Seppe les dijo que había corrido la voz acerca de su llegada. Le enseñó a Joe la página cinco del *Tribune*.

REGRESO A YBOR DE UN REPUTADO
JEFE DEL SINDICATO

Según el artículo, el Ku Klux Klan volvía a amenazarle y el FBI intentaba llevarlo a juicio.

—Dios mío —dijo Joe—. Pero ¿de dónde sacan tanta mierda?

—¿Me da el abrigo, señor Coughlin?

Por encima del traje, Joe llevaba un impermeable de seda que había comprado en La Habana. Lo habían importado de Lisboa y era tan ligero como una capa de su propia epidermis, pero la lluvia no podía con él. Durante la última hora a bordo, Joe había visto concentrarse las nubes, algo que no le sorprendía especialmente: puede que la estación de las lluvias en Cuba fuera muchísimo peor, pero la de Tampa tampoco era moco de pavo; y a juzgar por las nubes, aún duraba.

—Me lo dejaré puesto —dijo Joe—. Echadle una mano a mi mujer con las maletas.

—Por supuesto.

Salieron los cuatro de la terminal y echaron a andar hacia el aparcamiento, Seppe a la derecha de Joe y Enrico a la izquierda de Graciela. Tomás iba a cuestas de su padre, agarrado a su cuello. Joe estaba mirando la hora cuando le llegó el ruido del primer disparo.

Seppe murió a sus pies, algo que Joe ya había visto varias veces. Seguía sosteniendo las maletas de Graciela aunque el agujero le hubiese atravesado el centro de la cabeza. Joe se dio la vuelta cuando Seppe se desplomaba, y otro disparo siguió al anterior, mientras el pistolero decía algo con una voz tranquila y seca. Joe se echó a Tomás al hombro, se arrojó sobre Graciela y acabaron los tres en el suelo.

Tomás gritó, más por la sorpresa que por el dolor, tuvo Joe la impresión, y Graciela gruñó. Joe oyó disparar a Enrico. Lo miró y vio que a Enrico le habían dado en el cuello, pues le salía muy rápidamente una sangre muy espesa, pero seguía disparando su Colt 45 del 17 en dirección al coche más cercano.

Ahora Joe captó lo que decía el tirador.

—Arrepentios. Arrepentios.

Tomás chilló. De miedo, no de dolor: Joe sabía distinguir la diferencia. Le dijo a Graciela:

—¿Estás bien? ¿Estás bien?

—Sí —respondió ella—. Ya no hay viento. A por él.

Joe se separó de ellos, sacó la 32 y se unió a Enrico.

—Arrepentios.

Dispararon bajo el coche, hacia un par de botas claras y de perneras de pantalón.

—Arrepentios.

Al quinto intento, Enrico y él acertaron a la vez. Enrico le hizo un agujero al tirador en la bota izquierda y Joe le partió en dos el tobillo izquierdo.

Joe miró a Enrico. Justo a tiempo para verle toser una vez y morir. Así de rápido. De repente, ya no estaba, aunque siguiera saliendo humo del arma que llevaba en la mano. Saltó por encima del coche que había entre el tirador y él y aterrizó delante de Irving Figgis.

Iba vestido con un traje de color claro y una desteñida camisa blanca. Llevaba un sombrero de paja de vaquero y recurría a su pistola, una Colt de cañón largo, para alzarse sobre el único pie bueno que le quedaba. Se quedó ahí, plantado sobre la grava, con su traje claro y su pie destrozado, que le colgaba del tobillo como la pistola de la mano.

Miró a Joe a los ojos.

—Arrepiéntete.

Joe mantenía su propia arma apuntando al centro del pecho de Irv.

—No te sigo.

—Que te arrepientas.

—Vale —dijo Joe—. ¿Ante quién?

—Ante Dios.

—¿Y quién dice que no lo hago? —Joe se le acercó un paso más—.

Lo que no pienso hacer, Irv, es arrepentirme ante ti.

—Pues hazlo ante Dios —dijo Irv, con la respiración leve y entrecortada—, pero en mi presencia.

—No —dijo Joe—. Porque entonces todo seguiría girando en torno a ti, en vez de a Dios. ¿No te parece?

Irv tembló unas cuantas veces.

—Era mi niñita.

Joe asintió.

—Pero no fui yo quien te la arrebató, Irv.

—Fue alguien como tú. —Irv abrió mucho los ojos y los clavó en el cuerpo de Joe, en algo que había en la zona de la cintura.

Joe miró hacia abajo y no vio nada.

—Fue alguien como tú —repitió Irv—. Alguien de tu calaña.

—¿Y quiénes son los de mi calaña? —le preguntó Joe mientras le echaba otro vistazo a su propio pecho y seguía sin ver nada.

—Los que no llevan a Dios en su corazón.

—Yo llevo a Dios en mi corazón —dijo Joe—. Lo que pasa es que no es el mismo que el tuyo. ¿Por qué se suicidó en tu cama?

—¿Qué? —Irv ya estaba gimoteando.

—En esa casa había tres dormitorios —continuó Joe—. ¿Por qué habría de suicidarse en el tuyo?

—Eres un tipo enfermo y solitario. Estás loco y nadie...

Irv miró hacia algo por encima del hombro de Joe, y luego bajó la vista hasta su cintura.

Joe ya no podía más. Le echó un buen vistazo a su propia cintura y vio algo que no estaba allí al bajar del barco. Algo que tampoco estaba en su cintura, sino en su impermeable. En el impermeable.

Un agujero. Un agujero de una perfecta redondez en el faldón derecho, justo al lado de la cadera.

Irv lo miró a los ojos, profundamente avergonzado.

—Lo siento mucho —dijo.

Joe seguía pensando en cómo resolver el asunto cuando Irv vio

llegar lo que estaba esperando: de un par de saltos, se plantó en la carretera al paso de un camión de carbón.

El conductor le dio a Irv y luego al freno, pero lo único que consiguió fue resbalar sobre el ladrillo rojo y pasar por encima de la víctima del atropello. El camión pegó un salto al romperle los huesos.

Joe se apartó de la carretera, oyó como el conductor seguía resbalando y observó el agujero del impermeable, comprobando que la bala lo había atravesado por detrás. Limpiamente. A muy escasa distancia de la cadera. El faldón debía de estar en el aire en esos momentos, pues estaba protegiendo a su familia. Estaba...

Miró por encima del coche y vio a Graciela tratando de incorporarse. También vio la sangre que le salía de la cintura, de toda su zona media. Saltó al otro lado del coche y aterrizó ante ella a cuatro patas.

—¿Joseph? —le dijo Graciela.

Joe podía distinguir el miedo en su voz. Podía distinguir también su conocimiento de causa. Se quitó el impermeable. Localizó la herida justo encima de la entrepierna, le apretó el impermeable hecho una bola en el estómago y dijo:

—No, no, no, no, no, no, no.

Graciela ya no intentaba moverse. Lo más probable es que no pudiera.

Una mujer joven se atrevió a sacar la cabeza por la puerta de la terminal, y Joe le gritó:

—¡Llame a un médico! ¡Un médico!

La mujer volvió adentro y Joe vio a Tomás mirándolo fijamente, con la boca abierta, pero sin decir nada.

—Te quiero —dijo Graciela—. Siempre te he querido.

—No —dijo Joe, pegando su frente a la de ella. Apretaba el impermeable contra la herida con todas sus fuerzas—. No, no, no. Tú eres mi... Tú eres mi... No.

—Chsss —dijo ella.

Joe apartó la cabeza de la de Graciela mientras ella se iba yendo cada vez más lejos.

—Mi mundo —dijo él.

UN HOMBRE DE SU PROFESIÓN

Siguió siendo un gran amigo de Ybor, aunque muy pocos lo conocían. Desde luego, nadie lo conocía como había sido cuando ella vivía. En aquellos tiempos había sido muy agradable y extrañamente abierto para ser un hombre de su profesión. Ahora solo era agradable.

Envejeció muy deprisa, dijeron algunos. Caminaba de manera dubitativa, como si cojease, aunque no era así.

A veces se llevaba al chaval de pesca. Solía suceder a la puesta de sol, cuando más posibilidades había de que picaran los peces. Se sentaban en el dique marítimo, donde le enseñaba al chico a lanzar la caña, y de vez en cuando le pasaba el brazo por los hombros, le hablaba bajito al oído y señalaba hacia Cuba.